

Handwritten text, possibly a signature or name, appearing as a series of dark, connected strokes.

INT

X 2

1664



R. 11.600



EL

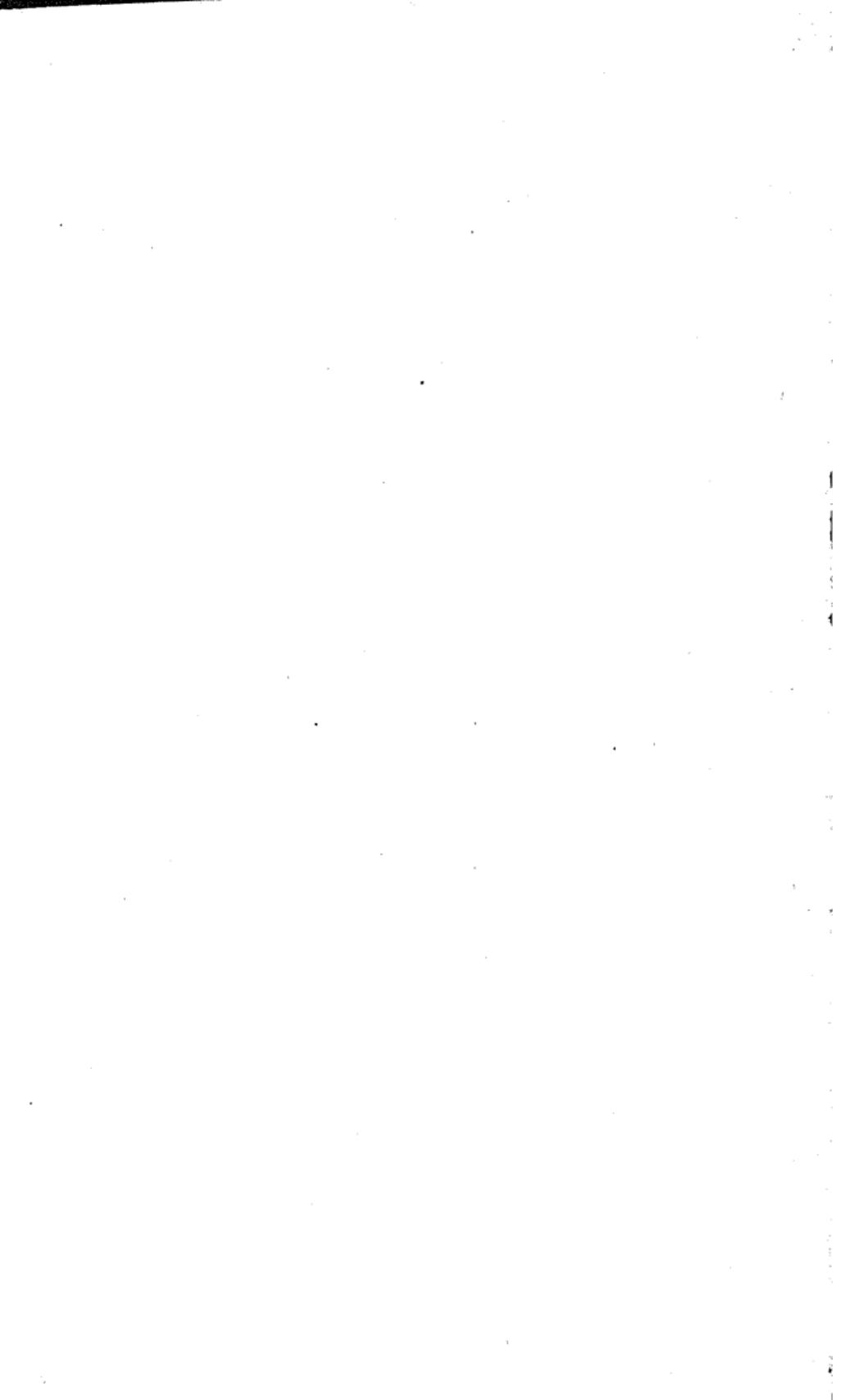
**MORO EXPÓSITO,**

ó

**CÓRDOBA Y BÚRGOS**

EN EL SIGLO DÉCIMO.







*W. Wilson*

*Lith. de Engelmann*

*Angel de Sarceda*

EL  
**MORO EXPÓSITO,**

ó

**CÓRDOBA Y BÚRGOS**

EN EL SIGLO DÉCIMO,

LEYENDA EN DOCE ROMANCES

POR

**DON ÁNGEL DE SAAVEDRA.**

EN UN APÉNDICE SE AÑADEN LA *FLORINDA* Y ALGUNAS OTRAS  
COMPOSICIONES INÉDITAS DEL MISMO AUTOR.

---

**TOMO PRIMERO.**

---



**PARIS,**

**EN LA LIBRERÍA HISPANO-AMERICANA**

DE LA CALLE DE RICHELIEU, N.º 60.

---

**1834.**





TO THE RIGHT HON.

JOHN H. FRERE,

&c., &c., &c.

MY DEAR SIR,

I hope I am not guilty of presumption when I beg dedicate the following pages to you. That they are hardly entitled to appear under the sanction of a name so deservedly high in the annals of literary criticism, I fully know; yet I cannot help thinking that—poor as the tribute is which I here pay to you—it will be kindly accepted; not only because of your constant partiality to the author, but likewise because you have pointed out, and led me into, the path in which I have entered, I am afraid, with more boldness than success.

Your friendship has cheered me in the gloomiest days of my exile. Your extensive knowledge and excellent literary taste has made that friendship no less useful than it was pleasing to me. Your love of my own dear country has been combined, in my case, with the feelings of concern in my

misfortunes and interest for my improvement, which I am proud of having excited in you, and the effects of which I have felt and do still feel. In you the counterpart of the observation of Tacitus may be exemplified: *If it is natural in men to hate those whom they have injured, it is no less natural for them to love those whom they have benefited.*

I fear, I repeat, that I have not profited by your benefits as I ought—certainly not to the full extent of my wishes. Yet, whatever improvement there is in my poetical taste, it is owing to you, and will, I am sure, meet with your approbation and encouragement. At the same time, however, that I claim, and rely upon your benignity, I invoke your justice. By passing sentence upon my faults, you will contribute to my future amendment. To judge of my labours, no one is better qualified than you are: with your well known classical erudition and acquaintance with the principles and beauties of general poetry, you combine a very remarkable and intimate knowledge of the language and literature of Spain—such, indeed, as few Spaniards can boast. And, as it usually happens, you are not only deeply skilled in, but likewise partially fond of our Castilian legendary lore. From all those circumstances, you are no less the natural judge than patron of my *Castilian foundling*. I commit him therefore to your care, and beg to avail myself of

this opportunity to put you in mind of the feelings of gratitude and esteem and warm affection, with which I remain,

My dear Sir,

Your obliged and obedient servant,

ANGEL DE SAAVEDRA.

Paris, 1 December 1833.



# PRÓLOGO.

---

Abre tu libro eterno, alta maestra,  
Naturaleza, sírveme de guía,  
Dejándome tus páginas hermosas  
Libre leer de intérpretes y glosas.

ESVERO Y ALMEDORA, canto IV,  
poema de D. Juan María Maury.

AL presentar al público este ensayo, que lo es también de un género nuevo en la poesía castellana, juzga el autor conveniente, y aun indispensable, dar una explicación de las doctrinas literarias que para su composición ha seguido.

Sabido es que en nuestros días han nacido en el mundo poético y crítico dos bandos opuestos, que apellidándose el uno el de los *clásicos*, y el otro el de los *románticos*, se están disputando el señorío literario y artístico con encarnizamiento y tesón extremados. Las cabezas y dogmatizadores de ambas parcialidades blasonan de origen más antiguo; pero aunque las composiciones de épocas ménos recientes puedan ser clasificadas con arreglo á las nuevas doctrinas, todavía es cierto, que los autores y críticos de los siglos pasados no conocieron estas divisiones, y que si entre ellos hubo escritores *románticos*, lo eran al modo del famoso *Monsieur Jourdain* de Moliere, que estuvo cuarenta años haciendo prosa, sin saberlo.

Cuál sea el verdadero carácter distintivo de cada una de estas dos sectas, no es cosa fácil de averiguar, pues si bien los *románticos* y *clásicos* asientan ciertas bases, en que estriba el edificio de sus respectivas doctrinas, y se-

ñalan ciertos lindes entre los cuales deben estar encerradas; no puede dudarse que cada escuela reclama como suyas composiciones, que ni caen bien sobre los fundamentos de su propia teórica, ni caben en los límites á que ella misma se ha circunscrito. Sirva de ejemplo de este aserto la poesía dramática española, mirada en el dia generalmente como *romántica*, tanto por sus admiradores cuanto por sus adversarios. Porqué no observa las unidades, con poca razon creidas reglas fundamentales de los dramas griegos; porqué no rehusa mezclar trozos de estilo cómico y festivo con otros en tono trágico ú elevado; porqué á veces trata asuntos de las edades medias, y siempre da á los argumentos griegos y romanos, y hasta á los mitológicos, cierto color moderno y caballeresco; bien hay razon para darle el nombre de *romántica*, y para considerarla como sujeta á las condiciones del actual *romanticismo*. Pero si atendemos á que, léjos de estar escrita en prosa ó verso suelto, usa por lo comun de una versificacion mas artificiosa que los pareados franceses; á que, léjos de descartar las alusiones mitológicas, las emplea con notable profusion y disonancia, hasta en argumentos de los siglos medios, y aun en boca de personajes moros; y á que el estilo, en vez de llano y familiar, es elevado siempre, (ménos cuando hablan los *graciosos*, figuras hasta en sus nombres diferentes de las demas) descubriremos en la poesia dramática española no poca semejanza con la poesia francesa, tenida por el modelo mas perfecto de la escuela *clásica*.

Para buscar el origen de la escuela *romántica* de nuestros dias, fuerza es que vayamos á Alemania. Allí nació, y de allí han sacado su pauta los modernos *románticos* italianos y franceses. Con harta razon sustentan algunos críticos, que las naciones germánicas, cuya civilizacion y

tradiciones tienen origen muy desemejante al de los hábitos, recuerdos é ideas de las naciones un tiempo dominadas por los romanos; son las que descubrieron, y las que benefician la mina del *romanticismo*. Y si la buena y legítima poesía es espejo y lenguaje de la imaginación y afectos de los hombres, claro está que en Alemania y en otras naciones setentrionales es la poesía *romántica* indígena. La mitología de aquellos pueblos nunca fué la griega y latina: sus hábitos nunca los de las naciones *clásicas*: el cielo que las cubría, el suelo que pisaban, eran y son diferentes en un todo de los de Grecia y del Lacio: sus sensaciones hubieron de ser por lo mismo diversas, y sus asociaciones de ideas muy distintas de las que hacían impresion en los sentidos, y reinaban en las cabezas de los antiguos griegos y romanos. Hoy es, y todavía los habitantes de los climas setentrionales, frios y nebulosos, si bien aproximados á los del mediodía por semejanza ó identidad en su religion, leyes y estado social; todavía no pueden vivir, ni expresarse como viven, sienten y se expresan los moradores de regiones cálidas, donde el sol es ardiente, y despejada la atmósfera; porque los productos del suelo, los usos y costumbres, y las sensaciones é ideas tienen entre sí una correspondencia estrechísima y necesaria.

¿Quién no ve en las tragedias francesas *clásicas* (y no ya en las de Corneille, sino en las del mismo Racine, tan imitador de Eurípides) señales claras de la sociedad moderna, dentro de la cual y para la cual fueron escritas? La poesía no puede ménos de retratar fielmente la época á que corresponde, pues la imaginación del poeta, como su juicio, están formados y modificados por la lectura, por el trato diario y por mil circunstancias en fin de cuanto le rodea y hace efecto en sus sentidos.

Aquella poesía será mejor, que sea mas natural, asi como los frutos propios de un clima en mucho aventajan á los que se dan solo á fuerza de trabajo; ó así como las manufacturas, á que convidan la disposicion y naturaleza de un país, y los hábitos y costumbres de sus habitantes, rinden productos muy superiores á los de aquellas, que prosperan á fuerza de privilegios y monopolios.

Por eso hay naciones, hay tiempos, en que debe la poesía acercarse á la de los griegos y romanos, y otros al contrario, en que debe desviarse de los hermosos y acabados modelos de la antigüedad *clásica*; pero teniendo presente, que tanto en la aproximacion quanto en el desvío, se ha de observar siempre la regla, de que solo es poético y bueno, lo que declara los vuelos de la fantasía y las emociones del ánimo. Todo cuanto hay vago, indefinible, inexplicable en la mente del hombre; todo lo que nos conmueve, ya admirándonos, ya enterneciéndonos; lo que pinta caractéres en que vemos hermanado lo ideal con lo natural, creaciones en fin que no son copias, pero cuya identidad con los objetos reales y verdaderos sentimos, conocemos y confesamos; en suma, quanto excita en nosotros recuerdos de emociones fuertes; todo ello, y no otra cosa, es la buena y castiza poesía.

En los siglos medios apareció en Italia un poeta, el mejor acaso en su línea de los modernos, y que hoy dia es considerado como fundador, y una de las principales lumbreras de la poesía *romántica*: ya se deja entender que hablo del Dante. Sin embargo, quien atentamente leyere su poema, y con espíritu crítico examinare sus méritos, convendrá en que no cuadran en un todo el tenor de su composicion y formas de su estilo con la definicion que del género *romántico* dan los preceptistas modernos. La tierra *clásica* en que vivió aquel ingenio portentoso,

abundaba en recuerdos muy distintos de los que bullen en las cabezas alemanas ; la edad media de Italia conservaba enlace con las edades *clásicas* ; y de aquí es que Dante, como verdadero y gran poeta, no es lo que ahora llamaríamos *romántico*, ni tampoco lo que miraríamos como *clásico* ; sinó un hombre de su siglo, al cual á un tiempo dominaba y obedecía ; un signo, un tipo, un epítome de cuanto sabían y del modo con que pensaban y sentían sus contemporáneos : que esto en suma son los talentos de primera marca.

Lo que con cierta apariencia de fundamento se llama la restauracion de las letras en el siglo XVI, ó á fines del XV en Italia, trajo consigo una revolucion literaria, en parte provechosa, y en parte funesta. Al paso que ahogó en algunos el ingenio nativo, y en no pocos infundió atrevimientos desproporcionados á sus fuerzas, produciendo por ello una turba de copistas é imitadores ; dió en muchos ocasion á ideas nuevas, ó despertó las adormecidas, y dilatando los conocimientos humanos, removié barreras que estorbaban los progresos del entendimiento, viniendo á ser la noticia y estudio de lo pasado, medio efficacísimo de incitar y guiar á descubrimientos ulteriores.

De aquí nació una poesía, y mas tarde una crítica, correcta aquella, y estotra sana ; pero tímida la primera, é incompleta la segunda. Tomó España una y otra de Italia : adoptólas Francia en época posterior, y tambien Inglaterra ; bien que circunstancias particulares fueran causa de que entre los ingleses, cuya lengua y costumbres tienen origen, mas germano que latino, nunca se arraigasen profundamente ; apareciendo como planta extraña, en que se notan las señales del terreno, á donde se la ha trasplantado.

No así en Italia, tierra siempre *clásica*, donde hasta en los siglos medios pareció la poesía latina fruto natural, cuyo cultivo, desatendido por algun tiempo, se renueva con éxito muy feliz, porqué el clima, suelo y costumbres brindan con él, y se da por lo mismo en la sazón mas perfecta. En las obras maestras que produjo aquel país, fecundo en ingenios y doctrina, va enlazado y hermanado el gusto *clásico* mas legítimo con ideas y formas, á las cuales daríamos hoy día el dictado de *románticas*. En el poema *caballeresco* de Ariosto vemos frecuentes imitaciones, y aun casi traducciones de Ovidio y Virgilio, con sumo acierto acomodadas al propósito del cantor de la Caballería; y en el poema *clásico* de Tasso no son las mejores partes aquellas en que imita á los príncipes de la poesía épica griega y romana, sinó por el contrario otras, donde manifiesta el espíritu caballeresco, y en que hallaba su númen el cantor y admirador de las Cruzadas. Trisino no fué mas que *clásico*, y por lo mismo no fué nada; y otro tanto puede afirmarse de los dramáticos italianos de aquella época, meros copiantes de los antiguos.

Hija de la poesía italiana, y por ella oriunda de la latina, fué la castellana en el siglo XVI, y por tanto fué *clásica* rigurosa, ó sea imitadora. Pues si bien la ternura de Garcilaso, y la fogosidad de Herrera, y la fantasía, á un tiempo viva y pensadora, de Rioja, y sobre todo aquellos vehementes afectos de devoción, que dan á Fr. Luis de Leon (\*) un carácter tan original, aun cuando mas de cerca

(\*) Véanse por ejemplo las odas *Cuán descansada vida*, casi traducida de Horacio, y la *A Felipe Ruiz*, que es paráfrasis de unos cuantos versos de las *Geórgicas*. ¿Cabe mas originalidad, esto es, mas fuego, y de clase mas intensa que el que anima ambas composiciones? No así la *Profecía del Tajo*, la cual, á pesar de grandes primores de ejecución, y de la hermosa y sencillísima imágen de *el pecho sacó fuera el río*, es en lo demas inferior al

imita, son manantiales de grandes perfecciones y timbres gloriosísimos del Parnaso español; todavía es forzoso confesar, que en los poetas castellanos, líricos y bucólicos, vemos sobrada uniformidad; que su caudal de ideas é imágenes es reducido y comun á todos ellos; y que, si varios y acertados en la expresion, son uniformes en sus argumentos y planes, cifrándose su mérito, mas en la gala y pompa del lenguaje, en lo florido y sonoro del verso, y en la destreza ingeniosa de hacer variaciones sobre un tema; que en la valentía y originalidad de los pensamientos, ó en lo fuerte y profundo de las emociones que sintieron ellos, ó que excitan sus obras en el ánimo de los lectores.

Por fortuna hubo en España una poesía nacional, y natural de consiguiente, pues son inseparables ambas cosas. Aludimos á los *romances*, con tanto acierto juzgados y calificados por Quintana en su prólogo al tomo XVI de la coleccion de don Ramon Fernández, repetido despues con lijeras variaciones en la introduccion á su *Coleccion de poesias selectas castellanas*. Tambien es nacional y natural, aunque no en tan alto grado, nuestra poesía dramática; y así es que una y otra andan validas entre los críticos extranjeros, que ó no tienen noticia de nuestras poesías *clásicas*, ó no ven en ellas mas que imitaciones de modelos, que conocen en su original, y de los cuales tienen asimismo copias en sus respectivas lenguas.

A fines del siglo XVII y principios del XVIII desapareció en España todo rastro de buen gusto en literatura. Explicar cuál fué el origen y cuál la clase de la corrupcion que reinó, es empresa nada fácil. Con decir que dimanó el mal gusto, entónces dominante, de haber

*Pastor cum traheret*, de que es copia. *La noche serena* no es imitacion: es un vuelo de la fantasia, una expresion verdadera de una interna y fuerte conmocion del poeta, y muy superior á quanto de su género hay en castellano. |

abandonado el estudio de los buenos modelos; en parte no se dice nada, y en parte se dice algo, que dista mucho de ser cierto. No se dice nada, no dándose razon de por qué hubo semejante abandono; y para probar que se dice una cosa inexacta, basta considerar que cuando mas se desviaban nuestros ingenios de la sencillez *clásica*, era cuando reconocían por modelos, y citaban con mas profusion á los mejores autores latinos. (\*) Y muy bien podían haberse apartado de estos, y echar por sendas, que si bien no seguidas por otros hasta entónces, era sin embargo dable que guiasen al descubrimiento de nuevos primores y riquezas poéticas. La corrupcion á que aludimos, tuvo su origen en varias causas. No fué enteramente semejante á la que prevaleció en otras naciones, aunque sí algo parecida á la que por la misma época cundió en Italia, porqué dimanó en parte de iguales principios; ni tampoco fué tan nueva que no se encuentre de ella rastro, hasta en autores de nuestro llamado siglo de oro, no tan exentos de faltas, ni de gusto tan acrisolado, como suponen varios modernos, sus admiradores. Es gravísimo error creer, que el gusto literario no tiene que ver con el estado de la sociedad en que reina; y quien leyere con atencion crítica y filosófica la historia de España durante el siglo XVII, y viere qué estudios se permitían entre nosotros, qué estímulos excitaban los ingenios, y qué ideas andaban dominantes; encontrará allí la explicacion de la barbarie, en que vino á caer la nacion

(\*) La *Circe* de Lope de Vega es una paráfrasis poco feliz de parte de la *Odisea*: hasta el *Faetonte* de Villamediana abunda en traducciones de Ovidio. El comentario al *Polifemo* de Góngora, por García Coronel, demuestra que la imitacion de los latinos era cosa recomendada por los críticos de aquel tiempo; y los sermones ridiculos, y las extravagantes aprobaciones de los libros de aquella época están empedrados de imitaciones y de citas de los *clásicos* antiguos.

española bajo los príncipes austríacos. Con lo cual, y con estudiar el carácter nacional, habrá entendido la esencia y causa del *culteranismo*: porque este consiste en la hinchazón y sutileza de conceptos, y por lo mismo es defecto natural de una gente, de suyo ingeniosa y dotada de viva fantasía, á la que estaba vedado adquirir ideas nuevas, y hasta dedicarse á sólidas meditaciones; á quien el poder crecido de sus reyes daba vanidad, mas no felicidad ni verdadera grandeza; y para la cual no eran el Gobierno, las leyes y la religion materia de exámen libre y de atrevida controversia, sinó objetos de resignacion violenta, de obediencia precisa y de veneracion medrosa. En tal estado forzoso era que se entretuviese en refinar pensamientos triviales, y en abultar ideas comunes, malgastando (como dijo un crítico de nuestros dias, al hablar de uno de nuestros mejores poetas de aquella época) sus grandes fuerzas naturales en juegos y saltos de volatines.

Miéntras decaía España en letras y grandeza política, crecía en ambas la vecina Francia, donde, reinando Luis XIV, floreció y dió muy sazoados y regalados frutos la literatura. Mas en Francia, como en todas partes, eran los ingenios intérpretes de los pensamientos y afectos reinantes en la sociedad entre que vivían. *Clásica* apellidan á la literatura francesa de aquella época, y *clásica* era en cierto modo; pero no *clásica* como la griega y romana, ni como lo fueron poco ántes la italiana y española; sinó *clásica* al gusto del país y de la época, parecida á la de los antiguos en lo que de ellos remedaba ó copiaba; aunque dando al remedo ó copia un acento ó tinte de la tierra y tiempos en que había renacido. Racine imita, y hasta traduce á Eurípides; y con todo no son sus tragedias tan griegas como francesas. Cuando este gran

poeta trataba argumentos de la historia y fábula griegas, escribía, parte lo que tomaba de la propia lectura, parte lo que le inspiraba su ingenio y fantasía, dominados ambos por reglas caprichosas; y parte lo que le dictaba el sistema de sociedad en que se había criado y estaba viviendo; y así hay en sus composiciones retazos de otros autores, atisbos admirables, trozos en que está expresado el lenguaje de las pasiones con naturalidad, ternura y energía; y todo en boca de cortesanos de Versalles, pues no son otra cosa los personajes de sus tragedias, como que no eran otros los hombres que él conocía y trataba. Cuando escribió la tragedia de *Atalía* salió de su tono acostumbrado; y como era devoto, al imitar el lenguaje de la sagrada Escritura, se expresó con fervor, con facilidad, en fin como inspirado; de lo cual resultó, sinó un excelente drama, una obra poética, correcta y abundante en pasión intensa y legítima.

Lo que decimos de Racine, puede aplicarse á otros escritores de su tiempo, así dramáticos como líricos, y así poetas como prosadores. — Es harto singular que pretenda Francia arrogarse la palma de la literatura *clásica*, no siendo por cierto uno de los países en que mas se estudian los modelos de la antigüedad. En letras latinas la aventaja Italia, en griegas Alemania é Inglaterra. Lo que tomaron los franceses de los autores *clásicos*, fué la forma exterior de las composiciones, modificada y alterada empero por las circunstancias; mas en cuanto al espíritu interno que las animaba, no se cuidaron de penetrarse de él, ni de imitarlo, ni siquiera de averiguar su origen y naturaleza. Copiaban, mas que á los griegos, á los romanos, cuya literatura no fué indígena, aunque abundó en obras de mérito sobresaliente; que tenía mas de elegante y correcta, que de natural y apasionada; y que adolecía en su línea de los mismos defectos que los críticos ménos

severos descubren en las composiciones francesas. De aquí cierta frialdad y estiramiento en casi todos los escritores de esta nacion, los cuales rara vez se remontan ni se abajan demasiado, sinó que siguen un rumbo medio, como todos los que en sus composiciones obedecen á las reglas dictadas por los preceptistas, mas que á los propios ímpetus naturales.

De nuestros vecinos tomamos las mismas faltas los españoles en el siglo próximo pasado. Cuando vino á reinar en España un príncipe de la familia real de Francia, trajo consigo las modas de la corte de Versálles, la mas floreciente entónces de Europa. El rayo de claridad que penetró las densísimas tinieblas que cubrían nuestro suelo, y que empezó á desterrarlas y á alumbrarnos, era segunda luz, reflejo de la que brillaba para los franceses. Los llamados restauradores del buen gusto en la literatura castellana á mediados del siglo XVIII, son ciertamente merecedores de tan honrosa denominacion, si se considera cuál fué el gusto que combatieron y ahuyentaron; pero no lo son tanto, si se examina cuál fué el que le sustituyeron. Si los autores franceses adolecían del defecto de ser imitadores en demasía, los españoles cometieron otro mas grave dedicándose á sacar copias de copias. Agregábase á esto que en los últimos era la imitacion al doble violenta; porqué en España había un gusto y un estilo nacionales ya formados, defectuoso en parte, pero no enteramente falto de méritos y primores. Así al introducir el *clasicismo* frances, los preceptistas españoles del siglo XVIII lo forzaron todo, lengua, hábitos, ideas; viniendo á ser sus composiciones, sartas de palabras escogidas con esmero; en que nada era inspirado, nada original, nada natural; en que el temor de extraviarse obligaba á marchar á compas; y en que si bien sobresalía la correccion, reinaba

el mayor de todos los vicios, á saber, el empeño de encontrar modelos en parte muy diferente de aquella en que conviene buscarlos.

Verdad es que á fines del reinado de Cárlos tercero empezaron á mejorar las doctrinas literarias, y mas todavía las composiciones, en nuestra España. Mucho distan Montiano y Luzan de Meléndez y Jovellános, señaladamente del último, de quien con razon puede blasonar el país que le produjo, como de un escritor de primera clase; pero todavía en ellos, y en los mas de nuestros críticos y escritores del dia predomina una teórica radicalmente viciada. Dicen que Meléndez fué el restaurador de nuestra poesía, como mucho ántes lo había sido Luzan de nuestra crítica doctrinal; y tienen razon los que lo dicen, porque Meléndez, sin ser ni ingenio ni poeta de marca mayor, dió un paso mas que sus antecesores, y nos puso en una senda mucho mas cercana del acierto, aunque todavía no guiase á la perfeccion verdadera. No le faltaban ni sensibilidad ni buen oido, y vió que la poesía de su patria, sin dejar de aprovechar lo bueno que suministraban la francesa y las de otras naciones, debía sacar sus principales riquezas del tesoro de los antiguos autores castellanos. Por lo mismo hizo versos en vez de prosa rimada; creó un estilo y dición algo afectados, aunque buenos; remontó de cuando en cuando su vuelo, remedando siempre movimientos de otros, pero remedando á los que se elevaban; y así fué fundador de una escuela poética, que si todavía es tímida y copista, no es ya puramente francesa, sino al contrario castellana de una época nueva, y del todo nacional en sus formas. Que no observó mucho la naturaleza, que no era su ingenio muy fecundo ni su fantasía atrevida; lo conocerá quien quiera que desapasionadamente leyere y juzgare sus obras. Cuando convertía á

Jovellános en el *mayoral Jovino*, y él se trasformaba en *Batilo el zagal*, ¿cómo podía escribir á impulsos de una inspiracion legítima? ¿Cabe cosa mas ridícula que su oda *A Dalmiro*, y aquel furor sagrado que se le entra en el pecho, y causa que su voz no se ajuste al verso, cuando celebra en versos harto compaseados el mérito de un poeta, que no rayaba un punto mas alto de la medianía? En esto vemos un escritor obediente á doctrinas por él respetadas como infalibles, que con arreglo á ellas se inflama cuándo, y cómo, y hasta el punto que cree deber inflamarse, revistiendo los objetos de aquellos colores de que le está mandado echar mano exclusivamente.

La escuela de Meléndez, ó la de Luzan mas españolizada, es hoy dia la dominante en nuestra literatura; sin ser otra que la francesa, vestida de la diction y estilo de los antiguos y buenos escritores castellanos, pues su teórica es la de nuestros vecinos durante los siglos XVII y XVIII. Causa admiracion que en los prólogos puestos por Moratin á sus comedias en las últimas ediciones, en las copiosas notas del *Arte poética* de Martínez de la Rosa, en los juicios sobre nuestros poetas, escritos por literatos de gran nota, y en todas las demas obras de españoles preceptistas del dia presente, no se haya dado cabida á los adelantos que el arte crítica ha tenido y está haciendo en otras naciones.

Ya queda apuntado arriba, que los alemanes son los padres del *romanticismo*, el cual es en su tierra tan castizo, como lo era, y todavía lo es, el *clasicismo* en Italia. No es preciso abonar el gusto literario germánico, ni preferirlo al que reina en otros países, para conocer y confesar la grandísima utilidad que las doctrinas en que estriba, han acarreado á la sana crítica en las demas naciones. De contado la literatura alemana ha descubierto y

puesto en claro una verdad importantísima, á saber, que hay mas de un manantial, mas de un modelo de perfeccion; ó á lo ménos, que para caminar acia la perfeccion literaria, hay caminos diferentes, y que cada cual debe seguir el que mejor se adaptare á su situacion y circunstancias. No es esto decir, que semejante máxima no guie con frecuencia á desaciertos, porque muchos autores, llevados de mero capricho, por huir de la senda en que ántes estaban como precisados á caminar, tiran por otras que no debían seguir, pues ni son llanas ni agradables, ni acortan la jornada, sinó que desvían del término de esta, y paran en desiertos y precipicios.

Desde que aparecieron los alemanes haciendo papel en la literatura europea, ha ocurrido una revolucion casi general en la teórica del buen gusto, y en la práctica de los escritores. Inglaterra, donde había comenzado con Dryden, Addisson, Pope y otros autores de inferior mérito, una escuela poética *semi-clásica*, se ha dado con mas vehemencia á su antiguo y nunca olvidado culto de Shakespeare y de los poetas sus coetáneos; y en Italia y Francia se han formado escuelas nuevas, apellidadas *románticas*. Revolucion ha sido esta sumamente provechosa, si bien, como todas las cosas humanas, no sin mezcla de algunos inconvenientes. Examinemos qué efectos ha producido en cada país, y cuáles en general en el vasto campo de la literatura.

En Francia no es en donde mas lucen sus ventajas; pero quizá no se conocen tanto, porque los maestros y principales artistas de la escuela *romántica* francesa, y todavía mas sus discípulos, no son los solos, ni acaso los verdaderos caudillos de esta revolucion. Dicho sea con paz de muchos buenos ingenios, que han abrazado la nueva secta, y en ella se arrogan la primacía; parece que los

franceses *románticos* por excelencia, mas que otra cosa, son *anti-clásicos*, y tienen los vicios de su escuela antigua, de la cual sacan su pauta para hacer lo contrario de lo que ella dicta; ni mas ni ménos como hacían sus antecesores, para sujetarse puntualmente á sus reglas mas severas. Porque los *clásicos* franceses hacían buenos versos, suelen los *románticos* hacerlos adrede malos; porqué aquellos eran puristas nimios, son estos pródigos de barbarismos y solecismos; porqué los primeros eran tímidos en sus invenciones é imágenes, y rara vez salían de un estilo y tono templados, los segundos se remontan sin necesidad, y sin ella asimismo se arrastran y despeñan en simas de insondable baja. En una cosa empero se parecen á los *clásicos* de ellos tanto aborrecidos, y es cabalmente en lo peor, pues son constantemente afectados. Entre tanto en Francia misma hay en el dia poetas y críticos mirados como *clásicos*, que con su doctrina y ejemplos manifiestan señales de la mudanza ocurrida en la república literaria. Son estos por lo mismo de una escuela nueva, no poco diferente de la ántes universalmente seguida por sus compatriotas.

Tambien Italia cuenta sus poetas *románticos*, entre los cuales descuella Manzoni, trágico y novelista insigne. Hay allí mejores elementos que en Francia para una poesía *romántica* de buena ley, ó digamos, para una poesía nacional, digna de la patria de Virgilio y de Tasso, que es tambien la de Dante y Ariosto; y de estos buenos elementos han sacado los italianos modernos el mejor partido posible.

De Alemania ya hemos dicho, que es la cuna del *romanticismo*. Lo que á nuestros ojos parecen rarezas de sus escritores, les es natural y está enlazado con sistemas filosóficos, llenos de misterios y oscuridad.

Inglaterra no consiente, ni casi conoce la division de los poetas en *clásicos* y *románticos*. En aquel país, segun- do solo á Alemania en el estudio de la literatura grie- ga, jamas se arraigó la escuela *clásica* francesa del siglo de Luis XIV. Dryden quiso y no supo seguirlo, pues su gusto no era correcto, y su fantasía harto mas viva que la de los poetas franceses : Addisson, aunque compuso versos, nada tenia de poeta. Pope fué el principal *clásico* ingles : agudo, ingenioso, correcto y elegante, terso en su versificacion, pulido en su estilo, observador y pintor de la sociedad y de las costumbres, mas que de los afec- tos fuertes, vivos y profundos ; en una palabra, fué *clásico* frances ; mas tan distante del verdadero gusto *clásico* de la antigüedad, que cabalmente su traduccion de Homero, tan célebre en su tiempo, y aun ahora no poco admirada, es la copia mas infiel que darse puede ; y sin ser una obra mala, debe reputarse y está tenida por una serie de hermosos versos, que muchas veces no expresan el seg- tido, y nunca el alma y estilo general del príncipe de la poesia griega. Desde Cowper hasta el dia presente quizá es la poesia británica la mas rica entre las modernas, así por la abundancia, cuanto por el valor de sus produc- ciones, precisamente porque abandonando los autores re- gulas erróneas, y no cuidándose de ser *clásicos* ni *román- ticos*, han venido á ser lo que eran los *clásicos* antiguos en sus dias, y lo que deben ser en todos tiempos los poetas. Caballeroso Scott ; metafísico y descriptivo Byron ; pa- tético y á la par limado Campbell ; tierno y erudito Southey ; sencillo y afectuoso Wordsworth, que con una alma sensibilísima hermana un estudio atento y constante de la naturaleza ; pintor del hombre social de las clases ínfimas Crabbe, que en su estilo vigoroso y bronco, no ménos que vivo y brillante, describe costumbres que re-

tratan las pasiones naturales y enérgicas, y los vicios y delitos, en vez de presentarnos los modelos estudiados, y las flaquezas y arterías de la sociedad; Burns, que la pinta, es sin embargo fogoso y fiel intérprete de afectos vehementes; galante, agudo, conceptuoso y vivo de fantasía, aunque amanerado, Moore, quien al recuerdo de su patria también suele tomar un acento más alto y penetrante, y remedar con inspiración propia el estilo y tono de Tirteo; sin hablar de otros, casi tan distinguidos, que componen una suma de escritores de primer orden, en cuyas obras hay estro y buen gusto, al mismo tiempo que originalidad y variedad extremadas.

En tanto los españoles, aherrojados con los grillos del *clasicismo* frances, son casi los únicos entre los modernos europeos, que no osan traspasar los límites señalados por los críticos extranjeros de los siglos XVII y XVIII, y por Luzan y sus secuaces. Asombroso es que así Moratin como Martínez de la Rosa, cuando hablan de las unidades de tiempo y lugar, no solamente recomienden su observancia, sino que las supongan indispensables; y ni siquiera anuncien ó insinúen que cabe duda, y que de hecho hay pendientes muy acaloradas disputas en todas las demás naciones sobre este y otros puntos doctrinales. Parece imposible semejante omisión en unos escritores, á quienes no se oculta que las cosas han llegado á tal extremo, que en muchos teatros de Paris, y hasta en el llamado por antonomasia *frances*, largo tiempo santuario del culto *clásico*, se han representado dramas, cuyo argumento ocupa algún tiempo más que un día, y en los cuales varía la escena de Aquisgran á Zaragoza. (\*) Ni se atina por qué en España, donde aun hoy día son justamente vene-

\* *Hernani*, tragedia de Victor Hugo.

rados Lope, Calderon y Moreto, no haya de examinarse y discutirse, si la clase de drama que ellos concibieron, es susceptible de cultivo y mejoras, para dar de sí una produccion nacional, robusta y lozana, en vez de la planta raquítica, que manifiesta á las claras su origen extranjero y aclimatacion imperfecta.

Despues de esta breve reseña de los efectos causados por una teórica nueva en varias naciones, razon será considerar rápidamente qué consecuencias ha producido la propagacion de la recién promulgada doctrina en el gusto general del mundo literario.

Por de contado ha roto la cadena de tradiciones respetadas, y dado un golpe mortal á ciertas autoridades tenidas hasta el presente por infalibles. Lo que ántes se creía á ciegas, ahora se examina; ya se admita, ya se deseche, al cabo pasa por el crisol del raciocinio. Dando así suelta al juicio, queda abierto el campo á errores y extravagancias; mas tambien están removidos los obstáculos que impedían ir á buscar manantiales de ideas é imágenes fuera del camino real y rectilíneo indicado por los preceptistas. Han abandonado los poetas los argumentos de la fábula é historia de las naciones griega y romana, como poco propios para nuestra sociedad, y porqué de puro manoseados, estaban faltos, no ménos que de novedad, de substancia. Han descartado la mitología de la antigüedad, hasta para usos alegóricos. Encuentran asuntos para sus composiciones en las edades medias, tiempos bastante remotos para ser poéticos, y por otra parte abundantes en motivos de emociones fuertes, que son el minero de la poesía: de aquí la *poesía caballeresca*. Buscan argumentos en tierras lejanas y no bien conocidas, donde imperfecta todavía la civilizacion, no ahoga los efectos de la naturaleza bajo el peso de las reglas sociales. Así el ingles

Campbell nos lleva á los retirados establecimientos de la América setentrional; Southey á las Indias y al Paraguay; Moore á Persia, y Byron nos enseña, que en la moderna Grecia hay objetos poéticos, y que los hechos de sus piratas pueden conmovernos mas que los harto sabidos de los héroes de sus repúblicas, ó las catástrofes de sus edades fabulosas, obra de un Destino, cuya fuerza no confesamos, ni sentimos, ni verdaderamente entendemos. Búscanlo asimismo en el exámen de nuestras pasiones y conmociones internas : de aquí la *poesía metafísica*, tan hermosa en el mismo lord Byron, en varios alemanes, en los ingleses Coleridge y Wordsworth, y en los franceses Víctor Hugo y Lamartine. Búscanlos finalmente en los afectos inspirados por las circunstancias de la vida activa : de aquí la *poesía patriótica* de los franceses Delavigne y Beranger, del italiano Manzoni, del escoces Burns, del irlandes Moore, del ingles Campbell y del aleman Schiller. En una palabra, vuelve por estos medios la poesía á ser lo que fué en Grecia en sus primeros tiempos, una expresion de recuerdos de lo pasado, y de emociones presentes, expresion vehemente y sincera, y no remedo de lo encontrado en los autores que han precedido, ni tarea hecha en obediencia á lo dictado por críticos dogmatizadores.

Con decir esto, ha declarado el autor su intento al componer el siguiente poema. No ha pretendido hacerlo *clásico* ni *romántico*, divisiones arbitrarias, en cuya existencia no cree ; siendo claro por lo mismo, que no se ha propuesto obedecer á los que las pregonan como ciertas, y promulgan como obligatorias.

Ha elegido un asunto de la historia de España y de los siglos medios ; campo fertilísimo, y hasta el dia muy descuidado por nuestros poetas, á excepcion de algunos dramáticos ; y si alguna vez tratado por nuestros trágicos

modernos, tratado en el gusto llamado *clásico*, es decir, de un modo que no le cuadra.

Ha adoptado una versificación, rara ó ninguna vez usada en obras largas; pero fácil, y juntamente susceptible de elegancia y pompa; parecida á la de los romances cortos; verdadera poesía española; y hasta en el asonante, peculiar de nuestro idioma; castiza y exclusivamente castellana.

Ha procurado dar á su composicion el colorido que le conviene, consultando para ello las escasísimas memoria aun existentes de los tiempos en que pasaron los hechos que refiere; memorias tradicionales y casi inmediatas, pues no las hay contemporáneas.

De intento se ha desviado del estilo igual y sostenido, usado por la mayor parte de nuestros escritores, no ménos que de toda alusion á la mitología de la clásica antigüedad. Ha mezclado, si es lícito decirlo así, las burlas con las veras, ó sea, retazos de apariencia pobre con otros de textura brillante; páginas en estilo elevado con otras en estilo llano; imágenes triviales con otras nobles, y pinturas de la vida real con otras ideales. Tal vez con ello escandalizará á no pocos de sus lectores; pero no es culpa suya que en la naturaleza anden revueltos lo serio y tierno con lo ridículo y extravagante; y él quiere tener á la naturaleza por guía y describir las cosas como pasan, pues así probablemente pasaron las que son materia de su narracion.

Por lo mismo, y como consecuencia forzosa de esta mezcla de estilos, es su lenguaje á menudo prosaico y humilde. Tambien hubo un tiempo en que el autor de los siguientes versos copió y admiró á Herrera y á sus secuaces, y aun hoy dia aprecia y admira á aquel y á muchos de estos; mas no por eso cree que su diction deba ser

constantemente imitada. Bien está que sea el poeta atrevido en la eleccion de voces, que se valga de giros nuevos, y hasta de palabras rejuvenecidas, ó por él compuestas, ó una ú otra vez tomadas de otras lenguas, ó en alguna rara ocasion, de todo punto inventadas; pero no por eso ha de excusarse de llamar las cosas por su nombre, mermando así su vocabulario por un lado, mientras por otro lo acrecienta: ni tampoco por huir de voces y de frases vulgares, ha de caer en el gran inconveniente y comun error, de que una palabra escogida y un frasear extraño y retumbante convierten un pensamiento de trivial en poético, cubriendo con lo sonoro é insolito de la expresion la variedad y llaneza del sentido. Por esto cuando quiere el autor decir, que un sujeto va á misa, lo dice claro, porqué con expresarlo de otro modo, no habría hecho la imágen mas ni ménos noble. (\*)

En suma, la siguiente composicion no está sujeta á reglas: hablo de ciertas reglas, por doctos críticos repetidas veces condenadas, y desatendidas por los mejores poetas contemporáneos en toda Europa. Algunas ha seguido, y hé aquí cuales: Ha tratado de empeñar los afectos y curiosidad de los lectores en su narracion y á favor de sus personajes; de acomodar su estilo á su argumento, en el total y en cada una de las partes; de adaptarlo á las personas por cuya boca habla; de dibujar y colorir sus cuadros como los concibe; de describir objetos, que son, ó

(\*) Habiéndole preguntado un académico al célebre Beranger, que bajo el humilde título de coplero (*chansonnier*) es uno de los mayores poetas de Europa, cómo nombraría al mar, cuando le ocurriese hacerlo en sus composiciones, contextó que lo nombraría el mar. Admirado el académico insistió en que sería mas poético nombrarlo *Neptuno*, *Anfitrite*, *Tétis*, *Nerea* etc.; y volvió á responder modestamente el poeta: *Yo al mar lo llamaré siempre el mar.*

fueron, ó pueden ser reales y verdaderos; de representar costumbres históricas; de conservar, siempre que se arroja á lo *ideal*, las *facciones naturales* que dan á las cosas imaginarias apariencia de ciertas, por su semejanza con las realidades; de expresarse con claridad, y, cuanto le es dado, con pureza; á veces con elegancia y gala, y siempre con correccion; de versificar lo mejor que puede; por último de seguir los impulsos propios, de obedecer á las inspiraciones espontáneas, y de hacer, no lo que han hecho, sinó del modo que lo han hecho los célebres ingenios extranjeros de la edad presente, tan rica en crítica sana y propia de una generacion filosófica en sus atrevimientos.

No se le culpe con todo de presuntuoso por lo que acaba de asentar. Una vez y otra repite, que está muy distante de mirar su obra como perfecta en su línea: decir á lo que aspiró al componerla, no es blasonar de que lo haya, ni aun insinuar, que crea haberlo conseguido. Pero lo que sí le es lícito afirmar, es, que ha indicado una senda, hasta ahora no hollada por sus compatriotas, y que se ha aventurado á caminar por ella con audacia, ya que no con buena fortuna. Aun dado caso que no sea su ejemplo digno de aplauso é imitacion, no debe serlo de vituperio, pues las doctrinas de que él se aparta, si son útiles, aparecerán tales despues de bien combatidas y bien examinadas, al paso que ahora son obedecidas por mero espíritu de rutina.

Al cabo, del desempeño de esta obra toca juzgar á los lectores. En el juicio de estos acerca del mérito del poema, solo el autor está interesado; mas el exámen de las máximas literarias, en este prólogo asentadas y puestas en práctica en la siguiente composicion, es cosa que importa á todos los ingenios españoles: razon bastante á discul-

par la prolijidad de las antecedentes observaciones, largas tal vez para prólogo, y breves y superficiales para disertacion sobre los graves puntos que abrazan; pero útiles en cuanto abren un pleito, aun no entablado en nuestra patria, al tiempo mismo que está pendiente y litigándose, con sumo brio y copia de racionios y de erudicion, en todas las naciones cultas.

---

Veio outra idade, outros pensamentos, occupações, estudos, livros, prazeres, desgostos, afflicções — tudo o que compõe a variada tea da vida, — e da minha tam trabalhosa e trabalhada vida! — tudo isso passou; e no meio de tudo isso, la vinha de vez em quando uma hora de solidão e de repouso, — e as noites da minha infancia e os romances incultos é populares da minha terra a lembraremme, a lembraremme sempre. . . . e comecei a pensar que aquellas rudes e antiquissimas rapsodias nossas continham um fundo de excellente e lindissima poesia nacional, e que podiam e deviam ser aproveitadas.

J. B. Garette, *en la carta que  
sirve de pr logo á su ADOZINDA.*



## ROMANCE PRIMERO.

Ninguno cierre la puerta,  
si Amor viniere à llamar,  
que no le ha de aprovechar.

*Versos de un villancico de Juan de la Encina.*

En ferias, romerías,  
toros y zambras  
estád alerta siempre,  
niñas incautas ;

Que en los bullicios  
Amor como ratero  
logra sus tiros.

*Anónimo.*

QUIÉN mi sueño interrumpe?...el grato sueño,  
Dulce consolador de las desgracias!....  
¿ Es el ronco huracan, que por influjo  
De mi estrella enemiga el mar levanta,

Para que estos peñascos, donde asilo  
 Busqué infeliz tan léjos de mi patria,  
 Hinchado embista, y con bramantes ondas  
 Y con furor horrísono deshaga? —

No; que tranquila en el celeste espacio  
 Reina la luna, de luciente nácar  
 Entre celajes, y en el mar riela,  
 Que duerme mudo en las vecinas playas. 1

Mas mi nombre escuché!... Quién lo pronuncia?  
 Qué celestial ardor mi mente exalta?...  
 Te reconozco en fin, ó grave acento,  
 Y el fuego reconozco que me abrasa.

ANGÉLICA, ¿no escuchas el sonido  
 De las solemnes voces que me llaman?  
 Voces son de otra edad....Mira una sombra,  
 Que lenta cruza las oscuras auras,

Girando en mi reedor....Mi fantasía  
 Rápida como el viento vuela, salva  
 Los apiñados siglos, y altos nombres  
 De los sepulcros y del polvo saca.

Córdoba insigne!....¿ dónde tu grandeza,  
Dónde está tu poder?... ¿ Con quién su saña  
Mostró el tiempo voraz como contigo,  
Y la ciega Fortuna su inconstancia?

De tu templo á los mármoles pregunta  
Y á las antiguas vividoras palmas,  
Que de la edad triunfando y de los vientos,  
Con noble majestad las frentes alzan :

Pregúntalo tambien al silencioso  
Guadalquivir, que hoy riega solitarias  
Las extensas llanuras, donde fueron  
Los jardines y alcázares de Zahara;

Y te dirán cuál fué tu poderío,  
Que indestructible y firme lo juzgaban ;  
Mas que pasó, como al soplar del cierzo  
Las leves nubes por el cielo pasan.

De tu alta gloria en los risueños dias,  
Cuando atónito el orbe te aclamaba  
Reina feliz del musulman imperio,  
Cuna de ciencias, de guerreros patria;

Cuando tus arruinados torreones,  
De los siglos despojo, y tus murallas,  
Do el cárabo nocturno anida y gime  
Entre cardos incultos y entre zarzas,

Eran trono esplendente de fortuna,  
Corte de Hixcen, y templo de la fama;  
En el palacio de Almanzor crecía  
Un jóven de presencia muy gallarda,

Pero infeliz. El bozo delicado  
Apénas su semblante hermoso esmalta,  
Y ya la mano atroz de la tristeza  
Le rompe el corazon, le aprieta el alma.

Naturaleza de sus ricos dones,  
Liberal y benigna, le dotara;  
Beldad, y robustez, y lozanía  
Su juventud ternísima acompañan :

El cielo afable engrandeció su mente  
Con alto ingenio, concedió á su alma  
Virtudes y dulzura, y á su pecho  
El gérmen de las ínclitas hazañas :

Ni le niega Fortuna sus favores,  
Pues goza del cariño y de la gracia  
Del insigne Almanzor, en quien el peso  
Del imperio musulmico descansa.

Mas, ay!....un velo misterioso encubre  
Su incierto origen : del soberbio alcázar  
En los jardines desvalido infante  
Se halló al nacer....oh suerte desdichada!

Si con ansia de gloria late altivo  
Su corazón, si ilustres esperanzas  
Se atreve á concebir, y noble gozo  
Su hermosa frente y sus mejillas baña,

De pronto el azaroso pensamiento  
De que al crimen tal vez ó á la desgracia  
Debe el vivir, sus ilusiones borra,  
Nubla sus ojos, y su faz espanta.

Así cuando en zenit su pompa ostenta  
Y argentado esplendor la luna ufana,  
Oscura nube llega silenciosa,  
Y toda su beldad ofusca y tapa :

O si gozoso al estrellado cielo  
Tranquilo estanque plácido retrata,  
Inoportuno soplo repentino  
La imágen borra, y el cristal empaña.

Su afanoso dolor y oculta pena  
Al paso de la edad crecen y avanzan,  
Después que en flor, la embravecida suerte  
Le robó su consuelo y su esperanza,

Pues cuatro veces bosques y jardines  
De frescas hojas y de flores varias  
Engalanó la rica primavera,  
Triunfadora de hielos y de escarchas,

Desde que el duro brazo inexorable  
Del Angel de la muerte arrebatara  
Todo su encanto al cordobes imperio,  
Y al Hagib<sup>2</sup> Almanzor su tierna hermana.

— Era Zahira una princesa insigne,  
De aquellas que la mano sacrosanta  
Del cielo bienhechor concede al mundo,  
Para consuelo de la especie humana.

Bella como el lucero refulgente,  
Fin de la noche y precursor del alba,  
Y cual la flor hermosa del desierto,  
Melancólica siempre y retirada,

Pasó los dias de su vida breve  
Léjos de la opulencia y de las galas  
De la espléndida corte; aunqué el imperio  
Idolo y gloria suya la aclamaba.

En el albor de sus primeros años,  
Reina de la belleza y de la gracia,  
Brilló tal vez en fiestas y en liceos,  
Y en los jardines plácidos de Zahara;

Mas de ellos pronto huyó, cual brilla y huye  
Luciente exhalacion; y de su alcázar  
Solo dejaba el muro y los jardines  
Para el lloro enjugar de las desgracias.

De consuelos dulcísimos tesoro  
Y de bondad celeste era su alma,  
Do servidumbre, ancianidad, pobreza  
Benéficos apoyos encontraban.

Cuando al grande Almanzor, su ilustre hermano,  
Que ornado de laureles y de palmas,  
De Hixcen el cetro á su placer regía,  
Turbaba el pecho embravecida saña;

De la amable Zahira los halagos  
Su generoso corazon calmaban,  
Como la nube bienhechora templa  
Del astro abrasador la estiva llama.

Si al volar á dormir bajo la sombra  
De la misericordia soberana,  
Dejó huérfano el mundo, ¿el triste pecho  
Del garzon infeliz cómo quedara?

Ella cuidó de sus primeros dias,  
Y él en su seno el sueño de la infancia  
Logró felice entre amorosos besos,  
Y al tierno arrullo de caricias blandas.

Ella de su palacio en los jardines  
En sus pueriles juegos se gozaba,  
En su flexible corazon semillas  
De honor y de virtud sembrando sabia.

¡ Ay, cuántas veces, miéntras él gozoso  
Tejiendo ramilletes y guirnaldas,  
Con amable inocencia recogía  
Fragantes yerbas, florecillas varias,

Zahira contemplando las facciones  
De aquel rostro infantil y tiernas gracias,  
De un oculto dolor sobrecogida,  
Bañó el semblante en lágrimas amargas!

Cuando volando las fugaces horas  
La luz de la razon brilló en el alma  
Del fortunado Huérfano, su anhelo  
Fué de rico saber engalanarla.

A Zaide, á Zaide, cuyo fuerte brazo  
Fué en otro tiempo apoyo de la patria,  
Terror de los cristianos escuadrones,  
Y gloria de las lunas musulmanas,

Y que en la edad madura disgustado  
De la pompa del mundo y de las armas,  
En el retiro y en la paz vivía  
Felice en su castillo de la Albaida;

A Zaide, que modelo de virtudes  
Y de las ciencias luz Córdoba aclama;  
Los tiernos años del gracioso niño  
Con discreta eleccion prudente encarga.

Así se entrega á diestro jardinero  
La generosa y delicada planta,  
Que debe al cielo remontar un día  
Con fruto opimo las frondosas ramas.

Mas de Zahira la contraria estrella  
Le niega el ver cumplida su esperanza,  
Y al sueño eterno en sus mejores años  
Con encubierto impulso la arrebató;

Pues cumplir las catorce primaveras  
Apénas vió á su Huérfano del alma,  
Creciendo en robustez y lozanía,  
De ciencia y de virtud bajo las alas,

Un secreto penar, que el crudo diente  
Ejercía feroz en sus entrañas,  
Cortando el vuelo á sus preciosos días,  
La hundió en las sombras de la tumba helada.

Y cuando los instantes de la vida  
Conoció que la fuga apresuraban,  
Reuniendo en sí los últimos alientos,  
Resplandores de lumbre que se apaga,

Al mancebo y á Zaide, que postrados  
Al pié del lecho consternados callan,  
Con voz lánguida pide que se acerquen,  
Y que escuchen sus últimas palabras.

Haciendo despejar el aposento,  
Do el ángel Azrael<sup>3</sup> victoria canta,  
A los físicos doctos que la cercan  
Y al lloroso tropel de sus esclavas;

Por la postrera vez sus bellos ojos  
Con luz ardieron de celeste llama,  
Y tendiendo los brazos en su seno  
Estrechó á aquel objeto de sus ansias;

Y con labio anheloso, “Hijo,” le dice,  
“Hijo (que nombre tal el cielo manda  
“Que te dé en este instante) en otro suelo  
“Una sagrada obligacion te llama.

“Crece en valor... y cuando llegue el dia.....  
“Zaide..... tú cuidarás.....” La huella helada  
De la muerte feroz selló su boca,  
En ronco hervor tornando sus palabras.

Mas aun con ojos y con brazos muestra  
Los últimos anhelos de su alma,  
Y dejando en las manos del mancebo  
Una sortija que á la suya arranca,

Cual tierno lirio que el arado troncha,  
Quedó, en silencio lúgubre la estancia,  
Y el Huérfano infeliz entre los brazos  
Del triste Zaide, á quien las fuerzas faltan.

Desde aquel dia de terror y espanto,  
¡ Cuán diversos afectos agitaran  
Al jóven desdichado !..... A describirlos  
Mi humilde verso y mi poder no alcanzan.

Contempla absorto la fatal sortija,  
Que de su corazon jamas aparta,  
Y el secreto escondido que contiene,  
Quiere arrancarle á fuerza de mirarla.

Ni un momento se van de su memoria  
De Zahira las últimas palabras,  
Y le turban el sueño, y en su mente  
Son espectros confusos y fantasmas.

Una vez y otra vez en vano á Zaide  
Ruega y conjura, que con mano franca  
Y amiga rasgue el tenebroso velo  
De tantas dudas, de zozobras tantas.

Mas Zaide á sus preguntas no responde,  
O suspirando y con amor le abraza,  
Y, " Crece, crece," le contesta solo,  
" Y aprende á fulminar la dura lanza."



Ya diez y nueve veces visto había  
De Ramazan las ceremonias vanas  
La luna en la mezquita celebrarse,  
Donde hoy los ritos de la Iglesia santa,

Desde que entre las murtas á este jóven,  
En el jardin del opulento alcázar,  
Recien nacido infante, le encontraron  
Unos esclavos á la luz del alba ;

Y manejaba ya con diestra mano  
El dócil potro y corva cimitarra,  
Aplausos consiguiendo en las escuelas,  
Y pruebas de valor é ingenio daba ;

Cuando Almanzor, ardiendo en el deseo  
De dejar sucesores de su fama,  
Y de dar de su estirpe generosa  
Nuevos apoyos á su ilustre patria,

Trató el enlace de su amado hijo  
Abdimelik ( que en poco sobrepasa  
La edad de aquel Expósito, á quien vive  
Por amistad unido y semejanza)

Con la hermosa, y honesta, y tierna Habiba,  
Bella como la luz de la mañana,  
De Omar, Walí<sup>4</sup> glorioso de Toledo,  
Hija heredera y única esperanza.

Con aparato regio y regia pompa  
Se celebró la boda en el alcázar,  
Y en los anchos jardines de la Almunia,  
Que á los esposos regaló el monarca.

Era un palacio que de bronce y mármol  
En la márgen del Bétis descollaba,  
Y sus ricos jardines y alamedas  
Al delicioso Eden aventajaban;

Y hoy ni aun se sabe el sitio donde fueron,  
Ni el corvo arado sus cimientos halla :  
¡ Con tal furor su huella asoladora  
En ti, Córdoba ilustre, el tiempo estampa !

A celebrar tan venturoso enlace  
Cuantas naciones el Coran aclaman,  
Y el nombre insigne de Almanzor respetan,  
Concurren con riquezas y con galas.

De Persia los tejidos matizados,  
Los aromas y bálsamos de Arabia,  
Las perlas y corales del oriente,  
Los metales espléndidos de España,

Del Africa las pieles y las plumas,  
Cuanto el orbe produce, cuanto alcanzan  
La codicia, el valor, el poderío,  
Cuanto puede inventar la industria humana :

Todo reunido en Córdoba enriquece  
 De tan nobles linajes la alianza,  
 Que el pueblo numeroso entusiasmado  
 Bendice con fervor y ansioso aguarda;

Pues rico, triunfador, grande, felice,  
 Del lujo amigo y de la pompa vana,  
 Los públicos festejos le enloquecen,  
 Las fiestas y espectáculos le exaltan.

Pero la prenda que valor mas alto  
 Y mayor precio á tal enlace daba,  
 Era el feliz amor, que en los esposos  
 Vehemente ardía con honesta llama;

Amor, cuyos progresos y dulzuras,  
 De Abdimelik amigo, presenciaba  
 El Expósito triste, para aumento  
 Del oculto dolor que le taladra.

Late su tierno pecho contemplando  
 Las dichas que á su amigo se preparan,  
 Y concibe el consuelo y las delicias,  
 Que da el amor recíproco á las almas :

Delicias que jamas tendrá la suya.....  
 ¡Quién, quién ha de escuchar sus dulces ansias,  
 Huérfano desdichado, que á otro suelo  
 Una escondida obligacion arrastra!.....



Para la boda el tiempo señalado  
Llegó en la hermosa luna de Giumada <sup>5</sup>,  
Que trajo la apacible primavera  
A presenciar la fiesta y celebrarla.

Al rojo amanecer de hermoso día,  
Cuando del sol apenas esmaltaba  
La clara lumbre en la vecina sierra  
De la fragosa cima las pizarras,

Después que el Almueden <sup>6</sup>, de la mezquita  
En el alto alminar, con voces altas,  
*No hay mas que un solo Dios, venid, ó fieles,*  
*A adorarle venid*, ronco gritaba;

El estruendo de trompas y atabales,  
Panderos, añafiles y dulzainas  
Anunciaron al orbe, que aquel día  
Al júbilo y placer se destinaba.

Mil cautivos cristianos recobraron  
Su libertad en tan feliz mañana,  
Que Almanzor generoso sin rescate  
Sus cadenas benéfico desata.

Parientes del Hagib cien caballeros  
Con las marlotas de esplendente grana  
Y con blancas garzotas los turbantes,  
Corren de la ciudad calles y plazas,

En revueltos caballos berberiscos,  
Cándidos cual la espuma con que esmaltan  
Los frenos y pretales, adornados  
De cascabeles de sonora plata.

Y desterrando el perezoso sueño  
Con la estruendosa y plácida alborada,  
“ Viva ”, gritando van, “ los claros nombres  
“ De Abdimelik y Habiba edades largas. ”

El pueblo en derredor de ellos se agolpa,  
Y repite los vivas, y engalana  
Pórticos, rejas, torres y azoteas  
Con alfombras, damascos y guirnaldas;

Y la alegría bulliciosa tiende  
Por toda la ciudad risueñas alas,  
Y cunde la confusa muchedumbre,  
Y en vivas á Almanzor se inuhda el aura.

Pues sus altas proezas, sus laureles,  
La gloria que su brazo da á la patria,  
La justicia y virtud con que gobierna,  
La proteccion con que el saber ampara,

Su generosa condicion, su aspecto,  
Su nombre y los recuerdos de su hermana,  
Cual genio tutelar le representan  
Al pueblo musulman, que le idolatra,

- Cuando ya el sol sus rayos estendía,  
Abriéronse las puertas del alcázar  
Del potente Almanzor, saliendo de ellas  
Doce guerreros con lucientes armas.

Eran los doce jeques y adalides,  
Que al Hagib en la guerra acompañaban,  
Y que á su lado con insignes hechos  
Dieran asunto al canto de la Fama.

En lozanos corceles, que pomposos  
Pausados mueven la lijera planta,  
De dos en dos siguiendo un estandarte,  
Montes de acero, silenciosos marchan.

Despues veinte lindísimas doncellas,  
Que á las eternas Huris <sup>7</sup> deslustraran,  
Cubiertas hasta el pié de blanco lino,  
Con ricas tocas que hasta el suelo bajan,

De azahares, y jazmines, y perpetuas,  
Y frescos arrayanes coronadas,  
- Siguen, cantando deliciosos versos  
Al dulce son de sonoras flautas.

Unas llevan perfumes olorosos  
En braseros de esmalte y filigrana,  
Otras de flores lindos ramilletes,  
Otras de oro y marfil lijeras mazas.

De este coro de vírgenes Kerima  
Era bello adalid, y descollaba  
Entre ellas en beldad y en gentileza,  
Como en el bosque la garbosa palma.

En pos, cercados de altos personajes,  
Nobles matronas y gentiles damas,  
Los jóvenes esposos aparecen,  
Ofuscando del sol la lumbre clara.

Habiba hermosa, cuya faz divina  
Como la rosa del abril temprana,  
Rojo matiz de pudoroso encanto  
De inestimable resplandor esmalta,

Ostenta larga ropa rozagante  
De rica seda del color del alba,  
Do brillan, como brillan los luceros,  
Lazos de aljófar, flores de esmeraldas.

Las luengas trenzas, que hasta el suelo llegan  
Aventajando al oro de la Arabia,  
Recoge en parte delicada toca,  
Y de cándidas rosas la guirnalda;

Y de ella pende, y por el aire ondea  
Gallardo velo de tejida plata,  
Prendido con un rico camafeo,  
Y un penacho gentil de plumas blancas.

De gruesas perlas y zafiros lleva  
Cubierta la hermosísima garganta,  
Los bellos brazos, el pulido talle,  
La fimbria de la veste y las sandalias.

Abdimelik la lleva de la mano,  
De los dulces afectos de su alma  
Dandò indicios los ojos, en que brilla  
Del puro amor la inextinguible llama.

El insigne Almanzor, á cuya vista  
Respetuoso el pueblo se postraba,  
Y Omar, gloria tambien del Islamismo,  
A los tiernos esposos acompañan;

Mostrando en sus semblantes generosos  
El gozo que en sus pechos se dilata,  
Y que el amor del mando y de la gloria  
Al paternal amor ceden la palma.

El anciano Cadí<sup>s</sup> con verdes ropas,  
Pacífico semblante y luenga barba,  
Con ellos va, la pompa presidiendo,  
Y seis pajes en pos con alabardas;

Y entre un tropel, vistoso por sus trajes,  
De libertos, de esclavos y de esclavas,  
Treinta etiopes de atezados miembros,  
Y descubierta la anchurosa espalda,

Y en los nervudos brazos y en los cuellos  
Fuertes argollas de bruñida plata,  
Llevan cargados los robustos hombros  
De cedro y de cipres con grandes arcas,

En que va el acidaque <sup>9</sup> de la esposa,  
Y los ricos presentes y las galas,  
Bajillas, telas, pieles y alcatifas,  
Que los deudos y amigos le regalan.

Otros conducen en pequeños cofres  
De azabache embutidos y de nácar,  
Ambares y perfumes, ricas joyas  
Y hermosas plumas de colores varias.

Y cerrando esta grave comitiva  
Veinte mancebos en hileras marchan,  
Todos de las familias mas ilustres,  
Y del imperio todos esperanza ;

Vestidos de morado, blanco y verde,  
Y amorosas empresas recamadas,  
Gallardos llevan con gentil despejo  
Al hombro las ligeras azagayas.

Capitan de esta noble compañía,  
De muchos á despecho y con no extraña  
Sorpresa y con envidia, era el mancebo.  
A quien su origen infeliz degrada.

Mas Almanzor potente lo dispuso,  
Abdimelik lo quiso, y esto basta :  
Que el favor de tan altos personajes  
Aun montes mas difíciles allana.

Por lo mejor de Córdoba atraviesa  
La rica y lucidísima comparsa,  
Hollando arena y esparcidas juncias,  
Olorosos mastranzos y espadañas;

Y entre los vivos del inmenso pueblo,  
Que á pié, á caballo, con vistosas galas,  
Se agolpa presuroso á todos lados,  
Y hierve en calles, pórticos y plazas.

Y desde los terrados y alminares,  
Garridas moras olorosas aguas  
Y deshojadas flores dan al viento,  
Al mismo punto en que los novios pasan.

Llegan á la magnífica mezquita,  
Que en medio de naranjos y de palmas,  
De Abderraman eternizando el nombre,  
Oscurecía al templo de la Caaba <sup>10</sup>;

Y concluido el azalá <sup>11</sup> escucharon  
Con gran silencio la leyenda santa,  
Que desde el almimbar <sup>12</sup> de cedro y oro  
Pronunció el Almocrí <sup>13</sup> con voz pausada.

Abundantes limosnas repartieron,  
Cuando se terminaron las plegarias,  
A hospitales, hospicios y prisiones,  
A doncellas, á huérfanas y á ancianas.

Y con toda la ilustre comitiva  
La mezquita dejaron, y la marcha  
Dirigieron gozosos á la Almunia,  
Do con su corte Hixcen los esperaba;

Pues aunque nunca los palacios deja  
Y encantados jardines de Zahara,  
Las riendas del gobierno abandonando  
De su valido al zelo y mano sabia;

Para mostrar de su favor lo firme,  
Y la tierna amistad que le consagra,  
Quiere á la boda y al nupcial banquete  
Con su presencia dar mas lustre y fama.



En medio de espaciosas alamedas  
Guadalquivir en sus risueñas aguas  
De la Almunia el magnífico palacio  
Como en luciente espejo retrataba,

Donde en un gran salon, cuya techumbre,  
De oro cubierta y de labores varias,  
En cien columnas de lustroso mármol  
Con ricos capiteles descansaba,

Cuyos frisos, recuadros y cornisas  
En esmaltes lucientes adornaban  
Sentencias del Coran, y cuyo suelo  
Era bruñidos jaspes de Granada;

A los tiernos esposos y á los padres  
Recibe grato el cordobes monarca :  
Tiende á Almanzor la mano, á Omar saluda,  
Y á Abdimelik y á Habiba afable abraza :

Y del regio turbante desprendiendo  
Magnífico joyel, do se encerraba  
De gran virtud un talisman antiguo,  
A la modesta novia lo regala.

Ante el soberbio pórtico anchuroso  
Un cuadrado jardin, al que cercaba  
Verja de limpio bronce, se estendía,  
Todo alfombrado de olorosas plantas;

Donde, entre cuatro sonoras fuentes,  
Que en conchas de alabastro recobraban  
Los copiosos raudales que esparcían,  
Iris formando por las frescas auras,

A la sombra de un toldo delicado  
De leve seda de color de grana,  
En tapetes y alfombras levantinas  
El soberbio festin dispuesto estaba.

En él ocupa el preeminente puesto  
Hixcen el poderoso : seis esclavas  
Sobre él suspenden el soberbio palio,  
Que en seis varales de marfil descansa ;

Y á ambas partes dos niños berberiscos,  
En pebeteros de bruñida plata,  
Queman preciosos bálsamos de Persia,  
Y perfumes suavísimos de Arabia.

Tomán asiento á un lado y otro lado,  
De brocado en costosas almohadas,  
Los esposos, los padres, las doncellas,  
Los mancebos también, las nobles damas,

Y los Amires <sup>14</sup>, y Giafar con ellos,  
De Córdoba Wacir <sup>15</sup>, del regio alcázar  
Supremo alcaide, y padre de Kerima,  
Del coro de doncellas capitana.

Allí el jóven Zeir tambien se asienta,  
A quien por su señor Túnez aclama;  
Con todos los excelsos personajes  
Que al cordobes imperio lustre daban;

Y miéntras los esclavos les presentan,  
En fuentes de oro y de cristal en tazas,  
Los manjares y frutas exquisitas,  
Licores y conservas delicadas;

Los ilustres ingenios la alta gloria  
De Hixcen en nobles versos celebraban,  
De Almanzor y de Omar justos loores.  
A la excelsa virtud y á las hazañas;

Y la beldad de la modesta Habiba,  
De Abdimelik la venturosa llama,  
El poder celestial de la hermosura,  
Y del feliz amor las alabanzas.

Allí cantaste tú, morisco Homero,  
Jusef-Aben-Harum, al son del arpa;  
Tú, cuyo claro ingenio immortalizan  
Ambos poemas *de la guerra y caza*.

Asunto de tu canto los amores  
Fueron de Halewa hermosa, y tus desgracias,  
Y lágrimas piadosas arrancaste,  
Y lágrimas vertiste al recordarlas.

Tambien Aben-Isá, que en el oriente  
Consiguó por su verso ilustre fama,  
Y Alhasan, y Albuquer allí cantaron,  
Y Lobna bella, y el anciano Obada <sup>16</sup>.

En los bosques, praderas y jardines  
Mesas cubiertas de manjares hallan  
El pueblo, los cautivos, los esclavos,  
Los monteros del rey, su noble guardia.

Y hierva entre los árboles y florès  
La inmensa muchedumbre; y por el aura  
Cunde la voz del popular contento  
Al confuso rumor de orquestas varias.

Cubren el rio y su cristal esconden,  
Con toldos y vistosas enramadas,  
Y flámulas de seda y gallardetes,  
Lijeros botes y movibles barcas.

Desierta quedó Córdoba aquel dia,  
Y en silencio sus calles y sus plazas,  
Que en los jardines plácidos de Almunia  
Toda su poblacion gozosa estaba.

El sol, á su pesar, siguiendo el curso  
Que el dedo omnipotente le señala,  
Se hundió en el mar atlántico, y la luna  
En todo su esplendor suplió la falta.

Acabado el banquete se cubrieron  
Los cuatro frentes del inmenso alcázar,  
Y del parque las verjas, y del bosque  
Los árboles de ardientes luminarias.

Y en tropel ordenado comenzaron  
Por todos lados bulliciosas danzas,  
Donde clases y nombres confundidos,  
Todo era regocijo y algazara.



Tenaz dolor en tanto, horribles penas  
Del Huérfano infeliz rompen el alma,  
Las fiestas y la pompa de aquel día  
Aumentando el rigor de sus desgracias;

Pues corazones míseros que esconden  
Una profunda y dolorosa llaga,  
Sienten mas el rigor de sus latidos,  
Cuando á los otros el placer exalta.

Jamas con tal vehemencia en su memoria  
De Zahira las últimas palabras  
Reproducidas vió, nunca su pecho  
Sintió mas la horfandad desconsolada.

Entre el bullicio popular se encuentra  
En un desierto, y sin objeto vaga  
Por aquellos jardines espaciosos  
Entre la multitud regocijada.

Ni oye de las orquestas la dulzura,  
Ni bailes ve, ni mira luminarias,  
Ni busca á sus amigos: mudo y solo,  
Pausado gira con incierta planta.

Piensa en su origen degradado, oscuro,  
Piensa en Zahir, y piensa en que le llama  
Un terrible destino, mas terrible  
Por el misterio que le encubre y guarda ;

Pero piensa tambien en la belleza,  
Lozana juventud, modestia y gracias  
Que adornan á Kerima, y en su seno  
Siente una conmocion que le acobarda.

De Zaide al lado, en solitarios bosques,  
Entregado al estudio y á la caza,  
O pensativo siempre y retirado  
De Almanzor en lo interno del alcázar,

Es la primera vez que al mundo sale ;  
Y ni la regia fiesta, ni las galas,  
Ni el espléndido lujo y aparato,  
Ni la augusta presencia del monarca

Llamaron su atención : Kerima solo  
En el banquete su atención fijara,  
Y ella no mas en tan variado día  
Fué de sus pensamientos soberana.

Mira cual crimen el haber dejado  
Tantas horas su origen y desgracias  
En hondo olvido, y por cerrar su pecho  
A toda otra impresion, suda y trabaja.

Vanos esfuerzos!..... sí, le ocupa todo  
Ya de Kerima la beldad gallarda;  
Reconócelo el triste confundido,  
Y de su propio corazon se espanta.

Piensa ver, desdichado! que la sombra  
De Zahira le sigue y amenaza,  
Y que en torno le acosan y rodean  
Espantosos espectros y fantasmas.

La espalda apoya á un solitario tronco,  
Falto de fuerzas en tan gran borrasca,  
Los brazos contra el pecho ahogado cruza,  
La frente inclina, y consternado calla.



Almanzor, que benigno y despojado  
 Del aparato y gravedad, andaba  
 Acalorando entre el gozoso pueblo  
 El general contento, cerca pasa.

En tan triste actitud junto á aquel tronco  
 Descubre acaso al Huérfano, se pára,  
 Y se acerca; y asiéndole la mano,  
 Cariñoso le dice estas palabras :

“ ¿Qué es esto, capitan de los donceles?...  
 Flor de la juventud, ¿ por qué no bailas?...  
 Ven, yo te buscaré tal compañera,  
 Que no te pese, y que me des las gracias. ”

Y al traves de confusa muchedumbre,  
 Sin esperar respuesta, le arrebatá  
 A un risueño verjel, donde reunido  
 Lo mas ilustre de la corte estaba.

Allí Kerima con Giafar su padre  
 En asiento de mármol descansaba,  
 Y el mancebo Zeir tambien con ella,  
 Que en aquel punto de danzar acaban.

Y dícele Almanzor : “ Bella Kerima,  
 “ De las nobles doncellas capitana,  
 “ Con este capitan de los donceles  
 “ Debes lucir tu gentileza y gracia. ”

“ Sal, y baila con él, que mas gallardo  
 “ Compañero es difícil que encontraras. ”

Giafar en Almanzor y en aquel jóven  
 Ojos que anuncian la sorpresa, clava :

Los suyos honestísimos al suelo  
 La modesta Kerima humilde baja,  
 Y de Zeir en el semblante brillan  
 Confusa turbacion, oculta saña.

Sonríese Almanzor, y persistiendo  
 En que mire Kerima al jóven grata,  
 Ase del brazo á la gentil doncella,  
 Y con un suave impulso la levanta.

Los Amires é ilustres caballeros,  
 Y las matronas y las nobles damas  
 En rededor se agolpan, deseosos  
 De ver una pareja tan galana.

Pocos conocen al garzon gallardo,  
 Que á sí ha llamado toda la jornada  
 La atencion general; y la pregunta  
 De *quién es?* sin respuesta en torno vaga;

Pues los que le conocen, no ignorando  
 Su origen y el favor del Hagib, callan:  
 Solo Giafar á pronunciar se atreve,  
*Un expósito vil*, aunque en voz baja.

Pero Almanzor confúndele al momento,  
 Mirándole con ojos como brasas,  
 Y diciendo en voz alta y firme á todos :  
 “ No hay mas que preguntar; este es MUDARRA.”

Tal era el nombre pues de aquel mancebo  
 Que ya los ojos del concurso encanta,  
 Viéndole al lado ilustre de Kerima,  
 Diosa de la belleza y de la gracia.

Pronto al son de los suaves instrumentos  
 Los tiernos brazos con modestia enlazan,  
 Y al compas de los crótalos sonoros  
 Airosos mueven lá lijera planta.

Almanzor, que embebido los contempla,  
 Dice á Giafar : “ Qué copia tan gallarda!....  
 “ Parece que el destino venturoso  
 “ Para unirlos por siempre, los formara. ”

Tembló el feroz Giafar, desconcertado  
 Del Hagib Almanzor á las palabras,  
 Como quien ve á sus piés horrenda sima  
 Del súbito relámpago á la llama;

Mas del Hagib temiendo el poderío,  
 Se esfuerza en ocultar su pasmo y rabia,  
 Y aumenta el odio que al gallardo jóven  
 Tiene hace tiempo, sin saber la causa.

¡Cuán distintos afectos entre tanto  
En la gentil pareja dominaban !  
A Kerima un afan desconocido  
Le agita el pecho, -le conmueve el alma ;

Y el Huérfano, al asir la mano hermosa,  
De cerca al contemplar belleza tanta,  
Y al enlazar con trémulos brazos  
El talle peregrino, se abrasaba.

El compas de la música perdieron,  
Se encontraron sus ojos veces varias,  
Amor encadenó sus corazones,  
Sonó alto aplauso, concluyó la danza,

Y recibiendo elogios lisonjeros,  
Con grande turbacion ambos se apartan :  
Volvió Kerima al lado de su padre,  
Y al lado de Almanzor volvió Mudarra.

Seis dias prosiguieron los convites,  
Bailes, festejos, músicas y zambras,  
Seis dias que pasaron tan veloces  
Como los de placeres siempre pasan.

Durante todos ellos de Kerima  
El Expósito ilustre al lado estaba,  
Y ambos nutrieron en sus almas puras  
De una ciega pasion la ardiente llama.



Para dar fin á tan famosas fiestas  
 Dispúsose de Córdoba en la plaza,  
 Celebrando la union de los esposos,  
 Una corrida de sortija y cañas;

Y cuando el sol en el zenit brillando  
 De luz torrentes á la tierra daba,  
 El ronco son de trompas y clarines  
 Cundió de el suelo hasta las nubes altas,

Llamando á la confusa muchedumbre,  
 Que en sordo estruendo se agolpó á las gradas;  
 Y las damas de cuenta y personajes  
 Ocuparon balcones y barandas.

En el mas eminente, engalanado  
 Con pabellones de risueña grana,  
 Cordonajes y fluecos de oro y seda,  
 Y estrado de orientales almohadas,

Los dos esposos, Almanzor con ellos,  
 Y Omar, cubiertos de costosas galas,  
 Gíafar con su Kerima, y lo mas noble  
 De la corte de Hixcen asientos hallan.

Por ilustres mancebos, que aun no habían  
Estrenado su pecho en las batallas,  
Se dispuso la fiesta, demostrarse  
Diestros ansiando en manejar las armas.

Divididos están en dos cuadrillas,  
Y un jefe cada cual gobierna y manda:  
Era jefe Zeir de la primera,  
Jefe de la segunda era Mudarra.

De rojo y amarillo, y con penachos  
Hechos de rojas flores de granada,  
Los que obedecen á Zeir, se muestran  
Sobre revueltas yeguas africanas.

Bajo los alquiceles llevan cotas  
De hojas sutiles de bruñida plata,  
Y de su cabo la amorosa empresa  
Con esmalte esculpida en las adargas :

Era un sol en zenit resplandeciente,  
Y un águila que en él la vista clava,  
Y en derredor este arrogante mote :  
*¿ Quién dónde miro yo, mirar osara ?*

De verde y de morado va vestida  
La cuadrilla del huérfano Mudarra,  
Y son flores de adelfa los penachos,  
Y las ceñidas cotas pavonadas.

En cordobeses potros alazanes,  
Que en la arena pausados el pié estampan,  
Llevan todos conformes las empresas  
Con el jóven caudillo que los manda

Es una oscura y borrascosa noche  
Con un lucero que su horror aclara,  
Y ¡ *Ojalá que su luz la niebla rompa!*  
La letra que relumbra en las adargas.

Al son de belicosos instrumentos,  
Por partes diferentes en la plaza  
Entran ambas cuadrillas, y el aplauso  
Y el rumor popular asorda el aura.

Júntanse en la mitad del ancho espacio,  
Al balconaje en que Almanzor estaba,  
Hacen la reverencia, y en seguida  
Dan tres vueltas en torno á la estacada.

Al compas de las trompas y atabales  
Mézclanse ambas cuadrillas y se enlazan,  
Y una marcial escaramuza enredan,  
Y mil figuras de vistosa danza.

Ora forman un círculo estendido  
Al pausado galope, ora se apartan,  
O se embisten, y prestos retroceden,  
O ya de dos en dos á escape pasan;

Mostrando ajilidad y gentileza,  
Y cómo los caballos avasallan,  
Que obedientes al freno y acicate,  
Corren, se empinan, se revuelven, paran:

Descollando entre todos los mancebos  
Por su destreza y su beldad Mudarra,  
Que la atención del pueblo numeroso  
Roba, y los ojos del concurso encanta.

—Un muro artificial á un lado había  
De firmes trabes y de gruesas tablas,  
Y enfrente ambas cuadrillas se ordenaron,  
Armadas ya de ponderosas lanzas.

A ejemplo de sus cabos los ginetes  
En los grandes estribos se levantan,  
Echan el brazo atrás con gallardía,  
A sacudir los fresnos se preparan;

Y dando un grito agudo, á un tiempo mismo  
Todos las picas con esfuerzo lanzan,  
Que el viento como aristas penetrando,  
Dan contra la fortísima muralla.

Otras en pos despiden, y otras luego,  
Y las agudas puntas aceradas  
Hacen temblar la máquina, la rompen,  
Y los gruesos tablones desencajan

Brazo ninguno con tan alto brio  
Suelto sacude las fornidas lanzas,  
Ni mano alguna el blando freno rige,  
Como el brazo y la mano de Mudarra.

Cuantas picas arroja, rehilando  
Destrozan y atraviesan gruesas tablas,  
Y si un duro pilar acaso topan,  
Los penetrantes hierros lo traspasan.

El muro viene á tierra derribado  
Cubriéndose de astillas la ancha plaza :  
Así la mies opima desaparece,  
Si el granizo la embiste y la anonada.

De esclavos un tropel y de cautivos  
Con gran presteza los despojos saca,  
Y con agudos dardos los mancebos  
Se acometen y hieren las adargas ;

Y luego uno con uno se encontraron  
En vez de picas con ligeras cañas,  
Que al herir en los petos y paveses,  
En menudos pedazos se quebrantan.

Ya el sol al occidente descendía,  
Y para fin de la marcial jornada,  
A correr la sortija ambos caudillos,  
Mudando de caballo, se preparan.



En una flecha, cuyo agudo hierro  
A un erguido pilar clavado estaba,  
Sendos anillos de diamante penden,  
Cada cual en la punta de una banda.

Las dos cuadrillas á una y otra parte,  
Dejando el campo libre, se separan ;  
Y el primero Zeir empuña altivo  
Una delgada y primorosa lanza.

En un overo de tendidas crines,  
Que apénas cabe en la anchurosa plaza,  
La rienda floja, el acicate á punto,  
La pica en ristre, á la sortija marcha ;

Y mas veloz que el mismo pensamiento,  
Y seguro del triunfo, se abalanza ;  
Pero en la flecha con la punta, toca,  
No en la sortija, y desairado pasa.

Revuelve lleno de vergüenza y furia,  
Rompiéndole al overo las ijadas,  
Y otra vez yerra el golpe, porqué el brazo  
Iba temblando de despecho y rabia.

Por la tercera vez la suerte intenta,  
Y la yerra tambien. En tierra clava  
Con gran furor la reformida pica,  
Se da en la roja frente una palmada,

Da injustos sofrenazos al caballo,  
En cuya sangre el acicate baña,  
Y sin mas esperar, á toda rienda  
Corrido se salió de la estacada.

El numeroso pueblo de él no cura,  
Teniendo ya los ojos en Mudarra,  
Que sale á ver si acaso es mas dichoso,  
En una yegua como nieve blanca.

Recorre en un galope sosegado  
Y con gran timidez la extensa plaza :  
Hondo silencio en el concurso reina,  
Que inmóvil verle triunfador aguarda ;

Y cuando llega enfrente á la sortija,  
Pica la yegua leve como el aura,  
Que cual la vista rápida parece  
Que no toca la arena con la planta.

Pero el ginete á fuerza de cuidado  
Lleva la punta de la pica baja,  
Y aunque va firme el puño en la arandela,  
Deja atras la sortija, y no la ensarta.

El Hagib Almanzor muestra disgusto,  
Giafar lo mira con sonrisa amarga,  
Demúdase Kerima, el gran gentío  
Manifiesta inquietud ; mas todos callan.

El garzon sin turbarse, de la yegua  
El grueso cuello y crespa crin halaga ;  
La rienda acorta, afirma los estribos,  
Atras el capellar airoso aparta,

Y con los ojos fijos en la prenda,  
Y la mano en el cuello de la lanza,  
Con despejo y con noble gallardía,  
A escape y sin temor de nuevo arranca.

La acicalada punta en el anillo  
Introduce, y tras sí gallardo saca,  
Hendiendo el aire y dándole vislumbres,  
Cual leve exhalacion, la rica banda.

Un grito de placer en torno suena ;  
El Hagib del balcon el cuerpo saca ;  
Sin pensarlo Giafar (aunque al momento  
Se arrepiente y se enoja) *bravo !* exclama :

El corazon palpita de Kerima,  
Púrpura ardiente su semblante esmalta,  
Y va á aplaudir ; pero la accion suspende,  
Y los ojos temblando al suelo baja.

— Por competencias de poder y mando,  
 Con la familia de Zeir estaba  
 Desabrido Almanzor, y ve gozoso  
 Su orgullosa altiveza desairada.

Ensalzar quiere al Huérfano, y honrarle,  
 Y resuelto prorumpe en voces altas :  
 “ Giafar, dar algun premio es necesario.  
 “ Al que es tan diestro en manejar la lanza.”

“ Venga á nuestro balcon, y de su cuello  
 “ Colguemos esta corva cimitarra.”  
 Dijo, y la suya se quitó, la suya,  
 Par casi al Zualfaker <sup>17</sup> en gloria y fama.

Giafar con gran frialdad, “Ambas cuadrillas,”  
 Dice, “ han ganado prez en esta plaza :  
 “ Si vos premiáis al jefe de la una,  
 “ Yo al otro premiaré.” De estas palabras.

No hizo caso Almanzor : en el momento  
 Que el jóven suba á su presencia manda ;  
 Y la prenda del triunfo atada al brazo,  
 Tímido en el balcon entró Mudarra.

De pié los personajes le reciben,  
 El Hagib Almanzor tierno le abraza,  
 Y va á echarle en el cuello el talabarte  
 De que pende la rica cimitarra ;

Mas lo suspende, y á Kerima dice :  
“ La dicha y la destreza de las armas  
“ De la beldad tan solo por la mano  
“ Deben, señora, ser recompensadas ;”

Y en las de la hermosísima doncella  
El rico alfanje pone. Demudada,  
Los ojos ella vuelve acia su padre,  
Cuyo semblante enciende horrenda rabia,

Y de rubor cubiertas las mejillas.  
De gozo y miedo el corazon, turbada,  
Al mancebo, que tiembla palpitante,  
Entrega el premio con modesta gracia.

Que el jóven á sus piés la banda ponga,  
Todos, y aun Almanzor, acaso aguardan ;  
Mas no la puso, que á distinto objeto,  
Desde que la ganó, la destinara.

Tornó el alegre pueblo á sus hogares,  
Almanzor con el Huérfano á su alcázar,  
Y Giafar á Zeir por premio envía  
Un arco persa con su rica aljaba.

Kerima en su magnífico aposento  
Entre confusos pensamientos vaga :  
Ya amor su corazón enseñorea,  
Y ella aun lo ignora, aunque en amor se abrasa.

La fiesta popular, la augusta boda,  
Los banquetes, las músicas, las danzas,  
El concurso, y los lances del torneo,  
Todo en su mente revolando pasa ;

Mas siempre en ella, entre el tropel confuso  
De recuerdos sin fin, mira á Mudarra,  
Que es el blanco de todas sus ideas,  
Que es el anhelo solo de su alma.

Ya la anciana nodriza de sus brazos,  
De su frente y blanquísima garganta,  
Besando cariñosa sus mejillas,  
Las espléndidas joyas le desata ;

Y al verla tan suspensa, se sonrío,  
Y con malicia, de su edad no extraña,  
“Ay, Kerima!” le dice, “¿ de las fiestas  
“Vuelves tan pensativa y tan turbada ?”....

“Hija de mi cariño !.... qué te aflige ?....  
Tu tierno corazón conmigo ensancha.  
¿ Has por ventura visto á otra doncella  
Mas ricas joyas ó mejores galas ?”....

“ Mas beldad no es posible, pues tú eres  
La rosa de oro y el cipres de plata  
Del imperio andaluz... Y en la riqueza,  
En perlas y almaizares ¿quién te iguala? ”....

“ No respondes?... De fiestas y torneos,  
Y de banquetes públicos se saca....  
Cansancio.... nada mas.... En otros tiempos  
Mayor recogimiento se estilaba.”

“ Cuando Alhaken, cuando Alhaken vivía,  
Una ilustre doncella no pisaba  
Jamás la calle.... siempre en sus jardines....  
Siempre.... mas todo en este mundo cambia...”

“ Matar infieles era el solo empleo  
De nuestros buenos padres ... sí... ¡Mal haya  
Quien inventó las justas y festines,  
Las músicas, los versos y las zambras!”

La inocente Kerima con zozobra  
Oye de su nodriza las palabras,  
Y tiembla silenciosa, rezelando  
Que encubre mal lo que en su pecho guarda.

En un baño de pórvido recuesta  
El cuerpo hermoso, y olorosas aguas,  
De regalado temple, refrigerio  
Dan á sus blancas formas delicadas.

Ya sus oscuras prolongadas trenzas  
Deshacen con primor diestras esclavas,  
Y las recogen en lijera toca,  
Y en aceite de rosa las empapan.

En femenil curiosidad ardiendo  
Todas, la ostigan con preguntas varias,  
Y quieren que les cuente de la boda  
Hasta las mas pequeñas circunstancias;

Y los varios colores y divisas;  
Quién lució en la corrida de las cañas,  
Y con quién ha danzado, y cuáles fueron  
Las mas vistosas y elegantes galas.

Ella responde á todo, y nombra á todos  
Los que en aquellas fiestas se encontraran;  
Pero por que su rostro no la venda,  
Evita siempre el nombre de Mudarra.

Queda sola en su lecho, y la dulzura  
Del sueño bienhechor inquieta aguarda:  
Ay! sus enamorados pensamientos  
De sus ojos lo ahuyentan y separan.

“Quién este jóven es? — Dendo, no hay duda,  
Del insigne Almanzor. — Mas ¿qué palabras  
De tósigo mortal entre los labios  
De mi padre escuché?... Por qué su saña? ...”

“ *Expósito infeliz!!!... huérfano infame!!!...*”

No lo dijo por él.... Su ilustre alma  
Brilla en su faz, su estirpe generosa  
En su disposición noble y gallarda.”

“ Y ¿á quién, á quién el venturoso jóven  
“ La prenda que ganó, cielos ! consagra ?” ....  
Así dice entre sí, y acerbo llanto  
De sus ojos bellísimos derrama.

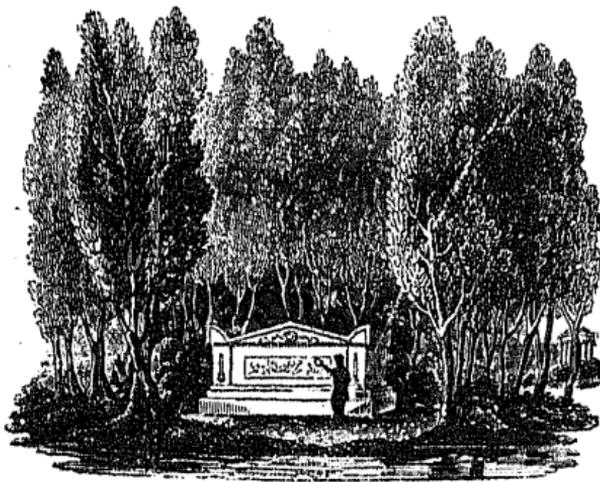
Infeliz!.... infeliz!.... su tierno pecho  
Apénas siente del amor la llama,  
Y la horrible ponzoña de los zelos  
Ejercita ya en él su ardiente rabia.

¡ Cómo se ofusca, cuánto desvaría  
Una imaginacion acalorada!  
¡ Y cuánto el noble pecho de Kerima  
Aplaudiera el intento de Mudarra!

Pues luego que tendió tranquila noche  
Su manto oscuro por la tierra opaca,  
Al rayo hermoso de naciente luna,  
Que entre celajes plácidos se alzaba,

Dirigió el jóven con plausible anhelo  
Al sacro bosque la piadosa planta,  
Donde la sepultura de Zahira  
Entre cipreses lúgubres estaba ;

Y de un lauro lozano que sobre ella,  
Cual rústico dosel, frondosas ramas  
Estendía, con lágrimas los ojos,  
Colgó el anillo y enlazó la banda.



## ROMANCE SEGUNDO.

---

Funestos y altos cipreses,  
Frondosas y verdes hayas  
Cercan un campo cubierto  
De abrojos y yerba larga :  
En medio estaba un sepulcro.

.....  
La noche estaba en su filo,  
Fria, medrosa y helada,  
Y la siniestra corneja  
Hecha centinela y guarda,  
Cuando al rayo de la luna,  
Que bajaba entre las ramas,  
Vi salir un bulto negro.

*Romance antiguo.*

GIAFAR, en cuyos ojos centellea  
Siniestra lumbre de terrible agüero,  
Cuyo vigor los años no enflaquecen,  
Ni calman los furores de su pecho,

Dado á la caza y ejercicios duros,  
Y de la corte docto en los manejos ;  
Es por sangre, riqueza y poderío  
La persona segunda del imperio.

Alguna vez ha sido la primera,  
De Hagib desempeñando el cargo excelso  
En tiempo de Alhaken, y aun vivos duran  
De época tan terrible los recuerdos.

Dígalo el Almagreb, que osó hasta el trono  
Alzar desesperado sus lamentos ;  
Y torrentes de sangre lo inundaron,  
Y tronchadas cabezas lo cubrieron.

Los cristianos pacíficos lo digan  
Sometidos al árabe gobierno,  
A quienes de Giafar el fanatismo  
Cargó de oprobio, de miseria y hierros :

Dígalo el reino todo, de cádalsos  
Y de bárbaras cárceles cubierto ;  
Dígalo en fin España, que ni un día  
De bienhechora paz gozó el consuelo.

Azote de su siglo, y detestado  
De su patria y de todo el universo,  
Se sostuvo en el mando y poderío,  
Y en el favor del rey por algun tiempo ;

Pues hipócrita astuto aparentando  
Por la ley musulmana ardiente zelo,  
Tuvo en los Alimanes y Alfaquíes <sup>18</sup>  
Apoyo firme y partidarios ciegos.

Sus riquezas tambien y la fortuna,  
Que coronó constante sus esfuerzos  
Con continuas victorias, le ayudaron,  
Y en el primer lugar le mantuvieron.

Conservaba de Hagib el alto cargo,  
Cuando jóven Hixcen empuñó el cetro;  
Mas desplomóse al cabo su grandeza  
Como abrumada de su propio peso.

Al frente de las huestes musulmanas  
Taló del Tórmes, del Arlanza y Duero  
Los fértiles contornos, exterminio,  
Muertes y esclavitud dejando en ellos :

Incendió villas, arrasó palacios,  
Destruyó fortalezas, y de miedo  
Temblaron Leon y Búrgos, cuyas torres  
De un mar de sangre los escollos fueron.

El poder de Castilla derribado  
Quedó; su conde en la batalla muerto,  
Y el monarca leones de las Astúrias  
Buscando asilo en los peñascos yertos.

Rico de gloria y rico de despojos,  
Si no saciado de matar su pecho,  
Y gozoso de ver seis mil cautivos  
Seguir sus huellas entre duros hierros;

Giafar ufano á Córdoba volvía,  
Sus sienes á ceñir de lauro eterno,  
A afirmar con tal triunfo el alto mando,  
Y á hollar el orbe, á su ambicion estrecho.

Alá empero lo quiso de otro modo :  
Un castellano, insigne caballero,  
Por vengar á su patria ó lograr muerte,  
Pues la muerte es mejor que el vituperio ;

De pocos, aunque buenos, ayudado,  
Le alcanzó en Guadarrama ; y sorprendiendo  
Al musulmico campo, parecía  
Rayo de las venganzas del Eterno.

Las cordobesas numerosas haces,  
Que cuando dejan el poder deshecho  
De los cristianos, y detras la muerte,  
Y lagunas de sangre, y campos yermos,

Del alba á los escasos resplandores  
Se ven acometer con tal denuedo ;  
Pásmanse, y en desórden se amontonan,  
Dudosas del peligro y del remedio.

Con la codicia de guardar la presa,  
Lo fragoso del áspero terreno,  
Y la gran muchedumbre de cautivos,  
Crecen la confusion y desaliento ;

Miéntras el valeroso castellano,  
La lanza en ristre y del broquel cubierto,  
Acomete, destroza y atropella,  
Cual onza entre los tímidos corderos.

Solo un valiente Amir osa atrevido  
Al héroe contrastar, y su desnudo  
En duda pone un rato la victoria,  
Con fuerte diestra y con gallardo esfuerzo;

Mas derribado al fin, nada resiste  
Al cristiano escuadron, aunque pequeño,  
Pues derrama en el campo el exterminio  
Que en mies tostada devorante el fuego.

Giafar, ardiendo en rabia, intenta en vano  
Sus huestes ordenar : con ronco acento  
Llama á sus capitanes, y sus voces  
Solo acrecientan el confuso estruendo.

Corriendo á un lado y otro, donde quiera  
Desaliento y terror ve, y vano ensueño  
Le parece el combate, ó que fantasmas  
Que la tierra abortó, son los guerreros.

En tanto los cautivos, que conocen  
Al héroe triunfador, rompen los hierros,  
Y con las armas que el furor les presta,  
Cargan á los turbados sarracenos.

El numeroso ejército, que altivo,  
Ufano, rico, vencedor, soberbio,  
Cantaba alegres himnos de victoria,  
Hollando ya en seguro el patrio suelo;

Despareció como las nubes densas,  
Que están la esfera toda oscureciendo,  
Se rompen, vuelan, se deshacen, huyen  
Al repentino aparecer del cierzo.

Quién busca las fragosas espesuras  
Por salvar el botín; cuál, como el viento,  
Destrozando al caballo los ijares,  
En cercano castillo busca puerto.

El que osa resistir, la muerte encuentra,  
Que al fugitivo alcanza, y bajo el peso  
Infame del tesoro, furibunda  
Da al codicioso el merecido premio.

Giasar, que desplomarse ve su gloria,  
Que para sostenerla sus esfuerzos  
En vano son, y que tan corta hueste  
Le roba tantos lauros y trofeos;

Corre furioso en contra del caudillo  
Del cristiano escuadrón, y de su pecho,  
Encendido volcán, lanzan los ojos  
Aterradores el terrible fuego.

Aun espera deber solo á su brazo  
Dulce venganza, cuando no remedio,  
Y sostener su gloria por sí solo,  
U honrada muerte conseguir al ménos ;

Mas, ay! que la fortuna caprichosa  
La espalda y rostro con desden le ha vuelto,  
Y con la pica poderosa en ristre  
Le espera el castellano caballero,

Que en tierra le derriba, y le abandona,  
O por no conocerle, ó por desprecio.  
Llama luego á los suyos, y la turba  
De rescatados con presura uniendo,

Vencedor se retira y orgulloso  
Del campo de cadáveres cubierto :  
De la fé y de Castilla restaurada  
La gloria, y de venganza satisfecho.



De tal desastre á Córdoba la nueva  
Llegó en las alas rápidas del viento,  
Y de luto, dolor, llanto, amargura  
Llenó, y de asombro el andaluz imperio.

Los enemigos de Giafar se alzaron  
En contra suya sin tenerle miedo,  
Se esforzaron sin fruto sus parciales,  
Y fué de maldicion su nombre objeto.

La sultana Sabeya, madre altiva  
De Hixcen, que siempre con disgusto y ceño  
Miró á Giafar, gozóse en su infortunio,  
Que le precipitó del alto puesto ;

Pues cuando enfermo, herido, despechado,  
En sed de sangre y de venganza ardiendo,  
Del poderoso ejército perdido  
Con miserables y afrentados restos,

A Córdoba volvió; de Hagib el cargo,  
De Hixcen la gracia y el amor del pueblo  
Disfrutaba Almanzor, y hermosos dias  
De justicia y saber amanecieron.

Giafar en vano desplegó sus artes,  
Apeló al disimulo sin efecto,  
Apénas encontró con partidarios,  
Sin resultado usó de sus manejos ;

Y en una torre suya, que entre bosques  
Incultos dominaba un campo yermo,  
(Que hoy Campo-bajo llaman, y aun existen  
De ella, en la altura, fulminados restos)

Se refugió, de su ambicion burlada  
A consumirse en el insano fuego ;  
O mas bien á trazar planes astutos  
Para al mando y favor tornar de nuevo.

Muy pronto sus riquezas y su sangre,  
Su antigua gloria y el influjo inmenso  
De Ulemas, Alimanes y Alfaquíes,  
Su fina astucia y religioso zelo,

Le procuraron el segundo cargo  
En' honra y en poder, que era el gobierno  
De la ciudad de Córdoba, reunido  
Con la alcaidía del alcázar regio ;

Y cuando á alguna expedicion guerrera,  
O á correr las provincias del imperio  
Se alejaba Almanzor, él de la corte  
Tomaba el mando con poder supremo.

¡Épocas siempre de rigor y espanto!....  
Al partir Almanzor quedaba el pueblo,  
Que padre y gloria suya le aclamaba,  
En silencioso afan y en desconsuelo ;

Como al hundirse el sol en el ocaso,  
Queda en el ancho mar el marinero,  
Que ve en oriente el manto de la noche  
De espesas nubes y borrascas lleno.



Tuvo hijos diferentes ; mas gozarlos  
Nunca le concedió sañudo el cielo,  
Y en la tranquila cuna muerte airada  
Cebó su diente destructor en ellos.

Kerima sola fué mas venturosa,  
( Si es que quedar en este mundo es serlo )  
Tal vez porqué en su madre desdichada  
Se embotó de Azrael el crudo hierro.

Giafar nunca olvidando su derrota,  
Aunque ya de venganza satisfecho  
Debiera estar y de inocente sangre,  
Profesa á los cristianos odio eterno :

Cuantas veces tornaba al alto mando  
Lo demostraba con atroces hechos,  
Y era de los mozárabes <sup>10</sup> azote,  
Horrorosas violencias ejerciendo.

De esta mísera stirpe honra, fortuna,  
Libertad, vida, todo era el objeto  
De la venganza audaz de tal contrario,  
De su codicia, rabia y desenfreno.

Entre inocentes tantas que á la furia  
Del terrible Giafar víctimas fueron,  
Lo fué Gala infeliz, tierna doncella  
A quien dió por su mal belleza el cielo.

Tranquilo y en oscura medianía,  
Del fausto y pompa cortesana léjos,  
El mozárabe Egidio disfrutaba  
La edad madura en el hogar paterno.

De una antigua familia ilustre y goda  
Era este anciano el vástago postrero :  
Su esposa ya tambien de los sepulcros  
La quietud disfrutaba y el silencio.

En prácticas cristianas embebido,  
Y en educar con afanoso esmero  
En la fe y la virtud á su hija Gala,  
Hija que sola concedióle el cielo ;

Gozaba en paz de venturosos dias,  
Solo con ella en retirado albergó,  
De la filial ternura coronado,  
Del corazón de Gala satisfecho ;

Cuando al volver en una tarde aciaga  
De un campo suyo, que el feliz sustento  
Le tributaba con opimos frutos,  
Producto de su afán y su desvelo ;

Se halló desierta la tranquila estancia,  
Los muebles derribados y deshechos,  
Robado el ajuar, y, ay! sin la prenda,  
De su amor fruto, de su edad consuelo.

Desdichado!.... qué golpe!.... Como loco  
Giró por la ciudad; y conociendo  
Cuál era su desastre, y que justicia  
Solo podía esperar del alto cielo,

Incendió su heredad y humilde casa,  
Destruyó sus ganados y su apero,  
Y desapareció de Andalucía,  
De su infortunio y de sí mismo huyendo.

Giafar fué el forzador, Giafar tirano  
Con tropa audaz de foragidos siervos,  
Robó la hija del honrado Egidio,  
Y á su palacio la arrastró violento.

En él ántes de un año hundióse Gala,  
Dando á Kerima á luz, en sueño eterno;  
Aterrada sin duda la infelice  
De ver la sucesion de un monstruo horrendo.



De padre tan feroz muy diferente  
Salió la tierna niña, en quien el cielo  
A manos llenas derramó los dones  
De belleza y virtud, gracia y talento.

Sus ojos eran encendidos soles,  
Pero templados de pudor modesto,  
Y sus negras pestañas daban sombra  
A un rostro de jazmin y rosas hecho.

Nieve era su garganta, y alabastro  
Los tiernos brazos y el sensible seno,  
Gentil su talla, estrecha su cintura,  
Breve la planta y torneado el cuerpo.

No la hermosa azucena mas lozana  
La blanca frente y el erguido cuello,  
Reina de los jardines, alza en mayo,  
De la risueña aurora á los destellos ;

No mas gentil orillas del arroyo,  
Precursor de las flores, el almendro  
Se mece ufano en tarde sosegada,  
De las auras de abril al blando aliento.

Mas á tanta beldad y gallardía  
El candor, la inocencia y el ingenio  
Ganan la palma en la gentil doncella,  
Cautivando las almas y los pechos.

Su compasion benéfica merece  
Despertar de Zahira los recuerdos,  
Y con ella encantado acaso olvida  
Al feroz padre agradecido el pueblo.

Como ella nadie un almaizar tejía,  
O de oro y sirgo recamaba un velo,  
O una manga labraba, los matizes  
Del hermoso verjel oscureciendo.

Aunqué Giafar fanático desprecia  
Las artes y las ciencias, de aquel tiempo  
La costumbre observando, dió á su hija  
Del humano saber doctos maestros.

A encantar con su voz las leves auras,  
Y á prorumpir en deliciosos versos  
Del arpa melancólica al sonido,  
La adiestró Obada, el sabio malagueño;

Y el insigne Aberróes, á quien grata  
Abrió naturaleza sus secretos,  
Comentador del sabio de Estagira,<sup>20</sup>  
Y cuya fama vive en claros ecos;

Le enseñó á conocer el mudo giro  
De los lucientes astros, sus aspectos,  
Sus influencias, su poder, las causas  
Que alteran entre sí los elementos:

Las virtudes de plantas y de flores,  
De metales, de piedras y de insectos;  
Y á elaborar mil bálsamos preciosos,  
De las miserias del mortal remedios.

Esta la ciencia fué que cautivara  
La atencion de Kerima, y el deseo  
De consolar la humanidad doliente  
Hizo de ciencia tal todo su anhelo;

Logrando en ella tanta nombradía,  
Y su docto saber tales efectos,  
Que eran sus confecciones admiradas,  
Y con afan buscados sus consejos.

Recorrer selvas, montes y verjeles,  
Salutíferas plantas recogiendo,  
Era su ocupacion, y cultivarlas -  
En sus propios jardines, su recreo.

Ay! ¡que las mas hermosas y floridas,  
Las que mas necesitan de su esmero,  
Sedientas en los vâsos de alabastro,  
Marchitas con el sol doblan el cuello!

Pues tres veces hiriólas desde oriente,  
Y tres desde zenit con vivo fuego,  
Y tres desde el ocaso, sin que logren  
De la mano benéfica consuelo.

Cómo lo han de tener?... Su bienhechora,  
La que les consagraba sus desvelos,  
Las tiene, desdichadas! en olvido,  
Víctima triste de cuidados nuevos.

Infelice! tres dias retirada  
Estuvo en su magnífico aposento,  
Tres largos dias, que jamas son breves  
Los que en dolor se pasan y en tormentos.



Kerima en vano el nombre de Mudarra  
Negó á su labio con prudente esfuerzo,  
Al contar los festejos de la boda,  
Al referir los lances del torneo;

Pues las locuaces siervas que la asisten,  
Y la vieja nodriza, repitiendo  
Las voces que por Córdoba volaban,  
Despedazaron su oprimido pecho.

Esta le ponderaba el entusiasmo  
De que era el jóven triunfador objeto;  
Aquella lamentaba que su origen  
Tal beldad malograrse y tal denuedo;

Otra, informada de envidioso labio,  
O de Giafar atenta á los preceptos,  
Le retrataba con las negras sombras  
De lástima, de afrenta y de desprecio.

La nodriza, con pláticas difusas,  
Viejas historias y mohosos cuentos,  
Todo lo que es antiguo ponderaba,  
Y mezclando malicias y consejos,

Dijo : “ Aun no estaba mi semblante arado,  
“ Ni convertido en nieve mi cabello,  
“ Pues fu é poco despues que de los Laras  
“ Las cabezas á Córdoba trajeron ;”

“ Cuando recién nacido le encontraron  
En los jardines de Almanzor expuesto :  
De algun cautivo vil é infame esclava  
Fruto infeliz, y maldicion del cielo.”

“ La princesa Zahirah en su palacio,  
Por caridad ó por capricho necio,  
Le acogió....Qué mujer !.... era muy linda,  
Y compasiva , y generosa, es cierto ;”

“ Pero tan rara....En fin en protegerle  
Cifró todo su afan, todo su empeño ;  
Y en vez de acostumbrarle desde niño  
A ser humilde, y á servir cual siervo,”

“ Crióle con tal pompa y tal regalo,  
 Como si fuera un claro caballero ;  
 Y hasta el momento de morir estuvo  
 De caricias colmándole y de obsequios.”

“ Locuras de mujer!... Y Zaide, Zaide,  
 Ese incrédulo altivo, satisfecho  
 De sus vanos saberes, del Mudarra  
 Ha sido el consultor, ayo y maestro.”

“ Con un principio tal, con tal doctrina,  
 ¿ Qué se puede esperar de ese mancebo ?...  
 Yo extraño que Almanzor....pero qué digo ?  
 ¿ Qué se debe extrañar en estos tiempos ?... ”

“ ¡ Un expósito vil de los donceles,  
 De la flor y esperanza del imperio,  
 Ser capitán en tan famoso día !...  
 En la mesa del rey tener asiento ! ”....

“ Con Kerima danzar el miserable !  
 ¡ En competencia entrar en el torneo  
 Con el noble Zeir, con el que aclama  
 Por su señor el tunecino pueblo ! ”....

Así decía, y una esclava joven  
 La interrumpió con prontitud diciendo :  
 “ Pero ganó la banda y la sortija,  
 “ Y con aplauso universal el premio.”

Repúsole la vieja : “ Sí, fortuna,  
“ Mera casualidad.....Y ¡á digno objeto  
“ Habrá la rica prenda dedicado!....  
“ ¡A alguna esclava de Almanzor su dueño!!!”

No pudo mas Kerima; á todas ellas  
Mandó callar con desabrido aspecto,  
Y mostrando cansancio de escucharlas,  
Que al punto despejasen su aposento.

Apénas sola, hondísimos gemidos  
Lanzó el volcan de su abismado seno ;  
Cruzó su estancia con inciertos pasos ;  
Alzó los brazos y la faz al cielo.

Derribóse por fin, de fuerzas falta,  
Sobre un rico almohadon, en gran silencio  
Sus labios frios, é inclinó la frente,  
Hinchado el corazon, los ojos secos.

De la anciana nodriza las palabras  
Un mar de confusiones extendieron  
Ante su vista, de esperanzas dulces  
El cuadro engañoso oscureciendo.

*Un expósito vil*, dijo su padre,  
Y un expósito vil es en efecto  
El que su corazon ha sorprendido,  
Para abrasarle en vergonzoso fuego.

Se afrenta de sí misma, y orgullosa,  
Animada de su alto nacimiento,  
Abomina el instante desdichado  
En que pudo pararse en tal objeto.

Llora luego, y llorando, en su alma herida  
La ternura recobra el dulce imperio;  
Pero al pensar que la preciosa banda  
De una esclava tal vez adorna el cuello,

Arde en furor, y jura en altas voces  
Odio al Huérfano vil, no ya desprecio,  
Indignada de haber á tal persona  
Humillado sus altos pensamientos.

Sí, tomó su partido, está resuelta;  
Ya aborrece á Mudarra; por lo ménos  
Lo imagina : triunfante se figura,  
Mira su amor como un delirio necio;

Mas fatigada de vencer, oprime  
Su corazon tan angustiado peso,  
Que anhela respirar el aire puro  
So la bóveda inmensa de los cielos.

Baja al verjel de su soberbio alcázar,  
A buscar en las flores el consuelo,  
Pensando, simplecilla! que en las flores  
Va á encontrar como siempre su recreo.

Ah! no lo encuentra en su jardin cercado,  
Del que con dos esclavas y en silencio  
Sale al campo, y se pierde en las florestas,  
Que de Guadalquivir gozan el riego.

Entónces se le acuerda de repente,  
Que oyó elogiar en el banquete regio  
Las flores que en la tumba de Zahira  
Daban su aroma delicioso al viento.

Verlas desea, y con lijera planta  
Corre inocente en pos de su deseo,  
Ignorando quién es de aquellas flores  
El piadoso cultor y jardinero.

El sol al occidente descendía,  
Y á su brillante luz formaba velo  
Un celaje sutil de oro y violado,  
Que templaba su ardor y sus reflejos:

Nubes de ardiente grana enriquecían  
El ancho espacio, vaporoso á trechos,  
Jazmin y azahares respiraba el aura,  
Y entre las flores reposaba el viento.

Era una dulce y sosegada tarde  
De las que en aquel clima y grato suelo  
Naturaleza ostenta, y con que encanta  
Las tiernas almas, los sensibles pechos.



De Arrizafa en los campos desiguales,  
Donde hoy descuella un santo monasterio,<sup>23</sup>  
En un bosque de adelfas y naranjos,  
Un corto espacio circundaba un seto ;

Y allí un cuadrado mármol custodiaba  
De la princesa los mortales restos.  
Cuatro cipreses lúgubres en torno  
Sus puntas elevaban por el viento :

Un lozano laurel le daba sombra,  
Y en derredor brillaban, esparciendo  
Su embalsamado aroma, lindas flores,  
Que ni agostaba el sol, ni helaba el cierzo..

— Huella Kerima el lúgubre recinto,  
Penetrada de asombro y de respeto :  
Se acerca muda y palpitante al mármol,  
Do logra la virtud tranquilo sueño.

Los ojos alza y con sorpresa mira,  
Ondeando suave al hálito del viento,  
Enlazada al laurel la roja banda ,  
Que Mudarra ganara en el torneo ;

Y ve de ella pender el rico anillo,  
Al que del sol los últimos reflejos  
Daban, reverberando en los diamantes,  
La apariencia de un mágico lucero.

¿Qué voz humana retratar pudiera  
Lo que pasó en Kerima, en el momento  
De ver en tal lugar aquella prenda,  
Y desmentidos sus soñados celos?...

Dió un grito agudo, vaciló su planta,  
Y en uno de los árboles funestos  
Apoyó el brazo y la sudosa frente,  
De lágrimas de amor los ojos llenos :

De lágrimas de amor, dulces, preciosas ;  
Lágrimas tiernas, que del grave peso  
De haber dudado un punto de Mudarra,  
Libran su corazón, de amores centro.

Olvidando el origen de su amante,  
Su propio orgullo y el furor paterno,  
De la vieja nodriza las palabras,  
Y cuanto existe entre la tierra y cielo ;

Tan solo ve á Mudarra ante sus ojos ;  
Derrítesele el alma de su pecho  
En el volcán ; Mudarra es su existencia,  
En Mudarra se cifra su universo.

Mas no el rostro gentil y gallardía,  
Ni el triunfo allá en la justa del mancebo,  
Ni la pasión que descubrió en su frente,  
Su mente exaltan en aquel momento.

Es mas noble la llama en que se quema :  
No es una chispa vil de tal incendio  
La causa, no es centella voladora,  
De oscura nube parto pasajero ;

Es el sol puro, el sol es quien la abrasa,  
Pues solo tiene fijo el pensamiento  
En la virtud insigne de su amante,  
Que conserva á Zahira tal respeto.

“ ¡Feliz, feliz,” en su entusiasmo exclama-  
“ Quien logre ser de su ternura centro!....  
“ Pues yo la conseguí, ni por un trono  
“ La cederé : lo juro ante el Eterno. ”

Dijo : ferviente amor brilla en sus ojos,  
Púrpura tiñe su semblante bello,  
Llama consoladora su alma enciende,  
Su corazón palpita satisfecho.

Pero cual de repente nube parda,  
Que sigue el curso rápido del viento,  
Del sol ofusca la radiante lumbre,  
La risueña pradera oscureciendo ;

Así de pronto una confusa idea  
Llena su mente de escondido miedo,  
De sus ojos marchita el claro brillo,  
Torna el ardor en palidez y en hielo.

— Ya el sol estaba en los remotos mares ;  
Del crepúsculo escaso los reflejos  
Y una lijera niebla confundían  
De aquella muda escena los objetos ;

Y la hermosa Kerima, yerta, inmoble,  
Cubierta del cendal de un blanco velo,  
El alma de Zahira asemejaba  
Tornando á unirse á sus mortales restos.

Quedó suspensa un rato, y de repente  
Volviendo en sí, desata de su cuello  
Una sarta de perlas, cuyo broche  
Tiene su nombre en filigrana puesto ;

Y sin saber lo mismo que ejecuta,  
Arrebatada de un poder secreto,  
La entreteje en la banda, y se retira  
Del fúnebre lugar con pié lijero.

Júntase á sus esclavas, que esperando  
La están con impaciencia á corto trecho,  
Y al débil rayo de naciente luna  
Retírase á su alcázar en silencio.



De flecha un tiro apénas estaría,  
 Cuando Mudarra por camino opuesto  
 Llegó al sepulcro, pálido, turbado,  
 Marchito el rostro, el alma sin aliento.

Un bulto blanco cerca de la tumba  
 Ha visto entre los troncos desde léjos :  
 No le ha engañado, no, la fantasía ;  
 Y á nadie encuentra á su llegada.... “ Cielos ’

“ ¿Era la sombra de Zahira,” exclama,  
 “ Que de estas flores que sembró mi esmero,  
 “ Viene á gozar?...Amada sombra, vuelve,  
 “ Mis lágrimas acoge y mi respeto.”

“ Ay!...huyó...disipóse al acercarme?...  
 ¿ Y qué otra cosa, mísero! merezco,  
 Yo, que casi en olvido su memoria  
 Por una pasión loca ingrato tengo?”

“ Sí, de un delirio en pos, que en mi alma débil  
 Reina, aunque á mi pesar, me arrojó ciego ;  
 Y de saber la obligacion sagrada,  
 Que á otra region me está llamando, tiemblo.”

Enmudeció su labio, y en la yerba  
Sentóse, faltos de vigor sus miembros,  
Y lanzando suspiros y sollozos,  
Que reprodujo en voz sumisa el eco.

Oh Mudarra infeliz!.... tres largos dias  
Privado ha estado de los ojos bellos  
De su ídolo, Kerima, y esta ausencia  
Ha acrecentado el amoroso incendio.

El pensar que el destino inexorable  
Le llama misterioso acia otro suelo,  
Do no estará Kerima, sumergióle  
En el mar borrascoso del despecho.

Ah!....de Guadalquivir nunca alejarse,  
Ni jamas indagar el gran secreto,  
Casi ha jurado....y hora en aquel sitio....  
¡ Qué horroroso contraste está sufriendo !

Así al tierno laurel en la montaña,  
En noche oscura de sañudo invierno,  
Combaten con furor por todos lados  
Lluvias, granizos, terremoto y vientos.

Desahoga al fin su corazon mezquino  
Derramando sus ojos lloro acerbo ;  
Poco á poco las auras de la noche  
Nueva vida le dan y refrigerio,

Y ya la luna en el zenit brillaba,  
Bajel de plata, que en el mar inmenso  
Del espacio navega; cuando el jóven  
Se alzó, con su afliccion treguas haciendo.

Dirigióse á un arroyo cristalino,  
Que sobre guijas cándidas no léjos  
Serpenteaba con murmurio manso,  
Entre adelfas y frágiles helechos;

Y robando al raudal pequeña parte,  
Tornó á las flores que sembró su anhelo,  
Y con la actividad cobrando fuerzas,  
Les dió socorro de abundante riego.

Despues registra la preciosa banda,  
Por ver si ultraje recibió del viento;  
Y al apretar las ramas con los lazos,  
Hiere sus ojos un extraño objeto.

Halla el collar de perlas; se sorprende,  
Aunque pronto le dice el pensamiento,  
Que será á la memoria de Zahira  
Un don de gratitud y de respeto.

No es la primera vez, no, que sus ojos  
Han visto aquel collar: reconocerlo  
Quiere, lo alcanza, atento lo examina,  
Ve caractéres en el broche puestos;

Va cuidadoso á leer, cuando sus luces  
 Robó á la luna nubarron espeso,  
 Y en la sombra no puede distinguirse  
 Escrito en filigrana aquel letrero.

Vuela por fin la inoportuna nube,  
 Torna la luna á esclarecer el cielo,  
 Y el nombre de KERIMA lee Mudarra,  
 Y otra vez y otra vez torna á leerlo.

El corazon le late sorprendido,  
 De agitacion inexplicable lleno,  
 Apénas se sostiene, tiembla todo,  
 Y queda en un estúpido silencio.

Mas pronto recobrándose, “¿Qué,” exclama,  
 “Kerima ha estado aquí?... Kerima!.... Cierto,  
 “Ella fué la que vi junto á esta tumba....  
 “¿Por qué tardé en llegar tan largo tiempo”....?”

Inclínase en la yerba venturosa  
 Las huellas á buscar de los piés bellos,  
 Y dónde se estamparon, le demuestra  
 Recientemente ajada trecho á trecho.

Enajenado bésala mil veces,  
 Y el collar apretando contra el seno,  
 Se alza, y, “¡Oh prenda, oh cara prenda!” dice,  
 “Que has enlazado aquel divino cuello,”

“ Signo de esclavitud, enlaza el mio,  
Formando nudo que jamas romperlo  
Pueda el ciego Destino, ni la ausencia,  
Ni los rigores del airado tiempo.”

Y de un amor frenético embriagado,  
Va á ponerse el collar, cuando violento  
Agitó un soplo raudó y repentino  
Las cimas de los árboles funestos ;

Y un cárabo, que acaso entre los ramos  
Anidaba, gritó y extendió el vuelo.  
El súbito rumor heló á Mudarra,  
Su accion apasionada suspendiendo.

Recuerda que en la tumba de Zahira  
Tiene en un loco amor el pensamiento ;  
Que va á robar un don, un don precioso,  
Que la virtud á la virtud ha hecho ;

Y que una prenda pura sin mancilla,  
Que la inocencia consagró al respeto  
Debido de Zahira á la memoria,  
Prenda la quiere hacer de amor siniestro,

De terror se estremece, se le erizan  
En la ardorosa frente los cabellos,  
Y la imaginacion acalorada  
Le presenta en reedor torvos espectros.

Sobre la losa helada del sepulcro  
 Deja el collar precioso, y huye léjos  
 Del sitio aquel, que profanado juzga,  
 De aquel sitio, do siempre halló consuelo.

— Oh Mudarra ! oh Kerima !...desdichados!  
 ¿Qué extraño instinto habita en vuestros pechos,  
 Que os descubre fantasmas espantosos  
 Al esplendor del amoros o incendio?

Parece que la voz del otro mundo  
 Os está inexorable repitiendo :  
 Que un mar de sangre entre vosotros brama,  
 Que se alza un muro de insepultos huesos.



¿Mas qué pueden presagios y terrores,  
 De la razon qué alcanzan los esfuerzos,  
 Los mayores obstáculos qué sirven  
 Contra el Amor, que es rey del universo?

Ay! Kerima despues de aquella tarde  
 Solamente dirige sus paseos  
 De Zahira á la tumba, y nunca en ella  
 Pasó mas largas horas el mancebo.

En aquel sitio pronto se encontraron,  
Y allí la turbacion, allí el respeto,  
Que en almas puras, jóvenes, sencillas  
Caracterizan el amor sincero ;

Ambas lenguas ataron, á ambos rostros  
Ya de clavel, de gualda ya vistieron,  
Hasta que por los ojos y los labios  
Brotó de la pasion ardiente el fuego.

Brotó por fin, y con palabras tiernas,  
Que aquellas flores con asombro oyeron,  
Se declararon sus sencillas almas  
La mutua llama en que se ven ardiendo ;

Y con lágrimas dulces se juraron,  
A pesar del Destino, amor eterno ;  
Y el sepulcro fué altar de los amores,  
Pronunciando sobre él su juramento.



Era en aquella edad Córdoba insigne  
De los placeres y riquezas centro,  
Y en la alta cumbre de esplendor y gloria  
Resplandecía el musulman imperio.

Las artes, el saber y la opulencia  
De la hermosa ciudad su trono hicieron,  
A la par que el valor y la fortuna  
La adornaban de triunfos y trofeos.

Los festines, las zambras, los banquetes,  
Las justas, y los bailes, y torneos  
Continuos eran; y los dos amantes  
Solo llamaban la atencion en ellos.

La corte, el pueblo, todos celebraban  
Tan intensa pasion, y satisfecho  
El Hagib Almanzor los protegía,  
Y tal vez proyectaba su himeneo.

Zeir, señor de Túnez, que á la corte,  
Llamado por Giafar, trajo el intento  
De conquistar las gracias de Kerima,  
Arde feroz en ponzoñosos zelos.

Giafar el furibundo, que reputa  
Por negra afrenta, que el Hagib soberbio  
Ose pensar que pueda de Kerima  
El Expósito vil llamarse dueño;

Y que ve en la pasion de la doncella  
Un atroz crimen á su sangre hecho,  
Y obstáculo tambien al alto enlace  
En que fundaba osados pensamientos;

Devorado de rabia se consume,  
Y allá en su corazon, horrible infierno,  
De sangre, de venganza, de exterminio  
Revuelve sin cesar varios proyectos.

Mas teme, como astuto cortesano,  
El poder del Hagib, y reprimiendo  
Su terrible rencor, traza y combina,  
Para salir del laberinto, medio.

No ostiga á la doncella desdichada,  
Busca para Zeir vanos pretextos,  
Tranquilidad ostenta en el semblante,  
Y madura sus planes en silencio.

Zaide tansolo ignora los amores  
Del gallardo garzon: del mundo léjos  
Vive siempre en la Albaida retirado,  
Y allí no llega el cortesano estruendo.

Advierte sí que reina gran trastorno  
Y gran agitacion en el mancebo;  
Y aunque prudente nada le pregunta,  
Cauto le observa con afan paterno.

Frecuentes, como siempre, las visitas  
Son de Mudarra á su castillo; pero  
Ya inquietas, cortas, mudas y turbadas,  
Pues del ayo á los ojos tiene miedo.

Ya no pasa la noches apacibles  
Por aquellos contornos, persiguiendo  
Al resplandor tranquilo de la luna  
Con sus lebreles el gallardo ciervo :

Ya no admira las flores que retoñan  
De aquel castillo en el jardin y el huerto,  
Ni sentado en la alberca, de los peces  
El matiz argentado y los destellos :

Ya apenas nombra el jóven á Zahira,  
Ya no importuna á Zaide, cual de hacerlo  
Nunca hasta entónces descuidó, buscando  
Luz en las sombras con que se halla envuelto.

Y si el anciano sus discursos mueve  
A tan importantísimo argumento,  
Indicándole acaso que se acerca  
El olvidado fin de sus anhelos ;

Mudarra tiembla y palidece, dando  
Al penoso discurso un giro nuevo,  
O bien para dejar la Albaida busca,  
Y á Córdoba tornar, vanos pretextos.

Síntomas que conoce y que lamenta .  
Allá en su corazón el docto viejo ,  
Y muertas teme ya las esperanzas,  
Fin honrado de todos sus desvelos.



Ya el otoño espiraba, y rebramando  
Arrebatava el aquilon violento  
Las hojas de los árboles, con ellas  
De parda alfombra entapizando el suelo;

Cuando turbó las fiestas de la corte  
De la africana costa un mensajero,  
Que vino á demandar presto socorro  
Para aquellas provincias del imperio.

Un impostor sagaz nuevas doctrinas  
Predicó en ellas con feliz suceso :  
Los incautos que fueron á escucharle,  
Fanáticos audaces se volvieron ;

Y cuando vió el hipócrita la turba  
Inflamada y sumisa á sus acentos,  
Alzó de rebelion el estandarte,  
De escondida ambicion tronando el fuego.

Tal vez sería miserable aborto,  
O principio infeliz de los proyectos ;  
Por que Giasar el pérfido ajustara  
De Kerima y Zeir el himeneo.

— Almanzor, que seguro de su gloria,  
De su saber y de su heroico esfuerzo,  
Conoce que es bastante su presencia  
Para apagar el peligroso incendio ;

Dispone su partida sin tardanza,  
Y prepara bajeles y guerreros,  
Que con él de las playas de Tarifa  
Lleven quietud al africano suelo.

Del augusto monarca se despide,  
Con la sultana madre sus secretos  
Planes combina, instruye á sus amigos,  
Con ricos dones se asegura el pueblo ;

Y al tiempo de partir, aunque á disgusto  
Dando á Giafar las riendas del gobierno,  
Con amarga sonrisa le promete  
Pronto librarle de tan grave peso.

Tambien abraza al Huérfano, y aparte  
Le dice acariciándole risueño :  
“ Qué?... ¿no me pides el venir conmigo,  
“ Como otras veces con fervor has hecho ? ”

“ Cuando apénas la lanza sostenías,  
Ni avasallabas el corcel soberbio,  
Quisiste acompañarme á la frontera,  
Y un Tarif te juzgabas en esfuerzo ; ”

“ Y ahora que en la destreza y lozanía  
Eres de nuestros jóvenes modelo....  
Mas olvido que te hallas encantado,  
Y de un círculo mágico en el centro.”

Del generoso joven las mejillas  
Con ruborosa grana se encendieron,  
Y una lágrima pronta á derramarse  
Aumentó el brillo de sus ojos negros.

Siente el Hagib el verle tan turbado,  
Y de sus burlas el penoso efecto ,  
Y le dice amoroso : “ Sé que anhelas  
“ A tu patria servir, lidiar cual bueno.

“ Esta empresa, que al Africa me llama,  
Exigirá mas que valor, consejo,  
Y en Alá espero, que mi corvo alfanje  
No brillará desnudo ni un momento.”

“ Otras empresas de valor y gloria  
Pronto me ocurrirán; y tú el primero  
A mi lado vendrás, donde tu brio  
Tu frente adorne de laurel eterno;”

“ Y cuando ufano y victorioso tornes,  
Recibirás por merecido premio  
La mano que eligiere tu cariño,  
Aunqué alta sea; yo te lo prometo.”

“ Quédate pues, y rinde á la hermosura  
El homenaje que envidioso apruebo,  
Porqué sé que de amor la ardiente fragua  
Da el mejor temple á un corazon guerrero.”

“ Pero entre tanto que mi ausencia dura,  
Retirarte á la Albaida te aconsejo,  
Donde con Zaide vivirás seguro  
Del oculto furor de los perversos.”—

El corazon palpita de Mudarra,  
La perspectiva hermosa recorriendo  
Que las palabras de Almanzor ofrecen  
A sus enamorados pensamientos ;

Y de su bienhechor la mano besa.  
A abrazarle el Hagib torna de nuevo,  
Y ocupando el arzon, deja el alcázar  
De taciturna muchedumbre en medio ;

De Córdoba saliendo acompañado  
Con seis ancianos jeques, cuyo esfuerzo,  
Experiencia y lealtad aseguraban  
De todas sus empresas el acierto.



Dejó Múdarra á Córdoba, obediente  
De su alto protector á los deseos ;  
Aunque siente salir de las murallas  
Donde respira su adorado dueño.

En el castillo de la Albaida Zaide  
Le recibió con paternal afecto,  
Bien que notó en su frente oscurecida,  
Que deja la ciudad con desconsuelo.

Entre la Albaida y Córdoba pequeña  
Distancia corre, y se dilata en medio  
Un apacible llano, donde hoy pastan  
Vacas hermosas, cándidos corderos.

De las altas almenas del castillo  
La ciudad se descubre, del risueño  
Guadalquivir en la feraz ribera,  
Gigantes torres elevando al viento.

Oyense rimbombar los sacros bronces,  
Que en la que fué mezquita, y hoy es templo,  
Han reemplazado con mejor destino  
Del árabe Almuheden el ministerio ;

Y desde la ciudad se ve la Albaida <sup>22</sup>  
Sobre encinas y olivos verdinegros,  
Al pié de la alta sierra, coronando  
Un pardo risco entre apacibles huertos.

- Este espacio tan corto y agradable  
El jóven lo reputa por inmenso,  
Pues él que le divide de su amada,  
Jamás el amador lo halla pequeño.

¡Ay, cuánto más terrible lo juzgara,  
Si penetrase el triste los decretos  
Del Destino inmutable!....Por fortuna  
No alcanza tanto del amor el vuelo.

Ver espera á Kerima cada tarde  
(Y esta esperanza es todo su consuelo)  
De Zahira en la tumba, y en los bosques,  
A do siempre dirige sus paseos.



El bárbaro Giafar que en las revueltas  
De la costa africana sus proyectos  
De ambicion insaciable funda altivo,  
Y tal vez el trastorno del imperio ;

Y que del Almanzor la alta fortuna,  
El saber, la influencia y los esfuerzos  
Espera que naufraguen en la empresa,  
A que partió con tanto menosprecio ;

Juzga en su mano para siempre firmes  
El alto mando y el poder supremo,  
Y en pos de gigantescas esperanzas  
Por abismos sin fin se arroja ciego.

Ah! ¡ que si eran falaces las del jóven,  
Las del anciano audaz no lo son ménos!  
Pues si no sabe amor lo que está escrito,  
Tampoco la ambicion logra saberlo.

Trazan los hombres sus diversos planes,  
Juzgando realidades sus deseos ;  
Y en tanto de su necia confianza  
Inexorables búrlanse los cielos.

Nunca juzgó Giafar mas necesario  
De Kerima y Zcir el himeneo,  
Para llegar al fin de sus afanes ;  
Y á todo trance se resuelve á hacerlo.

La ausencia de Almanzor, que juzga eterna,  
Libra su corazon de todo miedo ;  
Y es ya su voluntad rauda torrente,  
Que mira roto el malecon opuesto.

Quién podrá resistirle?...Ama á su hija,  
(Que ama el tigre tambien á sus hijuelos)  
Mas la ambicion sacrificarla exige  
Y cede á la ambicion todo otro afecto.

“Hágase al punto la precisa boda ;  
“Hágase al punto sin pararse en medios :  
“Todo ostáculo ceda.” Dice, y vase  
A buscar á Kerima luego luego.

— En su estrado magnífico, que adornan  
Alfombras del oriente, por asiento  
Un almohadon de seda de Damasco,  
De blanda pluma tingitana lleno ;

Bordando con aljófar y con sirgo  
Una manga de verde terciopelo,  
Halla el tirano padre á la hija hermosa,  
Sola con sus amantes pensamientos ;

Y ajustando á su rígido semblante  
La máscara falaz de un dulce afecto,  
Le declaró templado sus ideas,  
Aunqué con tono de quien va resuelto.

Tembló Kerima, y pálida escuchóle,  
Muda y sin respirar por un momento ;  
Mas pronto un mar de lloro derramando,  
Apuró escusas, y apeló á los ruegos.

Giafar, inexorable á sus gemidos,  
A sus tiernas caricias y lamentos,  
Que un peñasco de bronce conmovieran,  
Se alzó impaciente, y respirando fuego :

“Basta,” gritóle: “obedecer te cumple;  
“Ni lágrimas ni súplicas tolero:  
“Tu suerte fija está.... solo seis días,  
“Para que te prepares, te concedo.”

De su alcázar la bárbara opulencia,  
La pompa, la riqueza y el respeto  
De que se halló Kerima circundada  
Desde que vió en la cuna el sol primero;

El encontrarse desde niña tierna  
Sola, sin madre, y absoluto dueño  
De sí, de su palacio, de sus siervas,  
Y todo siempre á su querer sujeto;

El poder de su padre, la alta estirpe,  
La heldad, el saber, el claro ingenio,  
La adulacion continua y los aplausos,  
Su cándida virtud no corrompieron;

Pero aumentaron el teson constante  
De la firmeza, dote de su pecho,  
Carácter que exaltaba nuevamente  
De contrariado amor el noble esfuerzo.

Carácter, que cobrando su energía  
Del fiero padre al despiadado aspecto,  
Y al escuchar el bárbaro mandato,  
Y el fijo plazo á sus desdichas puesto;

Hizo á Kerima contener el lloro,  
Alzarse repentina, y con acento  
De alta resolucion, solemnemente  
Jurar desobediencia á tal precepto.

A su turno turbóse el fiero padre,  
Guardó un instante sepulcral silencio,  
Al puñal vengador llevó la mano,  
Temblando de furor todos sus miembros;

Y dando pronto la expresion siniestra  
De amarga risa á su semblante horrendo,  
“ Seis dias..... nada mas.... Tiembla, infelice;  
“ Y tiemble de tu amor el vil objeto.”

Clamó, volvió la espalda, y ausentóse,  
Y la puerta cerró con tal denuedo,  
Que del vasto edificio retumbaron  
Los artesones de dorado cedro.

En prision se trasforma aquella estancia,  
Do tiene solo la nodriza acceso;  
Vigilan á la entrada seis esclavos,  
Y custodian la puerta cien guerreros.



El venturoso Expósito en tanto  
En vivas ansias del amor ardiendo,  
Cada tarde al sepulcro de Zahira  
Acude en busca de su amado dueño ;

Encuentra siempre el fúnebre recinto  
Solo : sin fruto espera largo tiempo,  
Y en vano corre las vecinas selvas,  
Pues lo halla todo á su anhelar desierto.

Penetrar osa al cabo la muralla  
De la insigne ciudad, y al fin envuelto  
Con su albornoz, se acerca recatado  
Al alcázar, prision de su embeleso.

Al traves de las verjas los jardines  
Observa y reconoce sin efecto :  
Los ojos alza á torres y azoteas,  
Y no ve indicio alguno de consuelo.

Pasó tres dias en tan triste ausencia  
En larga noche de dolor envuelto ;  
Y el cuarto acia la tumba de Zahira,  
Aun á esperar, el paso dirigiendo ;

Se le acercó turbado y misterioso,  
Con arco y flechas, un esclavo negro,  
A quien de plata una bruñida argolla  
Cercaba en torno el atezado cuello,

Y con sumisa voz, “ En cuanto brillen  
“ Del manto de la noche los luceros,  
“ Solo, en la fuente del Amir espera:  
“ Tendrá allí tu afanar cumplido premio.”

Dijo, y sin esperar respuesta alguna  
Tornó la espalda, y en el bosque espeso,  
Como el que de ser visto se rezela,  
Entró, y los troncos le ocultaron luego.

Quedó Mudarra sorprendido, mudo,  
Sin saber qué pensar de tal encuentro,  
Aunque no duda que es de su Kerima,  
Fiel servidor y reverente siervo.

“ Sí, conozco á este moro: es un esclavo  
De Giafar, y diestrísimo flechero ;  
Pero es la primer vez que en mis amores  
Sirve de confidente el arduo empleo.”

“ Y Kerima.... á tal hora?... en aquel sitio  
Inculto y apartado?... mas qué temo?...  
Quién sabe los peligros que la cercan?  
Quién los rigores de su padre fiero?”

Así dice ; y ocupa su alma toda  
El solo delicioso pensamiento  
De que va á ver á su gentil Kerima,  
Aunque oculta inquietud le agita el seno.

Se emboza en su albornoz, y por el llano  
Que la Albaida domina, á paso lento  
Vaga, y espera la anhelada noche,  
Que nunca tanto retardara el vuelo.

Afanoso miraba al sol ardiente  
Descender al ocaso, apareciendo  
Disco de sangre entre las nubes rotas,  
Que iba esmaltando con matiz diverso;

Y cuando ya pasado el horizonte,  
Dejaba solo al vaporoso cielo  
Varios leves celajes de oro y grana  
Y una lista no mas de vivo fuego;

Cercano mira el jóven el instante  
Que esperaba con tal desasosiego,  
Y al indicado sitio alarga el paso,  
Mientras se iba el crepúsculo extinguiendo.



Poco mas de mil pasos de la Albaida,  
Acia poniente, entre árboles espesos,  
Una rambla de arena se conserva,  
Madre de claro arroyo en otro tiempo.

Un solitario risco la corona,  
De pardo musgo entapizado á trechos,  
En torno hay hondas quiebras y barrancos,  
Desnudas peñas y frondosos fresnos.

Allí la fuente del Amir estaba;  
(Hoy es un sitio temeroso y seco)  
Y allí llegó Mudarra, cuando el día  
Retiraba sus últimos reflejos.

La perspectiva hermosa que se ofrece  
A la curiosa vista en aquel puesto,  
Girando mudo en derredor los ojos,  
Parado el jóven contempló un momento.

Ve al frente la ciudad majestuosa,  
Que sobre el fondo del oscuro cielo  
Aun mas oscuras sus excelsas torres  
Dibuja, y sus alcázares soberbios.

Vió á su diestra de Zahara los jardines,  
Los pórticos, palacios y liceos;  
Y hoy un desnudo llano solo viera,  
Pues hasta las ruinas perecieron.<sup>23</sup>

Ve á la siniestra la tranquila Albaida,  
Que pudiera llamar su hogar paterno,  
Y á la espalda la sierra, que se encumbra.  
De poniente á levante, al firmamento.

Pronto las sombras tan soberbia escena  
Delante de su vista confundieron,  
Y junto al troneo de acopada encina  
Sobre la yerba se asentó el mancebo.

Aun de la gran ciudad á sus oídos  
Llega el ronco bullicio de gran pueblo,  
Y desde Zahara por el viento cunde  
Son confuso de suaves instrumentos.

Una luz relucir mira en la Albaida,  
La que alumbra de Zaide el aposento;  
Y oyó en el llano pastoriles voces,  
Fieles ladridos y balar corderos.

Era una noche de la fin de otoño :  
La luna se elevaba á paso lento,  
Pero oculta entre espesos nubarrones,  
Rotos por partes, y por partes densos.

El reposo del orbe se aumentaba  
Turbando solo el general silencio  
De las áridas hojas el murmurio,  
O de nocturnos pájaros el vuelo.

Recostado en el tronco de la encina,  
Agitado de varios pensamientos,  
Y aun de terror oculto poseído,  
Pasó el jóven Mudarra largo tiempo ;

Cuando el veloz galope de un caballo,  
Que se paró de pronto, oyó á lo léjos :  
Despues moverse jaras y malezas,  
Cual si alguien se acercara acia aquel puesto ;

Y pasos, y....Mas cesa de repente  
Todo rumor, y el estridor violento  
Le sucede de un arco sacudido  
Y de flecha veloz el silbo horrendo,

De una flecha, que rauda resbalando  
Por el turbante de Mudarra, el hierro  
Clavó en el tronco á que la espalda apoya,  
Toscas cortezas derribando al suelo.

Alzase el jóven sorprendido, helado :  
Grita : “traicion!” y le responde el eco.  
El albornoz á la siniestra envuelve,  
Y con la diestra desnudó el acero ;

Y oye cerca á una voz áspera, airada :  
“ Es esta tu destreza?.... toma el premio :  
“ No errarás otro golpe.... te lo juro....  
“ Yo solo basto.... Muere, infame negro.”

Un ay profundo, y el pesado golpe  
Sonó en seguida de quien cae al suelo,  
Y un bulto blanco ante Mudarra sale,  
Y de un desnudo alfanje el centelleo.

“Asesino!... asesino!” el jóven grita,  
Y al fantasma se arroja con desnudo,  
Pues fantasma parece su enemigo,  
De pié á cabeza en un barnuz envuelto.

Trábase horrenda lid : solo retumba  
De ambas cuchillas el sonoro encuentro :  
El incógnito pone gran cuidado  
En encubrirse y en guardar silencio.

Fuerte en las armas es, y ágil pelea  
Con ira tal y con furor tan ciego,  
Que mas que defenderse, herir procura,  
Y tiene al jóven en terrible aprieto.

Mas este que ocupado en su defensa,  
Ve que reputacion pierde y terreno,  
Pára con la siniestra un tajo, y pone  
La aguda punta del contrario al pecho :

Del contrario tenaz, que furibundo  
Se arroja sin pensar sobre el acero,  
De negra sangre cálido torrente  
Del traspasado corazon vertiendo.

Súbito el hierro matador retira  
Asustado Mudarra : hondo silencio  
Reinó un instante : un hórrido alarido  
Lanzó el feroz fantasma, y cayó muerto.

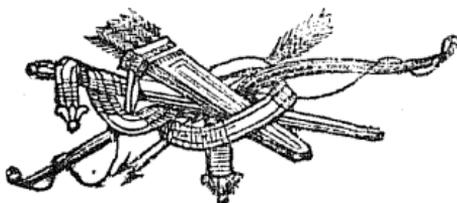
El jóven retrocede horrorizado;  
Mas su noble valor recobra luego,  
Y quiere conocer al enemigo  
Que en tal peligro y trance tal le ha puesto.

Se acerca palpitante, desenvuelve  
El rostro que el barnuz tiene aun cubierto,  
Y á un rayo de la luna que resbala  
Por rotas nubes, reconoce.... oh cielos!

Al cruel Giafar, al padre de Kerima,  
Al primer personaje del imperio.  
No sabe dónde está, torna á mirarle;  
De su cabeza erízase el cabello;

Queda cual jóven escolar de un mago,  
Que ignorante en los libros del maestro,  
Halla un conjuro, y sin pensarlo evoca  
Sombra infernal ó aterrador espectro.

Alzase de repente, y á la Albaida  
Huye veloz, como cobarde ciervo,  
Que estando descuidado en el arroyo,  
Ve aparecer al tigre carnicero.





## ROMANCE TERCERO.

---

“Valiente eres, capitán,  
Y cortés como valiente:  
Con tu espada y con tu trato  
Me has cautivado dos veces.”  
*Góngora.*

INQUIETO Zaide está: vió en occidente  
Hundirse el sol, y descoger su manto  
La oscura noche, y vió sobre las nubes  
La luna alzarse en su argentino carro;

Y aun no parece el Huérfano querido  
En el tranquilo hogar. Ya el cuerdo anciano  
De sus amores penetró el secreto,  
Y le da su tardanza sobresalto.

Una vez y otra vez desde la torre  
La vista tiende á los vecinos campos:  
Sube á su estancia, baja á los jardines,  
Por Mudarra pregunta á sus esclavos.

Al fin sale á esperarle á la plazuela,  
Do salta un surtidor, y cuyos arcos  
Arreboleras, yedras y jazmines  
Visten entre tejidos encañados.

La noche avanza, su inquietud se aumenta,  
No parece el garzon, quiere buscarlo;  
Y descende á los bosques convecinos,  
Y entre los rudos troncos gira un rato;

Cuando oye por la senda, que á la fuente  
Del Amir va, los presurosos pasos  
De alguno que á la Albaida se encamina  
Sobre la muerta pompa del verano;

Y luego ve acercarse de carrera  
Un bulto que el rumor viene causando.  
Pronto le reconoce.... sí.... Mudarra!  
Ya le recibe mudo en su regazo.

¡Mas en qué situacion llega el mancebo!  
O santo Dios, en qué terrible estado!  
Pálido, alienta apenas, en torno gira  
Los ojos, que terror pintan y espanto;

Desceñido el turbante al viento ondea,  
Desnudo el hierro muéstrase en su mano;  
Y hierro, y mano, y manga es negra sangre,  
Y sus miembros temblor, nieve su tacto.

Todo al punto lo advierte Zaide, y todo  
 Le está de horror el corazón ahogando :  
 Cuajásele la sangre, y confundido,  
 Prorumpes así con balbuciente labio :

“Oh Mudarra!.... qué es esto?.... ay hijo mio!...  
 “Qué golpe amaga á este infelice anciano?  
 “Mudarra!.... no respondes?”— El mancebo,  
 Al conocido acento en sí tornando,

Alza la faz, lanza un gemido, y dice :  
 “Al padre de ~~Kerim~~ muerte he dado.”  
 Y con nuevo terror quiere esconderse  
 Del tierno Zaide en los amigos brazos.

“Cómo?” pregunta el viejo: “has dado muerte  
 “A Giafar?” — “A Giafar,” responde ahogado  
 El mísero garzon; y Zaide exclama:  
 “¿Quién penetra tus miras, cielo santo?”

“Oh poderoso Alá!.... ciertas, terribles  
 Son tus venganzas: sí, la eterna mano  
 Que las estrellas rige, inexorable  
 Pesa sobre la frente del malvado.”

“O jóven! de las iras del Eterno  
 Es ya ministro tu inocente brazo.  
 Álzate, torna en ti; noble principio  
 A tus venganzas sin saberlo has dado.”

“Álzate, torna en ti : llegó el momento  
De la revelacion ; llena los altos  
Destinos á que el cielo te encamina ;  
Cúmplanse sus decretos soberanos.”

Tales palabras del turbado jóven  
El corazon confuso reanimaron ;  
Lumbre de gloria relució en sus ojos,  
Cesó de pronto su abatido espanto :

Sintió su sangre hervir, miró el anillo,  
El misterioso anillo que la mano  
Adornó de Zahira ; estremeciósese,  
Y la diestra estrechó del viejo sabio.

Este, resuelto, “Sígueme,” le dice :  
“ Ven conmigo al jardin, y de los astros  
“ Allí en presencia, con el fiero adorno  
“ De esas ropas que sangre están manando,”

“ Y con esa invencible cimitarra  
Firme en tu diestra ; escucha de mi labio  
La maldad de los hombres, los desastres  
Que presidieron á tu origen claro,”

“ Y la alta obligacion que el cielo impuso  
A tu nacer. El tiempo no perdamos,  
Pues debes para siempre estas riberas  
Dejar ántes que el sol tienda sus rayos.”

Ay!.... las palabras últimas de Zaide  
El pecho de Mudarra traspasaron.  
Tembló, fijó la planta, quedó inmoble,  
Y un suspiro lanzó. Viéndolo el ayo,

Con gran resolución y fuerte diestra  
Le ase y sacude la siniestra mano,  
Y "Oh Mudarra!.... oh Mudarra!.... en este instante  
"No vil temblor, esfuerzo es necesario,"

Grítale, y ante sí firme le impele;  
Y entrambos pasan del castillo el atrio,  
Y en gran silencio, del jardín caminan  
Por las calles de adelfas y naranjos.

Llegan á un sitio de él, donde sus puntas  
Siete cipreses jóvenes alzando,  
Una cuadrada losa circundaban  
Bruñida y sin emblema ni epitafio:

Sitio donde Mudarra muchas veces,  
Con la atención de los primeros años,  
Del docto Zaide oyó doctos consejos,  
Y de honra y de virtud sublimes rasgos;

Y do siempre curioso preguntara  
Lo que guardaba aquel pulido mármol,  
Recibiendo tansolo por respuesta  
Tiernas caricias, lágrimas y abrazos.

Páranse pues allí; sobre la losa  
Se asientan mudos y abatidos ambos,  
Y alza la faz al vaporoso cielo,  
Sin prorumpir palabra, el noble anciano.

Su marchito semblante iluminaba,  
Por la cándida barba resbalando,  
El claror de la luna, que triunfante  
De las nubes reinaba en el espacio.

Su venerable rostro las señales,  
Y los ojos de lágrimas preñados,  
Daban de quien recuerda atroces hechos,  
Y le falta la voz para contarlos.

Mudarra en sus facciones juveniles,  
Vuelta la espalda al disco plateado,  
De oscuridad cubiertas, escondía  
Inquietud, atencion, dolor y espanto.

Estaba el viento en calma; blandamente  
El aura hería los desnudos ramos;  
Reinaba hondo silencio; pero Zaide  
Rompiólo al fin de esta manera hablando.



“ Muerto el rey Alhaken, Giafar, ansioso  
De conservar de Hagib el sumo cargo  
Con nuevos triunfos, emprendió la guerra,  
Y á Castilla y Leon cubrió de espanto.”

“ Yo seguí sus pendones victoriosos  
En el vigor de mis robustos años,  
Y fuí parte y testigo de una empresa,  
Que tuvo cual injusta el resultado;”

“ Pues, como sabes, al volver triunfantes,  
De horror, de sangre y de victorias hartos,  
Y de despojos ricos, y oprimiendo  
Turba infeliz de míseros esclavos;”

“ Un digno caballero de Castilla  
Con pequeño escuadron de sus vasallos,  
Nos siguió y sorprendió, del Guadarrama  
Entre los bosques, quiebras y peñascos.”

“ Y los que vencedores é invencibles,  
Cual rápido torrente, derribamos  
El poder colosal del cristianismo,  
El esfuerzo leones y el castellano;”

“ Fuimos vencidos, rotos y deshechos  
Por tan escasa hueste, y por el brazo  
De un solo caballero, que de luto  
Cubrió á su turno nuestro suelo patrio.”

“ ¡Terrible y desastroso fué aquel día,  
Para el imperio musulman aciago!  
Dó el esfuerzo andaluz?... solo un guerrero  
Tronchó sus palmas, agostó sus lauros.”

“ Yo combatí cual bueno : lanza á lanza  
Embestí al generoso castellano,  
Que un escollo de acero parecía,  
Y lidiamos los dos un largo espacio.”

“ Le encontré irresistible, y á sus golpes  
Herido yo, sin fuerzas mi caballo,  
Cedí, cayendo en la menuda yerba,  
Su verdor con mi sangre marchitando.”

“ No vi mas la matanza, pues mis ojos  
Oscurecidos con letal desmayo,  
Cuando á la vida y á la luz se abrieron,  
En un albergue pastoril me hallaron.”

“ Me encontré con asombro en pobre lecho,  
Do rna tosca zagala y un anciano  
Me prodigaban útiles socorros,  
Gran interes en mi vivir mostrando.”

“ ¡Oh, cuán injustos son nuestros juicios,  
Cuando en la diferencia los fundamos  
De usos y religion!.... Pues fué el primero  
Que á mi mente ocurrióse en aquel caso,”

“ El que estaba cautivo, la asistencia  
 Atribuyendo de los dos villanos  
 Al afan de obtener con mi persona  
 Rescate rico ó vigoroso esclavo.”

“ Casi á la muerte me tornó esta idea ;  
 Mas ¿ cuál fué, cielos, mi sorpresa y pasmo,  
 Al ver á aquel que suspendido había  
 Sobre mi frente de Azrael el brazo? ”

“ Hallé á Nuño Salido junto al lecho,  
 De gozo, al verme vivo, enajenado,  
 Que con grande ternura, *O Zaide*, dijo,  
*O noble bienhechor, no eres esclavo.*”

“ *En cuanto ayer á mi señor osaste  
 Acometer con ánimo gallardo,  
 Te conocí. Al mirarte en tierra herido,  
 Quién eras, le grité; y él, ya prendado*”

“ *De tu gentil aspecto y bizarría,  
 Mandóme socorrerte, del estrago  
 Sacarte, y conducirte á su presencia,  
 Do hallarás libertad, honra y aplausos.*”

“ *Ánimo, Zaide bueno; tus heridas  
 Peligrosas no son. Al punto vamos  
 A ver á mi señor, que honrarte anhela  
 Con su noble amistad y dulce trato.*”

“Yo al conocer á Nuño, al escucharle,  
Al ver su rostro en lágrimas bañado,  
Fuí á arrojarme á sus plantas desde el lecho,  
Y me encontré en su seno y en sus brazos.”—

Aquí el discurso enternecido Zaide  
Suspendió, á tal recuerdo suspirando ;  
Pero anudóle al punto, y de este modo  
Tornó á alentar su venerable labio :

“Era Nuño un ilustre caballero,  
Que por mí en otra guerra cautivado,  
Vino conmigo á Córdoba ; y halléme  
Con un amigo, en quien pensé un esclavo.”

“Ya su destreza en las guerreras armas,  
Su noble aspecto y su valor bizarro  
Llamaron mi atención, desde el momento  
Que lanza á lanza le apresé en el campo ;”

“Y luego su entereza en la desgracia,  
Su extrema rectitud, su ingenio claro,  
Su excelente carácter, sus virtudes,  
Y su rara instruccion me cautivaron.”

“Él me enseñó caballerescas artes,  
Al mismo tiempo que su idioma patrio ;  
En un grande infortunio fué mi apoyo,  
Y siempre amigo y consejero sabio.”

“Quince dichosas lunas que nos vieron  
Siempre juntos, veloces se pasaron....  
Mas ¿cómo yo abusar de sus bondades,  
Ni él llamarse feliz en suelo extraño?”

“Al fin era un cautivo, y en su frente  
Divisaba los hórridos nublados  
De quien se encuentra de su hogar paterno,  
De sus deudos y amores apartado;”

“Y libre y rico le torné á su patria.  
El cielo bienhechor allí le trajo,  
Do de la esclavitud y de la muerte  
Libre me viera por su amigo amparo.”

“—En nudo estrecho, y desahogando el alma  
Una gran pieza con sollozos blandos  
Permanecimos.... ¿qué medicamento  
Pudiera haber tan saludable y grato?”

“Restauradas sentí mis fuerzas todas,  
Y oprimiendo los lomos de un caballo,  
Que Nuño á pié del diestro dirigía,  
A un castillo partimos inmediato.”

“El valiente adalid en él estaba  
Con los suyos, gozoso celebrando  
El banquete del triunfo, en el momento  
Que á su vista los dos nos presentamos.”

“Cuarenta primaveras contaría....  
La edad que entónces yo. Fuerte y gallardo  
Era su talle, su semblante hermoso,  
Sus grandes ojos rutilantes astros.”

“Gonzalo Gústios, el señor de Lara,  
Eran su nombre y título. Al mirarnos  
Interrumpió el festin, y recibíome  
Con franco aspecto, y me alargó la mano.”

“Siete hermosos mancebos coronaban  
La sobria mesa : apénas quince años  
Contaría el menor, de cuyo rostro  
Y gentil corpulencia eres retrato :”

“Veinte y dos el mayor. Eran los hijos  
Del noble valentísimo Gonzalo ;  
Y Nuño, mi constante y generoso  
Amigo de ellos preceptor y ayo.”

“Sus brazos nos robaron la victoria,  
Siendo la prez y honor de los cristianos :  
Mancebos generosos ! dignos eran  
De haber nacido con mejores hados.

“El padre en medio de ellos parecía  
Noble leon, que en los masilios campos  
Invencible su regia pompa ostenta,  
De sus fuertes cachorros circundado ;”

“ O generosa palma del desierto,  
Cuyos renuevos á su pié lozanos  
Ofrecen la esperanza al peregrino  
De darle, un tiempo, bienhechor rest auro.”

“ Obsequios y caricias recibiendo  
Del padre y de los jóvenes gallardos,  
Permanecí hasta el punto en que su lumbre  
Templaba el sol en el remoto ocaso :”

“ Que afable entónces el señor de Lara  
Se alzó, y me dijo, asiéndome la mano :  
*Vé en paz, valiente Amir, que yo á Castilla  
Torno, pues ya su conde está vengado.*”

“ *Vuelve á tu patria ; pero nunca olvides  
Le estimacion que á tu valor consagro,  
Y plegue á Dios iluminar tu mente  
De la fé sacrosanta con los rayos.*”

“ Y yo le respondí : *Caudillo insigne,  
Me has dos veces vencido y cautivado,  
Una con tu deniedo y fuerte lanza,  
Otra con tu presencia y noble trato.*”

“ *Alá te guarde, y de tus nobles hijos  
En medio vivas los eternos años  
Que en el Líbano el cedro generoso,  
Para ser de guerreros el dechado.*”

“ Me abrazó el héroe, y como firme prenda  
Me dió esta daga, que de mí no aparto :  
Yo coloqué en su diestra un rico anillo....  
Ese mismo que tienes en tu mano. ”

Calló un momento Zaide : estremeciósese  
Mudarra, y lleno de sorpresa y pasmo  
Miró el anillo, en cuyas ricas piedras  
Las luces de la luna rielaron ;

Y concibiendo por la prenda rara  
Mayor respeto y misterioso espanto,  
Iba á hacer mil preguntas anheloso ;  
Mas de este modo lo impidió el anciano :

“ Me encontré á la salida del castillo  
Con dos ilustres moros, libertados  
Tambien por Lara, para escolta mia,  
Con armas, provisiones y caballos ; ”

“ Y emprendí á estas riberas mi regreso  
A cortas marchas y con lento paso,  
Pues bien que leves mis heridas fueran,  
Necesité remedios y descanso. ”



“Entré por fin en Córdoba, aun cubierta  
De luto, de terror, de angustia y llanto;  
Aunque era gran consuelo en tal desastre  
Ver á Giafar depuesto y humillado.”

“Almanzor generoso ya ocupaba  
De excelso Hagib el merecido cargo,  
Y viendo en mí á su amigo de la infancia,  
Caricias mil me prodigó y aplausos.”

“A restaurar el vacilante imperio  
Aplicó su saber, y sospechando  
Que la pasada rota alentaría  
A los siempre rebeldes mauritanos;”

“Trató de asegurar paz duradera  
Con Castilla y Leon, para á su salvo  
El África observar; y de entablarla  
Me dió al momento el importante encargo.”

“Restablecido apénas, el recinto  
Dejé de esta ciudad, acompañado,  
Por séquito y decoro en mi embajada,  
De doce musulmanes ilustrados.”

“De tejidos de Persia, de jaeces,  
De damasquinas armas, de caballos  
Árabes y andaluzes, y de alfombras,  
Filigranas, perfumes y penachos,”

“Llevé rico presente; y de Toledo  
Las gigantescas torres saludando,  
Y las nevadas cumbres de Fonfría,  
El confín penetré del castellano.”

“Pronto avisté de Búrgos las almenas;  
Y su nuevo señor, el conde Sancho,  
Asistido de nobles y magnates,  
Afable recibíome en su palacio.”

“Era don Sancho el sucesor y el hijo  
Del conde don García, que lidiando  
Murió en la última guerra, y tan mancebo,  
Que aun el cetro regir no le era dado.”

“El gobierno supremo de Castilla,  
Aunque siempre en su nombre, estaba á cargo  
De su madre doña Ava, del Ulema,  
Que llaman arzobispo los cristianos,”

“Y del gran Gústios, el señor de Lara,  
Mi amigo y vencedor, por cuyo amparo  
Hallé grata acogida, y cuyo influjo  
Facilitó la paz que fuí buscando.”

“Los usos y costumbres castellanicas,  
Sus raras leyes y su rito extraño,  
Que observé á mi placer aquellos dias,  
De admiracion y asombro me llenaron.”

“ Advertí la ignorancia y la rudeza  
De aquel naciente reino, que fundado  
A fuerza de valor y de altos hechos,  
Hierro y ferocidad son sus ornatos.”

“ ¡ Ay de nuestro florido y ancho imperio,  
Si ántes de corromperse los cristianos,  
Sus discordias domésticas olvidan,  
Y procuran unidos derribarlo!”



“ Ajustada la paz, Gonzalo Gústios  
Me llevó á la cabeza de su estado,  
A la villa de Sálas, do tenía  
Su alcázar, su familia y sus vasallos.”

“ Allí torné á encontrar sus siete hijos,  
En Castilla y Leon apellidados  
LOS INFANTES DE LARA, y del buen Nuño  
Volvíme á ver en los amigos brazos.”

“ ¡ Oh, qué hospitalidad, franca y sencilla,  
Fieles, infieles, moros, castellanos,  
Y nobles y plebeyos encontraban  
En el soberbio alcázar de Gonzalo!”

“ En él me hallé y en un banquete, el día  
Que el cielo con certísimos presagios  
Anunció á la familia sin ventura  
El recio temporal do ha naufragado.”

“ A la mesa cubierta de viandas,  
Coronada de nobles y de hidalgos,  
Y por Lara y sus hijos presidida,  
Me hallaba yo, contento y descuidado,”

“ Con varios extranjeros, y dos moros  
De mi acompañamiento, insignes ambos,  
Uno en alquimia, plantas y elementos,  
Otro en la oculta ciencia de los astros.”

“ De altos hechos tratábamos, de guerras,  
Y de los lances de la caza ; cuando  
Desprendido cayó del alto muro,  
Y á tierra vino con rumor extraño ”

“ El fuerte escudo del señor de Lara,  
Que un dorado castillo en rojo campo,  
Blason de su linaje esclarecido,  
Ostentaba en su centro ; y que colgado ”

“ Sobre pendones, lanzas y despojos,  
Coronaba un trofeo. El sobresalto  
Fué general ; y de Gonzalo Gústios  
El hijo mas pequeño, ( que Gonzalo ”

“ Se llamaba tambien, y de quien eres,  
Como torno á decirte, fiel retrato )  
Al tiempo de volver el cuerpo y rostro,  
Un salero volcó sin repararlo.”

“ Nótanlo todos; y las dos señales,  
Funestas en Castilla, asombro helado  
Dieron al corazon de los presentes,  
Como silencio fúnebre á sus labios.”

“ Gústios, aunque tan grande en fortaleza,  
Tembló tambien, y no alentó; y pasmado  
Miró al bueno y fiel Nuño, cuyos ojos  
A la muda pregunta se arrasaron.”

“ Yo alzéme pronto, y sin saber qué hacía,  
Cogí el volcado escudo, y con mis manos  
Lo torné al alto sitio.... El cielo ahora  
Me descubre tambien que fué presagio.”

“ El uno de mis moros, el que era  
En las ciencias ocultas extremado,  
La hora y el dia en que nació el mancebo  
Preguntó, le pidió la diestra mano,”

“ Y en su palma observó ciertas señales,  
Misteriosas palabras murmurando.  
Todos en derredor con gran silencio  
Y gran curiosidad nos agolpamos;”

“ Pero él, mudada la color del rostro,  
Clavó la vista en el garzon gallardo :  
No osó pronosticar : sacó del seno  
Una bolsa de cuero y de recamos,”

“ Y de ella un pequenuelo pergamino  
Con signos cabalísticos marcado :  
Se lo dió, y le encargó tenerlo siempre,  
Sin jamas de su cuerpo separarlo.”

“ Sonriése el jóven, pero cuerdo el padre  
Admitiolo cortes ; miéntras mostraron  
En la faz los que en torno se encontraban,  
Disgusto insultador, desprecio amargo.”

“ Un peregrino que asistió á la mesa,  
Griego segun el traje, penetrando  
Hasta do estaban Gústios y sus hijos,  
Desprendióse del cuello un relicario,”

“ Que una astilla de leño contenía,  
Imperceptible casi, y con extraño  
Lenguaje prorumpió : *Dios me concede  
A la hospitalidad mostrarme grato.*”

“ *De tu sangre te guarda, hermoso jóven !....  
¡Una gran fiesta abortará mil daños !....  
Suelta el vil talisman, toma esta prenda,  
Que es prenda santa y te dará su amparo.*”

“Dijo, y colgola al pecho del mancebo,  
Quien reverente la llevó á los labios;  
Y con gran devocion, al verla, todos  
Humildes á adorarla se postraron.”

“Mas, ay! ni al talisman ni á la reliquia  
En nuestros pechos reponer fué dado  
La dulce calma y plácido contento,  
Qué á la par del broquel se desplomaron.”

“Ya era Sálas mansion desapacible  
Por tal suceso, y porqué á paso largo  
Con nieve y lluvias avanzó el invierno;  
Y á la corte de Búrgos regresamos.”



“A poco tiempo celebró sus bodas  
El noble Ruy-Velázquez, un hermano  
De la esposa de Gústios, y orgulloso  
Ostentó en ellas su grandeza y fausto.”

“Era el tal Ruy-Velázquez el caudillo,  
Que falto de experiencia, aunque bizarro,  
Llevó á la muerte al conde don García,  
De Castilla el valor desperdiciando;”

“Pues jóven, sin consejo ni experiencia,  
A Gústios antepuesto, el sumo mando  
Logró obtener en la postrer campaña,  
Por ser lucido y diestro cortesano.”

“Y como al mismo ejército y pendones,  
Que él con todo el poder de los cristianos  
No pudo resistir, venció en seguida  
Con tan escasa hueste su cuñado;”

“De envidia lleno el corazón maligno,  
Le detesta feroz, pues los aplausos  
Que tributó Castilla á la alta hazaña,  
Los juzga de su honor en menoscabo.”

“Al verle con doña Ava y el Ulema  
El cetro gobernar del conde Sancho,  
Premio digno al valor con que á su patria  
Salvó glorioso del postrer estrago;”

“Arde en saña su pecho, y solo anhela,  
Bien que escondiendo su furor insano,  
Al héroe derribar, que á su derrota  
Dió noble enmienda con robusto brazo.”

“Trató su enlace pues con doña Lambra,  
Dama de gran linaje y rico estado,  
Aunque hermosa y gallarda, altiva y fiera,  
Y no en la flor de los primeros años.”

“ En el templo de Búrgos fué la boda,  
Con pompa y con magnífico aparato,  
Y magníficos fueron los convites,  
Los festejos, las danzas y saraos.”

“ Gústios de Lara con los siete Infantes  
Asistió, de Velázquez siempre al lado,  
Y él y sus hijos, y sus deudos todos  
Ricamente á los novios regalaron.”

“ Las extremas caricias, los obsequios,  
Los elogios sin cuento y los abrazos,  
Que estaban Ruy-Velázquez y los suyos  
A Gústios y á sus hijos prodigando,”

“ Fueron entónces tales, que mi pecho  
Con sospecha y temor atribularon;  
Pues los que aborreciendo, tanto halagan,  
De saciar su furor están cercanos.”

—“ Los deudos de la novia una gran justa  
En la plaza de Búrgos convocaron,  
Empresas y ropajes dispusieron,  
Cotas, paveses, lanzas y caballos.”

“ De doña Lambra primo Alvaro Sánchez,  
El montañes gigante apellidado  
Por su vigor y prócer estatura,  
Era el mantenedor con otros cuatro ;”

“ De lanza á lanza sostener debiendo  
 Con cuanto guerreador viniese al paso,  
 Que ninguna á la novia aventajaba  
 En sangre ilustre, en hermosura y garbo.”

“ Publicóse el cartel á media noche,  
 Y se fijó en las puertas del palacio,  
 De cien antorchas á la roja lumbre,  
 Al son de trompas y á la voz de heraldos.”

“ Hirvió la sangre juvenil, ardieron  
 Los nobles pechos de los siete hermanos,  
 Y ya gozosos entre sí trataban  
 De armaduras, divisas y penachos;”

“ Cuando el sesudo padre en mi presencia,  
 Y del discreto Nuño aconsejado,  
 Los reunió y abrazó, y afable y tierno  
 Así les dijo con prudente labio:”

*“ Hijos, templád vuestros fogosos pechos,  
 No requiráis las armas y caballos,  
 Que no es para vosotros esta justa,  
 Y no debéis en ella presentaros.”*

*“ Sostener de su esposa la belleza  
 Y la alcurnia, á vosotros no ha encargado  
 Vuestro tío Ruy-Velázquez : los parientes  
 De ella la empresa toman á su cargo.”*

*“ Ajeno es de vosotros combatirla,  
Dejád que la combatan los extraños :  
Sed solo espectadores de una lucha,  
En que fuera perder, ganar el lauro.”*

*“ No, no es para vosotros hijos míos....  
Ay!....aquel peregrino!....los presagios!....  
Parte no tomaréis en la tal fiesta :  
Si no basta mi ruego, yo os lo mando.”*

“ Dijo el padre, y quedaron los mancebos  
Con la impaciencia de corcel gallardo,  
Que va suelto á arrojarle á la carrera,  
Y le contiene la prudente mano.”



“ Llegó el dia fatal : la extensa plaza  
Inundó ansioso pueblo, y por tablados,  
Antepechos, terrados y barreras  
Fuése á la luz primera acomodando.”

“ En un balcon, donde de seda y oro  
Descollaba un dosel, el conde Sancho,  
Su madre, el arzobispo y el de Lara  
Los supremos sillones ocuparon;”

“ Y en el opuesto frente, los esposos,  
De joyas y de plumas adornados,  
Un espacioso corredor, vestido  
De yerba y flores, y de emblemas varios.”

“ Por séquito llevaban veinte pajes,  
Escuderos y damas, diez hidalgos  
Eran su escolta, y deudos y parientes  
En derredor con ellos se asentaron.”

“ De allí no muy distante honrado puesto  
Yo con los míos ocupé, y al lado  
Caballeros leoneses lo tenían,  
Extranjeros ilustres y prelados.”

“ Los siete Infantes, con lucidas galas  
Y con gallardas plumas muy bizarros,  
Andaban recorriendo entre el bullicio  
La extensa plaza, pórticos y andamios;”

“ Y cada cual, al punto del despejo,  
Segun su inclinacion se fué buscando  
Escaso asiento junto á alguna hermosa,  
Y en la barrera lo encontró Gonzalo.”

“ Se asordó el viento con los recios sonos  
De timbales y trompas; los heraldos  
El cartel y las leyes de la justa  
De nuevo en alto acento pregonaron;”

“ Y los mantenedores á la liza,  
De pajes y padrinos rodeados,  
Ceñidos de magníficos arneses,  
Salieron en fortísimos caballos.”

“ El gigante orgulloso, Alvaro Sánchez,  
Sobresalía entre los otros cuatro,  
Como alta torre entre los altos muros,  
Una fornida lanza manejando.”

“ Luengas espadas ostentaban todos,  
Anchos escudos, y pendiente al lado  
Del dorado borren la fuerte maza,  
Y por empresa un sol, rey de los astros.”

“ El combate empezó : lances diversos  
En él hicieron caballeros varios.  
Allí dos de Alafranc y dos leoneses  
Con la espalda midieron el estadio ;”

“ Y cuantos guerreadores en la arena  
Conquistar intentaron aquel paso,  
Las lanzas rotas, los corceles muertos,  
Vencidos fueron y por tierra echados.”

“ Aunque de los que el puesto mantenían,  
Tambien cayeron á su vez los cuatro ;  
Vengólos Alvar Sánchez, que invencible  
Derribó fuerte cuanto vino al campo.”

“ No era noble y gentil su continente,  
 No diestro se mostraba ni gallardo ;  
 Pero era emblema de la fuerza, estaba  
 Mas firme que los toros de Guisando. ”<sup>24</sup>

“ La torre de Malmuerta <sup>25</sup> parecía,  
 Cuando la tempestad la embiste en vano,  
 Y en ella el huracan embravecido  
 Se estrella, ronco de furor bramando. ”

“ Doce conquistadores ya vencidos,  
 De arneses, mallas, plumas y penachos,  
 Y de astillas y sangre la ancha plaza  
 Toda cubierta estaba, y al ocaso ”

“ Se retiraba el sol. En la ancha arena  
 A Castilla y al orbe provocando,  
 Los cinco justadores persistían  
 En ocio por la falta de contrarios. ”

“ Álvaro, enardecido y orgulloso,  
 Ronco gritaba así de cuando en cuando :  
*¿ No hay ya quien ose combatir conmigo ? ...  
 Salga el que no me tema, aquí le aguardo. ”*

“ Mas como nadie á responder saliese,  
 Para dar diversion al vulgo vano,  
 Un juglar que servía á doña Lambra;  
 No sé si malicioso ó mentecato, ”

“En quien tenía su privanza ella  
Por regocijador de su palacio; <sup>26</sup>  
Dejando el escabel de su señora,  
Do el tiempo había de la justa estado.”

“Bajó á la plaza, del bonete rojo  
Los gruesos cascabeles repicando,  
Y de su traje de botarga haciendo  
Ostentacion con gestos y con saltos.”

“Empezó á recorrer la extensa liza,  
Una hinchada vejiga atada á un palo  
Revolviendo en el aire, ó ya con ella  
El suelo y los puntales golpeando.”

“Fué universal la risa: le tiraban  
Bollos, frutas, confites; y él, ufano,  
Ya afrentaba insolente á los vencidos,  
Ya daba al vencedor necios aplausos.”

“Al pasar inmediato al antepecho,  
Do sin mirarle hallábase Gonzalo,  
Haciendo contorsiones y figuras,  
Prorumpió así con atrevido labio:”

*“Qué tal? qué tal, mancebo? allí no hay trampa,  
Ni gallardías, ni impotente garbo:  
Todo allí es corazon, y todo es puño,  
Y los ojos cerrar, y dar trancazos.”*

*“Mi alma con la suya....Dios nos libre  
De que enarbole en contra nuestra el brazo :  
No es un galan de alcorza. Dijo y fuése,  
Cabriolas mil y carcajadas dando.”*

*“Furioso á castigarle se arrojara,  
Encendido de cólera Gonzalo ;  
Pero respeto al padre le contuvo,  
Y alzóse de su puesto despechado,”*

*“Cuando al llegar á un corro en otra parte,  
Oyó decir á un labrador anciano :  
Ya no se halla en Castilla quien compita  
En fuerza y en poder con ese hidalgo.”*

*“Es un jayan, repuso otro del pueblo,  
Que pudiera de un soplo hacer pedazos  
La mezquita de Córdoba. Los Laras  
Lo aciertan con estarse en los andamios.”*

*“Prosiguió el labrador : Muy bien han hecho,  
Aunque hubieran salido del engaño  
De que son invencibles. Otro dijo :  
Harta disculpa tienen, son muchachos.”*

*“Colmóse la medida, ardió en el pecho  
Del jóven un volcan, y rebramando,  
Ni vió mas, ni oyó mas ; y del concurso  
Y de la plaza huyóse sofocado.”*

“Mas nadie lo notó. Los justadores  
En inaccion siguieron grande rato,  
Y ya el vulgo impaciente se mostraba  
Del vil juglar y de sus chistes harto;”

“Cuando las huecas trompas y timbales  
Con general contento resonaron,  
La llegada anunciando de un guerrero  
Que viene á combatir. Por los tablados”

“Cundió el rumor confuso de gran pueblo,  
Que se fué nuevamente acomodando,  
Y que hundióse en silencio al punto mismo  
Que el nuevo guerreador entró en el campo.”

“Toscas vulgares armas, ni aun lucientes,  
Sin plumas ni labores pobre casco,  
Calada la visera, y un escudo  
Liso, sin mote, ni blason, ni ornato,”

“Sacaba el caballero, y en la cuja  
Una lanza de guerra, y un caballo,  
No de tendida crin y noble aspecto,  
Aunque lijero y dócil al bocado.”

“Del peto y espaldar hebillas varias  
Sin abrochar estaban demostrando,  
Que acababa de armarse á toda prisa,  
Como todos al punto lo notamos.”

“Eran tales su gracia y gentileza,  
Tanta la habilidad, soltura y garbo  
Con que regía el pisador, y tales  
Su noble talle y cabalgar gallardo;”

“Que adiviné quién era en el momento,  
Y todos ó los mas lo adivinaron.  
Mas por aquel instinto que resalta  
Siempre en la muchedumbre, no hubo un labio”

“Que imprudente su nombre pronunciase,  
Y fué el silencio universal, tornando  
Todos la vista acia el señor de Lara,  
Que escondió el rostro con entrambas manos.”

“Yo miré á Ruy-Velázquez, cuyos ojos  
Ardieron de furor, y con recato  
Habló algunas palabras al oido  
De doña Lambra, que su faz turbaron.”

“Dió el caballero en torno á la estacada  
Un airoso paseo, acreditando  
Quién era mas y mas, y haciendo pruebas  
Del poder y obediencia del caballo;”

“Y parándose en medio, en voz sonora  
Pidió con Sánchez combatir. Negado  
Por los jueces le fué, por no ser Sánchez  
El que debía sostener el campo,”

“Pues ántes de su turno, lo tenían  
Para entrar en la lid dos de los cuatro.  
La ley fué obedecida, y presentóse  
Aquel á quien tocaba, muy ufano;”

“Pero apénas salió, vióse en la arena  
Con potro, escudo y lanza derribado,  
Al choque del incógnito, que mudo  
Tornó á ocupar su puesto á lento paso.”

“Salió el segundo, las primeras lanzas  
Valiente resistió de brazo á brazo :  
No fué tan venturoso en las segundas,  
Y vencido cayó del potro abajo.”

“El pueblo lleno de sorpresa estaba,  
Faltándole la voz para el aplauso,  
Porqué ve con pavor llegado el punto  
De que éntre el fuerte Sánchez al estadio.”

“Cubierto estaba de sudor y espuma  
El corcel del incógnito. Saltado  
Habían las hebillas de su almete :  
Grítale el pueblo : *Toma otro caballo.*”

“Mas él nada responde; y firme espera  
A Sánchez, que en la plaza entró bizarro,  
En un morecillo que la llena toda,  
Y la estremece al golpe de sus cascos.”

“ Ay!....yo vi entónces del señor de Lara  
Demudarse la faz, y vi bañado  
De amarga risa el pérfido semblante  
De Velázquez tambien, y que la mano ”

“ Tomó á su esposa, y que miró á los suyos,  
Desprecio y confianza demostrando,  
Miéntras la muchedumbre en gran silencio,  
Ni aun osa respirar de miedo y pasmo. ”

“ Sonó el clarin, partieron como flechas  
Sánchez y el caballero ; se encontraron,  
Y en el opuesto escudo cada lanza  
Tocó, dió lumbre, y resbaló, dejando ”

“ Honda señal. Los potros revolvieron,  
Ambas picas rompiéronse en pedazos :  
Continuaron con otras el combate,  
Y pretal con pretal al fin se hallaron. ”

“ El corcel del incógnito el empuje  
Sufrir no pudo del corcel contrario ;  
Dobló las piernas, y en la ardiente arena  
Los corvejones estampó. A espolazos ”

“ Sostúvolo el ginete, y como el viento  
Le hizo arrancar, y separarse á saltos.  
Sánchez buscó otro choque ; mas no era  
Tan diestro en el manejo del caballo ”

“ Cual su competidor, que lo evitaba  
Con gran saber, y que le dió á soslayo  
Un duro bote, que abollóle el peto,  
Sin que el broquel pudiese repararlo.”

“ Entónçes advirtiendo Alvaro Sánchez,  
Que un solo broche sujetaba el casco  
Del justador, dirígele la punta  
Con tanta furia y con acierto tanto,”

“ Que dejó descubierto el rostro hermoso  
Del noble mozo, del gentil Gonzalo,  
Quien en furor ardiendo, la cabeza  
Con el escudo esconde, y como un rayo,”

“ Acomete al jayan á todo trance,  
Por tierra le derriba, retemblando  
La plaza toda al ponderoso golpe;  
Y ensordécese el viento con aplausos.”

“ Apénas el gigante tocó el suelo,  
Púsose en pié, denuestos vomitando  
Contra su vencedor, y con gran furia  
Desenvainó la espada. Sosegado”

“ El jóven reclamó las condiciones;  
Pide lo mismo el pueblo en gritos altos,  
Y todo es confusion. Luego á la arena  
Los jueces descendieron de su escaño,”

“ Y declaran que está Sánchez vencido,  
Y que el conquistador debe en el campo  
Aun con los otros dos mantenedores,  
Cual previene el cartel, seguir lidiando.”

“ No sin dificultad plegóse Sánchez :  
Tal vez alguna seña del airado  
Velázquez le obligó. Tornó á su puesto,  
Y otra celada se ciñó Gonzalo.”

“ El caballero á quien tocaba el turno,  
Fué á cabalgar ; mas por su bien faltaron  
De su corcel las cinchas, accidente  
Que dió á la fiera lid corto intervalo.”

“ En el cual doña Lambra la orgullosa,  
De acuerdo con su esposo, y deseando  
Su furor desahogar : *Anda*, le dijo  
Al bufon, que á sus piés había tornado,”

“ *Anda, y hazle una afrenta á ese mancebo,  
La que encuentre mayor tu ingenio claro.  
Hazla pues sin temor, y á mí te acoge ;  
Mi respeto y poder serán tu amparo.*”

“ El escabel dejó de su señora  
El juglar, y en la plaza á corto rato  
Se presentó, con nuevas contorsiones,  
Aunque escondiendo entre sus ropas algo.”

“ Se acercó al vencedor, y con despejo,  
*Muy bien lo has hecho, dijo, bravo! bravo!*  
*Mas yo quiero tambien justar contigo :*  
*Esta es mi lanza... ahí vá.... guarte, seo guapo.”*

“ Y un verde cohombro tinto en fresca sangre  
Le tiró al rostro, con fealdad manchando  
Todo el arnes, y huyóse á gran carrera,  
Dejando al pueblo todo horrorizado.”

“ Es esta accion mirada allá en Castilla  
Por la afrenta mayor : <sup>27</sup> tal que el hidalgo  
Que al agresor no mata al mismo instante,  
Queda en infamia eterna sepultado.”

“ El ilustre mancebo ardiendo en ira  
Se arroja en pos del vil, que acia sus amos  
Rápido vuela ; tírale la lanza  
Al punto en que trepaba á los andamios.”

“ Y de la espalda al pecho atravesóle,  
De modo que sin vida en el regazo  
Cayó de su señora, con su sangre  
Veste, brazos y pechos salpicando.” <sup>28</sup>

“ Pálida doña Lambra un alarido  
Lanzó, y vencida de letal desmayo,  
Cayera del sitial, si no encontrara  
De sus dueñas y damas con los brazos.”

“Velázquez furibundo ronco grita :  
*Llegó el momento, á la venganza, hidalgos!....*  
*Muera, muera.* Y con todos sus parientes  
Ciego se arroja dentro del estadio.”

“Al jóven vencedor cercan al punto,  
De otros muchos seguidos, sus hermanos,  
Y los estoques de festejo y gala  
Desnudos centellean por el campo.”

“Cunde la confusion, suenan las trompas,  
Gritan los jueces; su gritar es vano :  
Tira su cetro en medio de la arena,  
Y es hollado y no visto, el conde Sancho.”

“Se asustan las mujeres, y los niños  
Contra el seno escondiendo entre los brazos,  
Huyen y dejan la confusa plaza :  
Tiemblan y huyen con ellas los ancianos.”

“Crecen los valedores de ambas partes,  
Trábase horrenda lid. La daga en mano  
A ella corre Velázquez : el de Lara  
Que entró en la liza por distinto lado,”

“Solo paz anhelando, que era padre,  
Quiere todo á la paz sacrificarlo ;  
Y le sale al encuentro, á contenerle  
Con blando ruego y amistoso abrazo.”

“ Mas, ay!....¡al abrazarle, una coraza  
Ocultá bajo sedas y brocados  
Apretó!.... Se cuajó su sangre toda,  
Y un vuelco dióle el corazon llagado.”

“ Pudo quedarle duda?... No, no era  
La infantil imprudencia de Gonzalo  
Mas que un futil pretexto; la vil trama  
Estaba ya dispuesta de antemano.”

“ Deudos, parientes, escuderos, pajes,  
Todo el séquito en fin de su cuñado,  
Cubiertos van de redoblado acero,  
Vilmente oculto so los ricos sayos.”

“ Mísero padre!....la traicion patente,  
¿Qué le queda que hacer?... Con duro brazo  
Ayudar á sus hijos....A ellos vuela,  
Anima de su casa á los hidalgos,”

“ Y métese sañudo en la batalla :  
Todo es sangre y horror. Torna á caballo  
Con los suyos furioso Álvaro Sánchez,  
El pendon de Velázquez tremolando.”

“ La destreza y valor eran de parte  
De los de Gústios; pero el otro bando  
Armado iba y dispuesto. Una lanzada  
A un Infante tocóle de soslayo :”

“ También Velázquez recibió otra herida,  
Y estaba como tigre, fuego echando  
Por los feroces ojos : el de Lara  
Lidiaba firme como leon bizarro.”

“ La condesa doña Ava.... ilustre dueña!  
Sí, yo la vi del uno al otro lado  
Correr, gritar, y en medio del peligro  
Pedir paz y quietud á sus vasallos.”

“ Al meterse una vez en la pelea,  
Tocó una punta al jóven conde Sancho,  
Que con gentil esfuerzo la seguía,  
Sumision y obediencia reclamando.”

“ Leve su herida fué; pero al mirarle  
La faz marchita, el pecho ensangrentado,  
De terror ambas turbas se cubrieron,  
Y en el momento de lidiar cesaron : ”

“ Momento de quietud, que el arzobispo,  
Cual discreto y prudente, aprovechando,  
Con sus insignias y sagradas ropas,  
Que son de gran respeto entre cristianos,”

“ Lanzóse en medio, y con terrible frente  
Amenazó del cielo con los rayos  
A uno y otro partido, si al momento  
No dejaban la lid, y libre el campo : ”

“Sus amenazas, y el pavor y susto  
Que al ver herido á su señor helaron  
Al feroz vulgo, y el postrer reflejo  
Que el crepúsculo daba desde ocaso,”

A ambas ciegas facciones contuvieron;  
Y de la plaza por distintos lados,  
Siguiendo cada cual á su caudillo,  
Salieron, y de Búrgos se alejaron.”

“Gonzalo Gústios con los siete Infantes,  
Y con todo el tropel de sus vasallos  
Fué á Salas : Ruy-Velázquez con los suyos  
A Barbadillo, centro de su estado.”



“En Búrgos fué terrible aquella noche :  
Del arzobispo el conde acompañado  
Y de su madre, se encerró en su alcázar,  
Levado el puente, los rastrillos bajos,”

“Y llenos de hombres de armas decididos,  
De fieles caballeros y de hidalgos,  
A defender á su señor resueltos,  
Los torreones, pórticos y patios.”

“ Ardían fogatas en diversos sitios,  
A las que se arrimaban embozados  
Rezelosos, con armas escondidas,  
Aun no resueltos á seguir un bando.”

“ Mas á pocas palabras, los puñales  
Y las ocultas dagas en sus manos,  
Defendiendo uno ú otro, relucían,  
Por amistad y deudo atropellando.”

“ *Viva el señor de Sálas*, resonaba  
En algun arrabal; en otro barrio,  
*Viva el de Barbadillo*. Aquí una trompa,  
Allá de espadas el rumor lejano;”

“ Tal vez las luengas calles recorría  
O piedra ó flecha rápida, silbando  
Entre las sombras, sin saberse á dónde,  
Ni qué ballesta la tiró, ó qué mano.”

“ Tal vez reinaba hondísimo silencio,  
Roto por el galope de un caballo;  
Y ya en las torres los reflejos daban  
De algun incendio en los vecinos campos.”

“ Tremenda noche! La primera aurora  
Mayores sustos y congojas trajo;  
Y los siguientes dias todos fueron  
A cual mas angustioso y mas amargo.”

“ Uno y otro partido en rabia ardían ;  
Enfurecidos se aprestaban ambos  
A guerra de exterminio, y se engrosaban  
Con armas y con nuevos partidarios.”

“ Los de Velázquez á talar salieron  
De Sálas rica los feraces campos :  
Defendieron valientes los de Lara  
Sus arboledas, mieses y ganados.”

“ Un mar corrió de sangre. ¡Ay de Castilla,  
Si audaz entónces enemigo extraño  
La hubiese acometido !.... ¡Ay de los reinos  
Que de discordias tales son teatro !”



“ La buena suerte por aquellos dias  
De desórden y horror á Búrgos trajo  
A un extranjero ilustre. Era otro Ulema,  
Del que ellos llaman Vice-Dios, legado ;”

“ Que de Roma á Leon se encaminaba  
A cobrar un tributo ; y rezelando  
Con las fieras discordias de Castilla  
La total perdicion de los cristianos,”

“ Con el buen arzobispo entró en consejo,  
 Y uno y otro castillo visitaron,  
 De la paz las benéficas semillas  
 En uno y otro con fervor sembrando.”

—“ El vulgo, ya extinguido el primer fuego,  
 Ansia solo quietud, busca trabajo :  
 De la patria el peligro asusta siempre  
 A los hombres de bien y á los hidalgos.”

“ Del gran Gonzalo Gústios era el alma  
 Noble y leal, y nada sanguinario  
 Su corazon : los pechos de sus hijos  
 Ardientes y violentos, pero francos ;”

“ Y Ruy-Velázquez, aunque altivo y fiero,  
 A traicion y á discordias avezado,  
 Conoció que ceder entónces era,  
 Para lograr sus planes, necesario.”

“ Circunstancias que abrieron el camino  
 De la negociacion : á pocos pasos  
 Vinieron ambas partes á concierto.  
 A deponer las armas se obligaron,”

“ A concurrir á Búrgos los dos jefes  
 Bajo seguro, y solo acompañados  
 Cada cual de seis deudos, á jurarse  
 Amistad ante el conde soberano ;”

“ Con el buen arzobispo entró en consejo,  
Y uno y otro castillo visitaron,  
De la paz las benéficas semillas  
En uno y otro con fervor sembrando.”

—“ El vulgo, ya extinguido el primer fuego,  
Ansia solo quietud, busca trabajo :  
De la patria el peligro asusta siempre  
A los hombres de bien y á los hidalgos.”

“ Del gran Gonzalo Gústios era el alma  
Noble y leal, y nada sanguinario  
Su corazon : los pechos de sus hijos  
Ardientes y violentos, pero francos ;”

“ Y Ruy-Velázquez, aunque altivo y fiero,  
A traicion y á discordias avezado,  
Conoció que ceder entónces era,  
Para lograr sus planes, necesario.”

“ Circunstancias que abrieron el camino  
De la negociacion : á pocos pasos  
Vinieron ambas partes á concierto.  
A deponer las armas se obligaron,”

“ A concurrir á Búrgos los dos jefes  
Bajo seguro, y solo acompañados  
Cada cual de seis deudos, á jurarse  
Amistad ante el conde soberano ;”

“ Con esta condicion, de que á la corte  
No volviesen en término de un año,  
Ni doña Lambra, ni los siete Infantes,  
Ni Al varo Sánchez, ni los otros cuatro.”



“ Dado el seguro, por diversas partes  
Vinieron al alcázar de don Sancho  
Rui-Velázquez y Gústios. Yo y los míos,  
Con otros extrangeros, convidados”

“ Fuimos á presenciar la ceremonia,  
Celebrada del modo mas extraño  
En el salon del trono, do asistieron  
Todos los ricos-hombres castellanos.”

“ En su dosel sentóse el jóven conde,  
El Ulema de Roma al diestro lado;  
Y por distintas puertas en la sala  
Los dos caudillos á la par entraron.”

“ Por la que estaba al frente, al mismo tiempo  
Con cuatro dueñas y catorce hidalgos  
Presentóse doña Ava, blancas tocas  
Y ricas negras ropas arrastrando.”

“ Entró tambien con ella el arzobispo,  
Con todas las insignias de su cargo,  
Y dos pajes en pos. Uno traía,  
De oro en salvilla y entre lienzos blancos, ”

“ Un pan pequeño ; el otro una gran taza  
De oro y piedras preciosas, rebosando  
Ardiente vino ; y á los piés del trono  
Todos en gran silencio se acercaron. ”

“ Allí tomó la copa la condesa,  
Y el conde tomó el pan, y en tres pedazos  
En el vino lo echó ; y el arzobispo,  
Haciendo ciertos signos con la mano, ”

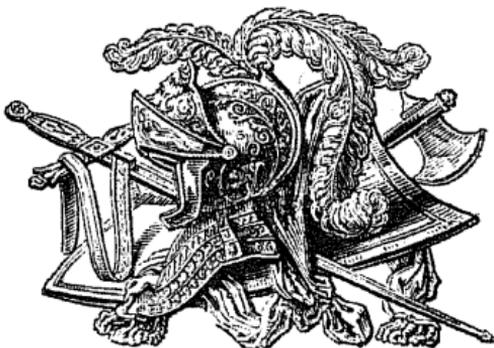
“ Murmuró varios salmos y oraciones,  
A todos los presentes demostrando,  
Que en la copa no había ni conjuro,  
Ni veneno encubierto, ni otro engaño. ”

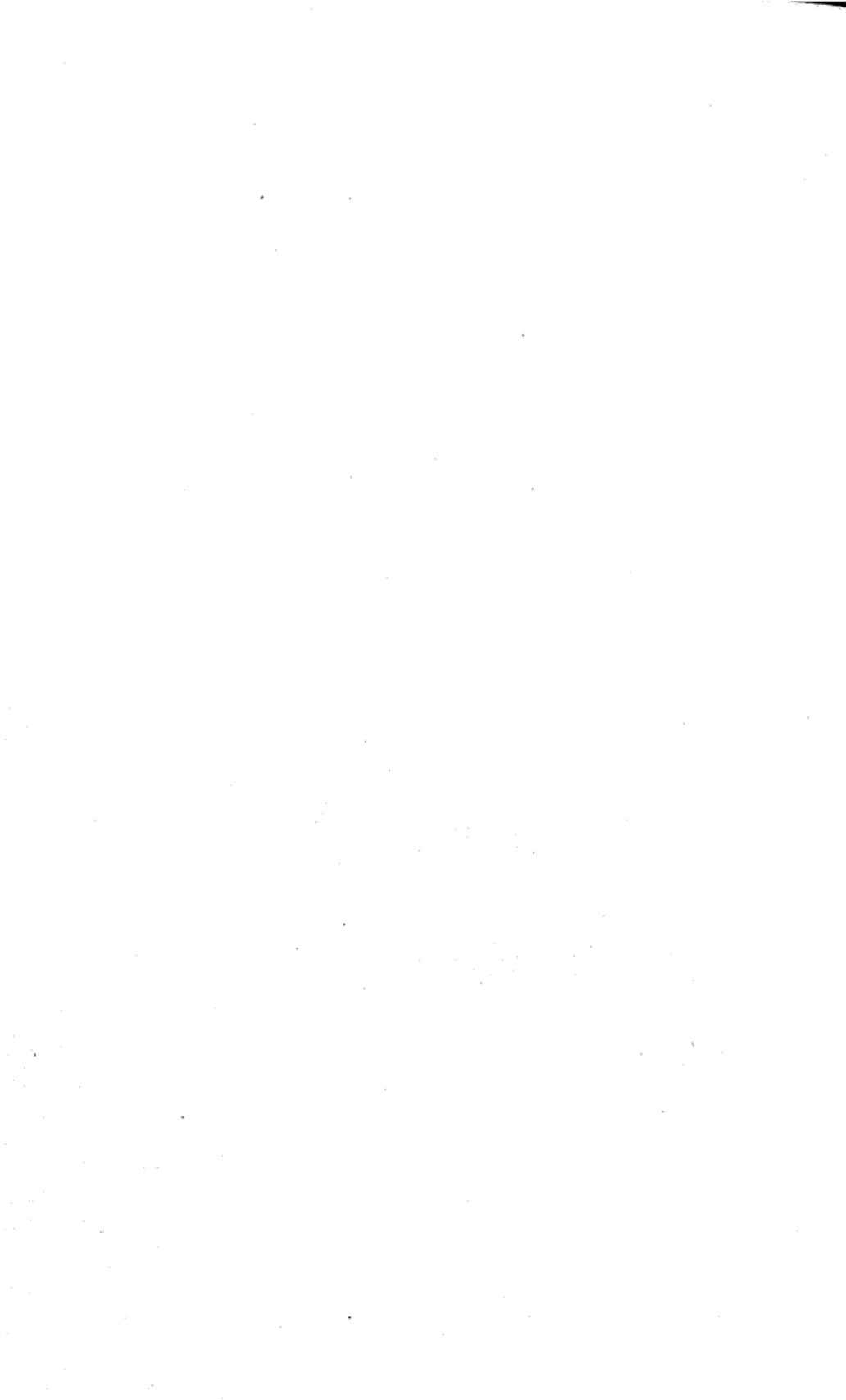
“ Un pedazo del pan mojado en vino  
Comió con gravedad el conde Sancho ;  
Y mandó á Rui-Velázquez y al de Lara,  
Que cada cual comiera otro pedazo. ”

“ Hiciéronlo al momento, una rodilla  
Hincada en tierra ; luego se abrazaron,  
Al templo fueron á jurar las paces,  
Y en seguida un festin hubo en palacio. ”

“Tornó Castilla á verse en quieta calma,  
Mas fué calma de mar, que pronto airado  
Turba el austro otra vez, y en que el piloto  
De otra mayor borrasca ve el presagio.”—

Quedó en silencio Zaide, y en silencio  
Quedó tambien Mudarra, que pasmado,  
La relacion á descubrir no acierta,  
Que con él tienen lances tan extraños.





## ROMANCE CUARTO.



Grande rumor se levanta  
De gritos, armas y voces  
En el palacio de Búrgos,  
Donde están los ricos-homes.  
*Romancero del Cid.*

EL que empeñado en áspero camino,  
De entre peñascos sale y de entre breñas,  
Y á entrar va en precipicios espantosos,  
Raudos torrentes y confusas selvas;

Si un prado, aunque pequeño, y una fuente  
Mansa, aunque cenagosa, al paso encuentra,  
Allí se pára á respirar un rato,  
Y á restaurar las fatigadas fuerzas.

Así Zaide, al hallar en su memoria  
Que desastres y horrores le recuerda,  
Un momento de paz, con breve pausa  
En él un rato á descansar se asienta.

Corto el reposo fué, y hondo silencio  
Reinó entre tanto ; pues Mudarra, llena  
De confusion y asombro el alma toda,  
De aquella narracion el fin anhela.

Zaide fijó los ojos inflamados  
En la argentada luna y las estrellas,  
Lanzó un suspiro, y prosiguió la historia  
Con sosegada voz de esta manera :

“ En paz quedó Castilla : los Infantes  
Con Nuño fueron á la corte regia  
Del monarca leones ; y doña Lambra  
A un su palacio orillas del Esgüeva.”

“ Pasó una luna en gran quietud : Velázquez  
Y Gústios de amistad se daban pruebas,  
Y yo, cumplido el plazo á mi embajada,  
Dispuse mi regreso á estas riberas.”

“ Ya me faltaban solo cuatro dias  
Para dejar de Búrgos las almenas,  
Cuando á la hora en que en mitad del cielo  
Su ardiente y viva lumbre el sol ostenta,”

“ Estando yo tranquilo en el palacio,  
Que por embajador mi albergue fuera ;  
Rumor lejano de alterada plebe  
De repente escuché, no sin sorpresa.”

“ Salí al balcon ; el espantoso estruendo  
De armas y voces distinguí mas cerca ;  
A poco vi de airada muchedumbre  
Inundarse las calles y plazuelas,”

“ De léjos un cadáver, que arrastrando  
Llevaba el pueblo : disparadas piedras  
Vinieron á perderse en mis paredes,  
Las voces escuché de *mueran, mueran.*”

“ Y vi venir huyendo del tumulto,  
Por la ancha calle enfrente de mis puertas,  
A dos de mis esclavos anhelantes,  
Que consiguen salvarlas y las cierran.”

“ Absorto estaba : entréme, y á los míos  
Convoco al punto, sin saber cuál fuera  
La causa del furor de los cristianos ;  
Cuando á mis plantas los esclavos llegan,”

“ Los mismos dos que de salvarse acaban ;  
Y sin color y con heladas lenguas,  
Que á asesinarnos corre el pueblo todo,  
Dicen, y nuestro asombro se acrecienta.”

“ Incrédulo, indeciso, nuevamente  
Me puse en el balcon, cuando á gran priesa  
Llegó á caballo, trémulo, abatido,  
De Lara un paje, y, *Mi señor os ruega*”

*“Que al punto huyáis. Tomád vuestros caballos  
Y asilo pronto en la vecina huerta,  
De donde valerosos caballeros  
En salvo os sacarán á viva fuerza.”*

“Dijo, y desapareció. Yo quedé mudo  
Sin acertar á resolver: la fiera  
Muchedumbre al momento del palacio  
Ocupó la gran plaza, y tuve apénas”

“Tiempo de retirarme de su vista.  
Todos los míos con pavor me ruegan  
Que me salve, y los salve sin tardanza,  
Y á los esclavos ensillar ordenan.”

“Infamia fuga tal me parecía;  
Resistir imposible.... A la escalera  
Me dejo arrebatár, cuando echo ménos  
Dos de mi comitiva: el uno era”

“Un mi escudero, Aben-Harin el otro,  
El cordobes, antorcha de las ciencias.  
Pregunto por los dos, y no hallo nadie  
Que acierte á darme de su suerte nuevas.”

“El ágil escudero acostumbraba  
Adiestrar al bocado y á la espuela  
Los caballos del conde, y casi siempre  
El sabio acompañaba á la condesa.”

“ Sin ellos resolví no retirarme,  
Y ansioso de atisbar si acaso llegan,  
A una gran claraboya, que á la plaza  
Daba, me aproximé no sin cautela.”

“ Oh poderoso Alá! vi en una pica,  
Sirviendo á los cristianos de bandera,  
(De horror, al recordarlo, me estremezco!)  
Del docto amigo la infeliz cabeza,”

“ Y su cuerpo en mil partes destrozado  
Entre la turba, que con una cuerda  
Le arrastraba; y al lado, medio vivo,  
Al escudero sin ventura en tierra.”

“ Bramando de furor la vista extendiendo,  
Y al arzobispo vi.... quién lo creyera!  
A aquel que tan prudente se mostrara  
De Velázquez y Lara en la contienda,”

“ Acalorar el bárbaro gentío,  
La insignia de su rito y su creencia,  
Cual de exterminio y furia enarbolando,  
Y lanzando espantosos anatemas.”

“ Si alguien templar mi saña en aquel punto  
Y á los cristianos mi rencor pudiera,  
Hubiese Lara el generoso sido,  
Que con la espada en alto, dando pruebas”

“ De noble esfuerzo y de honradez gritaba :  
*Castellanos !... qué hacéis ?... De infamia eterna*  
*Hoy cubrís vuestro nombre.... los cobardes*  
*Así á los desarmados atropellan.”*

“ Mas su voz se perdía entre el tumulto,  
Cual la razon se pierde en la tormenta  
De las pasiones, y era un hombre solo  
Dique impotente á inundacion tan recia.”

“ Al ver yo al uno, al otro, á los dos mios  
En trance tan fatal, sentí mis venas  
Encenderse, cegué, grité venganza,  
Y el alfanje empuñé con firme diestra.”

“ Del puesto aquel me arrancan mis amigos,  
Y los caballos á encontrar me llevan,  
A montar obligándome en el punto  
Que el populacho derribó las puertas.”

“ El jardin á galope atravesamos,  
Y salvando el postigo de la verja,  
Al arrabal salimos, consiguiendo  
Ganar al fin las indicadas huertas.”

“ Ya el palacio del vulgo era despojo,  
Cuando unos doce caballeros llegan,  
Por el valiente Gústios destinados  
Para sernos de amparo y de defensa.”

“ Con gran facilidad pasar pudimos  
Las murallas y fosos, pues si alerta  
Los que las custodiaban, al mirarnos,  
De prohibirnos el paso dieron señas;”

“ Eran muy pocos, y al notar la insignia  
De la casa de Lara en las cimeras,  
El puente echaron, el rastrillo abrieron,  
Y al campo nos lanzamos de carrera.”

“ Por él en gran silencio á toda brida  
A buscar fuimos la inmediata selva,  
En donde aliento á los corceles dando,  
Hablé al caudillo de la escolta nuestra;”

“ Y de él supe la causa del tumulto,  
Del pérfido Velázquez trama nueva,  
Para perder á mi valiente amigo,  
Y cima dar á su venganza horrenda.”



“ Desde que yo en la corte de Castilla  
Me presenté, de Aben-Harin la ciencia  
De alto don celestial consiguió fama,  
Por su acierto en curar graves dolencias.”

“ La condesa doña Ava, que abatida  
Con las desgracias y viudez, enferma  
Cayó por aquel tiempo, á su cuidado  
Y direccion tambien se sometiera ; ”

“ Y recobrando prodigiosamente  
En breve espacio la salud, excelsa  
La gloria fué del musulman, logrando  
Caricias, honra, aplausos y riqueza. ”

“ Lo que era asombro en la ignorante plebe,  
Fué gratitud y aprecio en la condesa,  
Si pronto envidia de la infame corte,  
Y del vil fanatismo furia ciega. ”

“ Doña Ava al cordobes agradecida,  
Como tan alta y generosa dueña,  
Le honró con su amistad, y le escucharba  
Explicar su saber, grata y atenta ; ”

“ Y ansiando entusiasmada los secretos  
De la alquimia, en que el moro insigne era,  
Penetrar, le dispuso en su palacio  
Cámara, donde hacer sus experiencias. ”

“ Tan alta proteccion y las consultas,  
Siempre inocentes sí, pero secretas,  
Que con él celebraba, dieron campo,  
Sin yo saberlo, á hablillas y á sospechas ; ”

“ Dándosele tambien á Ruy-Velázquez  
Para perder á la infeliz condesa  
Y al noble Gústios, y el favor del conde  
Conquistar, y el partido del Ulema.”

“ En aquel dia por industria suya,  
(Tan grande es en maldad) cuando á la mesa  
Con su madre y con Lara el jóven Sancho  
Apénas se asentó, la voz funesta ”

“ Se oyó y cundió por el palacio todo,  
Llenándolo de asombro y de sorpresa,  
De que del conde estaba envenenada  
La regia copa. A tan horrible nueva ”

“ Todo fué espanto y confusion : doña Ava  
Desmayada quedó, sus damas yertas,  
Confundidos los pajes ; y al momento  
Sin buscar al rumor mayores pruebas,”

“ Se dió, qué horror ! por cierto, que la madre  
Envenenar al hijo dispusiera,  
De Aben-Harin apasionada, ansiando  
Ceñirle de Castilla la diadema ; ”

“ Y que el veneno elaborado estaba  
Por el supuesto amante. Tal idea  
Crece en el pueblo, que el palacio allana,  
Y entre alambiques, bálsamos y esencias ”

“ Al descuidado Aben-Harin sorprende,  
Y á la garganta echándole una cuerda,  
Le arrastra sin piedad. Cunde el tumulto,  
En otra parte al escudero encuentran.”

“ Con cien puñales el inerme pecho,  
Bañándose en su sangre, le atraviesan;  
Y en ambos con furor la insana turba  
Su saña horrible y ciego encono ceba.”

“ Velázquez se aparece, y acalora  
El horrible tumulto, y acrecienta  
La atroz calumnia, contra mí la empuja,  
Y mi palacio acometer ordena.”

“ Ah! bien sabía que el honrado Lara  
Abrazaría al punto la defensa  
De la justicia y la verdad, y solo  
Comprometerle así su empeño era.”

“ Logrólo, pues entrando en el alcázar,  
La confusion y la calumnia aumenta,  
Y aquel supuesto crimen vengar jura,  
É incita astuto al indeciso Ulema.”

“ Este, ó bien ya de acuerdo, ó engañado,  
Y al ciego fanatismo dando rienda,  
A predicar se arroja el exterminio  
De hombres que de su fe contrarios eran;”

“Y con Velázquez y con él al frente,  
Sin que Lara calmarla consiguiera,  
Corrió á saciar en mí y en mis secuaces  
Su bárbaro furor la plebe ciega.”

—“Al saber yo de boca del guerrero  
Trama tan infernal, en furia nueva  
Sentí mi pecho arder, y hubiera dado  
Por verme allí mil lanzas cordobesas,”

“El resto de mi vida. Enfurecido  
A la inicua ciudad volví las riendas;  
Pero ¿qué aprovechara?... Nuestra fuga  
Por agrios montes y escondidas sendas”

“Proseguimos, llevando á los guerreros  
De Lara siempre para escolta nuestra,  
Hasta que el Guadarrama atravesando,  
Nos dejaron en salvo en la frontera.”



A Córdoba llegamos, do la fama  
Ya divulgara la aventura nuestra,  
Y la ciudad ardió, y ardió el imperio  
En justa indignacion, al ver deshechas”

“ De modo tan atroz solemnes paces,  
De embajador la inmunidad suprema  
Profanada, y vertida alevemente  
Por cristianos la sangre sarracena.”

“ Gritó el pueblo musulmíco venganza,  
A Castilla maldijo, pidió guerra,  
Y decretóla Hixcen.... Mas no regía  
En momento tan crítico las riendas”

“ Del gobierno Almanzor. Se hallaba entónces  
Del rico oriente en las lejanas tierras;  
Y Giafar (como ayer) el sumo mando  
Desempeñaba el tiempo de su ausencia.”

“ Giafar, que recobrado el poderío  
Por sus antiguos triunfos y proezas,  
Y por su astucia aun mas, ya de la corte  
Wacir y alcaide del alcázar era,”

“ Si bien nunca aprobar las pazes pudo,  
Ni olvidar el mal fin de sus empresas;  
De reparar el descalabro antiguo  
Vió con gozo ocasion tan lisonjera,”

“ Y para castigar al castellano  
Armas y tropas sin tardanza apresta;  
Al bárbaro Juzef el mando encarga,  
Y el exterminio de Castilla ordena.”



“Allá en Búrgos en tanto con mi fuga  
Aquietada la turba y satisfecha,  
Tornó Velázquez del airado conde  
El furor contra Lara y la condesa.”

“Don Sancho.... incauto jóven!... á Velázquez  
Creyéndose deudor de su existencia,  
El gobierno entrególe del estado,  
Y fué su voluntad la ley primera.”

“Mayor de edad al punto se declara :  
A la madre infeliz prende y encierra  
En estrecha prision, donde la muerte  
Pronto el consuelo fué de su inocencia ;”

“Y aunque al de Lara atropellar no osa,  
Porqué es grande en poder como en nobleza ;  
Le desaira, á Sálas le retira,  
Y á merced de Velázquez todo queda.”

“Mas, ay! que la ambicion y la venganza  
Son pasiones que nunca satisfechas  
Logran mirarse, y cual del mar las olas,  
Van creciendo hasta el punto en que se estrellan.”

“De modo tan atroz solemnes paces,  
De embajador la inmunidad suprema  
Profanada, y vertida alevemente  
Por cristianos la sangre sarracena.”

“Gritó el pueblo musulmico venganza,  
A Castilla maldijo, pidió guerra,  
Y decretóla Hixcen.... Mas no regía  
En momento tan crítico las riendas”

“Del gobierno Almanzor. Se hallaba entónces  
Del rico oriente en las lejanas tierras;  
Y Giafar (como ayer) el sumo mando  
Desempeñaba el tiempo de su ausencia.”

“Giafar, que recobrado el poderío  
Por sus antiguos triunfos y proezas,  
Y por su astucia aun mas, ya de la corte  
Wacir y alcaide del alcázar era,”

“Si bien nunca aprobar las pazes pudo,  
Ni olvidar el mal fin de sus empresas;  
De reparar el descalabro antiguo  
Vió con gozo ocasion tan lisonjera,”

“Y para castigar al castellano  
Armas y tropas sin tardanza apresta;  
Al bárbaro Juzef el mando encarga,  
Y el exterminio de Castilla ordena.”



“Allá en Búrgos en tanto con mi fuga  
Aquietada la turba y satisfecha,  
Tornó Velázquez del airado conde  
El furor contra Lara y la condesa.”

“Don Sancho.... incauto jóven!... á Velázquez  
Creyéndose deudor de su existencia,  
El gobierno entrególe del estado,  
Y fué su voluntad la ley primera.”

“Mayor de edad al punto se declara :  
A la madre infeliz prende y encierra  
En estrecha prision, donde la muerte  
Pronto el consuelo fué de su inocencia ;”

“Y aunque al de Lara atropellar no osa,  
Porqué es grande en poder como en nobleza ;  
Le desaira, á Sálas le retira,  
Y á merced de Velázquez todo queda.”

“Mas, ay! que la ambicion y la venganza  
Son pasiones que nunca satisfechas  
Logran mirarse, y cual del mar las olas,  
Van creciendo hasta el punto en que se estrellan.”

“ Pronto llegaron á la infame Búrgos  
Los clamores, los llantos y las quejas  
De los míseros pueblos fronterizos,  
De nuestra furia víctimas primeras ;”

“ Y advirtiendo Castilla que era en vano  
Contrarestar las musulmanas fuerzas,  
Cayó en abatimiento, y en la corte  
Todo fué confusion, miedo y vileza.”

“ Ricos-hombres, abades y prelados  
Llevando al arzobispo á su cabeza,  
Demandaron al conde que al momento  
Satisfaccion á nuestro imperio diera,”

“ Tal que bastase á contener el curso  
Del torrente de lanzas y banderas,  
Que iba á inundar á la infeliz Castilla,  
Y á arrastrarla á su fin. Esta propuesta”

“ Fué muy grata á Velázquez, que anhelaba  
Gozar en paz la autoridad suprema,  
Y que le presentó nuevo camino  
De asegurarse para siempre en ella.”

“ Del ofendido Lara harto temible  
El nombre y el poder aun considera,  
Y el mismo infierno le inspiró la trama  
Mas espantosa, abominable y negra.”

“ Pensó, y dijo entre sí, de fiero gozo  
 Palpitándole el pecho : *Giáfar tregua*  
*Me acordará sin duda, si le entrego*  
*Al que humilló en el campo su soberbia.”*

“ *Marche pues Lara á Córdoba, y á un tiempo*  
*Negociador y víctima allá sea.*

Lumbre infernal resplandeció en su frente,  
 Bañó su torva faz sonrisa horrenda,”

“ Y propuso á don Sancho, que al momento  
 A nuestra corte el noble Lara venga  
 A negociar la paz. Pasmóse el conde  
 A tal proposicion, pues le profesa”

“ A Lara odio de muerte, no dudando  
 Que del supuesto crimen fué cabeza;  
 Pero astuto Velázquez le convence,  
 Y aun con nuevos temores le amedrenta.”

“ Al arzobispo encargan al instante  
 De hablar con Gústios, y aun de hacerle fuerza  
 Para que la embajada desempeñe,  
 Sin tener ya de sus agravios cuenta.”

“ Lara, que por su patria siempre estaba  
 Pronto á sacrificarlo todo, deja  
 Al punto á Sálas, y á la corte torna,  
 Donde todos le halagan y festejan.”

“Casi se reconcilia con Velázquez ;  
Solo le ocupa la gloriosa idea  
De salvar á Castilla, y dar reparo  
Al crimen cometido con mi ofensa ;”

“Y con ricos presentes se encamina  
A estas murallas. Desdichado !....A ellas  
Antes llegó Eliazim, astuto hebreo,  
Que confidente de Velázquez era,”

“Y con Giafar oculto y sigiloso  
Tuvo larga entrevista, y dió la vuelta  
A Búrgos al momento.... Muchos años  
Despues lo supe yo....¡ Si lo supiera”

“En aquel punto !.... Oh, cuántos infortunios !...  
Mas ¿ quién detiene el curso á las estrellas ?  
¿ Qué mísero mortal mudar consigue  
Lo que está escrito en inborrables letras ?”



“Llega de embajador el noble Lara  
A esta insigne ciudad, y se presenta  
Al irritado Hixcen, que al recibirle  
Admiró su gallarda gentileza.”

“ Giafar....(sí, de Giafar y de Velázquez  
Las almas se entendían : tal vez era  
Uno mismo el demonio que guiaba  
A ambos á un tiempo por distinta senda)”

“ Giafar le vió con el placer amargo  
Del que á gozar venganza va completa  
De aquel á quien envidia, y que á despecho  
Le admira casi mas que le detesta.”

“ Le tiene en su poder.... Mas ¿ por ventura  
Querrá á Velázquez contentar, la guerra  
Suspendiendo?... jamas, jamas. *Castilla*  
*Deberia de nuevo su existencia*”

“ *De Lara al sacrificio generoso,*  
*Si otra vez á su esfuerzo la debiera.*  
*Cual mártir le adorara el pueblo hispano,*  
*Toda la cristiandad.... No en su cabeza,*”

“ *En su nombre, en su nombre mi venganza,*  
*Para que digna de mi encono sea,*  
*Se saciará, poniéndole el vil sello*  
*De maldicion sin fin, de infamia eterna.*”

“ Así pensó Giafar : su fantasía  
Abrazó con placer tales ideas,  
Y al aprestarse á darles cumplimiento,  
El éxito terrible saborea.”

“Grandes obsequios y afectada pompa  
De Lara el noble en derredor despliega;  
Oye atento y afable su embajada,  
Y que á todo se allana, le demuestra,”

“Por respeto á su nombre y su persona;  
Y con elogios mil le lisonjea.  
Establecióse un armisticio, y luego  
Solemnes pactos de inviolable tregua,”

“Exigiendo tansolo de Castilla  
Corto tributo á fuer de recompensa,  
Y en rehenes del tratado dos presidios,  
Que ocupaba el cristiano en la frontera.”

“Del éxito feliz de su mensaje  
Ufano Gústios, regresar anhela  
Para anunciarlo á Búrgos por sí mismo;  
Mas Giafar le detiene, le sujeta”

“Con fingido pretexto, y le decide  
A enviar un caballero con presteza,  
Que lleve al conde Sancho de Castilla  
De la ajustada paz la ansiada nueva.”

“Yo en tanto disfrutar la compañía  
Pude en mi patria de mi amigo apénas.  
Giafar sabía mi amistad con Lara,  
Y la temió; y habiéndose en Valencia”

“ Por aquel tiempo un jeque declarado  
En rebelion, mandóme á toda priesa  
Marchar á sujetarle ; cargo honroso,  
Que renunciar no pude, aunque quisiera.”

“ Al dejar estos muros, en mis brazos  
Estreché á Gústios con el alma llena  
De atroz presentimiento ; y, *Parte pronto*,  
Le dijo solo mi affligida lengua.”

“ Quedóse á mi pesar. Llegó el tratado  
A Búrgos, que gozosa con la tregua,  
Se alzó del hondo espanto en que yacía,  
Cesando sus aprestos de defensa.”

“ Entregó los castillos concertados,  
El tributo tambien, y las banderas  
Dispersó ya reunidas en los campos,  
Y al dulce sueño de la paz se entrega.”

“ Oh Castilla infeliz y descuidada!  
Por Giafar avisados con reserva  
Juzef y los caudillos, que escondidos  
Se mantuvieron siempre en la frontera ;”

“ En cuanto desarmados á los pueblos  
Vieron, y sus mesnadas ya dispersas,  
Entraron furibundos á mansalva,  
Fuego, sangre, exterminio, muerte, guerra,”

“ Y esclavitud sembrando hasta la orilla  
Del claro Arlanza ; y al clamor que suena,  
Présago de ruina inevitable,  
De Búrgos rétemblaron las almenas.”

“ El conde, el arzobispo, el pueblo todo,  
Que es de Lara traicion al punto piensan ;  
De Lara que ha querido adormecerlos,  
Para vengar á salvo sus ofensas ;”

“ Mas del último apuro los cristianos  
Sacando nuevo ardor y saña nueva,  
Resuélvense á morir como valientes  
En noble y obstinada resistencia.”



“ En tanto la invasion de nuestras huestes,  
Sus rápidas victorias y proezas  
En Córdoba muy luego resonaron,  
Llenando á Lara de mortal sorpresa.”

“ Corre al alcázar, á Giafar pregunta,  
Si de atentado tal la fama es cierta ;  
Y Giafar con frialdad y atroz sonrisa,  
Con tono de desprecio le contesta :”

*“ La paz reinaba, cuando allá en tu corte  
Derramasteis la sangre sarracena :  
No es extraño que corra la cristiana,  
Cuando aun no bien segura está una tregua.”*

“ Gústios de indignacion tiembla, y sañudo  
Iba á dar al Wacir noble respuesta ;  
Cuando de una victoria conseguida  
Por los cristianos arribó la nueva.”

“ Irritado Giafar al recibirla,  
Prender á Lara el denodado ordena,  
En una honda mazmorra sepultarle,  
Abrumarle de hierros y cadenas,”

“ Y pasar á cuchillo á los cristianos  
De su séquito. En vano en la alta diestra  
De Gústios un instante ardió la espada,  
Y aun se tiñó de sangre. Le rodea”

“ Armada turba, que le arrastra al punto  
Al hondo seno de prision estrecha,  
Mientras que de los suyos descuidados  
Saltaron de los hombros las cabezas.”

“ Fué la noticia del cristiano triunfo  
Que causó tal trastorno, verdadera :  
La desesperacion dió al castellano  
Aquel valor que todo lo atropella.”

“ Se armaron en tumulto, sus campiñas  
Talaron, escondieron en la sierra  
Sus ancianos, sus niños, sus mujeres ;  
Y jurando morir en la defensa”

“ De su Dios, de sus leyes, de su patria,  
Con Velázquez y el conde á la cabeza,  
A la lid se arrojaron cual leones,  
Y la victoria fué su recompensa.”

“ Pero aunqué remediaron su peligro  
Rechazando á Juzef, quedó una guerra  
Empeñada, de fin incierto y largo,  
Costosa á entrambos pueblos y molesta.”

“ Búrgos, exhausta y pobre, no podía  
Sin nuevos descalabros sostenerla ;  
Y á Córdoba, perdido el primer golpe,  
Y con serios disturbios en Valencia,”

“ Donde eran vanos mis esfuerzos todos ;  
Proseguirla tambien difícil era.  
De paz y de quietud necesitaban  
Ambas naciones.... pero ¿ cómo haberlas ?”



“ De Lara la prision y el exterminio  
De los suyos de Arlanza en las riberas  
Resonaron muy pronto; mas no hicieron  
En Castilla impresion. La falsa idea,”

“ Por el mismo Giafar acalorada,  
De que traidor con engañosas nuevas  
Vender á su nacion había intentado,  
No estaba desmentida ni deshecha;”

“ Antes bien apoyada por Velázquez,  
Que enajenado contemplaba en ella,  
Un campo dilatado y abundoso,  
En que dar pasto á su venganza horrenda.”

“ Donde llenó de indignacion los pechos,  
Fué allá en Leon, en que adorados eran  
Los siete Infantes, los gallardos hijos  
Del infeliz que estaba entre cadenas.”

“ Ellos, apénas la cruel noticia  
El corazon les traspasó cual flecha,  
No lágrimas inútiles vertieron,  
No al cielo alzaron impotentes quejas;”

“ La libertad del padre y la venganza  
Juraron, de furor las almas llenas :  
Su pendon arbolaron; noble hueste  
De la florida juventud leonesa ”

“ Y de fieles vasallos de su padre,  
Que al son de sus clarines se reunieran,  
Juntaron con presura; y se arrojaron,  
En el Eterno su esperanza puesta,”

“ A arrollar nuestro imperio poderoso,  
Esperando plantar en las almenas  
De Córdoba triunfantes sus pendones,  
Y al padre rescatar á viva fuerza.”

“ ¡Disculpable arrogancia, pues nacía  
De justa indignacion!... Pero no era,  
Por fortuna de Córdoba, á sus brios  
Y á su noble furor igual la empresa.”

“ Los jóvenes incautos los consejos  
Despreciando de Nuño y la experiencia,  
Que temió con razon que al precipicio  
Su arrojo y ciego ardor los condujera;”

“ Como torrente que bramando rompe  
Hinchado y ronco el cauce que lo enfrena,  
Pasaron nuestro término.... Infelices!....  
Qué sima estaba ante sus piés abierta!”

— “ Giafar, que informe recibió al momento  
De sus nobles designios, con reserva  
A Búrgos despachó su confidente,  
Para hacer á Eliazim la atroz propuesta”

“De entablar paz segura con Velázquez,  
Si los hijos de Lara se le entregan.  
No fué preciso mas : un negro crimen  
A otro, y á otro, y á mil abre la puerta ;”

“Pues como el risco, así que se desprende  
De la ardua cumbre de empinada sierra,  
Crece en velocidad, en peso, en furia,  
Al bajar depeñado por la cuesta ;”

“El mortal que se arroja de delitos  
Y atrocidades á la sima horrenda,  
Mientras comete mas, mas se enfurece,  
Y mientras se hunde mas, mas los anhela.”

— “Los siete hermanos, míseros ! principio  
A su noble venganza heroico dieran :  
Todo á sus lanzas invencibles cede,  
Y todo sus caballos lo atropellan ;”

“Mas ni una sola voz ni un solo paso  
Daban, sin que al momento lo supiera  
El sagaz Abdalá, feroz guerrero,  
A quien Giafar mandara á toda priesa”

“A observarlos astuto y destruirlos,  
Con órdenes atroces y secretas.  
¡ Dos traidores ganados por Velázquez  
Los confidentes de sus planes eran !!!”



“ Tres lunas entre tanto Gústios Lara  
Pasado había en la prision estrecha,  
En donde del quebranto, de la angustia  
Y del despecho víctima cayera,”

“ Si un Genio bienhechor de tiempo en tiempo  
No bajara á endulzar su suerte acerba,  
Y á hacerle tolerable por lo ménos  
El peso abrumador de las cadenas;”

“ Cuando á deshora oyó las fuertes barras  
Correrse y los cerrojos ; vió la puerta  
Abrirse de repente, y dos esclavos  
Entrando, darle de respeto muestras.”

“ Quedó absorto al mirarlos, y pasmóse  
Al escuchar que libre está, y que ordena  
El potente Giafar que de allí salga,  
Y que al punto se ponga en su presencia.”

“ El sol ardía en la mitad del cielo,  
Y al bañarle la faz, á las tinieblas  
Acostumbrada, deslumbróle á punto  
Que de venir al suelo estuvo cerca.”

“Fué socorrido por los dos esclavos,  
Un corredor larguísimo atraviesa,  
Un patio solitario y una arcada,  
Luego un jardín, y al régio alcázar llega.”

“En un salón turbado le recibe,  
Y aun trémulo, Giafar, que al verle afecta  
Interés y respeto : á su lado  
En almohadon de púrpura le asienta,”

“Y procurando dar á su semblante  
La expresión grata de amistad sincera,  
Así le dice con confuso acento,  
Actitud de raposa, ojos de hiena:”

*“Razon de Estado tu prision tansolo  
Podido ha motivar....Los que gobiernan,  
Harto lo sabes tú, viven sujetos  
A obrar tal vez lo mismo que condenan.”*

*“Pero otro tiempo es ya....tiempo dichoso,  
Pues que me proporciona darte pruebas  
De que no olvido, que tu heroico esfuerzo  
Una vez consiguió la gloria excelsa”*

*“De arrancarme un laurel, robarme un triunfo.  
Si....los guerreros, que cual tú pelean,  
Honran á los que vencen....Gústios Lara!  
Desde el dia fatal con impaciencia”*

*“He esperado el momento que ya toco,  
De entablar amistad contigo eterna!!!....  
Ya no eres mi cautivo: entre Castilla  
Y el imperio andaluz las paces reinan:”*

*“Torna á lograr de tu valor el premio.  
Mas ántes tu constancia y fortaleza  
Voy á probar, haciéndote un presente  
Digno de ti y de mí. Calló, y respuesta”*

*“No recibió de Gústios, que dudoso,  
Por mas que quiere, á responder no acierta;  
Y el asiento dejando, en otra sala,  
Precediendo Giafar, entrambos entran.”*

*“Solitaria y magnífica, cual todas,  
Tenía en medio una espaciosa mesa,  
En donde varios bultos ocultaba  
De damasco ormesí rica cubierta.”*

*“Gústios la mira, y le palpita el pecho;  
Con el dedo Giafar se la demuestra;  
Y, *Allí el regalo está*, con risa amarga  
Dice, y del brazo asiéndole, le acerca;”*

*“Y de pronto tirando del tapete,  
Hé aquí de mi amistad la sola prenda,  
Grita con voz de trueno, y muestra al padre  
De los amados hijos las cabezas.”—*

*Qué horror! qué horror!..* al escuchar Mudarra  
Atrocidad tan detestable y negra,  
Exclamó; y levantóse, retremblando,  
Del mármol que de asiento le sirviera.

Zaide quedó en silencio, las mejillas  
De amarillez y lágrimas cubiertas,  
Y los siete cipreses, que cercaban  
El sitio aquel, sus puntas verdinegras

Agitaron á un soplo repentino  
Con lúgubre rumor, cual si tuvieran  
Instinto de tomar en tal momento  
Parte tambien en la solemne escena.



Quedando en pié Mudarra, hondo suspiro  
Arrojó Zaide; y con cansada lengua  
Anudó el hilo de la horrible historia,  
Y prosiguió en decir de esta manera :

“ Sí, el noble Lara, el desdichado padre  
Vió de sus siete hijos las cabezas,  
Encima del bufete, en una fila,  
Y por órden de edad, ay triste! puestas.”

“ Aunque desfiguradas y espantables,  
Cual de léjos traídas, y entre yerbas,  
Espíritus y sales conservadas,  
Distinguió en cada cual las propias señas.”

“ En estatua de hielo convertido,  
Fijos los ojos, sin moverse, en ellas,  
Y los latidos del hinchado pecho  
Dando tansolo en él de vida muestras,”

“ Quedó Lara infeliz.... Ah! ¿ cómo puede  
Mi débil voz la situacion horrenda  
Con palabras pintar?...Padre es preciso,  
Padre es preciso ser, para entenderla.”

“ Un esclavo que oculto allí con otros,  
Por órden de Giafar, estaba alerta,  
Mil veces me ha contado de aquel dia  
Hasta las circunstancias mas pequeñas.”

“ Sin habla Gústios, ó mejor, sin vida,  
Estuvo sin moverse una gran pieza :  
Luego un temblor lijero, imperceptible  
Apareció en sus miembros, y en violenta ”

“ Convulsion terminó ; pero tornando  
A la inmovilidad, gira y pasea  
Los ojos, cual los ojos de un espectro,  
Por una y otra de las siete prendas.”

“ Sonrisa amarga agita un breve instante  
Sus labios sin color, y en tanto queman  
Sus mejillas dos lágrimas, y luego  
Los tiernos hijos á nombrar comienza,”

“ Los ojos enclavando en el que nombra,  
Y esperando tal vez, ay! su respuesta :  
*Diego!..Martin!..Fernando!..Suero!..Enrico!..*  
*Veremundo!...Gonzalo!...y cuando llega”*

“ A este nombre, dos veces lo repite ;  
Y recobrando esfuerzo y vida nueva,  
Entrambas manos trémulas extiende,  
Agarra de Gonzalo la cabeza, ”

“ Y la alza ; pero al verla sin el cuerpo,  
Un grito arroja, y súbito la suelta,  
Cual si hecha de encendido hierro fuese.  
Empero torna á asirla, se la lleva ”

“ A los labios, y un beso en la insensible  
Mejilla imprime.... La frialdad horrenda,  
La ascosa fetidez sufrir no pudo,  
Y como cuerpo muerto cayó en tierra : ”

“ Aquel resto infeliz del hijo suyo  
Cayó sobre su pecho , y desde él rueda  
Por la alfombra, dejando sucio rastro  
De sangre helada, corrompida y negra.”

“ Ni aun Giafar, ya saciado de venganza,  
 Pudo aguantar mas tiempo tal escena;  
 Y huyó bramando, como brama el tigre,  
 Cansado de exterminio, á su caverna. ”



Quedó Zaide en silencio, y en silencio  
 Trémulo, confundido, helado queda  
 Tambien, cubierto de sudor, Mudarra,  
 Y con el alma de terror deshecha.

Mas al cabo repúsose, exclamando :  
 “ Gracias, cielos, os doy de que la empresa  
 “ Guardasteis para estreno al brazo mio  
 “ De libertar de monstruo tal la tierra !!! ”

“ Zaide !...Zaide !...¿es posible que los hombres  
 “ De tanta atrocidad capaces sean ?...  
 “ Mas decídme, decídme : ¿ el noble Lara  
 “ Tornó á la vida ? ” — “ Sí ; y aun mejor fuera ”

“ Que no tornara, ” respondióle Zaide ;  
 Y prosiguió diciendo : “ Las tinieblas  
 “ Reinaban de la noche, cuando el triste  
 “ En sí volvió, y atado con cadenas ”

“ Se halla en medio del campo, y en los hombros  
De dos esclavos negros, que á gran priesa,  
Cercado de una escolta silenciosa,  
De los muros de Córdoba le alejan.”

“ Mas no estaban del todo sus sentidos  
Despiertos, ni expeditas sus potencias ;  
Y en desórden su mísero cerebro,  
Ya de impresion ninguna capaz era.”

“ Nada pregunta ; nadie le hace caso ;  
Llévanle cual vil fardo ; y triste presa  
Del mental desarreglo, ni aun memoria  
De lo que acaba de pasar, conserva.”

“ Unas veces tomaba el alimento,  
Otras lo rechazaba con violencia ;  
Ya prorumpe en horrendos alaridos,  
Ya insensible cadáver ni aun alienta.”

“ Al confin castellano á pocos dias  
Así llegó, y al punto de él se entregan  
Armígeros dispuestos de antemano,  
Que tambien mudos y con gran presteza,”

“ A un lejano castillo le conducen,  
Dominio de Velázquez, y le encierran  
En solitaria torre, al mismo tiempo  
Que por traidor en Búrgos le condenan.”

“ Veinte crudos inviernos han cercado  
De nieves, lluvias, tempestades, nieblas  
La prision, donde gime el noble Lara,  
Y aguarda al vengador de su inocencia.”—

“ Y qué !” gritó Mudarra : “ ¿ en los cristianos  
No hay honra, no hay valor, no hay quien emprenda  
De tan esclarecido caballero,  
Ya que no la venganza, la defensa ?”

“ Yo volaré á Castilla, y lanza á lanza,  
A Velázquez, al conde, á cuantos sean  
De tanto crimen y crueldad culpables,  
Combatiré cual bueno.... Tal empresa,”

“ A que el honor y la virtud me llaman,  
“ El cielo mismo acometer me ordena.  
“ Sí, volaré á vengar al noble anciano ”....—  
No pudo proseguir, porqué le estrecha

Entre los brazos Zaide, que mil besos  
Le imprime en la mejilla, se la riega  
Con llanto copiosísimo, y le dice :  
“ Tal es tu obligacion, cumple con ella.”

“ Hijo eres tú del desdichado Lara,  
“ Que de ti solo su remedio espera.”—  
“ Yo su hijo ?.... gran Dios !....Zaide !” el mancebo  
Exclama absorto, helado, y manifiesta

Tan grande agitacion, que mas no puede  
Su labio articular; y calla, y tiembla.  
Respóndele el anciano: “Sí, hijo suyo,  
“ Y de Zahira.”—A nombre tal se llena

La medida del pecho de Mudarra,  
Casi pierde el sentido, y dice apénas:  
“ Mi leal corazon ya lo sabía....  
“ Madre!.... ay de mí infelice!.... madre tierna!”...

“ Qué destino cruel tan dulce nombre,  
“ Entre tus brazos le negó á mi lengua? ”  
Su voz ahogóse en lágrimas; y Zaide,  
Repuesto, prosiguió de esta manera.



“ La hermosa flor del cordobes imperio,  
Zahira, de virtud y gracias reina,  
La tierna hermana de Almanzor glorioso,  
Astro de la bondad y la belleza,”

“ Por mí informada de la ilustre sangre,  
De la gloria, valor y gentileza  
Del noble Gústios, del señor de Lara;  
Le admiró, cuando vino á estas riberas,”

“Concibiendo al mirarle el entusiasmo,  
Que en las almas sensibles, en las hembras  
De estima y de valor, la vista solo  
De un héroe generoso al punto engendra.”

“Cuando á partir de pronto me obligaron  
Los civiles disturbios á Valencia,  
Temiendo de Giafar la atroz perfidia,  
Manifestéle cauto mis sospechas,”

“Que la hicieron temblar y demudarse,  
Aumentar su interes, y estar alerta  
Sobre la suerte de mi ilustre amigo,  
Blanco infeliz de tramas encubiertas.”

“Prendió Giafar al desdichado Lara;  
Y al momento Zahira, ansiosa piensa,  
Ya que la libertad darle no puede,  
El modo al ménos de aliviar sus penas.”

“Hermana de Almanzor el poderoso,  
Adorada del pueblo, de opulencia  
Gozando sin igual, jóven y hermosa;  
¿Qué guardia sus encantos resistiera?”

“Qué carcelero sus cuantiosos dones?...  
¿O qué prision las redobladas puertas,  
De su mano al impulso, á su voz sola,  
No allanara cerrojos y cadenas?”

“ Penetró pues en la mazmorra oscura  
Donde yacía Lara, y su presencia,  
Cuaí la de un númen celestial tornaron,  
En luz consoladora las tinieblas.”

“ Al cabo convirtiósese aquel recinto,  
Mansion de horrores, llantos y miserias,  
En templo del amor, de amor sublime,  
De amor que concertaron las estrellas,”

“ De amor que te dió el ser, para que el nombre  
De una insigne familia no perezca,  
Dar reparo á gravísimos desastres,  
Y al abatido mundo clara prueba”

“ De que los justos cielos sin castigo  
Los crímenes atroces nunca dejan,  
Y que á los inocentes desdichados  
Consuelo siempre y vengador reservan.”

“ El gran Gonzalo.... (ay triste! aun no sabía  
Que de sus siete hijos las cabezas  
Iba á ver de sus cuerpos arrancadas )  
Tornando padre á ser, con alma llena”

“ De tierno gozo, en manos de Zahira  
Puso ese rico anillo, que mi diestra  
Otro tiempo adornó, y ahora la tuya,  
De indisoluble amor sagrada prenda,”

“ Signo tambien que el adorado fruto  
A conocer en todo evento diera.  
¡ Tal vez presagio oscuro debió al cielo  
Del porvenir oculto en vaga idea !”

“ Pronto, harto pronto, sí, llegó el horrible  
Término á su prision; y la princesa,  
Al saber de Giafar la atroz barbarie,  
Del noble amante la forzada ausencia,”

“ Y la persecucion que el infelice  
Halló de nuevo en su traidora tierra;  
Víctima del despecho y amargura,  
De bajar al sepulcro estuvo cerca,”

“ Quedando como rosa del desierto,  
Que cuando mas gallarda y mas risueña,  
Granizo aterrador la embiste, rompe  
Su tallo, y su esplendor marchito deja.”

“ Mas si tal vez á Gústios desdichado  
Le dió en tan recio golpe resistencia  
La esperanza de haber un hijo fuerte,  
Que su venganza, andando el tiempo, fuera;”

“ El mismo pensamiento dió á Zahira  
Para luchar con su infortunio fuerza,  
Y cuidar aquel seno, que albergaba  
De esperanzas alísimas la prenda.”

“ A Córdoba tornó por aquel tiempo  
El insigne Almanzor, y en la suprema  
Autoridad repuesto, con enojo  
Vió la conducta de Giafar horrenda.”

“ Del Guadalaviar tambien yo entónces  
Regresé á estas murallas, y tu bella  
Madre me confió todo el secreto,  
Que de su hermano reservó discreta.”

“ Llegó el término en fin, saliste al mundo  
En manos de una esclava confidenta  
De Zahira infeliz ; y yo, yo mismo,  
Segun dispuesto de antemano fuera,”

“ Te llevé á los jardines del alcázar,  
Do concertado estaba con destreza  
Tu pronto hallazgo. Almanzor al punto  
Te puso en brazos de su hermana ; sea”

“ Que noble y generoso, un desvalido  
Vió en ti con interes, ó que su extrema  
Penetracion de la verdad le impuso,  
Como su amor á ti lo manifiesta.”

“ Desde el instante aquel mi afan primero  
Fué, y el anhelo de tu madre tierna,  
Dar lo mas pronto al desdichado Lara  
Del suceso feliz la dulce nueva.”

“ Pero, ay! que desde entónces hasta ahora  
La suerte inexorable que le aqueja,  
Se opuso á que le llegue tal consuelo,  
Y aun ignora que existes. En la tierra”

“ Jamas mejor servido que Velázquez  
Se vió ningún tirano : las ofertas,  
La astucia, el ruego, todo en vano ha sido  
Probado con teson veces diversas.”

“ Ni aun he vuelto á saber del docto Nuño :  
Vaga tal vez por apartadas tierras,  
Si es que el peso de tantas desventuras  
No ha dado oscuro fin á su existencia.”

“ En varias ocasiones despechada  
Quiso dejar Zahira estas riberas,  
Llevándote consigo, y en Castilla  
Implorar de don Sancho la clemencia;”

“ Pero siempre me opuse : que á Velázquez  
Conozco, y paso tal solo sirviera  
Para entregarle la preciosa tabla,  
Que en su triste naufragio á Lara queda.”

“ Tantos años de llanto y de aflicciones,  
De esperanzas remotas, si no inciertas,  
De amarguras y afanes, marchitaron  
En su fresco verdor la primavera”

“ De tu amorosa madre, y á la tumba”....—  
 “ No mas, no mas.... buen Zaide!.... basta, cesa,”  
 Interrumpióle el mísero Mudarra:  
 “ ¡ Harto mi corazon destroza, y llena”

“ De espanto y de dolor ese recuerdo,  
 Que ni un instante de oprimirme deja!....  
 Ay! yo escuché sus últimas palabras,  
 Que aquí en mi corazon están impresas : ”

“ Palabras que mis años juveniles  
 Han llenado de afan, y que ahora incendian  
 Mi pecho con el ansia de cumplirlas,  
 Ya que he debido al cielo el comprenderlas.”

“ Sí,” exclamó Zaide: “ sí, jóven gallardo :  
 “ Llegado el tiempo es ya ; claro lo prueba  
 “ Esa sangre que mancha tus vestidos,  
 “ Y el aspecto feliz de las estrellas,”

“ Que el camino te allanan. En Castilla  
 El débil conde Sancho ya no reina :  
 Acaba de morir : debe aquel trono  
 Un jóven ocupar de heroicas prendas ;”

“ Y si los sucesores de los reyes  
 El cetro y el poder supremo heredan,  
 Nunca heredan tambien los favoritos,  
 Y rara vez los odios y las quejas.”

“A Castilla, á Castilla,” entusiasmado  
Con los altos destinos que le esperan,  
Gritó Mudarra : “los momentos urgen;  
“Crímen perderlos es, mi padre espera.”

“Volemos,” dice Zaide : “yo contigo  
“Tornaré del Arlanza á las riberas,  
“Te entregaré á tu padre; y presenciando  
“Su venganza, su paz, y tus proezas,”

“Bendeciré la mano omnipotente  
Que alargó mi vejez, para que viera  
Cumplidos mis afanes, y tranquilo  
Hallaré en el sepulcro paz eterna.”

“Volemos, sí... mas ántes de este mármol,  
Que tu curiosidad tuvo despierta  
Por un presentimiento indescifrable,  
Saquemos el depósito que encierra,”

“Para llevarle con nosotros...: Hola!  
“Caleb.... Isman.”—Al punto se presentan  
A la voz obedientes dos esclavos,  
A quienes pide para alzar la piedra

Los útiles precisos. Presurosos  
Caleb é Isman á obedecerle vuelan;  
Y el anciano y el jóven en silencio  
Como clavados en su sitio quedan.



Volvieron los esclavos, y la losa  
Levantando forzudos, descubierta  
Quedó un arca de cedro y ataujía,  
En una alfombra tunecina envuelta.

Viéndola, dijo Zaide : “ Aquí, Mudarra,  
“ Están de tus hermanos las cabezas,  
“ Que Giafar como bárbaro trofeo  
“ Colocó de su alcázar en las puertas.”

“ Yo las quité de allí, y en esta caja  
Las encerré entre aromas, y esta huesa  
Mandé labrar, plantando en su memoria  
Estos siete cipreses que nos cercan.”

“ Llevemos á tu padre estos despojos :  
Dulce reposo allá en su patria tengan ;  
Que aun despues de la muerte es gran desdicha  
Sufrir el peso de la extraña tierra.”—

Arrojóse Mudarra sollozando  
Sobre el arca magnífica, la besa  
Y la humedece con su llanto. Zaide  
La alza y prosigue : “ El tiempo no se pierda ;

“Vamos, vamos al punto. La mañana  
Anuncia con su soplo el aura fresca ;  
Y no es prudente que el cercano día  
Dentro de este castillo nos sorprenda.”

Ambos dejaron el jardín siguiendo  
La caja funeral, y al patio llegan,  
Do á los preparativos del viaje  
Con grande actividad Zaide se entrega.



Las varias y terribles sensaciones,  
Que en el espacio de la noche aquella  
El alma generosa de Mudarra  
Sacudieron con rápida violencia,

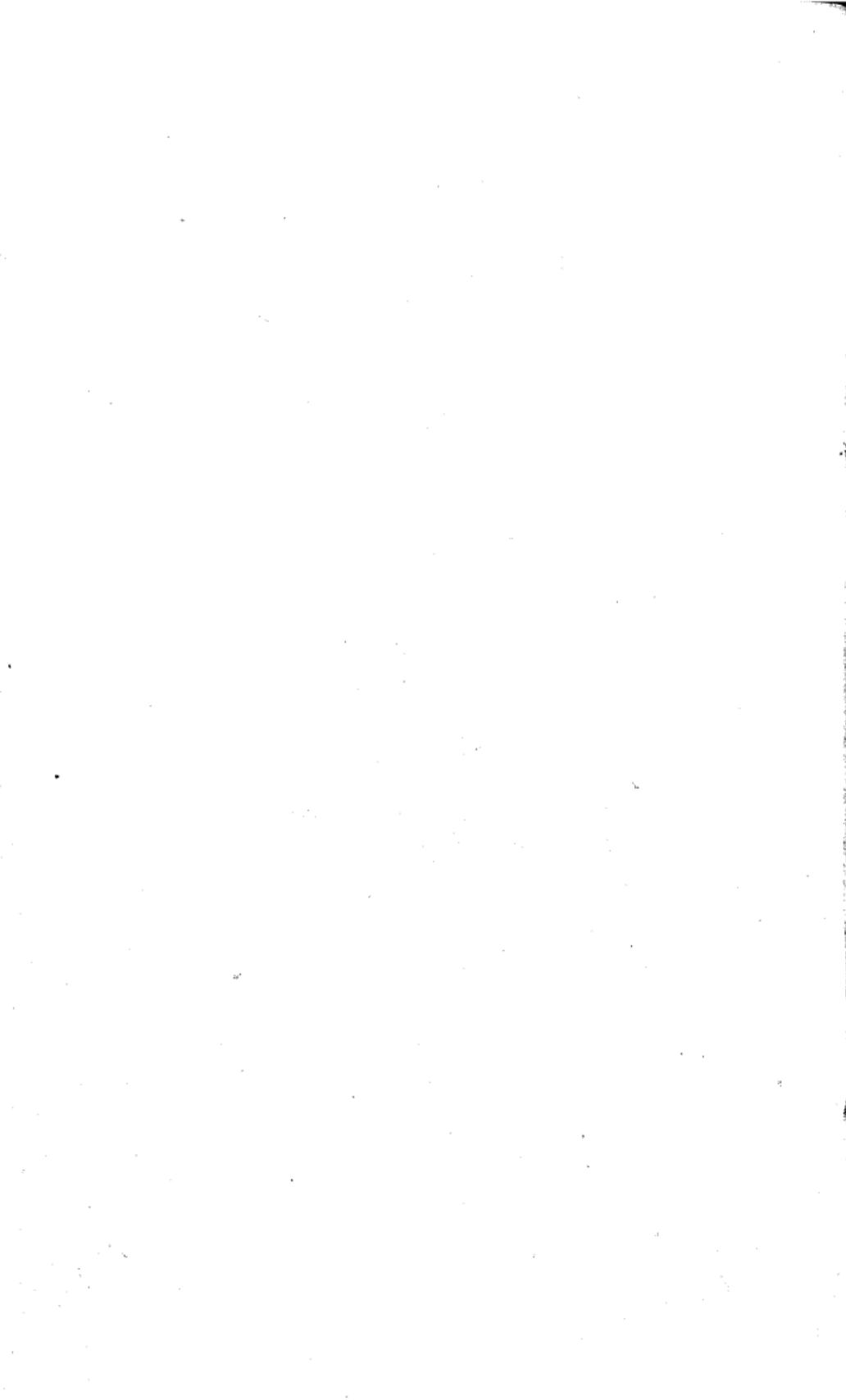
Su vigor agotaron; y abatido  
En el moral cansancio, que la fuerza  
A la imaginacion roba, yacía  
Entre el tropel confuso que le cerca.

La muerte de Giafar, la suspirada  
Revelacion de horrores tantos llena,  
El hallarse de pronto un personaje  
De alto nombre, de sangre tan excelsa,

De tan grande importancia, destinado  
De monstruos á purgar la esclava tierra,  
Y á ejercer la venganza de los cielos  
Por gloriosos peligros de alta prueba ;

Forman un monte inmenso, que separa  
Pasado y porvenir de su existencia,  
Y lo que fué, ocultando, un mar descubre  
Borrascoso y envuelto en vaga niebla.





# ROMANCE QUINTO.

---

En medio de los ginetes  
Viene un monumento armado,  
Y dentro del monumento  
Viene un ataud de palo,  
Y dentro del ataud  
Venía un cuerpo finado.

*Romance antiguo.*

Leida la carta ó letra, cayó  
En tierra, privada de fabla y sentido,  
Y de todo punto el ánima dió,  
Non ménos llagada que la trista Dido.  
E luego las otras el mas dolorido  
Duelo comenzaron, que jamas se falla ]  
Ser fecho en el mundo.....

*Comedieta de Ponza, obra inédita del  
marques de Santillana.*

LA fresca aurora de risueño nácar  
Tiñó las nieblas, que del ancho rio  
A coronar se alzaron en la noche  
De la ciudad los regios edificios;

Y sus primeros rayos, en la cima  
De la alta sierra al matizar los riscos,  
La caravana fugitiva vieron,  
En que Mudarra va tras su destino.

Con el primer crepúsculo en la falda  
Un bulto descubrióse al tiempo mismo,  
De acia la fuente del Amir bajando  
Entre los madroñales y lentiscos.

Los pastores del llano, que tornaban  
A su inocente y plácido ejercicio,  
Después de haber pasado en blando sueño  
La sosegada noche, al descubrirlo,

Y al ver se acerca con incierta planta,  
Sin seguir senda alguna, dando giros,  
Cayendo y levantando; en él los ojos  
Casi con sobresalto tienen fijos.

Los mastines también que lo advirtieron,  
Vigilantes alzando sus ladridos,  
A encontrarle volaron. Dos zagales  
Con piedras contenerlos y con silbos

No pudiendo lograr, tras ellos corren ;  
Y al acercarse al sospechoso sitio,  
Ven que el bulto es un negro de anchos hombros,  
Que arrastraba un ropon medio caído.

Aproxímanse mas, y con asombro  
Encuéntranlo espirante y semivivo,  
La frente hendida de furioso golpe,  
Y cuerpo, ropa, todo en sangre tinto.

Al escucharle con penoso labio,  
“Dónde estoy?” exclamar, “socorro, amigos,”  
En lástima tornando el miedo, pronto  
Se llegan y le ayudan compasivos;

Y calmando el furor de los mastines,  
Sobre los hombros sácanle al camino,  
Y no sin gran trabajo le conducen  
Con lento paso al pastoril abrigo.

Pronto fué en él de todos los pastores,  
Ya extendida la luz, reconocido  
Por Muley, el diestrísimo flechero,  
Esclavo de Giafar y favorito.

Pásmanse al verle en tan terrible estado,  
Y el viejo mayoral de aquel aprisco  
Examina la herida peligrosa,  
Que mana sangre entre los toscos rizos

De la hirsuta cabeza, y aun le aplica  
Bálsamo de romero y de tomillo;  
Refrigerando al triste moribundo  
Con tibia leche el labio blanquecino.

El infeliz, que estaba ya luchando  
Con las postreras ansias, sumergido  
En desmayo letal, por un momento  
Da corta muestra de engañoso alivio;

Para aumentar las dudas y el asombro  
De los que en torno están, ansiando indicios  
Que aclaren, si la herida del esclavo  
Es golpe vil de bárbaro asesino.

Abre los ojos pues, ya con las sombras  
De la muerte vidriados y marchitos :  
Los gira en rededor, y no conoce  
Al viejo mayoral que le da asilo.

Tuerce los brazos, hierve su hondo pecho,  
Tiemblan ya sin vigor los miembros frios,  
Y haciendo esfuerzos impotentes, lanza  
Agudos ayes, roncós alaridos ;

Y de repente alzarse procurando,  
Con claras muestras de mortal delirio,  
Tales palabras dislocadas dice,  
Interrumpidas con horrendos gritos :

“Mandado fuí.... ¿ quién resistir pudiera  
Su omnipotente voz ?.... quién ?.... yo.... yo el tiro  
Erré con voluntad.... Jóven gallardo !  
No era dado matarte al brazo mio.”

“Mas, ay ! yo le engañé...qué horror !”...Tornóse  
Su débil voz en áspero alarido,  
Y derribóse sobre toscas pieles,  
Envuelto en espantoso parasismo.

El viejo mayoral de nuevo aplica  
Leche á los labios, y con un rocío  
De agua fresca humedece el negro rostro  
Del infeliz, que helado y convulsivo

Da vuelcos, sin que puedan dos pastores  
Sus miembros sujetar. Al fin rendido,  
Quedó como un cadáver : luego vuelve  
En sí mas sosegado, mas tranquilo,

Y muestras da de conocer la choza,  
Y al mayoral tambien. Lanza un suspiro,  
Y con voz desmayada, “ Sí,” prosigue,  
“ No es sueño, ni ilusion.... ah ! yo lo he visto.”—

“ Qué ?” le preguntan. “ Escuchád,” responde :  
“ Despues que el brazo injusto y vengativo  
“ Hendió mi frente y confundióme en tierra,  
“ Sonaron dos alfanjes, y un gemido.”

“ Luego reinó silencio.... En sed ardía,  
Y en la cercana fuente hallar alivio  
Quise.... Me esfuerzo, y sin vigor arrastro  
Mi cuerpo por las ramas y los riscos.”

“ Llegó al lugar ansiado, y de repente  
“ En tierra desangrado.... qué horror !.... miro  
“ A Giafar.”—“ A Giafar !” los circunstantes  
Repiten á una voz despavoridos,

Al escuchar tan poderoso nombre.

“ Sí, ” prosigue Muley ; “ Giafar, amigos,  
“ Giafar, no me engañé, que en su semblante  
“ Daba la luna ; y á su lado mismo ”

“ En pié se alzaba formidable espectro,  
Con los desnudos brazos extendidos,  
Y con tal apariencia, que yo al verle,  
Quisiera confundirme en el abismo.”

“ Y torné á desmayarme, ya olvidado  
De la sed que abrasaba el pecho mio,  
Y de nuevo quedé como sin vida,  
Sobre las hojas áridas tendido.”

“ Mas despues de un gran rato recobréme,  
Volví á ver á Giafar claro y distinto,  
Entre confusa turba de fantasmas,  
Que le arrastraban, prorumpiendo en gritos ”

“ De gozoso furor, por un gran lago  
De sangre, que inundaba aquel recinto ;  
Y las palmas batían, con risadas  
Del otro mundo ; y con los labios fijos

Vi muchas de ellas en la horrenda herida  
Del pecho de Giafar cárdeno y frio  
Beber la sangre ; y otras desgarraban  
La llaga, ya honda sima.” El semivivo

Negro no pudo mas : terror helado  
Le atajó las palabras ; confundidos  
Quedaron de escucharle los pastores,  
Y en nueva convulsion se hundió el mezquino.

Oh justo cielo ! ¿ tan terrible escena  
Vió en realidad ? ¿ Acaso los sentidos  
De Muley, perturbados con la herida,  
Cómplice de Giafar en los delitos,

Sus bárbaras crueldades no ignorando,  
Y entregado al influjo de un delirio,  
Miró cual ciertos en aquel instante  
De su imaginacion los extrayíos ?

¿ Acaso de la sierra leñadores,  
O habitantes tal vez desconocidos,  
De Giafar el cadáver circundaron ;  
Y el negro, desangrado y sin juicio,

Víctima del terror, sombras, fantasmas  
Los juzgó sin cordura ? ¿ Acaso quiso  
La justicia tremenda del Eterno  
Las terribles venganzas y castigos,

Que á los tiranos sanguinarios guarda,  
Descubrir á un esclavo ; y darle aviso  
Por medio tal al mundo ?.... ; Quién penetra  
Del Ser omnipotente los designios !

No volvió á hablar Muley : la helada muerte  
Tomó pronto completo señorío  
De su mísero cuerpo. Los pastores,  
Pasmados de terror, y á un tiempo mismo

De confusion dudosa, nada pueden  
Con certeza inferir de lo que ha dicho.  
Que Giafar está muerto, y su cadáver  
Insepulto no léjos de aquel sitio,

Coligen solo ; pero ¿ quién dió el golpe ?  
¿ Quién ha sido el mortal de tanto brio,  
Que á tal coloso hirió ? Quieren incautos  
Los zagales, cual jóvenes sencillos,

Ir á buscar los míseros despojos  
Del supremo Wazir ; aunque , advertido,  
El mayoral anciano los contiene,  
Temiendo de tal paso los peligros. ;



Ya el sol sus claras luces extendía  
Por la inmensa llanura, y el bullicio  
De la noble ciudad llenaba el aura ;  
Cuando de los mastines los ladridos,

Y de hombres, de caballos, de lebreles  
El confuso rumor que allí vecino  
Retumba, los pastores escuchando,  
A Muley dejan, que el postrer suspiro

Lanzaba en aquel punto. De la choza  
Salen curiosos, y de flecha á un tiro  
Ven tropa de gallardos cazadores,  
Que á la ciudad dirigen su camino

En desórden confuso, y que pasaron  
Junto al redil. En ayes y alaridos  
Van desahogando el corazon algunos;  
Otros al alto cielo y hondo abismo

Van pidiendo venganza. Entre la turba  
Seis esclavos á pié, de tosco pino  
En palanquin humilde, con ramajes  
Formado, blandas jaras y carrizos;

Llevan sobre los hombros un cadáver  
De formidable aspecto, en sangre tinto,  
Desgarradas las ropas, descubierto  
El semblante, marcado con el signo

De la reprobacion. Ay! Giafar era,  
Que aunque muerto, inspiraba el miedo mismo,  
Que cuando el cetro ó la invencible lanza  
Empuñando, era númen de exterminio.

De aquella tropa que el cadáver lleva,  
Era gefe Zeir el tunecino,  
Al que ofreciera el bárbaro difunto  
A Kerima inocente en sacrificio.

La anterior tarde en que citó á Mudarra,  
Por medio de Muley, Giafar inicuo  
Para la fuente del Amir, creyendo  
Que iba en salvo á lograr su atroz designio ;

Fingió que á disponer iba en la sierra  
Una gran caza, y á Zeir le dijo,  
Que á la mañana con los suyos fuese  
A reunirse con él en aquel sitio.

Sin duda, que encontraran del flechazo  
Allí á Mudarra traspasado, quiso ;  
Así encubrir el alevoso golpe,  
Y achacarle del monte á forajidos ;

Mas la trama execrable el justo cielo  
Omnipotente y vengador previno,  
Y do creyó Giafar lograr un crimen,  
Halló su confusion y su castigo.

A la primera luz de aquella aurora  
El gallardo Zeir, que en el castillo  
De Almodóvar gozaba el dulce otoño ;  
De un loco amor jamas correspondido

La posesion tiránica y terrible  
Esperando lograr ; con sus amigos,  
Cazadores, ballestas y lebreles,  
De la cita al lugar corre prescrito.

Ágil adelantándose á su tropa,  
Al avistar los árboles altivos,  
Que del Amir la fuente sombreaban,  
Puso á galope el potro berberisco ;

Y sonando entre jaras y mimbreras  
El dorado metal de los estribos,  
Y hollando juncias y húmedos helechos,  
Llegó solo hasta el rústico recinto,

De do asustado con su estruendo, alzóse  
Volando un buitre, ensangrentado el pico,  
Y un voraz lobo huyó por las malezas.  
El potro al verlos, rezeloso, esquivo,

Ambas orejas adelante inclina,  
Lanza por la nariz de fuego un rio,  
En las flexibles piernas derribado  
Pone los brazos cual puntales fijos,

Y espeluzna la crin. Al punto siente  
Del agudo acicate el duro aviso,  
Y se enarmona, y resoplando fiero,  
Un matorral espeso y de un gran pino

El derribado tronco salva, y entra  
De la fuente en el corto circuito.  
Asombrado Zeir halla un cadáver  
Ante sí de repente : compasivo,

Mas bien horrorizado, los arzones  
Desocupa lijero : confundido  
Reconoce á Giafar nadando en sangre,  
Y la sierra atronó con ronco grito.

¡ Oh, cuál halló al Wazir!.... Que reluchando  
Con ansias espantosas y martirios,  
En desesperacion arrojó el alma,  
Cualquiera, al encontrarle, hubiera dicho :

Segun los rastros de esparcida sangre  
Que cruzaban el prado, al ver teñidos  
Tambien de sangre de la humilde fuente  
Las flores y raudales cristalinos,

Tronchados los arbustos, arrancadas  
Las cortezas de sauces y lentiscos,  
Y el lívido cadáver destrozado,  
Casi desnudo del ropaje rico,

La barba llena de sangriento lodo,  
Con mil cárdenos golpes contundido,  
El pecho hinchado, y la espantosa herida  
Destrozada en reedor, Tal el navío,

Que asombro fué de mares y riberas,  
Extendiendo soberbio su dominio  
Por cuanto alumbra el sol, y que potente  
Pavor impuso al cielo y al abismo ;

Del rugiente huracan arrebatado,  
De un rayo vengador al cabo herido,  
Y de las ondas con furor hinchadas  
Tornado en ira su respeto antiguo,

Azotado ; al traves sobre la costa  
Da en noche oscura, entre ásperos bajíos ;  
Y á la mañana encuéntrase volcado,  
Trizas hecho el velámen, los erguidos

Mástiles rotos, el costado abierto,  
Solo y abandonado, del Destino  
Inexorable mísero despojo,  
Del ponto que humilló, burla y ludibrio.

Llegó de bulliciosos cazadores  
Pronto la alegre turba, y mudo y frio  
Halla, el horrendo cuerpo contemplando,  
Sin aliento y color á su caudillo.

En todos difundiéndose al instante  
Igual terror y un pensamiento mismo,  
En silencio circundan el cadáver,  
Sobre él los ojos espantados fijos.

Tal turba de pastores, en la orilla  
Del mar, desde las rocas el navío  
Naufragado miraran, contemplando  
Cuán grandes y tremendos habrán sido

De los descadenados elementos  
El esfuerzo, el furor y el poderío,  
Cuando vencer lograron tal coloso,  
Y al mundo libertar con su exterminio.

Pasado el estupor y asombro incierto,  
Que un horrible espectáculo imprevisto  
Siempre ocasiona, procuraron todos  
Buscar del matador algun indicio.

Una flecha clavada está en un tronco;  
Mas no hay otro ninguno en aquel sitio,  
Y parece la herida ser de alfanje  
De aguda punta y de delgado filo.

Entre los matorrales otro lago  
De fresca sangre encuentran, y caidos  
En ella un arco y un carcax: dos prendas  
Que conocidas fueron al proviso

Por del negro Muley, aquel flechero  
En Córdoba famoso por sus tiros,  
Y á quien trajo el Wacir de Mauritania,  
Con plaza en su favor y en su servicio.

Hallazgo tal, y la sangrienta estampa  
De una mano en el tronco de un aliso,  
Junto á la senda de la Albaida, aumentan  
La comun confusion. Cerca un relincho

Escuchan; corren, y hallan el caballo  
De Giafar, por la rienda atado á un pino.  
Recógenlo; registran cuidadosos  
Las cuevas, espesura y precipicios,

Y aun quedándose algunos en la sierra,  
Por si pueden topar algun testigo  
Y hacer nuevas pesquisas; los restantes  
Reuniéndose á Zeir, el cuerpo frio

De Giafar á su alcázar conduciendo,  
El llano atravesaron y el rastrillo  
De la ciudad, y en funeral comparsa  
De sus calles y plazas el bullicio.



Kerima en tanto en letargoso sueño  
Templaba los afanes y martirios  
De su pecho infeliz. Solo dos dias  
Quedaban ya del término prescrito

Por su padre cruel, (plazo harto breve,  
En que debe fijarse su destino)  
Y ha cuatro que ni aun sabe qué es del jóven,  
A quien rindiera el alma y albedrío.

Sola, encerrada, y escuchando siempre  
Los consejos y cuentos desabridos  
De la vieja nodriza, que empleaba  
En cuerda de tormento su cariño;

Sin hallar un consuelo, una esperanza,  
Yace desventurada en un abismo  
De desesperacion. La alta firmeza  
De su carácter, y la fuerza y brio

Del noble amor, que contrariado crece,  
No alcanzan á ofrecerle ni un resquicio  
De salvacion. La abruma su existencia;  
Y solo en el veneno ú el cuchillo

Recurso encuentra.... Mísera!.... Privada  
De sus siervas tambien, ni aun el respiro  
Logra de que alguien su lamento escuche  
Con semblante y silencio compasivos.

La nodriza, no mas, á todas horas  
Tiene á su lado, y de ambas al servicio  
Solo admitida estaba una cautiva,  
A quien jamas la desdichada ha visto

Antes de su prision. Era cristiana  
Y María su nombre, habiendo sido,  
Aprisionada en la invasion y saco  
De un lugar castellano fronterizo.

Silenciosa á arreglar el aposento,  
Cumpliendo silenciosa con su oficio,  
En la cámara entraba; pero siempre  
Teniendo á la nodriza por testigo.

La anterior tarde consiguió un momento  
Hallar sola á Kerima de improviso;  
Y con los ojos demostrarle supo  
La compasion y el interes mas vivo.

No tardó la doncella sin ventura,  
Llena de gratitud, en descubrirlo;  
Y de una vil cautiva las miradas  
Para ella fueron celestial alivio.

Una alma destrozada lo halla siempre  
Al ver un solo asomo, un leve signo  
De tierna simpatía en el semblante,  
Aun del ser mas abyecto y abatido.

No era ya jóven la infeliz cristiana,  
Y de beldad y de vigor marchito  
Por los desastres, mas que por los años,  
Su angustiado semblante daba indicios.

Tornaron á mirarse ella y Kerima,  
Y una y otra lanzaron un suspiro ;  
Y la cristiana la primera el labio  
Movi6, y turbada estas palabras dijo :

(Palabras, que si al pronto no entendidas,  
Y en tal boca escuchadas, el principio  
En la gentil doncella acaso fueron  
De afectos de tan alto poderío,

Que su alma destrozada á nueva senda  
Encaminaron por extraño giro,  
Fijando de manera inesperada  
Su oscuro porvenir y sus destinos.

Hay críticos momentos de la vida,  
En que el objeto mas trivial, 6 el dicho  
Mas insignificante, en nuestras almas  
Ejercen un tiránico dominio.

Así tal vez acia fecundo suelo,  
Cuando las lluvias nieves y granizos  
Preparado lo tienen, de otro clima  
Arrastra el viento en rauda torbellino

Despreciable semilla, 6 la conduce  
Ave lijera en el delgado pico ;  
En la tierra cayendo, encuentra en ella  
Para desarrollarse grato abrigo ;

Y prende, y nace despreciable tallo,  
Que es pronto arbusto, y que despues rollizo  
Tronco á miles su especie multiplica,  
Tornando el que fué prado, en bosque umbrío.)

Dijo pues la cristiana compasiva  
A Kerima infeliz : “ Dios es benigno :  
“ Él puede remediar tus infortunios ;  
“ Pon tu esperanza en él, tendrás alivio.”

“ Si fueras de mí ley .... si tú á la Madre  
De nuestro Redentor, el que á su Hijo  
Por ti rogase, humilde le pidieras,  
Siendo justos, lograras tus designios.”

“ En ella tengo yo mi confianza :  
Mira, mira su imágen, que conmigo  
Sobre mi corazon llevo, y en ella  
Cobrar mi patria y libertad confío.”

Diciendo así del seno una medalla  
Sacó, do en cobre estaban esculpidos  
Toscamente una Vírgen por un lado,  
Y por otro un pequeño Crucifijo.

Como un extraño talisman Kerima  
La miró con respeto y con prestigio,  
Pues en grandes apuros y aflicciones,  
Cuando cerrado está todo camino,

Es propio alimentar aun esperanzas  
 En secretos influjos y en prodigios.  
 Y la cautiva continuó : “ Señora,  
 “ Por todas las ajorcas y los ricos ”

“ Joyeles de preciosa pedrería,  
 Con que al sol deslumbrar, tal vez te he visto,  
 No trocara esta prenda.... Mas si quieres,  
 Mientras que dure tu afliccion, contigo ”

“ Conservarla, gustosa te la dejo.”—  
 Kerima la tomó dando un suspiro,  
 Al cuello se la puso ; y á su mente  
 Ocurrió el pensamiento al tiempo mismo,

De que tal vez en la mujer aquella  
 Medio le daba el cielo, mas propicio,  
 De escribir á su amante, y en el caso  
 De apelar á la fuga, algun arbitrio.

Iba por estas nuevas esperanzas  
 A dar el primer paso, cuando vino  
 La nodriza importuna ; y advirtiéndolo  
 Que ambas hablaban, con encono dijo

A la infeliz cristiana : “ ¿ Cómo, perra,  
 “ Osas mover aquí tu labio indigno ?  
 “ Trabajar y temblar te cumple solo ;  
 “ Pon que tuviste lengua en el olvido.”

“ Huye de mi presencia. Y tú, hija mia,”  
Prosiguió con Kerima, “ los oidos  
“ ¿Has podido prestar á las palabras  
“ De esa idólatra vil ?.... Por cierto digno ”

“ Es de tu alto nacer y de tus prendas  
“ Permitir tal audacia.”—Un ceño altivo  
Fué de Kerima la respuesta solo,  
Y la cristiana huyó dando un gemido.

La anciana lenguaraz larga corriente  
Dió á sus discursos necios y prolijos,  
Ya los tiempos presentes despreciando,  
Ya elogios tributando á los antiguos :

Prodigó reprensiones y consejos,  
Encomios al mancebo tunecino,  
Injurias contra el Huérfano, y elogios  
De Giafar al orgullo y poderío.

Refirió á la doncella, que su padre  
En aquel punto, de Muley seguido,  
Iba á la sierra, donde ya tenía  
Citados á Zeir y á sus amigos

Para una caza; y le pintó indiscreta  
El banquete, el festejo y regocijo,  
Que para celebrar se preparaban,  
Su boda, ó aun mejor, su sacrificio.

La infelice Kerima en tales cuentos  
Solo hallando tormentos y martirios,  
Permaneció sobre su lecho, muda,  
El rostro vuelto á la pared. Tendido

Estaba el manto de la noche, cuando  
Creyendo la nodriza ya en tranquilo  
Sueño á Kerima, acomodó cuidosa  
La lámpara de bálsamo y el rico

Pabellon ormesí, y á lento paso  
Fuése á buscar en el salon contiguo  
Nueva conversacion con las esclavas,  
O de reñir y murmurar motivos.

Libre de ella Kerima, largo curso  
Dió á su imaginacion : ya entre peligros  
Ve á su amante infelice, pues presente  
De su terrible padre los designios ;

Ya piensa en que á gozar dos veces solas  
Va del eterno sol el claro brillo,  
Resuelta á que sus bodas y su muerte  
Tengan efecto en un momento mismo.

Ya en volcánico amor arde su pecho,  
Y le da para todo aliento y brio :  
Ya en confuso terror se hunde mezquina,  
Y encuentra por do quiera precipicios.

Está como el que cuenta los instantes  
Que de vida le quedan, el suplicio  
Inevitable ante sus ojos viendo,  
Sin humano recurso. En sudor frio

Ora se inundan trémulos sus miembros,  
Ora inmóviles quedan, convertidos  
En insensible mármol. Ya sus ojos  
En lágrimas prorumpen, como en gritos

Los ardorosos labios; ó ya aquellos,  
Secos, se niegan al sabroso alivio  
De lloro derramar, y estos, helados,  
No permiten el paso ni á un suspiro.

En tan terrible estado, como suele  
En el desierto inmenso al peregrino  
De léjos ofrecerse un pobre arbusto,  
O como en noche lóbrega al perdido

Caminante de luz harto lejana  
Entre vapores el confuso brillo;  
O como una remota hinchada vela  
Al náufrago infeliz de un leño asido;

A la doncella se le ofrece acaso,  
Por única esperanza en su conflicto,  
La cristiana cautiva. Mas ¿ qué puede  
Un ser tan infeliz contra el Destino?

Ay!.... el arbusto tierno, que verdea  
En mitad del desierto, ni aun rocío  
Tiene en sus ramas : la lejana lumbre  
Es fuego fatuo, leve y fugitivo :

La vela que en el férvido horizonte  
Preséntase indicando algun navío,  
Es fantástica nube; y la cautiva  
Consuelo harto impotente en tal peligro.

Si al ménos con Zelima, aquella esclava  
Que era de sus secretos el archivo,  
Y que de juventud, gracia y talento  
Goza los poderosos atractivos,

Pudiera concertar.... Acaso.... acaso....  
Pero ¡ ay, que es la primera á quien prohibido  
Le fué el comunicar con su señora,  
Y su favor mirado cual delito !

No, no le queda á la infeliz Kerima  
Ni el mas remoto rayo, ni un resquicio  
De terrestre esperanza.... ¿Qué viviente  
Puede en apuro tal serle de auxilio ?

Harto la infortunada lo conoce;  
Mas como la esperanza, del mezquino  
Mortal inseparable compañera,  
Con él camina hasta el sepulcro frio ;

Quien la pierde en la tierra, la coloca  
En el cielo, y aguarda algun prodigio  
Que remedie sus males, trastornando  
De la natura el uniforme giro.

Tal sucede á Kerima : su esperanza  
Se acoge á los extraños desvaríos  
De encantos, talismanes y conjuros,  
Y piérdese en un cáos de delirios.

Cuantas necias patrañas ha escuchado,  
Con desprecio sin duda y con desvío,  
A su nodriza y á sus siervas todas,  
En su mente revuelve sin juicio ;

Y torna su atencion á la medalla  
De la cautiva, donde ve esculpidos  
De figuras humanas los contornos,  
Grave profanacion segun su rito : <sup>29</sup>

Extrañeza tambien que da mas peso  
En su imaginacion á aquellos signos,  
Pues al númen que rudos representan,  
Con fervor pide proteccion y auxilio.

Como la arista, que á merced del viento  
En la tormenta del ardiente estío,  
Envuelta en blanco polvo leve gira,  
Entre los encontrados torbellinos,

Ya hasta las leves nubes se levanta  
Salvando montes y hondos precipicios,  
Ya por la seca tierra va arrastrando  
Al traves de llanuras y de riscos;

Pasó la noche toda la doncella  
Luchando con su mísero destino,  
Alzándose en falaces esperanzas,  
Y hundiéndose en un ciego y hondo abismo ;

Y cuando de la aurora mensajero  
Apareció el lucero matutino,  
Rendida de penar, en un letargo  
Cayó, y templóse un rato su martirio.

Pues por mas que, fantasmas voladoras,  
En espectros informes y en vestiglos,  
Al reedor de su lecho se agolparon  
En gran tropel sus pensamientos mismos ;

Al fin tornóse su letargo en sueño,  
Por profundo y pesado harto tranquilo,  
En que si no remedio á sus afanes,  
El descanso logró que da el olvido.



Dormía pues, cuando el rumor confuso  
De clamores, de llantos y alaridos,  
Que al llegar de Giafar el cuerpo helado,  
Retumbó en el magnífico edificio,

La despertó. Alzóse pavorosa,  
Cual liebre que dormida entre tomillos  
Oye el latir de galgos corredores,  
Y del potro lijero los relinchos.

Vistióse de sus ropas mas precisas,  
Sin cuidar de pomposos atavíos,  
Y fué á llamar, cuando se abrió la puerta,  
Y la nodriza entró, que roncós gritos

Lanzando, y de dolor, de espanto y rabia,  
En gesto y actitudes, dando indicios,  
Así con voz ahogada, interrumpida,  
Y de temblor no inteligible, dijo :

“El soberbio Almanzor logró su anhelo,  
El triunfo consiguieron los impíos.  
Corre, hija mia, corre, y que venganza  
Te dé al punto Zeir del caso inicuo.”

“Ay del imperio cordobes!.... Kerima,  
Si es el monarca Hixcen del cetro digno,  
Dénos reparacion.... Ay hija amada!!!  
Perezcan los infames asesinos”....

“O gran Profeta!”....—Aquí llegaba, cuando  
 Con extraño rumor y de improviso  
 La turba entró de sus esclavas todas,  
 Sobre sus frentes el terror escrito.

Kerima no comprende ni las voces  
 De la vieja irascible, ni el motivo  
 De tanta confusion; y á sus preguntas  
 Nadie osa responder. En tal conflicto

El primer pensamiento que le ocurre,  
 Es que de Hixcen renace el odio antiguo  
 Contra Giafar su padre, y que le quita  
 De nuevo su esplendor y poderío.

Sale pues presurosa de su estancia,  
 Que ya no es reclusion, y aunqué impedirlo  
 Procura la nodriza, con sus siervas  
 Corre acia<sup>a</sup> donde suena el gran bullicio;

Y halla al fin el cadáver de su padre,  
 Sobre la alfombra en el salon tendido,  
 Do en otro tiempo el sin ventura Lara  
 Vió las siete cabezas de sus hijos.

Lo que pasó en Kerima en aquel punto,  
 No es mi labio capaz de describirlo:  
 De afectos tan contrarios fué su pecho  
 Alternativamente combatido,

Que imposible es, no solo retratarlos,  
Mas tambien comprenderlos : el permiso  
De penetrar, está negado al hombre,  
En tan ciego y confuso laberinto.



De dolor y de espanto fué aquel dia,  
Y el siguiente ofreció nuevos motivos  
De confusion, de horror y de despecho  
A Kerima infeliz; pues cuando el brillo

Primero de la aurora en el oriente  
Apareció, paróse ante el postigo  
Del jardin del alcázar un caballo  
Cubierto de sudor, y un campesino

Moro bajando de él, con gran presura  
En los patios entró del edificio,  
Preguntó por Zelima, y un instante  
Le habló, y dióle una cosa. Al punto mismo:

La favorita, sin perder momento,  
Subió, y á su señora un rollo escrito,  
Con un negro cordon en torno atado,  
Entregó, y retiróse. Temblor frio

A Kerima agitó, y un largo espacio  
 Ni aun fuerza halló para romper el hilo  
 Que cerraba la carta misteriosa,  
 Dándole el corazon grandes latidos.

Repuesta al fin de la primer sorpresa,  
 Desarrolló el delgado pergamino,  
 Y leyó estos renglones espantosos,  
 Por una mano tembladora escritos.

*Kerima: yo á tu padre he dado muerte;  
 Mas no fuí yo, fué solo su Destino.  
 Le herí sin conocerle, defendiendo  
 La vida, que arrancarme aleve quiso.*

*Perdóname, mi bien: el justo cielo  
 Dirigió el duro golpe.... Mas qué digo?....  
 Para matarle solo fuí engendrado:  
 Soy del noble señor de Lara hijo.*

*Yace en prisiones, y á salvarle vuelo,  
 A combatir al pérfido enemigo  
 De mi estirpe infeliz.... A Dios, Kerima.  
 En dando cumplimiento al deber mio,*

*La muerte buscaré: la muerte anhelo....  
 Cómo sin ti vivir? Aborrecido  
 Te debe ser quien te privó de padre....  
 Aborreceme!!!... Sí, yo, yo á mí mismo*

*Me aborrezco tambien. ¿ Por qué aun no ignora  
La insigne sangre que en mi pecho abrigo?...  
A Dios, á Dios.... Mi madre fué Zahirá....  
Que no pierda por serlo, el merecido*

*Respeto que á su nombre tributaste.  
Las flores, que circundan el recinto  
De su sagrada tumba, no perezcan....  
Pronto mi sombra en él buscará asilo.*

Kerima apénas concluyó la carta,  
Con desmayo letal á tierra vino,  
En insensible mármol convertida,  
Privada de calor y de sentidos.

Infelice!.... ¡ Mas, ay, no es mas dichoso  
El que la carta apasionada ha escrito,  
Y que á Búrgos camina á largo paso,  
Con veinte esclavos y su anciano amigo !



Cuando al doblar la sierra, en su alta cumbre,  
Volvió Mudarra el rostro enardecido  
A la insigne ciudad, y entre la niebla  
Descubrió los gigantes edificios,

La gran mezquita, las flexibles palmas,  
El dorado alminar, y el claro rio  
Serpenteando plácido y risueño  
Entre verjeles, huertas y molinos ;

Un vuelco dióle el corazon cuitado,  
Y recobraron de él todo el dominio  
En tropel los recuerdos de la infancia,  
Y de su ardiente amor el fuego vivo ;

Cual rey, que destronado algunas horas,  
Torna triunfante en nuevo poderío  
A sentarse en su trono. Los afectos  
De horror, piedad, orgullo y heroismo,

Que al teñirse de sangre, al oír absorto  
De su padre y familia los destinos,  
Al saber su alto nombre, al consagrarse  
A un gran deber cercado de peligros,

Se apoderaron de su pecho ; al punto  
De dar su á Dios postrero al patrio nido,  
Y de darle tambien á su querida,  
Desparecieron. Uno de los riscos

Que en torno le cercaban, ser quisiera,  
Para jamas moverse de aquel sitio,  
En que plantado, envidia las raices  
Del grueso roble y del gigante pino.

Zaide prudente, sin decirle nada,  
De su caballo asiendo, enternecido  
Le hizo pasar la cumbre, y á sus ojos  
Córdoba se ocultó. Lanzó un suspiro

El garzon angustiado : todo el dia  
Guardó tenaz silencio, sumergido  
En un mar de dolor. Las mas violentas  
Pasiones, los afectos mas distintos

Juntábanse, ó tal vez se sucedían,  
Cual las olas del mar embravecido,  
O cual las nubes rápidas de otoño,  
Que el cielo cruzan con incierto giro

En fantásticas formas ; y apurando  
Del infierno implacable los suplicios,  
Concibe al porvenir horror y tedio,  
Y por lo que pasó, ciego delirio.

Cerca del Carpio les cogió la noche :  
Un pariente de Zaide su castillo,  
Inexpugnable entónces, gobernaba,  
Y en él se recogieron sin peligro.

Allí el mancebo falto de reposo,  
A Kerima escribió, y á un campesino  
Despachó á toda brida, y encargóle  
Dar la carta á Zelima con sigilo.



Aquellos cazadores, que en la sierra  
Quedaron á buscar rastros ó indicios  
De quien mató al Wacir, al fin tornaron  
A Córdoba alterada, al tiempo mismo

Que entró en ella del Carpio el mensajero,  
Y refieren el viaje repentino  
De Mudarra con Zaide, y las palabras  
Y muerte de Muley en el aprisco.

Y cuentan vagas nuevas, que en la selva  
A varios leñadores han oido,  
De cómo hallaron á la media noche  
El cuerpo helado en el lugar sombrío.

De un solitario, que de luengos años  
Habita de la sierra entre los riscos,  
Dicen, que oyó tambien el sordo estruendo  
De dos alfanjes, que bajó á aquel sitio,

Halló muerto al Wacir, y oyó los pasos  
De alguien que se alejaba fugitivo  
Acia la Albaida; y sobre todo afirman  
Que hay un pastor, que del Amir á visto

En la fuente á Mudarra, cuando el dia  
Se ocultaba en ocaso.—En los corrillos  
Del pueblo estas noticias se difunden,  
Y se aumentan con cuentos y prodigios;

Y toda la ciudad, con fundamento  
Sospecha ya quién de Giafar ha sido  
El matador, y en su enlutado alcázar  
Se asegura por cierto y positivo,

Que es Mudarra. Furiosa con tal nueva  
Lanzando la nodriza roncós gritos,  
Y maldiciendo al Huérfano infelice,  
Y á Zaide, y á Almanzor, y á los impíos,

Sube á martirizar con la noticia,  
Con sus imprecaciones y delirios  
A Kerima inocente. En su aposento  
La halla tendida en tierra, sin sentido,

La hermosa faz helada, las mejillas  
Sin color y sin luz, secos, marchitos  
Los ojos, y en sus labios anhelantes  
Sonando apénas sepulcral quejido ;

Y la que á procurar iba imprudente  
Con su cólera necia el daño mismo,  
Hecho hallándolo ya, de horror se pasma,  
Grita, llama á las siervas, su cariño

Por la infeliz exhala en tierno lloro,  
Estréchala en su seno, el rostro frio  
Le sella con los labios, y la nombra  
Con maternal amor. De sus gemidos

Asustadas acorren con presura  
Las esclavas, colocan sobre el rico  
Lecho á su yerta exánime señora,  
Y danle los socorros mas precisos.

Sobre la alfombra en tanto alguna de ellas  
Ve acaso de Mudarra el pergamino,  
Curiosa lo recorre, y asombrada  
Al encontrar en él tan buen testigo

De aquel suceso, y claros y patentes  
Tan extraños secretos; al proviso  
Corre al salon, donde aun estaba el cuerpo  
Cercado de parientes y de amigos,

Guardias y esclavos; y mostró la carta,  
Que de horror y sorpresa en un abismo  
Hundió los corazones, descubriendo  
Misterios tales. — Que Mudarra es hijo

De Lara y de Zahira, se difunde  
Pronto por la ciudad; y los antiguos  
Sucesos recordando, admiran todos  
Del cielo inescrutable los juicios.



Kerima, desdichada! de sus siervas  
Y nodriza en los brazos, los sentidos  
Poco á poco cobró; mas, ay! hundida  
En mortífera fiebre, que el maligno

Influjo en sus entrañas ejerciendo,  
Entregando su mente á atroz delirio,  
Y el corazon quemándole, postrada  
Dejóla y en gravísimo peligro.

Confusion nueva en el doliente alcázar  
Este nuevo desastre repentino,  
Y en Córdoba esparció; pues la doncella  
Era con gran respeto y gran cariño

Adorada, no solo en su palacio,  
Sinó tambien en la ciudad. Reunidos  
Fueron todos los físicos mas doctos,  
Y los mas poderosos y exquisitos

Remedios practicados. Ah! diez veces  
El sol bajó al ocaso sin que alivio  
Hallase la infeliz....; Cuántos trastornos  
Mejoraron en tanto su destino!

La pompa funeral con que el cadáver  
Del Wacir fué al sepulcro conducido,  
Se vió atacada por furiosa plebe,  
Que en el cuerpo insensible saciar quiso

El odio y el rencor, que le inspirara  
Con sus atrocidades cuando vivo ;  
Y dispersando el fúnebre cortejo,  
Despedazó feroz los restos frios.

De alcaide y de Wacir los graves cargos  
A Abdimelik, el sucesor y el hijo  
Del Hagib Almanzor, al punto fueron  
Por Hixcen y Sabeya conferidos :

Último golpe al poderoso bando  
De Giafar, y á su excelso poderío,  
Pues los primeros cargos del imperio  
Reuniéronse por fin en su enemigo.

El opulento alcázar sin cabeza  
Fué escena de desórden inaudito,  
Y su inmenso tesoro saqueado  
Por una turba vil de advenedizos,

Que deudos se llamaban y parientes,  
Sin haber quien pudiese reprimirlos ;  
A la par que de esclavos y libertos  
Codicioso escuadron, roto el prestigio

De obediencia y temor, dió larga rienda  
A escándalo, insolencia y latrocinio.  
La fiel nodriza y un liberto honrado,  
De la familia servidor antiguo,

Sin poder oponerse á tal torrente  
De iniquidad, llorábanlo, y aviso  
Dieron á Osman, un respetable anciano,  
Aunque contrario de Giafar, su primo.

Este, que retirado de la corte  
Habitaba de Estepa en el castillo,  
A mirar por la huérfana infelice,  
Y á remediar tanto desórden, vino.



A la décima luz logró Kerima  
De sus dolencias físicas alivio ;  
Despareció la fiebre abrasadora,  
De sueño disfrutó dulce y tranquilo ;

Y poco á poco recobró la vida,  
Tornando á la salud. Cielo benigno  
Qué vida y qué salud !.... ¿ Dónde las 'rosas  
Du sus tersas mejillas?... ¿ dónde el brillo

De sus radiantes ojos?... ¿de sus labios  
Dónde el fresco jazmin?... y el expresivo  
Fuego celeste que en su todo ardía,  
¿Cómo así se apagó, y es hielo frio?...

El cáncer destructor quedó en su alma,  
Devorándola está furioso y vivo,  
Y mas y mas ahondándose : su mente  
Desarreglada, su carácter mismo

Trocado lo demuestran. Vaga idea  
Conserva de sus males : siempre fijo  
Un pensamiento solo la domina ;  
Mudarra, nada mas. Sí, de contino

Le tiene ante sus ojos, en mil formas,  
En situaciones mil. Ya su delirio.  
Es á todos patente. Aunque en silencio  
Pasa los largos dias, sus caprichos

Extraños, y el romper tal vez en lloro,  
En risadas tal vez, tal vez en gritos ;  
Y sus raras preguntas y ademanes  
Dan de su estado miserable indicios.

Tansolo la cautiva castellana  
Admite con placer á su servicio,  
Y embebida, pendiente de su labio,  
La escucha de su tierra mil prodigios,

Milagros y fantásticas escenas,  
Apariciones, prácticas y ritos,  
Y los bandos de Lara y de Velázquez,  
Lances, batallas, muertes y amoríos.

Con grande afan conserva siempre al cuello  
La medalla de cobre, aunque sombrío  
Terror le inspira, sin dudar un punto,  
Cuán terrible poder le es concedido.

La nodriza gimiendo, á su Kerima  
Ve en situacion tan mísera: su tío  
Con dolor la contempla; el pueblo todo  
Con lástima y asombro compasivo.

El mancebo Zeir, aquel amante  
Tan ardiente y tenaz, comienza tibio  
A demostrarse, y del empeño cede,  
Que sostener con tanta fuerza quiso.

Pasaba en el jardin la desdichada  
Continuas horas; mas su afan prolijo  
Por las flores tampoco ya la anima,  
Y con indiferencia y ceño esquivo

Muertas las ve en los vasos de alabastro,  
Sin tener mas consuelo que el rocío,  
Y por los descuidados arriates,  
Los tallos secos y el verdor marchito.



Una tarde que sola recorría,  
Con planta incierta y con los ojos fijos  
En tierra, su verjel, acaso abierto  
De la extendida cerca halló el postigo ;

Y como suele de la jaula estrecha,  
Donde mas que cantó, lloró cautivo,  
Si la puerta quebranta, al manso viento  
Lanzarse en vuelo raudo el pajarillo;

Rápida así lanzóse de carrera  
En la selva inmediata, y el contiguo  
Campo cruzó veloce, de Zahira  
Dirigiendo á la tumba su camino.

Allá llegó anhelante y sudorosa,  
Y al entrar en el lúgubre recinto,  
De rodillas cayó sobre la yerba,  
Tendió los ojos, y rompió en gemidos.

¡ Cuánto afan, cuánto dulce pensamiento,  
Cuánta memoria amarga, en aquel sitio  
Invadieron su pecho, destrozado  
Del infortunio por el crudo filo !

El mármol que á la tierna madre cubre  
Del objeto que el alma le ha encendido;  
Las flores á su amor recomendadas,  
Y que faltas de riego y de cultivo,

Yacen ahogadas en bastardas yerbas ;  
Los fúnebres cipreses, que testigos  
Fueron de la embriaguez con que su pecho  
Se abrió á un amor funesto, que el Destino

Inexorable contrarió ; y la banda,  
Aunque rasgada y el color perdido  
Por los vientos y lluvias, todavía  
Ondeando atada en el laurel altivo ;

Todo lo mira con turbados ojos ;  
Y los recuerdos donde quiera escritos  
De su pasión desventurada hallando,  
Y de sus infortunios el principio ;

La faz bañada en lágrimas inclina,  
Y soltando la rienda á sus delirios,  
Sueña despierta, y con la mente vaga  
Por ciegos y confusos laberintos.

Mas, ay ! no solamente lo pasado  
En su imaginacion claro y distinto  
Cual presente se pinta : cual presente  
Tambien un porvenir, ó un desvarío

En ella se figura.... O Dios!.... la sombra  
De su adorado amante (él se lo ha dicho)  
Allí el reposo buscará .... Su amante  
Corrió en pos de venganzas y peligros....

Cielos !....llegó el momento ?....¿ llegó el punto  
En que ya leve sombra, aquel recinto,  
Impalpable, invisible acaso habite,  
Y en torno de ella vuela en mudo giro ?....

Al concebir tan hondo pensamiento,  
De terror y consuelo á un tiempo mismo,  
Alza la faz, retiembla, en torno mueve  
Espantados los ojos, y el oído

Aplica con afán al rumor vago  
Que formaba en los árboles sombríos  
El viento que arreciaba, y á unos golpes  
Que sonaban lejanos y distintos.

Eran estos causados por las varas  
Con que el bosque de acebos y de olivos  
Despojaba la turba labradora,  
En cosecha feliz, del fruto opimo.

Escuchó á poco la infeliz Kerima  
De los toscos cantares el sonido,  
Con que estando la tarde ya mediada,  
Se daba fin al rústico ejercicio.

Una voz, aunque recia, muy sonora,  
Y cuyos dejos fueron repetidos  
Por los ecos del monte, así cantando  
Resonó por las selvas y los riscos :

Inocente tortolilla,  
¿Qué buscas entre estos ramos?  
¿A quién, desdichada! arrullas  
En un nido solitario?

En donde tus dichas fueron,  
Solo hay recuerdos amargos ;  
Y es el vivir de memorias  
El tormento mas pesado.

Aquel árbol, que pomposo  
Os dió fresca sombra, ufano  
De saber vuestros secretos,  
De ocultar vuestros halagos ;

Héle allí negro, desnudo,  
El grueso tronco quemado....  
Bramó ronca la tormenta,  
Y cebóse en él un rayo.

El cristalino arroyuelo,  
Que entre hermosas flores manso  
Templó vuestro fuego ardiente,  
De vuestros besos gozando ;

Es ya una rambla de arena  
De tal aridez y espanto,  
Que esmaltan su seca orilla  
En vez de flores, lagartos.

Mas, cuitada !...¿ qué te importa  
Ni el arroyuelo, ni el árbol,  
Si solo á tu amante buscas  
Y gimes por él en vano ?

Pronto para ti cobraran,  
Si consiguiesses hallarlo,  
Este su lozana pompa,  
Aquel sus raudales claros.

¡ Ay, que el sañudo Destino  
Que al uno abrasó tirano,  
Que al otro secó inclemente,  
A ti te robó tu encanto !

Por un huracan deshecho,  
Tu bien de ti separado,  
Llorando tu ausencia vaga  
Solo, por bosques extraños,

Donde el cazador astuto,  
Tendida la cuerda al arco,  
Le acecha, y de roja sangre  
Manchará su pecho blanco.

Vuela, pobre tortolilla,  
Vuela á morir á su lado ;  
Que si una flecha os da muerte,  
Moriréis dichosos ambos.

Cesó la voz, y en armonioso coro  
La turba repitió de campesinos  
Los cuatro últimos versos. En seguida  
Todo quedó en silencio sumergido.

En su imaginacion acalorada  
A la doncella celestial aviso  
El rústico cantar se le figura,  
Retiembla, y en sudor se inunda frio.

Vuela, pobre tortolilla,  
Vuela á morir á su lado ;  
Que si una flecha os da muerte,  
Moriréis dichosos ambos ;

Repite en hondo acento, y entregada  
A frenesí vehemente y repentino,  
Alzase, del laurel la banda quita  
Ronca gritando : “ Este despojo es mio.”

Se la tercia en el pecho, salta fuera  
Con ágil pié del fúnebre recinto,  
Y veloz acia el monte se dirige,  
Sin buscar senda ni seguir camino.

Quien la hubiese encontrado de repente,  
Desnuda el cuello, desceñida el cinto,  
Suelta y volando á par de sus cabellos  
La blanca toca de delgado lino,

Pendiente al hombro la rompida banda,  
Y en medio de su pecho, fugitivos  
Relámpagos formando el sol poniente  
De la medalla en el pequeño disco;

Y sus ojos brillantes y espantados,  
Y sus aéreas formas; en tal sitio,  
Y en tal momento, y en aquella tarde;  
Que era una aparicion hubiera dicho.



El sol al occidente declinaba :  
En ráfagas violentas nuevo brio  
Cobraba el viento, alzando en la llanura  
De seco polvo blancos remolinos.

Cruzaban el espacio densas nubes,  
Y se iban apiñando, al modo mismo  
Que se apiñan los tristes pensamientos  
En la mente infeliz del afligido.

Gruesas gotas escasas, esparcidas,  
Azotaban el suelo : repentinos  
Lampos el horizonte amedrentaban ;  
Y cual en selva oscura los rugidos

Retumban de un leon , lejanos truenos  
En la turbada atmósfera. El abrigo  
Buscaban de las peñas los ganados,  
Los hombres de sus techos el asilo :

Solo Kerima impávida prosigue.  
En saliendo del bosque, ve el castillo  
De la Albaida inmediato; se acrecienta  
Su frenesí; trepando por los riscos,

Corre á lanzarse en él....Mas de repente,  
Que no está ya su amante en aquel sitio,  
Le dice su memoria; y despechada,  
A la siniestra mano, entre lentiscos, ;

Madroñales y zarzas, una senda  
Toma, por do cansada y sin respiro,  
Sube la falda de la sierra. En tanto  
Creció la tempestad: ya gruesos rios

Tornados con la lluvia los arroyos,  
Bramaban en los hondos precipicios:  
Silbaba el huracan, y furibundo  
Desarraigaba los añosos pinos;

Y allá en la excelsa y erizada cumbre  
Sacaba los peñascos de sus quicios:  
Tales los truenos eran, que turbado  
El orbe retemblaba á su estampido.

Un mar de fuego era el espacio á veces,  
A veces ciega noche, á que mezquino  
Rayo de sol, muriendo en el ocaso,  
Daba de horrenda luz pálidos visos.

Tiembla por fin Kerima ; ansiosa busca  
En donde guarecerse : allí vecinos  
Ve unos árboles altos y pomposos ;  
Corre á encontrar bajo el ramaje abrigo.

O Dios ! á dónde entró!!! dónde? En la fuente  
Del Amir. Aunque rara vez ha visto  
Aquel lugar terrible, lo conoce  
Por desdicha al momento. En el abismo

Mejor quisiera haber entrado. Cielos !  
Un piélagos de sangre es aquel sitio  
A sus ojos, y en medio ve el espectro  
De su padre feroz, que vengativo

La acusa, y la maldice, y la señala  
Al cielo como objeto de exterminio,  
Víctima de expiacion. La sin ventura  
Se siente convertir en mármol frio,

Y escondiendo la frente con los brazos,  
Apóyase en el tronco de un gran pino,  
Al mismo tiempo que el sañudo viento  
Tronchó bramando su ramaje altivo,

Con horrendo fragor. Pobre Kerima !  
En pánico terror su pecho hundido,  
Juzga que cielo y tierra conjurados  
De su loca pasion le dan castigo,

Y que allí la confunden, porqué huella  
La sangre de su padre, al asesino  
Ciega buscando allí. Tal pensamiento,  
Al par que la horroriza, le da bríos

Para ponerse en fuga, y por lo ménos  
Lograr la muerte léjos de aquel sitio;  
Y huye veloce con incierta planta,  
Por la intrincada sierra, cuando un grito

Oyó, que "Gala!... Gala!" repetía.  
Este era el nombre de su madre: oirlo  
De consuelo le fué. Torna la frente,  
Y ve detras de sí claro y distinto

Un verdadero espectro. Era un anciano  
De edad muy avanzada, pero erguido,  
Ágil y fuerte. Su cabello y barba  
Blancos como la nieve, en crespos rizos

Inundaban su cuello y su cintura,  
En la lluvia empapados. Su vestido  
Era una parda túnica y un manto,  
Cuyos pliegues, del viento sacudidos,

El agua de las nubes goteaban;  
Y al traves de malezas y de riscos  
Corría en pos de la infeliz Kerima,  
A quien ya ataja el paso un precipicio.

Al réprobo monarca de Judea  
Así tal vez en mas remoto siglo,  
Se apareció de Samüel la sombra,  
De la maga de Endor por los hechizos.

La doncella infelice ya no pudo  
Resistir el terror: un alarido  
Lanzó al verle llegar, y desmayada  
Le faltaron los piés, y á tierra vino.

Llegó el anciano, en su turbado aspecto  
Mil afectos notándose distintos:  
En la doncella inmoble un breve instante  
Clavó los ojos con espanto fijos;

Y de pronto doblando una rodilla,  
La faz rugosa, do el dolor mas vivo  
Pintado estaba, los desnudos brazos,  
Descarnados y secos, y un gemido

Levantó al cielo tronador. Y luego  
Cuidoso, sobre el cuerpo yerto y frio  
De Kerima infeliz, suspendió el manto,  
Del recio temporal dándole abrigo.



## ROMANCE SEXTO.

En el castillo de Luna  
Tenéis al anciano preso.

. . . . .  
Cansadas ya las paredes  
De guardar tan largo tiempo  
A quien recibieron mozo,  
Y ya le ven cano y ciego.

*Romancero de Bernardo del Carpio.*

OTRA escena se ofrece ante mis ojos :  
Ya no son las florestas y campiñas  
Por donde el curso majestoso extiende  
Guadalquivir , gran rey de Andalucía ;

Ni la sierra feraz , que al puro cielo ,  
Ignorando que hay nieve , alza la cima  
De peñascos y musgo coronada ,  
De flores odorantes y de olivas ;

Miéntras verjeles , huertas y jardines  
Sus deliciosas faldas entapizan ,  
Embalsamando el vaporoso ambiente ,  
Que azahares y jazmin blando respira ;

Ni la insigne ciudad, cuyo alto nombre,  
Gigantesco poder y gloria antigua  
La fama ensalza, las historias cuentan,  
Y su templo y sus muros testifican.

Córdoba insigne!... O patria, dulce patria!  
En cuyo seno de la luz del día  
Gozé la primer vez, en cuyo seno  
Disfruté el tierno amor y las caricias,

Tesoro de la infancia. Si en tus bosques,  
Encantadas llanuras y colinas,  
De mi niñez y juventud llenaron  
Las horas, que han pasado fugitivas,

De tu grandeza insigne los recuerdos;  
Volando en torno de la mente mía  
Las sombras de tus héroes generosos,  
Cual de una planta nueva en torno giran

Las mariposas del risueño mayo;  
Jamás mi amor á ti, jamás se entibia,  
Ni de mi pensamiento un punto sales,  
Desde que arrastro en extrangeros climas

La vida, ha tantos años sustentada  
Con el amargo pan de la desdicha,  
Y aun más con la esperanza de que al cabo  
Logren en ti reposo mis cenizas.

Tú reinas en mi pecho, aunque mi mente,  
De tus héroes en pos, hoy por distintas  
Tierras se espacie, y por remotos siglos,  
Sus hazañas buscando esclarecidas.

Sí, de Mudarra y del prudente Zaide  
Se arroja en pos mi suelta fantasía,  
Del imperio andaluz salva los lindes,  
Y vuela por los campos de Castilla.

Oscuro el cielo entre reacias nubes,  
Y entre nieblas oculto blanquecinas;  
Desnudo el suelo, donde invierno crudo  
Su rigor y sus sañas ejercita;

Y un horizonte de hórridas montañas,  
Que con peñascos áridos se erizan,  
Do nacen solo verdinegros pinos,  
Y que abruman las nieves me lo indican.

Allí el Arlanza, allí: si en el estío  
Ufano se corona con espigas,  
Ahora entre hielos ásperos sus aguas,  
Turbias y perezosas, se deslizan.

Ya la ciudad descubro belicosa,  
Que es de los condes castellanos silla:  
¡De la corte de Hixcen el poderoso,  
En todo cuán diversa y cuán distinta!

No, cual Córdoba, al cielo de zafiro  
Alza opulenta las gallardas cimbrias  
Búrgos naciente, ni de mármol y oro  
Alminares altísimos empina.

Gruesos muros levanta y torreones  
De tosca piedra, donde el sol no brilla;  
Pero que á las tormentas y huracanes,  
Y al furor de la guerra desafían.

No de riquezas bárbaras henchidos  
Sus palacios están, ni de exquisitas  
Telas del rico oriente entapizados,  
Ni el regalo y las ciencias los habitan.

No suena, al despuntar la clara aurora,  
La voz del Almuheden, que el nuevo día  
Anunciando á los hombres, á que acudan  
Con sus ruegos al templo, les convida.

En su lugar la atmósfera ensordecen  
Gruesas campanas de metal, que vibran  
Melancólicos sonos, convocando  
A celebrar las prácticas divinas.

No en las calles la voz de las escuelas  
Se escucha, ni el bullicio y alegría  
En abundantes plazas, ni el estruendo  
De talleres, telares y oficinas;

Solo resuena en Búrgos el martillo,  
Que sobre el duro ayunque se ejercita,  
En arneses tornando el fuerte acero,  
Ya templado en las fraguas encendidas :

El monótono canto de los coros  
De conventos, parroquias y capillas,  
Y el confuso rumor de un pueblo pobre  
Y taciturno, que en las calles gira.

Y los campos....ó Dios, cuán diferentes!  
Allá los labradores en cuadrilla,  
Casi desnudos, y cantando ledos  
Tras de los tardos bueyes fecundizan

Los pingües sulcos, y feraz cosecha,  
Premio de su sudor, segura miran;  
Mientras pobre gañan aquí, luchando  
Con tierra ingrata y con adusto clima,

En pos de ágiles mulas rompe el suelo,  
Temiendo de su afan y su fatiga  
El fruto ver en su verdor talado  
Por invasoras huestes enemigas;

O robado si no, cuando maduro,  
Por el monje sagaz, por la codicia  
Del tirano señor, ó con violencia  
Por forajidos que en el monte habitan.

Finalmente aquel siglo el sol eterno  
En las tierras de Bétis descubría  
Un imperio ilustrado y poderoso,  
Una grande nacion, acorde y rica,

Ya en la alta cumbre, y anunciando acaso  
Su próximo descenso y su ruina  
El supremo poder de sus monarcas,  
Y del pueblo el amor á las delicias;

Y en la que Arlanza con sus aguas mide,  
Un estado naciente, una conquista,  
Gobierno sin vigor, inciertas leyes,  
Crasa ignorancia á la pobreza unida,

Bandos feroces; mas tan noble brio,  
Constancia tal y tanta valentía,  
Que presagiaban la grandeza inmensa  
Que los cielos guardaban á Castilla.



Nueve leguas de Búrgos en un llano,  
Del Arlanza ocupando ambas orillas,  
Descubro á Sálás. De ladrillo y piedra  
Una puente sus barrios comunica;

Y á un lado miro con soberbias torres,  
El palacio de Lara. De aquel dia  
En que en medio de fiestas y banquetes,  
Vió Zaide los agüeros que advertían

Tanto desastre al infelice dueño,  
Tanta desolacion á su familia,  
¡ Cuán distinto se ve !.... Ciegan los fosos  
Matorrales incultos, derruida

Está la poderosa barbacana,  
El grueso muro abierto, de bravías  
Yedras vestido, y entre almenas rotas  
Roncos los vientos en la cumbre silban.

Del homenaje la elevada torre,  
Que tremoló, entre nieves y ventiscas,  
Del linaje de Lara la bandera,  
Es nido de las aves de rapiña.

El interior en todo corresponde  
A tal desolacion: cardos y ortigas  
Cubren el ancho patio, en que sacando  
Con el ferrado pié del suelo chispas,

Los corceles de guerra se domaban,  
Sufriendo apénas la apretada cincha,  
Y do ladrando galgos y lebreles,  
La hueca voz del caracol seguían.

La fuente rota está y en lodo el suelo ;  
Desierta la escalera, donde un día  
De escuderos y pajes resonaban  
Las voces, las risadas y las riñas.

De polvo entapizado el astillero,  
Y ni una lanza en él: solas, vacías  
Alcándaras, que ufanas encerraron  
De azor y de neblí razas distintas.

Los cuadrados salones, que armaduras  
Y pendones vistieron, solo indican  
Con mohosas escarpías, ya desnudos,  
Cuánto templado acero los cubría.

Los altos artesones y techumbres,  
Albergue de africanas golondrinas,  
Dejan paso á las nieves y á los soles,  
Rota la trabazon, pandas las vigas.

El estruendo sonoro del convite,  
Cantos y juveniles alegrías,  
Que en su cóncavo oscuro resonaron,  
¿Cómo es silencio así de tumba fría ?

Silencio que tansolo interrumpido,  
Para mayor horror tal vez, se mira  
Con el quejido en la espantosa noche  
Del buho y del murciélagos ; y de día

Del gorrion con el osado vuelo,  
Que al pararse atrevido en la cornisa,  
Le asusta el desconchado ó piedrezuela,  
Que él mismo al suelo con rumor derriba.

Pero ¿qué importa, qué, tanto abandono?....  
¿Qué, donde quiera hallar muerte y ruina,  
Si angustia aun mas los ojos y la mente  
Ver manchado con signo de ignominia,

De vil traicion con la espantosa marca,  
Edificio de fama tan antigua?  
La puerta principal y ventanaje  
Están tapiados, y con negra tinta

Tiznados por la mano del verdugo  
Los esmaltes, cuarteles y divisas  
Del ancho escudo, honor del frontispicio.  
El morrion en la elevada cima,

Tiene rotas las plumas y follajes,  
Y de la gola en derredor ceñida  
Una vil cuerda, que de infame muerte  
Ser reo su señor al mundo indica.



Abandonado y yermo veinte años  
Sálas su antiguo alcázar visto había,  
Juzgando el necio vulgo que fantasmas,  
Larvas y espectros su recinto habitan ;

Cuando en una mañana del invierno,  
Mientras devoto el pueblo estaba en misa,  
Tres hombres, en tres mulas y embozados,  
Atravesaron sin rumor la villa ;

Y evitando la plaza del castillo,  
Donde estaban los signos de ignominia,  
Y la murada puerta, en él entraron  
Por la espalda, pasando las hundidas

Tapias de unos corrales, y un postigo,  
Que entre escombros, maderos y ruinas  
Dejaba paso al interior. Apenas  
En el patio los tres, sueltan las bridas,

Apéanse, las capas de agua y nieve  
Empapadas se dejan en la silla ;  
Y quedando en custodia de las mulas  
El que mozo de campo parecía,

Debajo de unos anchos soportales  
Las guarece del agua y las abriga ;  
Mientras los otros dos en gran silencio  
Por los salones silenciosos giran.

Con la escena terrible que presenta  
El edificio á la angustiada vista,  
Los dos raros y extraños personajes !  
Están en completísima armonía.

Del primer fundador la sombra helada  
Y la de su escudero parecían,  
Que aquel trastorno á contemplar vinieran,  
Y á llorar la extincion de la familia.

Precoz decrepitud, apresurada,  
Aun mas que por la edad, por las desdichas,  
Agobia á aquel que de los dos parece  
Ser el primero; y sin vigor inclina

Una estatura, excelsa en otro tiempo.  
Con gran dificultad el paso afirma;  
Que ambas piernas hinchadas entorpecen  
Su tardo andar. De noble y masculina

Belleza aun tiene restos el semblante,  
En cuya frente y pálidas mejillas  
Las profundas arrugas, de pasiones  
Violentas, de desgracias infinitas,

De luengo padecer seguras huellas,  
Una existencia trabajada indican.  
Sin luz en noche eterna entrambos ojos,  
(Circunstancia felice, que le priva

Del desconsuelo de notar la escena  
Que le circunda) de penosa y fria  
Timidez la expresion dan á su rostro.  
Alba como la nieve, hasta la cinta

Su barba ondea ; su espaciosa calva  
Un birreton de oscura piel abriga,  
Y es su vestido un sayo de velludo  
Negro con franjas de oro, deslucidas

Como el total del traje. El otro anciano,  
Que de sosten sirviéndole y de guia,  
Por el siniestro brazo le conduce  
Con gran respeto y compasion , distinta

Presencia tiene; y aunque no tan noble,  
Que es la de un caballero testifica,  
En robusta vejez. Barba y cabellos,  
Cortos, espesos y aplomados, brillan

En torno á su semblante, endurecido  
Con la intemperie y sol de extraños climas ;  
Y las arrugas de él meditacion  
Profundas y pesares acreditan ;

Como sus negros ojos expresivos,  
Y preñados de lágrimas, indican  
Gran sensibilidad, y que recuerdos  
De penoso dolor le martirizan.

Viste un ropon de tosca lana pardo;  
Y de cuero rojizo una esclavina,  
Adornada de conchas diferentes  
De las remotas playas de la Siria,

Cubre sus hombros y su espalda y pecho,  
Sobre el cual va colgada una reliquia  
En una caja de oro y filigrana;  
Y en la siniestra mano (pues se había

Descubierto al entrar so las techumbres)  
Lleva un raro sombrero de tendidas  
Alas, tambien de conchas guarnecido,  
Y con medallas y diversas cintas.



Estos dos personajes el palacio  
Recorren en silencio, aunque se oían  
En sus labios ahogados los suspiros.  
Mas de pronto el primero los piés fija

En medio de un salon, á todos lados  
Torna la ciega faz, cual si la vista  
No le faltase, y conocer pudiera  
El sitio aquel; y luego en abatida

Voz prorumpió, lanzando un ay profundo :  
 “ Es sueño ?....es ilusion ?....¿ mis plantas pisan  
 “ El palacio de Sálas ?....¿ Estoy libre  
 “ De la larga prision, donde las iras, ”

“ Siempre justas, del cielo han castigado  
 Mis muchas culpas ? ....¿ Y tu mano amiga,  
 Solo consuelo que á mis ansias queda,  
 Torna á estrechar la moribunda mia ? ”

“ Sí, señor, ” el segundo le responde,  
 En lágrimas bañadas las mejillas,  
 Y á los labios llevándose la mano  
 Del otro viejo trémula y marchita :

” Sí, señor, libre estás, y en los salones  
 Del palacio de Sálas, y benignas  
 Las estrellas permiten que á tu lado  
 Tengas en mí un esclavo que te sirva, ”

“ Y que contigo llore. ” — “ O fiel amigo ! ”  
 El primero repuso : “ en mis desdichas  
 “ Solo por ti no me es indiferente  
 “ Estar aquí ó allá : cerrar mis dias ”

“ En libertad, ó en la prision.... ¿ Qué espero  
 “ En este mundo ya ?....¿ Cómo la antigua  
 “ Felicidad de que en aquesta casa,  
 “ Cercado de mis hijos ? ” ....—Confundida

Su voz tornóse en ásperos gemidos,  
 Que el artesón oscuro repetía.  
 Mas sosegado luego, y recobrando  
 La palabra siguió : “ Ni aun de la vista

“ De estos lugares, donde fuí dichoso,  
 Me es dado disfrutar.... Con tu divina  
 Voluntad, santo Dios, mi humilde pecho,  
 Y con tu providencia se resigna.”

“ Al ver esta mansion desierta y sola,  
 Mayores fueran, sí, las penas mías....  
 ¿Está el palacio muy mudado ?.... díme....  
 Dímelo, amigo tierno, por tu vida.”

El segundo enjugando en su semblante  
 Las lágrimas copiosas, le replica :  
 “ ¿ Cómo ha de estar despues de tantos años,  
 “ En que nadie lo cuida ni lo habita ?”

“ Dices bien,” dijo el de la barba blanca :  
 “ Al pasar la escalera y galerías,  
 “ Dieron el viento y lluvia en mi semblante,  
 “ Y he notado, al pisar, losas hundidas

“ Y escombros. Díme, ¿ en qué salón estamos ?” —  
 El viejo respondió de la esclavina :  
 “ Señor, en el salón de los festines.” —  
 “ Ay!.... ¿ te recuerdas del tremendo día”

Prosiguió el otro, “en que asombrados vimos  
 “ Los presagios aquí, que predecían  
 “ Tanto desastre?... Aquel ilustre moro,  
 “ Que como embajador vino á Castilla,”

“ Los presenció tambien.... Sácame, amigo,  
 De este salon infausto, y me encamina  
 A la estancia inmediata, en que otro tiempo  
 Mis dulces hijos habitar solían ,”

“Donde....Mas no....Qué busco en tal estancia?...  
 Sácame del palacio á toda prisa :  
 Tórname á la prision, y en ella, y pronto  
 Terminen con la muerte mis desdichas.”—

Así diciendo el venerable anciano,  
 Su turbada presencia, su expresiva  
 Faz y el temblor de sus helados miembros  
 Los tormentos horribles descubrían,

Que su angustiado pecho destrozaban.  
 Su acompañante con dolor le mira,  
 Y haciendo esfuerzos por que no descubra  
 En su acento la pena que le agita ,

De consolarle trata, y así dice :  
 “ En ti vuelve, señor : con la divina  
 “ Voluntad es forzoso conformarse,  
 “ Pues que somos cristianos. La alegría,”

“ La riqueza, el poder, los hijos, todo  
Viene de Dios, y Dios lo da y lo quita.  
Humilde resignarse debe el hombre  
Con su misericordia ó su justicia.”

“ Tus hijos con infieles peleando,  
Cual cristianos murieron. Hoy habitan  
El cielo entre los mártires gloriosos,  
Y con palma y laurel, que no marchita”,

“ El curso de los siglos, la presencia  
Del que los astros rige, el mar humilla  
Y enfrena el huracan, están gozando ;  
Y ¿ tú su suerte lloras ?.... Hoy benigna”

“ La mano del Eterno te conduce  
“ A tu casa á morir ; ¿ y tú querrías  
“ Tornar á la prision ?” — El triste padre  
De sí propio se espanta y se horroriza,

Tales reconvenciones escuchando,  
Y con la voz entera y mas tranquila  
A su consolador así interrumpe :  
“ Tienes razon, amigo ; no prosigas :”

“ Soy pecador.... Es cierto, todo, todo  
Nos lo da Dios : como lo da, lo quita.  
Bendigamos su nombre.... Basta, basta :  
Llévame del palacio á la capilla.”

“En ella celebráronse mis bodas....  
Tambien siete bautismos.... dulces dias!  
Se celebraron.... Mártires gloriosos!  
Mis ruegos elevád á las divinas”

“Plantas del alto Dios omnipotente,  
Y pedídle que pronto me permita  
Con vos unirme, y que me saque pronto  
De este mar de desastres y desdichas.”

Calló, y calló tambien el otro, y ambos  
Al antiguo oratorio dirigían  
El tardo paso, cuando el ronco estruendo,  
El confuso rumor y gritería

Llenó del pueblo el edificio todo,  
Y entre las voces claras y distintas,  
Que mas y mas cundiendo se acercaban,  
Repetir se escuchaba : *viva, viva.*



Reunidos en contorno del palacio  
Los habitantes todos de la villa,  
Daban aquellas voces, pues saliendo  
Del santo templo, al terminar la misa,

Se divulgó al instante la llegada  
De los tres embozados. La noticia  
Dió á temores ridículos origen  
Entre el vulgo ignorante : quién decía,

Que eran encantadores y hechiceros :  
Quién malignos espíritus, que habían  
Venido por los aires. Una vieja,  
Que desde su ventana y celosías

Los vió pasar, tenaz aseguraba,  
Por testigos llamando á sus vecinas,  
Que cuernos, y no orejas, vió á las mulas,  
Y que las luengas capas encubrían

Tres descarnados esqueletos. Otros  
(Los discretos sin duda de la villa)  
Sospechaban que fueran tres hebreos,  
Que de entre los escombros y ruinas

Trataban de sacar algun tesoro ;  
Y ya los codiciosos con envidia  
A impedir tal hallazgo se aprestaban.  
El sacristan constante sostenía

Que eran almas en pena, proponiendo  
Una colecta á las personas ricas,  
Y que se celebrasen por sufragio  
Oficio de difuntos y seis misas,

Dos para cada cual. En tanto empero  
Un valenton del pueblo en compañía  
De un codicioso, armados de broqueles  
Y de sendas espadas y reliquias,

Al postigo acercáronse medrosos,  
Y por entre maderos y ruinas  
Delizándose, así como el lagarto  
Que dentro del vivar se precipita,

Entraron en el patio. Pronto vieron  
Al mozo con las tres caballerías  
Bajo los cobertizos, y al instante  
Conociéronle entrambos, y de antigua

Amistad refrescaron la memoria;  
Pues era un maragato que solía  
A Sálas concurrir, y á los mercados  
De todas las ciudades convecinas.

De él supieron al punto, quiénes eran  
Las dos personas que con él venían:  
Gonzalo Gústios una, que ya libre  
De su larga prision no merecida,

A su alcázar tornaba y á su estado;  
La otra Nuño Salido. Esta noticia  
Los dos exploradores al instante  
Esparcieron ufanos por la villa,

Pidiendo á los antiguos servidores  
De la casa de Lara las albricias.  
Estos, que siempre fieles á su dueño,  
Su prision lamentaban y desdichas,

No olvidando ni un punto en tantos años  
De sus señores la infeliz familia ;  
Dudando al pronto tan ansiada nueva,  
Vuelan á cerciorarse á toda prisa ;

Y viéndola patente, enajenados  
De placer, de consuelo y de alegría,  
Corren aquí y allí, y al pueblo todo  
Su gozoso entusiasmo comunican.

En torno del palacio el gran gentío,  
Ver anhelando á su señor, en vivas  
Y de júbilo en voces prorumpieron ,  
Mientras que al interior por las ruinas

Entran varios hidalgos, y al fin hallan  
A Gonzalo y á Nuño. De rodillas  
Se arrojan á las plantas del primero,  
Y al notar tan mudada y abatida

Su gallarda presencia, y al mirarle  
Ciego, pobre y doliente; la mas viva  
Compasion de sus almas se apodera,  
Y deshechos en lágrimas, la pintan

En sus desconsoladas actitudes  
Y en sus palabras de dolor. La vista  
Nunca echó ménos como entónces Lara,  
Y tras de tantos años aquel dia

Y aquel instante el único, el primero  
Fué, en que agradable aun encontró la vida,  
Y en que sintió su pecho palpitante  
Abrirse del consuelo á las delicias.

Enternecido Nuño, por sus nombres  
Le va diciendo los que allí se miran;  
Y cada cual en pos del suyo añade  
Algun recuerdo de lealtad antigua,

De hazañas en la guerra, de servicios  
En los disturbios de pasados dias,  
Y de constante amor y de respeto  
A la casa de Lara perseguida.

Gústios, todas sus penas un instante  
Olvidando tal vez, y la marchita  
Frente alzando, y su faz resplandeciendo  
Con la grandeza y dignidad antiguas;

Con los trémulos brazos corresponde  
A amor tan firme y á lealtad tan viva  
De aquellos servidores y vasallos,  
Que su pendon siguiendo, de Castilla

Fueron en otro tiempo apoyo y honra,  
Exterminio y terror de la morisma.  
Palpándoles los pechos y las diestras  
De la manopla y lanza endurecidas,

Les recuerda las guerras ya olvidadas,  
Los peligros, las bélicas fatigas:  
A todos nombra, reconoce á todos,  
Aun sueña triunfos, mando, gloria y dichas;

Y de ellos rodeado, y sostenido  
De su fiel Nuño, sale y se encamina  
A la gran plaza del castillo, donde  
El impaciente vulgo le atendía.

Fué el gozo general, aunque mezclado  
De dolor y de asombro, tan distinta  
Viendo aquella persona venerable,  
De lo que fué cuando rigió á Castilla.

Si su pasada gloria y sus grandezas  
En los ancianos pechos aun tenían  
Hondas raíces; su tremenda suerte,  
Su excelsa fama y su presencia misma

Entusiasmó á la juventud. A todos  
Con afables palabras y benigna  
Faz agradece Lara aquellas muestras,  
Que respeto y amor le testifican;

Y pide, su cascada voz calmando  
Los confusos aplausos y los vivas,  
Que á dar gracias al Ser omnipotente  
A la iglesia de Sálas le dirijan.



Miéntras que prosternado ante el Eterno,  
Formando coro con el pueblo, hacía  
Su ferviente oracion, el arcipreste  
Manda en su casa disponer aprisa

Un festin abundante. Ya hacendosa  
El ama convocando á las vecinas,  
Su inteligencia y zelo demostrando,  
En los preparativos se fatiga.

Ya suena en el corral el cacareo  
Con que los tiernos pollos y gallinas,  
Huyendo entre la leña y las tinajas,  
Piensan, cuitados! que su suerte evitan.

Las ollas, las sartenes y peroles  
Circundan el hogar, do un monte ardía,  
De roja luz con la esplendente llama  
Llenando, y de humo espeso la cocina.

A un lado el almirez sonoro aturde  
El barrio todo, en otro la cuchilla,  
Que una moza robusta ágil esgrime,  
Carne de cerdo y de ternera pica.

Una aquí las legumbres preparando,  
Pencas y hojas inútiles les quita ;  
Otra allí amasa en cóncavas artesas,  
Con aceite y con miel, cándida harina.

Quién despluma las aves, quién al fuego  
Ramas secas añade, quién lo atiza,  
Quién va y viene á la fuente presuroso,  
Quién friega los pucheros y vasijas.

Ábrese la despensa, y aunqué el ama  
De las llaves encarga á la sobrina,  
Que es vigilante asaz ; alguna vieja  
Mete en el delantal una morcilla :

Otra roba un solomo ; y un muchacho  
A la tinaja de la miel aplica  
Goloso el dedo, miétras otro el labio  
De navarro aguardiente á la botija :

Pues en tales momentos en las casas,  
Con tanta confusion y tanta prisa,  
Es el desórden cosa inevitable,  
Y advierte ménos el que mas vigila.

A todas partes asistir procura,  
Y todo disponerlo el ama activa,  
Que ganó entónces esplendente fama  
Desplegando su zelo y su pericia.

Se la vió á un mismo tiempo diligente  
Sazonar un guisado, á una vecina  
Reñir, porqué volcaba los pucheros;  
Una guantada dar á una chiquilla,

Que el asador pringoso descuidaba:  
A un gatazo escaldar, que se comía  
Medio pichon, y levantar el grito  
A un zagaleta, que con charla y risa

Se puso á retozar con las mozuelas.  
La bodega abrió luego, y la delicia,  
Que sudan los lagares de Alaéjos  
Con fragancia que muertos resucita,

Sacó; despues, de un gigantesco armario  
Conservas, fruta seca y golosinas,  
Y de un arca de pino las tohallas,  
Con que la mesa primorosa alista.

Una fuente de plata y una copa,  
Para que á nadie mas que á Lara sirvan,  
Pone á la cabecera; y allí ensaya  
Al sacristan, que debe en aquel dia

Tener de maestre-sala el grave empleo,  
Y al monaguillo, á quien atusa y limpia,  
Para que ejerza el de pulido paje;  
Y cómo han de portarse, les explica.

Libre de estos cuidados, afanosa  
Torna la fresca dueña á la concina,  
Que aun hay harto que hacer, y es corto el tiempo;  
Pero á fuerza de afanes y fatigas,

A fuerza de trabajos y peleas,  
Y de sofocaciones y de riñas,  
Unas cosas quemadas y otras crudas,  
Todas consigue ver al cabo listas.

El fruto recogió de su tarea,  
Pues fué el festin famoso, y de sí misma  
Muy satisfecha se quedó, escuchando  
Cuál todos la elogiaron con justicia.

Aunque llegó á una edad muy avanzada,  
En tanto que vivió, diz que ni un dia  
Dejó de recordar el tal convite,  
El estupendo gasto, y la excesiva

Revolucion en que dejó la casa;  
Afirmando que nunca vió la villa  
Mas espléndida mesa. Y aun se añade,  
Por tradicion remota que lo afirma,

Que quedó algo menguado su juicio,  
 Que era claro además, desde aquel día,  
 Por lo que trabajó su entendimiento,  
 O con el gran calor de la cocina.



Discreto, para darle el arcipreste  
 El tiempo indispensable, concluidas  
 De Gústios y del pueblo las plegarias,  
 Con gran solemnidad y melodía

Cantó un largo *Te Deum*, y un discurso  
 O plática muy larga y muy prolija  
 Hizo á sus feligreses, que ignorantes  
 Bostezaron tal vez, aunque de citas

De la santa Escritura estaba llena,  
 Que era gran sabidor. Después aplica  
 A los ojos inútiles del viejo  
 Salmos, y bendiciones, y reliquias,

Y da con ellas paz á los hidalgos ;  
 Y por ganar mas tiempo, á una capilla  
 Conduce á Gústios y á otros personajes,  
 Y allí difusamente traza y pinta

Los reparos y nuevos ornamentos  
De que la iglesia aquella necesita ;  
Entablado sagaz de estas materias  
Una conversacion entretenida.

Llegó por fin el suspirado aviso  
De estar la mesa ya dispuesta y lista,  
Y el cortes arcipreste á Lara y Nuño,  
Capellanes é hidalgos les suplica,

Que con él hagan penitencia. Todos  
Aceptan el convite, y se encaminan  
Acia la casa arciprestal, en donde  
El ama, tan oronda como limpia,

Con tocas de cendal cual nieve pura,  
Que las castañas trenzas mal cubrían,  
Un brial de paño verde, guarnecido  
De franjas de oro, mangas con prolijas

Bordaduras de azul, de rojo y negro,  
Y aljófares al cuello, y varias cintas,  
Y medallas, y cruces de azabache,  
Señala á cada huésped puesto y silla.

Fué harto largo el festin : en él tuvieron  
Lugar escenas varias y distintas  
De disgusto y placer, como acontece  
En todos los sucesos de la vida.

Lara apénas gustaba los manjares,  
Y si una ú otra vez dulce sonrisa  
Sus labios desplegó, mas á menudo  
Ofuscaron su faz nubes sombrías.

Alzados los manteles, á las manos  
Agua, y gracias á Dios dadas, se inclina  
El arcipreste á Lara, y en el nombre  
De todos los presentes, le suplica,

Que alguna relacion, aunque lijera,  
De su larga prision hacer se sirva;  
Y cortesmente luego á Nuño pide,  
Que en pos de su señor tambien les diga

Algo de sus larguísimos viajes,  
Y de su vuelta rápida á Castilla.  
Como es tan agradable de sí mismo  
Hablar, aunque pesares y desdichas

Solo haya que decir; Gonzalo y Nuño  
No se hacen de rogar, y al ver que indica  
El primero que á hablar va sin demora;  
Silencio demandando, mayor grita

En el salon se alzó por un momento,  
Y á dos ó tres que estaban de tal guisa,  
Que era imposible que callar pudiesen,  
En hombros á sus casas los envían.

Ábrense las ventânas y las puertas,  
Por las que el pueblo audaz se precipita  
En silenciosa confusion, ansiando  
Escuchar portentosas maravillas.



Gonzalo Gústios, el señor de Lara,  
Que tiene la atencion de todos fija,  
En el silencio universal conoce,  
Y así dice con voz desfallecida :

“No hablaré de mis penas y desastres,  
Ni de aquellas desgracias inauditas  
Que destrozaron mi infelice pecho,  
Allá en la capital de Andalucía.”

“Fueron de tal grandeza, que en el mundo  
No habrá quien las ignore, y repetirlas  
Renovara el horror en los presentes,  
Aumentando el rigor de mis desdichas.”

“Ah! qué digo?... infeliz!...¿ pueden acaso  
Mas aumento tener?...Aunque resista  
Mi lengua el recordarlas, ¿su memoria  
Destrozándome el alma no está viva?”....

“Basta, basta.... oh dolor! Ay! que mis labios  
Nombres y circunstancias no repitan,  
Que á la naturaleza estremeciendo,  
De escándalo y terror al orbe sirvan.”

“De mi larga prision hablaré solo :  
Será mi relacion breve y sucinta,  
Pues poco hay que decir, si en veinte años  
Uniformes han sido horas y dias ;”

“Y siempre de dolor. Como de un sueño,  
Tal estaba mi mente oscurecida :  
Recuerdo que al llegar á los confines  
Del imperio andaluz y de Castilla,”

“La escolta silenciosa sarracena  
En escolta no ménos enemiga  
Se cambió de cristianos, que en silencio,  
Y con crueldad mayor y mayor prisa”

“Al castillo de Lerma me llevaron,  
Y con fiero ademan y faz altiva  
Me recibió su alcaide, que al momento  
En una estancia lóbrega y sombría ”

“Me encerró, redoblando los cerrojos  
De la ferrada puerta. Ay!....de mi vida  
La flor y robustez entre las garras  
De la miseria y afliccion continuas”

“Se quedaron allí, y allí de arrugas  
Se han cubierto mi frente y mis mejillas :  
Que la vejez allí vino á buscarme,  
Desnudó mi cabeza, y en ceniza ”

“Tornó mi fuego, cual mi barba en nieve ;  
Dejando al corazon y al alma mia  
Solo vigor y juventud robusta,  
Para el rigor sentir de las desdichas.”

“Todas mis facultades perecieron  
Al lento curso de pesados dias,  
Que veinte años eternos completaron,  
Y mis penas no mas aun quedan vivas.”

“Un zafio endurecido carcelero,  
Eternamente mudo, en la mezquina  
Prision cada mañana entraba solo,  
Tomando precauciones exquisitas ”

“Para no verse nunca sorprendido ;  
El sustento abundante me traía,  
Cuidaba el lecho, y dábame las ropas,  
Que segun la estacion eran precisas,”

“Pues los que allí con tan horrenda furia  
Sepultado por siempre me tenían,  
Para que no acabasen mis tormentos,  
Con cruel piedad cuidaban de mi vida.”

“Mas para que ni el sueño treguas diese  
A mi dolor, desde el primero dia  
Hasta el último, siempre á media noche....  
¡Oh bárbara crueldad, de hombres indigna !”

“Siete piedras á la alta claraboya  
De mi prision tirando, interrumpían  
Con siete golpes claros y distintos  
De la noche el silencio.... Al alma mia,”

“Y no á la claraboya las tiraban,  
Y el corazon y el pecho me rompían,  
Recordando que tuve siete prendas,  
Que eran pasto á las aves de rapiña,”

“Siete insepultos cuerpos; y que siete  
“Cabezas adornaban la mezquita  
“Y el alcázar de Córdoba....Hijos míos!”....  
Aquí la voz del viejo, convertida

En ásperos sollozos, confundióse  
Con un grito de horror, que las distintas  
Personas que escuchaban en silencio,  
Al oír ferocidad tan inaudita,

A un tiempo levantaron. Gústios Lara  
Convulso, apénas tiénese en la silla,  
Y en su faz, en su pecho y en sus manos  
Se ve el dolor agudo que le agita.



Al fin la multitud llorosa calla :  
Lara deshecho en lágrimas suspira,  
Y torna á suspirar, y de este modo  
La narracion anuda interrumpida :

“Una tansola vez acento humano,  
En tantos años de prision prolija,  
He escuchado, y no mas. Hondo silencio  
Guardó por siempre con tenaz porfía”

“Mi duro carcelero : los malvados  
Que en tan horrible estado me tenían,  
Dispusiéronlo así. La vez que solo  
Permitieron hablarme.... oh gente inicua!”

“Fué para dar el golpe postrimero  
A este infeliz, para en la horrenda sima  
Del último dolor por siempre hundirle,  
Para hacerle saber que no tenía”

“Nada en la tierra, y que su mismo nombre  
Era nombre de afrenta y de ignominia.  
Sí; como al mes de hallarme en el encierro,  
Una mañana, con feroz sonrisa”

“Entró el feroz alcaide, y, *Gústios Lara,*  
Me dijo, *el alto conde de Castilla*  
*Don Sancho, tu señor, con el acuerdo*  
*De sus hombres de guerra y de justicia,”*

“*Reo de alta traicion te ha declarado,*  
*Confiscando tus tierras y tus villas,*  
*Y mandando poner en tus solares*  
*Los signos viles que traicion indican.”*

“*Tambien te ha condenado á infame muerte;*  
*Mas del gran Ruy-Velázquez por la amiga*  
*Intercesion, que pases, te permite,*  
*En esta torre el resto de tus días.”*

“Dijo, y desapareció : con alto estruendo,  
En losa de sepulcro convertida,  
Cerró la puerta, y barras y cerrojos,  
Cadenas y candados multiplica.”

“Quedé yo como un mármol; por mis venas  
Hielo, no ardiente sangre, discurría :  
Sin respirar ahogábase mi pecho,  
Y espantados mis ojos no veían.”

“Estuve así gran rato ; mas de pronto  
Retemblando mis nervios y mis fibras,  
Fuerzas, cual de gigante recobrando,  
Y fuego de volcan la sangre misma”

“Que un momento fué nieve, tal exceso  
En mi sentí de actividad y vida,  
Tal rabia y tal furor, que engrandecido,  
Era á mi aliento aquella estancia chica.”

“Derribé el lecho, y esparcí en pedazos  
Los muebles por el suelo; las macizas  
Paredes desconché con mano dura;  
Di golpes en la puerta, que en astillas,”

“A no ser por las barras y cerrojos,  
Tornarla consiguieran; llamas vivas  
Mi pecho respiró, y en roncas voces  
Tronó el volcan de mis furiosas iras.”

“A los hombres maldije, á las estrellas,  
La hora de horror en que salí á la vida;  
Pedí venganza hasta al infierno mismo....  
O Dios!.... Dios bondadoso!.... las impías”

“Blasfemias que mis labios pronunciaron  
En aquella ocasion, benigno olvida.  
Perdónalas, gran Dios: al recordarlas,  
Se confunde mi pecho y se horroriza.”

“Tan negra furia y ceguedad culpable  
No fueron duraderas por mi dicha;  
Y en tal abatimiento se trocaron,  
Que vine á tierra envuelto en sombra fria.”

“ Los siete golpes de las siete piedras,  
Que en la alta claraboya, cual solían,  
Dieron, del profundísimo letargo  
Sacáronme por fin. Torné á la vida,”

“ O por mejor decir, cobré el sentido  
Para apurar las ansias y fatigas  
De una existencia atroz. Yerto, postrado  
Mi cuerpo en tierra, sin vigor yacía ;”

“ Mas no postrada mi alma ni mi mente :  
Sueltas como jamas y enardecidas,  
Volaban por horrendos precipicios,  
Y en escenas terribles se perdían.”

“ Las lóbregas tinieblas de la noche  
Que inundaban mi cámara mezquina,  
Llenas me aparecieron de prodigios,  
Y visiones tremendas. Ya veía ”

“ Siete cabezas pálidas, sin cuerpo,  
Que de lóbregas nubes despedidas  
Y por ronco huracan arrebatadas,  
Contra mi pecho mismo se rompían ;”

“ Ya de fuego una atmósfera, y de sangre  
Un mar rugiente en mi reedor tenía,  
Y en las llamas ardiendo mis palacios,  
Las armas y el pendon de mi familia ;”

“Mientras que siete cuerpos sin cabezas  
En las hinchadas ondas purpurinas  
Nadaban, y pidiéndome socorro,  
A mí, qué horror! los brazos extendían.”

“Ya la espantosa escena se mudaba,  
Y un llano presentábase á mi vista  
De ardiente arena, y alumbrado solo  
Por una niebla vaporosa y fria,”

“Y cruzaban por él, en sordos gritos,  
Venganza demandando, blanquecinas  
Siete fantasmas; y si huyendo acaso  
De cada cual de estas visiones, iba”

“A revolver la faz acia otra parte,  
Siempre á mi lado, siempre, ó Dios! tenía  
Un coloso infernal, que me alargaba  
Un hierro matador con fiera risa,”

“Y, *Toma, no te queda otro consuelo,*  
Con penetrante voz me repetía.  
Oh, qué noche!...oh, qué noche! De la aurora  
El resplandor primero le dió cima.”

“De mi imaginacion el desarreglo,  
Por mi atroz situacion clavada y fija  
Siempre en mi mente, fuera de juicio  
Me tuvo, aunque postrado, largos dias.”

“Siempre las noches espantosas eran  
Con escenas fantásticas continuas :  
Siempre eran de dolor y acerbo llanto  
Las mañanas y tardes. Persistía”

“Siempre, que ni un momento me dejaba,  
Junto á mí, armando á mi constancia insidias,  
El infernal coloso, y ofreciendo  
La daga por consuelo á mis fatigas.”

“Era el maligno espíritu, encargado  
De procurar mi perdicion. Benigna  
Empero del Señor la santa diestra  
Acorrióme piadosa, y compasiva”

“Me libró del furor de los infiernos,  
Me contuvo en el borde de la sima.  
¡Tu omnipotencia y tu bondad, Dios mio,  
Los hombres y los ángeles bendigan!”

“Mas donde claramente relucieron  
La providencia y la piedad divinas,  
Fué en la vision con que cobré el juicio,  
Y la razon mi mente oscurecida;”

“Y que á mi corazon despedazado  
Todo el consuelo dió, que mis desdichas  
Capaces eran de tener, abriendo  
A la resignacion el alma mia.”

“Después de algunos meses de espantosos  
Accesos de furor y de viglias  
Tenaces, de mi cuerpo apoderóse  
Con ardoroso afán fiebre maligna,”

“Que consumió mis fuerzas, y en el lecho  
Postrado me dejó por cinco días.  
Pero en sudor copioso terminando,  
Despareció por fin; tan abatida”

“Debilidad dejándome, que apenas  
Un momento tenerme en pie podía.  
En postracion tan grande, de un profundo  
Sueño no interrumpido las delicias”

“Conseguí disfrutar; y cuando estaba  
En su dulce descanso, ante mi vista  
Magnífico espectáculo ofrecióse,  
Que ni un momento mi memoria olvida.”

“Vime pues entre nubes y celajes,  
Que de oro el sol y de risueñas tintas  
Matizaba esplendente: en un abismo  
Bajo mis pies al mundo descubría,”

“Envuelto en sombras densas;  
Y un torrente de purísimas luces difundían  
Sobre mí las estrellas. Luego escucho  
Son celestial de música divina,”

“Y abriéndose los cielos, entre un coro  
De eternals espíritus, divisan  
Mis ojos siete jóvenes gallardos,  
Que en esplendor al mismo sol vencían.”

“Eran sus vestes como nieve puras ;  
Azucenas que el tiempo no marchita,  
Coronaban sus frentes ; en sus manos  
Palmas eternas, venerable insignia”

“De los mártires santos ostentaban ;  
Y en sus cuellos brillaba, como brillan  
De esposa en cuello virginal rubíes,  
La huella de una bárbara cuchilla.”

“Conocílos al punto : eran mis hijos,  
Mis hijos felicísimos que habitan  
La mansion celestial. Estremecíme  
De gozo, y desperté. La luz del día”

“Llenaba mi prision : salté del lecho,  
Arrojéme en el suelo de rodillas,  
Consoladoras lágrimas bañando  
Micompungida faz. En voz sumisa”

“Oré por largo rato ante el Eterno ;  
Y al mismo tiempo en mi interior sentía  
Un bálsamo celeste difundirse,  
Y mi alma humilde descansar tranquila.”

“Ya no vi mas al tentador coloso,  
Que hasta entónces las noches y los dias  
Me atormentó tenaz; y aunqué en mi pecho  
Siempre estaban grabadas mis desdichas.”

“De Dios con los decretos resignado,  
Hallé constancia en mí para sufrirlas.  
Pasáronse los años; presurosa  
Vino á mí la vejez; sus manos frias”

“De mi vigor los restos me robaron,  
Y todos los achaques y fatigas,  
Que su cortejo forman, se reunieron  
Y descargaron sobre mí sus iras.”

“Inflamacion terrible y dolorosa  
Con agudas punzadas, repentina  
Mis ojos atacó, debilitados  
Con mi largo llorar. La luz del dia,”

“Que fué hasta entónces mi mayor consuelo,  
Se tornó mi mas bárbara enemiga;  
Porqué sus penetrantes resplandores  
Destrozaban mis débiles pupilas.”

“Pedí á mi carcelero algun socorro ;  
El cual, feroz como las fieras mismas,  
Persistió en su silencio, sin mostrarme  
Ni siquiera la frente compasiva.”

“Abandonado así, con mis clamores  
 El alcázar soberbio estremecía,  
 Privado no tansolo de consuelo,  
 Sinó tambien de auxilio y medicinas.”

“Con tormentos de rabia me arrastraba  
 Fuera del lecho por las losas frias,  
 Buscando una postura que aliviase  
 Mi punzante dolor, y la vasija”

“Del agua derramaba sobre el rostro.  
 Esto aumentó la enfermedad maligna,  
 Que terminó por fin, en noche eterna  
 Sumergido dejándome sin vista,”

“Cual me miráis. Terrible fué este golpe !  
 Mas para soportarlo, la divina  
 Misericordia suficiente fuerza  
 Me concedió tambien. Esta excesiva”

“Desgracia amortiguó completamente,  
 Y destruyó mi ansiosa fantasía ;  
 Y falta de esperanzas y deseos,  
 Carga ya inútil, arrastré la vida.”

— “Los siete golpes de las siete piedras,  
 Que la alta claraboya siempre herían,  
 Me daban á entender que era de noche :  
 De la puerta las barras y aldabillas,”

“Y la entrada del mudo carcelero  
Me daban á entender que era de dia;  
Y por ambos estruendos computaba  
El tiempo perezoso. En mi mezquina”

“Mente aun alguna vez cierta vislumbre  
De esperanza falaz y fugitiva  
Tornó á brillar; pero extinguióse al punto,  
Y mi labio osa apénas referirla.”

“Cuando salí de Crdóoba, la tuve  
De dejar un sosten de mi familia,  
Y acaso un vengador....Mas, ay! el fruto  
De un afecto culpable, de una indigna”

“Pasion para un cristiano hubiera sido;  
Y del cielo irritado la justicia  
Un consuelo, producto de las culpas,  
Por que tan sabiamente me castiga,”

“No me ha querido conceder....No existe....  
Plegue á la Providencia....Me horroriza  
Que un pecho acaso, do mi sangre hierve,  
De Dios blasfeme ciego en la mezquita!!!”

“Piedad !....piedad, Señor!”—Aquí el anciano  
La voz ahogada, el alma confundida  
Con súbito terror, quedó en silencio;  
Y con las manos trémulas y frias

La faz rugosa se cubrió. La turba,  
Que toda la atencion clavada y fija  
Tiene en su rostro y en su labio, calla,  
Y de su mudo asombro participa.

Nadie alentó : despues de un corto rato  
De estar la narracion interrumpida,  
Lanzando un profundísimo suspiro,  
El gran Gústios así tornó á seguirla.



“Ciego estaba, agobiado por los años,  
Mas resignado en la suerte mia,  
Sin deseos, temores ni esperanzas,  
Y ya sin fuerza hasta mis penas mismas,”

“Siendo mas bien que un hombre, un frio cadáve.  
Que respiraba acaso y se movía :  
Horas y meses, estaciones y años,  
Como sobre un sepulcro, discurrían,”

“Sobre la torre en que encerrado estaba,  
Cuando por fin, (hoy hace nueve dias)  
Al entrar como siempre el carcelero  
Por la mañana en mi prision mezquina,”

“Escuché humano acento con sorpresa,  
Y acento de una voz grata y benigna.  
La fuerte conmoción que aquí en el pecho  
Sentí, no me es posible describirla.”

“Tardo el oído, apenas las palabras  
Que escuchaba, entendió; pero á gran prisa  
Salté del lecho y extendí ambas manos,  
Acia do el son casi olvidado oía;”

“Y mi nombre escuché, y un gran gemido,  
Y me sentí abrazar....Oh gozo!....oh dicha!  
Reconocí la voz....era de Nuño,  
Del generoso Nuño....Alguna insidia”

“Que á mi constancia el tentador tramaba,  
Aun pude sospechar; mas las amigas  
Expresiones dulcísimas y tiernas,  
Que encantándome el alma, repetía”

“Los fieles labios del discreto Nuño,  
Y el raudal de preguntas, de noticias  
Confusas todas, de ásperos recuerdos,  
De nuevas esperanzas y alegrías,”

“Que de su boca rápido brotaba;  
Y sus tiernos abrazos y caricias,  
El tono con que hablaba al carcelero,  
Y su empeño en sacarme á toda prisa”

“ De aquella torre; me indicaron pronto  
 Favorable mudanza repentina,  
 Y quedé en un estúpido silencio,  
 En inaccion completa. No podían ”

“ Mis piés andar, y en cuanto el aire libre  
 Mi pecho respiró, como sin vida  
 Me hundí en letal desmayo. Al recobrarme,  
 Me hallé en un lecho cómodo, y la amiga ”

“ Voz de Nuño escuché, con otras voces  
 Gratas, aunque por mí no conocidas.  
 Sirviéronme exquisitos alimentos,  
 Restauradas sentí las fuerzas mias, ”

“ Di gracias al Señor omnipotente,  
 Y con Nuño entablé larga y prolija  
 Conversacion, para saber la causa  
 Que libre y á su lado me tenía. ”

“ Contóme pues la muerte de don Sancho....  
 (¡ Dios en el tribunal de su justicia  
 Le haya mirado con benignos ojos,  
 Y en la mansion celeste le reciba ! ) ”

“ Y que Fernan-González, á quien niño  
 En Búrgos conocí, ya de Castilla  
 Era conde supremo, el cual clemente  
 Ponerme en libertad mandado había. ”

“ Ah! de perdon el humillado nombre,  
Que para el inocente es de ignominia,  
En su decreto está, y al escucharlo,  
Noté que harto incompleta era mi dicha.”

“ Bienes y libertad me vuelve, amigos,  
No la honra, no la fama....Aun la divisa  
De traicion mis palacios ennegrece....  
Ruy-Velázquez gobierna todavía”....

“ Y pasarán á los remotos siglos  
La afrenta y el baldon de mi familia....  
Qué pronuncio?...infeliz! la tengo acaso?...  
Yo soy de ella el postrero.... O Dios!...bendita”

“ Tu mano sabia y bondadosa sea,  
Que me ha privado de la inútil vista,  
Libertándome así de ver la marca  
Injusta, atroz y nunca merecida,”

“ Mas siempre infame, que en mis puertas dice,  
Cuán grande es de los hombres la perfidia.  
Y ¿ por qué no ha dejado al pecho mio  
Fuerzas para borrarla y confundirla ?”....

“ O Dios! ó Dios!....A Sálas anheloso  
Venir mi pecho ansió, y á los tres dias  
De haber salido de la torre, en marcha  
Me puse, y hoy llegué, no sin fatiga.”

“Libre en Sálas estoy, sí....Cielo santo!  
Es un bien, ó es un mal?....¿ es una dicha,  
O un infortunio nuevo haber salido  
De la estrecha prision?....Allí vivía,”

“ O, por mejor decir, ya muerto estaba,  
(Que no siempre está vivo el que respira)  
Sin placer ni dolor, pues la costumbre  
De padecer y de sufrir nos quita ”

“La sensacion al cabo, y adormece,  
Y el tormento mas áspero amortigua;  
Mas ahora nuevamente se han abierto  
A mis pasos las puertas de la vida,

“Y por ella camino sobre abrojos,  
Encontrando pasiones ya perdidas,  
Lo pasado anudando á lo presente,  
Solo, entre precipicios y ruinas.”



Quedó en silencio el venerable anciano,  
Al terminar su relacion sucinta. }  
El confuso rumor del auditorio  
Mostró el gran interes y simpatía

Que en los pechos de todos encontrara.  
El discreto arcipreste una sucinta  
Plática de conforto y de consuelo,  
Toda empedrada de oportunas citas

De la santa Escritura, dirigióle,  
Y luego los hidalgos de la villa  
Respetuosas ofertas; y entre el pueblo  
Resonaron de nuevo aplauso y vivas.

— En tanto el ama, que con gran conato  
Y con lágrimas siempre las mejillas,  
(Pues era tan curiosa como fresca,  
Y á la par de hacendosa compasiva)

Oyó la narracion; sale un momento  
Y primorosa y pulcra, en la cocina  
Con miel, vino y naranja confecciona  
Para el buen viejo una cordial bebida;

Y al comedor tornando, en una taza  
De plata, acomodada en su salvilla,  
Se la ofrece, rogándole la acepte  
Como una imponderable medicina.

De ella bebió algun sorbo el noble anciano,  
Dando á la dueña gracias expresivas.  
Aquietóse la turba nuevamente,  
Y en Nuño todos sus miradas fijan.

Este saciando el general deseo,  
Contó la historia larga y peregrina  
De sus raros sucesos y aventuras,  
En los lejanos orientales climas.



Empezó refiriendo que en el campo,  
Do los Infantes perecido habían,  
Quedó bañado en sangre, moribundo,  
Destrozado el arnes, lleno de heridas,

De que mostró las hondas cicatrices.  
Recordó, que llevado á una alquería,  
Encontró grato auxilio; y que curado,  
Tornó sin detenerse acia Castilla,

Donde sabiendo la prision de Lara,  
Á Lerma fué, juzgando que podría  
Verle y hablarle; mas que vanas fueron  
Todas sus diferentes tentativas.

Con lo que despachado, fuése á Búrgos  
Para implorar del conde la justicia;  
Y allí en prision estrecha le encerraron,  
De que logró fugarse á pocos dias,

Huyéndose á Leon, porqué esperaba  
Tal vez hallar la proteccion antigua ;  
Pero hecho monje Alfonso, y la corona  
Por el audaz Ordoño pretendida,

Encontró el reino aquel mísera presa  
De discordias y guerras intestinas.  
Y pasó al de Navarra, en cuya corte  
El indolente y sin valor García

Sus ruegos desoyó. Buscó en la Francia  
Amparo y proteccion ; pero fatiga  
Inútil fué, porqué su rey huyendo  
Del conde de Paris, y de la altiva

Ambicion de los duques de Borgoña,  
Allende el mar en las britanas islas  
Asilo y vengador buscó, llevando  
Sus tesoros consigo y su familia.

Dijo Nuño, que entónces ir á Roma  
Determinó, por ver si lograría  
La proteccion del jefe de la Iglesia  
Para el señor de Lara; y cómo había

Visto al paso en Milan la ceremonia  
Con que de hierro la corona antigua  
Tomó el conde de Arles, cual rey de Italia.  
Refirió largamente, (lo enemiga

Que fué la suerte injusta demostrando  
A todas sus honradas tentativas,  
Y cómo inexorables las estrellas  
En contrariar su plan se complacían)

Que llegó á Roma en el fatal momento,  
En que el décimo Juan, por la perfidia  
De Marozzia, de Güido de Toscana  
Esposa, si del padre concubina,

Cayó al golpe traidor de daga infame  
Por sacrílegas manos esgrimida,  
Dejando yermo el solio pontificio  
Y despierta la cólera divina.

Prosiguió Nuño, que cansado entónces  
De mirar tan sin fruto sus fatigas,  
Y despechado de encontrar do quiera  
En el orbe cristiano alevosías,

Guerras, ferocidad, asesinatos,  
Perjurios, parricidios y ruina;  
Resolvió abandonar por siempre á Europa,  
Y dirigirse á los remotos climas,

El gran sepulcro á visitar de Cristo,  
Y los lugares do nació la vida :  
Buscando luego paz en los desiertos,  
Entre los penitentes cenobitas

En tal resolucion sus culpas todas  
Con un prelado de virtud eximia  
Humilde confesó, y en griega nave  
Zarpó de Ancona con el rumbo á Siria.

Pero aun no satisfecha la Fortuna  
Ni las estrellas ver logró propicias :  
Del Adriático mar las bravas olas  
De invierno duro las tonantes iras

Le opusieron constantes ; y en el punto  
En que calmado el tiempo, de Corcira  
Saludaba los montes, fué cautivo  
De una armada galera berberisca ;

Y á Malta conducido, donde esclavo  
De sarracenos, que de aquellas islas  
Eran dominadores, largo tiempo  
Arrastró hierros y apuró desdichas.



Arrebatado yo tambien, ó Malta,  
Por las borrascas de la suerte impía,  
Harto, aunque joven, de encontrar á Europa  
Poblada de traiciones y perfidias,

Huyendo de mi patria y de la tierra ,  
Tumba de gloria y de grandeza antigua,  
Que el Arno, como un huérfano el sepulcro  
De sus padres, con flores entapiza;

Sin mas bien que mi amor, en rota nave,  
Del viento y mar luchando con las iras,  
A ti llegué; y en tus doradas rocas  
Vi de mi juventud volar los dias<sup>30</sup>.

Mas no hallé, como Nuño, en ti cadenas  
Ni sarracenos bárbaros : delicias,  
Obsequios, compasion, tiernos amigos,  
Alivio grato de las penas mias,

Venturoso encontré. Tu ardiente suelo,  
Ya florido jardin por las fatigas  
Del diestro agricultor, tus altas torres,  
Que períodos de gloria testifican,

Y tus buenos y honrados habitantes  
Bajo el dominio hallé de la mas rica,  
Libre, ilustrada, noble y poderosa  
Nacion, que el sol desde el zodíaco admira.

Allí me recibiste, tú, y me honraste,  
O venerable anciano, que las Indias  
Venturosas hiciste, Hástings ilustre!....  
Mas, ay! que de dolor pronto la isla

Vi cubierta, y de luto. Airada muerte  
 A su amor te robó.....tremendo dia!  
 Con el pueblo lloroso, hasta la tumba  
 Yo acompañé lloroso tus cenizas.

Woodford, Frere, Ponsonby, Zammit, Stílon,  
 Y tú que á Sancio tan de cerca ímitas,  
 Hyzler, vuestra amistad, dulce consuelo  
 De todos mis afanes, está viva

En mi alma toda, y lo estará por siempre.  
 Si de llegar á vos logra la dicha  
 Esta historia, empezada entre vosotros,  
 Continuada del Sena en las orillas,

Y que dó tendrá fin el cielo sabe <sup>31</sup>;  
 Aquestos versos de mostraros sirvan,  
 Que el bálsamo que disteis á mis penas,  
 Eterno vive en la memoria mia.

Y tú, risueña y deliciosa roca,  
 Asilo encantador, mansion tranquila,  
 Tú eres la patria de mis tiernos hijos,  
 Y podrás serlo para mí adoptiva.

Ay! si el Destino inexorable y duro  
 (Tanto rigor el cielo no permita)  
 Me robase del todo la esperanza  
 De hollar del Bétis la region florida,

Y de aun gozar en sus frondosos bosques,  
Gallarda sierra y fértiles campiñas,  
Dulce vejez y paz; al punto al punto  
En ti, ó Malta, el sepulcro buscaría.

Mas tornemos á Nuño, y á su historia,  
Que tiene la atencion de Sálas fija,  
Y halle gracia y disculpa mi extravío,  
Por efusion de una alma agradecida.



Refirió Nuño pues, cómo amarrado  
Al banco de un bajel por largos dias,  
Sirviendo á los piratas sarracenos,  
Ayudó con un remo á sus rapiñas,

Hasta que en noche oscura y borrascosa  
Naufragando en las costas de la Libia,  
En un mástil salvóse, á la mañana  
Hallando á un tiempo libertad y vida;

Y que errante por montes y desiertos,  
Apurando peligros y desdichas,  
Tomó la direccion acia el oriente,  
Y á los muros llegó de Alejandría.

Era el momento en que invadió el Egipto  
Mahomad-al-Ashked, el ikschidita ;  
Y aunque halló Nuño en confusion la tierra,  
Tuvo la proteccion y la acogida

Del patriarca Macario, sin peligro  
Vió del fecundo Nilo las orillas,  
Visitó las pirámides, y luego  
Prosiguió su camino á Palestina.

Contó cómo entre varios peregrinos,  
Que ruta igual en caravana hacían,  
Encontró con Egidio, un noble anciano  
Mozárabe de Córdoba, que había

Su hogar abandonado y patria hermosa,  
Huyendo de Giafar la furia altiva,  
Que cubriendo sus canas de amargura,  
Robóle audaz una inocente hija ;

Y vagaba sin sombra el desdichado.  
Nuño con él en los pasados dias,  
En que á Córdoba fué con Zaide, tuvo  
Estrecha connexion; y de la antigua

Amistad renovó la confianza  
La mutua relacion de sus desdichas.  
Este imprevisto encuentro para entrambos  
Fué de grande consuelo en las fatigas

De peregrinacion tan dilatada.  
Se ofrecieron correr la suerte misma,  
Juntos atravesaron los desiertos,  
Pasaron el Jordan, y á la cautiva

Jerusalem llegaron. Contó Nuño  
Las grandes vejaciones que sufrían  
Los cristianos en ella, y lamentóse  
De que ciudad de tan sagrada estima

Gimiese entre las bárbaras cadenas  
Del fiero musulman. Hizo prolija  
Relacion de las raras ceremonias,  
Y de las penitencias y vigalias,

Con que entrambos allí se prepararon  
Para entrar del sepulcro en la capilla,  
Y cómo al fin la santa losa vieron,  
Que el cuerpo santo custodió tres dias.

Del Calvario, Betlen, y otros lugares,  
(Santos, porqué lograron la divina  
Presencia) refirió las circunstancias,  
Y milagros que en ellos sucedían.

Contó cómo despues fué con Egidio  
A buscar del Mar muerto las orillas,  
En donde un solitario penitente,  
De extrema santidad, en una ermita

Largo tiempo habitaba. Recibidos  
Fueron por él con gusto y alegría,  
Y tres años allí léjos del mundo,  
Bajo su direccion, dulce y tranquila

Existencia gozaron. Pero muerto  
Por extrema vejez el cenobita,  
Y el sitio aquel expuesto á los furoros  
De las armadas hordas beduinas ;

El desierto dejar determinaron,  
Y guarecerse en Jope algunos dias.  
Así lo hicieron : en el puerto estaba  
Una hermosa galera de Sevilla,

Que cargada de bálsamos y aromas  
Para Gebhel-Tareck á partir iba ;  
Y esta ocasion del cordobes Egidio  
La constancia tentó. Veces distintas

Habló con el arráez, y á su patria  
Determinó tornar, pues de la hija  
Se refrescó el amor. Recordó Nuño  
Lo que afligió su pecho la partida

Del venerable anciano, cuyas prendas  
Eran de amor y de respeto dignas ;  
Y mostrando el curioso relicario,  
Que colgado en su pecho se veía,

Dijo, habérselo dado aquel amigo,  
Al despedirse de él, en la marina.  
Y prosiguió contando, que al hallarse  
Aislado, solo, y la salud perdida,

No se atrevió á tornar á los desiertos;  
Y que en un monasterio, do en la cima  
Del Carmelo habitaban religiosos,  
Buscó, y halló consuelo y acogida.

Al cabo de diez años un incendio  
El edificio resolvió en cenizas,  
Por lo que dispersándose los monjes,  
Nuño con el abad á Alejandría

Se dirigió. Recuerdos de la patria,  
Anhelo de saber, si ya propicia  
Con Gústios era la mudable suerte,  
Y cansancio y horror de aquellos climas,

Le decidieron á volver á España;  
Mas no pudo encontrar armada y lista  
Nave alguna en el puerto, que á poniente  
Enderezase el rumbo. Largos dias

En vano la esperó, y al fin cansado,  
Se hizo á la mar en una barca egipcia,  
Y á la ciudad llegó de Constantino  
A visitar el templo de Sofía.

Desde allí una galera veneciana,  
Recorriendo las costas de Sicilia,  
Y el mar tirreno, le condujo en salvo  
Al puerto antiguo de Provenza rica.

Recordó pues que al punto el Pirineo  
Pasando, fué á Sobrarve, y de Castilla  
Pisó la tierra al fin con pié turbado,  
Y con alma embargada de alegría.

Sin detenerse dirigióse á Búrgos,  
Y en todo una ciudad halló distinta  
De aquella que dejó.... ¡ tantas mudanzas  
Diez y ocho años producido habían!

Dijo que se encontró como extranjero  
En medio de su patria.... ¡ Gran desdicha,  
Que acontece despues de larga ausencia,  
Y que al mas duro corazon lastima!

Sí; los recuerdos dulces de la patria  
Léjos del propio hogar se fortifican ;  
Que en ella es todo eterno imaginamos,  
Y la vuelta se anhela y se suspira,

Pensando hallarlo sin mudanza todo.  
De tornar á la patria llega el dia ;  
Lo que en ella dejamos, ya no existe,  
Y realidades nuevas y distintas

Se encuentran solo. Con asombro vemos  
Toda nuestra ilusion desvanecida;  
Y extraños somos en la propia tierra,  
Que es la mayor de todas las desdichas.



Así á Nuño ocurrió; cual peregrino  
Vagó por Búrgos, donde todo había  
Sufrido alteracion. Solo en el pecho  
Del ciego conde Sancho estaba viva

La indignacion contra el señor de Lara,  
Y firme el gran favor y necia estima,  
Con que dejaba en manos de Velázquez  
El cetro del condado de Castilla.

Encontrándolo todo tan mudado,  
Excepto los rencores y perfidias,  
Dejó la corte, y acia Lerma fuése,  
Para tener de su señor noticia.

Supo que continuaba en su hondo encierro,  
Y privado por siempre de la vista;  
Y, como en tiempo antiguo, fueron vanas  
Para verle sus nuevas tentativas.

Dijo Nuño que pronto despechado  
Al ver sus esperanzas destruidas,  
Y de haberse alejado arrepentido  
De las remotas tierras, do tenía

Ya amigos, conexiones y hábitos,  
Para errar sin objeto por Castilla,  
Que un vasto cementerio era á sus ojos ;  
Determinó pasar á Andalucía,

Para saber de Zaide, y si su amigo  
Y compañero en los lejanos climas,  
El mozárabe Egidio, aun disfrutaba  
Allá en su patria de sosiego y vida.

La guerra que entre moros y cristianos  
Entónces se encendió, y una maligna  
Enfermedad, contó, que se opusieron  
A su resolucion. Fuése á Galicia,

Y allí despues de visitar la tumba  
Del santo Apóstol, á acabar sus dias  
Se encerró en un aislado monasterio,  
Del mar de Atlante en la escarpada orilla.

A dos años de estar en tal retiro,  
De que el conde don Sancho muerto había,  
La nueva recibió ; y en el momento  
Con ciertas esperanzas y á gran prisa

A Búrgos vino, y ante el nuevo conde  
Pidió reparacion de la injusticia  
Con que era perseguido Gústios Lara.  
Consiguió que con faz grata y benigna

El gran Fernan-González le acogiese ;  
Y á pesar de Velázquez, que aun tenía  
El supremo poder, logró dichoso  
La libertad de Lara. Conseguida,

A Lerma voló Nuño, y olvidando  
Todas sus ansias, penas y agonías,  
Halló de todas ellas recompensa,  
Cuando gozoso con su mano misma

Abrió la puerta á la prision de Lara,  
La libertad tornándole, de guia  
Sirviéndole, y cual siervo reverente,  
Consagrándole el resto de su vida.—

El buen Nuño Salido, aquí indicando  
Que segun la presencia, y la benigna  
Condicion que mostraba el nuevo conde,  
Para Lara esperaba mayor dicha ;

Y dando (era discreto) al auditorio  
Gracias por su atencion, á la prolija  
Historia de sus raras aventuras  
Puso con labio fatigado cima.



Sonó el rumor por la espaciosa cuadra,  
Que admiracion y que respeto indica ;  
Pues los que el patrio hogar nunca han dejado,  
Semejantes afectos siempre abrigan

Por los que el ancho mundo recorriendo,  
Arrostrando peligros y fatigas,  
Otros pueblos han visto, otras costumbres,  
Grandes sucesos, raras maravillas.

El arcipreste demandó silencio,  
Y su elocuencia demostró en seguida,  
Dándole enhorabuena y aun elogios  
Porqué el santo sepulcro visto había,

Mezclando, como siempre, en su discurso  
De las sagradas Letras doctas citas.  
Los hidalgos, despues y capellanes  
Mil congratulaciones y muy finas

Ofertas á los dos nobles ancianos  
Dirigieron tambien ; en nuevos vivas  
Prorumpió el vulgo ; circuló en la turba  
De navarro aguardiente la botija ;

Y todos se marcharon, de ambos viejos  
A repetir la historia á sus familias;  
Añadiendo sin duda circunstancias  
Que mayor interes excitarían.

Pues muchos del concurso echaron ménos  
Que en una y otra historia peregrinas,  
Ni encantadores, brujas, ni gigantes,  
Ni dragones de fuego intervenían;

Y de propio caudal tales filetes,  
Y otras alteraciones inauditas  
En sus repeticiones añadieron;  
Tanto, que Lara y Nuño á pocos dias,

Oyendo referir sus propios lances,  
Casi reconocerlos no podían,  
Y de su gravedad diz que á despecho  
Ambos soltaron riendas á la risa.



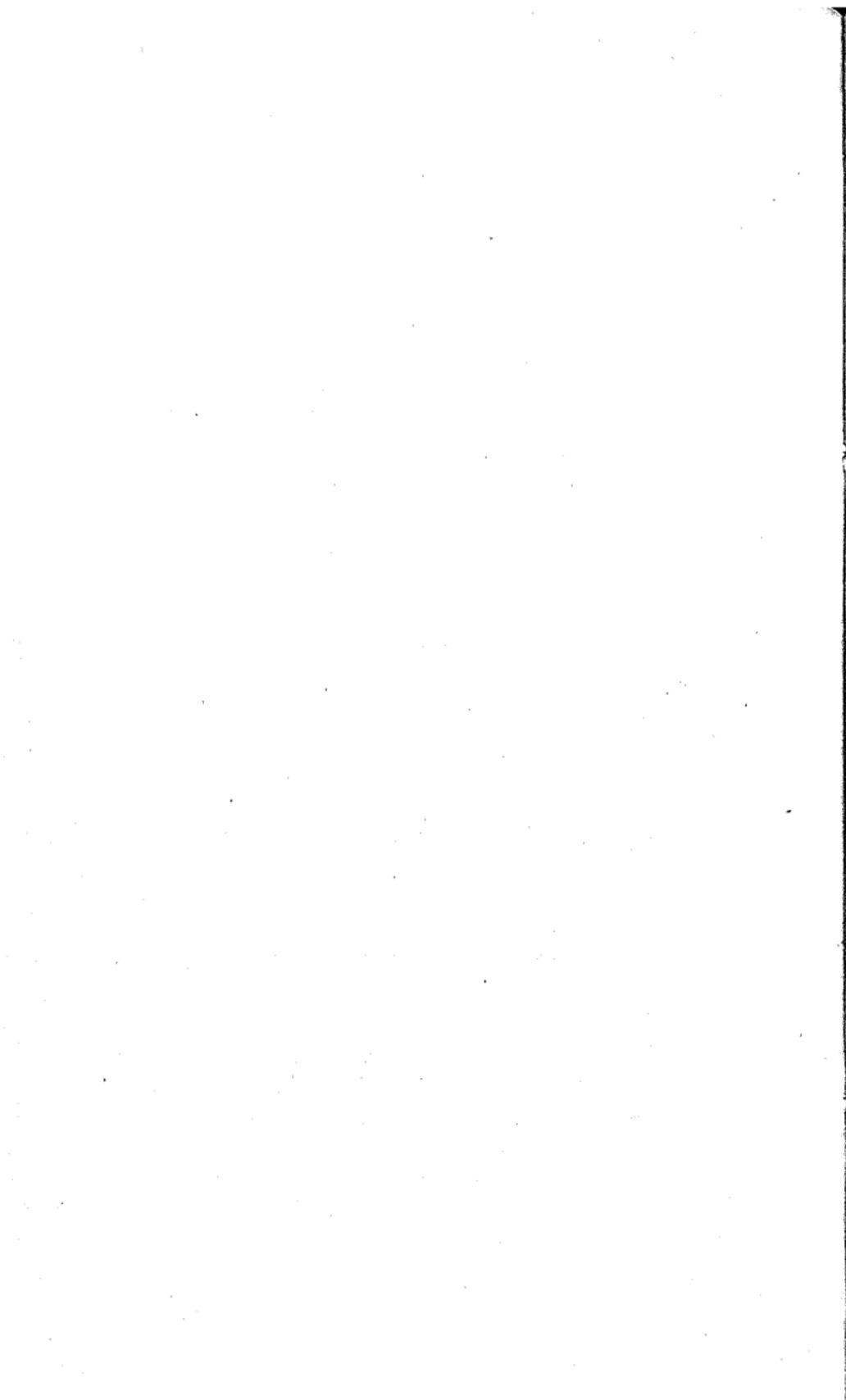
Ya era entrada la noche, cuando Nuño  
Dió á su relato fin : roncás crujían  
Las techumbres, del viento contrastadas,  
Al peso de la nieve, que caía

En gruesos copos desde media tarde ;  
Y de Lara y de Nuño solicita,  
Que honren aquella choza el arcipreste,  
Porqué desmantelado y á ruinas

Reducido el palacio, poco abrigo  
A tales personajes dar podía.  
Aceptó Lara tan cordial convite :  
Lo que dió nuevo campo al ama activa,

De aumentar de su fama los aplausos,  
Demostrando tener igual pericia  
En aprestar las cámaras y lechos,  
Que en fraguar de repente una comida.





## ROMANCE SÉPTIMO.

---

\* Por el alto Dios del cielo  
Y en fe que soy vuestro fijo,  
Que os he de facer vengado,  
O me mataré á mí mismo.\*.

*Romancero del Cid.*

TRAS granizos y nieves importunas  
El cierzo despejó los horizontes,  
Y una bóveda inmensa de zafiro  
Llenó con sus hermosos resplandores

Limpio y ardiente el sol. Las altas cumbres  
De plata aparecieron, y del bosque,  
Carámbanos en vez de verdes hojas,  
En el yerto ramaje. Esclarecióse

La ribera de Arlanza con un día  
De los que en las hispánicas regiones  
Brillan en medio del invierno crudo,  
Y los mas claros son que admira el orbe.

Ya estaba en su palacio Gústios Lara,  
Y á su fiel Nuño pide le coloque  
Do al aire abierto los ardientes rayos  
Del vivífico sol tranquilo goze.

Nuño al momento fuera del postigo,  
Ya escombrado de leños y cascote,  
Que era la sola entrada del palacio,  
Un gran sillón de tosca encina, sobre

Blancas zaleas en lugar de alfombra,  
Para dar gusto á su señor, dispone;  
Y allí despues del brazo le condujo,  
Y con grande respeto acomodóle.

Sentado el ciego Lara, entrambas manos  
Extendió en las rodillas, y gozóse  
Con el dulce calor que difundía  
Sobre él el padre de la luz, que entónces

Caminaba al zenit. La espalda al muro  
Y de pié quedó Nuño, y cruza y pone  
Sobre el pecho los brazos. Los contornos  
La sombra oscura dibujó conformes

En los toscos sillares de ambos viejos,  
A quienes largo espacio se les oye  
Tansolo respirar. Lara afanoso  
La faz alzó, tal vez los resplandores

Para buscar del astro refulgente,  
Esperando, infeliz! la larga noche  
Moderar de sus ojos, y á lo ménos  
Ver tibia claridad. Desengañóle

Empero la experiencia: aunque á torrentes  
Su lumbre, no ya un sol, sinó mil soles  
Derramaran sobre él, siempre su vista  
Fuera mas insensible que los bronces.

Conociólo el anciano, y abatido  
Inclinando la frente, conformóse,  
Y empezó á susurrar en voz sumisa  
Sus rezos y continuas devociones.

Nuño entre tanto inmóvil espaciaba  
Los ojos por los llanos y los bosques,  
O por la inmensa bóveda celeste;  
Y varios pensamientos voladores

En su mente cruzaban. Ya recuerdos  
De su primera edad, de los veloces,  
Fugaces dias, cuando aquellos campos,  
Floridas selvas y lejanos montes

Donde quiera contentos le ofrecían:  
Ya de aquellos, que armado los furores  
Del combate arrostró: ya aquellas horas,  
En que educando á los Infantes nobles,

De la paz, de la guerra y de la caza  
Desvelado les dió doctas lecciones;  
De que cogió tan regalados frutos,  
En pos del lobo y jabalí feroces

Viéndolos recorrer aquellas cumbres,  
Mostrarse en las batallas los mejores,  
Y lucir en las justas y festines  
De discrecion y agilidad los dotes.

De tal meditacion, en que sumido  
Estuvo largo tiempo, al fin sacóle  
Con abatida voz, así diciendo,  
De su ciego señor el labio torpe.



“ Desde que libre estoy, ó amigo Nuño,  
No hay un solo momento en que se borre  
Córdoba de mi mente. Ya te he dicho,  
Cuanto allí me ocurrió.... Culpas enormes”

“ Contra mi Dios en la mazmorra horrenda  
Es cierto cometí, que los rigores  
De la justicia eterna provocaron.  
Mas, ay!.... era preciso no ser hombre,”

“ Sinó un ángel de luz, para librarse  
 En mi terrible situacion de entónces  
 De las insidias del astuto inferno.  
 Pequé, Señor, pequé!....Sí, ardí en amores”

“ Por una infiel beldad....Pobre Zahira!  
 Si como nació en Córdoba, de Tórmes  
 O de Arlanza en las márgenes naciera,  
 De cristianas virtudes fuera norte”....

“ Mas soy, ay Nuño! criminal mil veces.  
 Aquel dominio que en su pecho noble  
 El cielo me acordó, fué, bien lo alcanzo,  
 Para su alma sacar de los errores,”

“ Y á la fe conquistarla ; y yo, protervo,  
 Obrando á la razon poco conforme,  
 Me aproveché de tal dominio solo  
 Para abusar de su inocencia....¡ Átrocés ”

“ Son los remordimientos que me acosan,  
 “ Y que mi corazon mezquino rompen ! ”—  
 Cesó el anciano en lágrimas deshecho,  
 Y el compasivo Nuño le responde :

“ Gran yerro fué, señor, de tal manera  
 Del cielo santo corromper los dones ;  
 Mas su misericordia es infinita,  
 Y al pecador arrepentido acoge.”—

“ Arrepentido está mi humilde pecho,”  
Lara con un sollozo interrumpióle.—

“ Y perdonado estás,” prosiguió Nuño;

“ ¿Quién los designios del Señor conoce?”

“ Tal vez la llama misma, que encendiste  
Allá en el alma de la ilustre jóven,  
La abrió á la fé; y es hoy apóstol santo  
Que en Córdoba predica en altas voces”

“ El Evangelio. Si las claras prendas  
De la princesa mora son conformes  
Con lo que tú relatas, ¿fuera extraño  
Que el justo cielo así las galardone?”

“ Su ardiente caridad me referiste,  
Y que de los cautivos y los pobres  
Era madre comun: virtud tan grande,  
La primera de todas, que á los hombres”

“ Iguala con los ángeles, sin premio  
Nunca quedó, jamas.”—Estremecióse  
De gozo Lara, y prorumpió llorando:  
“ ¿Por qué quieres con tales ilusiones”

“ Acallar mi tenaz remordimiento,  
Y aquietar mi conciencia?... Bien conoces  
Que no es posible tanto, no: á la hermana  
Del potente Almanzor, de aquella corte”

“ En la atmósfera impura, ¿quién pudiera  
De su secta mostrarle los errores,  
Nuestros altos misterios explicarle,  
Y el agua santa que los lazos rompe ”

“ Del pecado, esparcir sobre su frente?...  
Yo solo, yo....infeliz!...mil ocasiones  
De hacerlo tuve, y las perdí....Dios mio!  
¿De su condenacion quién te responde? ”

“ Quién te responde, sinó yo? ”—Convulso  
Quedó el mísero anciano : convirtiósse  
En gemidos su voz, y vacilando  
Iba á caer ; mas Nuño le socorre,

Con palabras de afecto le sosiega ;  
Y oportuno con sabias reflexiones  
Le exhorta á que, olvidando lo pasado,  
De lo presente, cual se muestra, goze.



Levanta hinchado el mar su turbio espacio  
En negras olas y movibles montes,  
Cuando vestidos de tonantes nubes  
Braman los encontrados aquilones ;

Pero si el blando zéfiro aparece,  
Y luz remota anuncia el horizonte,  
Toman las ondas diferente aspecto,  
Y bien que aun agitadas, se conoce

Que es mas blando el impulso que las mueve,  
Y que á amansar su furia se disponen.  
Así acontece á los humanos pechos,  
Segun cambian de giro las pasiones,

Y así su agitacion el ciego Lara  
Calmó, y en blando lloro desahogóse,  
Cambiando de repente sus ideas;  
Y continuó, sumiso y mas conforme :

“ Ay, Nuño!....amigo Nuño!....Grato el cielo  
Aun reparo tal vez á mis enormes  
Culpas pudiera dar....Si tiene vida  
La hermana de Almanzor....Era tan jóven! ”

“ Por qué no ha de vivir?....Ah! si enterada  
De que ya libre estoy....viniera....Entónces  
El agua del bautismo, el santo nudo  
Que bendice de Dios el sacerdote,”

“ Pudieran, sí, santificarlo todo.  
De ella una santa hicieran, y la noche  
En que vivo, tornaran claro dia,  
Y esperara sin susto el postrer golpe.”—

Calló el anciano, y suspiró, la rienda  
Soltando á sus falaces ilusiones,  
Lleno de vida el venerable rostro,  
Y de expresivo fuego. Bien conoce,

Observándole atento el docto Nuño,  
Las regiones extrañas que recorre  
De su señor la mente; y que á despecho  
De todas sus desdichas y aflicciones,

Y del curso del tiempo, aun su alma oculta  
Una pasion antigua, los amores  
Que las delicias postrimeras fueron  
De su pecho infeliz. Las reflexiones

Que este atisbo al buen Nuño sugería,  
Lara, tornando á hablar, pronto interrómpe,  
Pues dijo así, sus vagos pensamientos  
Tomando de repente otros colores :

“Era infiel, era infiel; y mi cariño  
Réprobo y criminal. Lo reconoce  
Harto mi corazon; mas, ay! su fruto  
Era inocente, sí... Me faltan voces”

“Para expresar lo que en el alma siento  
Al recordarme de él.... ¿ Con fiero golpe,  
Le hundió la muerte en el voraz sepulcro,  
Al punto de nacer?... ¿ O en ciega noche”

“De horror, de iniquidad, de idolatría  
Vive, y blasfema de mi Dios el nombre?  
Nuño!....qué horror!!! ¿tal vez hembra infelice  
En brazos de un infiel?....Mi alma se rompe.”

“En tantos años, ah! nueva ninguna  
Ha llegado hasta mí.... Zaide, aquel noble  
Y valeroso Amir, y que me debe  
La libertad y vida, corresponde”

“Mal con su obligacion, pues no ha buscado  
Modo de penetrar hasta la torre,  
En donde tantos años he vivido,  
Para darme las nuevas”.....Atajóle

Nuño en defensa de su amigo Zaide  
Con gran calor diciendo : “Desconoces  
“Cuál fué tu situacion, si á Zaide culpas,  
“Y olvidas la estrechez y los rigores”

“Con que estabas guardado.”—“Es cierto, Nuño,”  
Prosiguió Lara, “el cielo me perdone.  
“Mas tú, ¿por qué acia Córdoba no fuiste,  
“En vez de recorrer tantas regiones?”—

Nuño le respondió : “Tú, señor, sabes  
“Que no pude tener ni indicio entónces  
“De los lazos que en Córdoba dejabas;  
“Y hubiera fuerza dado á las atroces”

“Calumnias, con que viles enemigos  
Manchar osaron tu glorioso nombre,  
El que un tu servidor y confidente,  
Cual yo, á Córdoba fuese.” —“Tus razones

“Son de gran peso, Nuño,” dijo Lara,  
Y en profundo silencio sumergióse,  
Inclinando el semblante sobre el pecho  
Que con la barba venerable esconde.



Grande rumor en esto, repentino,  
Súbita confusion y roncás voces  
Resonaron en torno, á Nuño y Lara  
De sobresalto, dudas y temores

Llenando á un tiempo. El ciego los oídos  
Atento aplica: el otro se dispone  
Las causas á inquirir, y gira y torna  
Los ojos en rededor, y entrambos oyen

*Moros!....moros!* gritar, y que se aumentan  
La agitacion, los llantos y clamores  
En Sálas toda. Por delante de ellos  
Varios villanos, pálidos, veloces,

Cruzan despavoridos : quién buscando  
Cercanas breñas y vecinos bosques,  
En donde refugiar familia y bienes ;  
Quién á advertir al punto á sus pastores,

Que dejando cabañas y rediles  
Huyan con los ganados á los montes ;  
Quién á esparcir el arma en las aldeas,  
Y á reunir lanzas y ginetes, corre.

Nuño pregunta en alta voz á algunos  
La causa de la fuga, y le responden  
Sin detenerse, que los moros cargan,  
Con sus huestes cubriendo el horizonte :

Nueva que corrobora de la villa  
El campanario, cuyos huecos bronce  
A vuelo publicando el arrebato,  
El viento asordan con sus recios sonos.

Quedó suspenso Nuño ; pero Lara  
Al bélico rumor estremeciósse,  
Y animoso exclamó : “ ¿ Por qué los cielos  
“ Me tienen condenado á eterna noche ? ”

“ Si ojos tuviera yo, ( la edad qué importa ? )  
De un caballo ocupara los arzones,  
Empuñara una lanza, y mis vasallos  
No huyeran de los moros invasores.”

“Del bárbaro Giafar puede que sean  
Los satélites viles y feroces:  
De Giafar, que sabiendo estoy ya libre,  
Quiere que á ser esclavo suyo torne.”

“Ah!....si tuviera vista!”.... — “No la tienes,”  
Dijo al momento Nuño, á quien el nombre  
De Giafar, y de Lara la ocurrencia  
Heló la sangre. “No la tienes....ponte,”

“Ponte, señor, en salvo.” — Amigo Nuño,  
Tranquilo Lara continuó, “y ¿en dónde  
“O cómo? dí.. Moverme puedo apénas....  
“Con mi estrella infeliz estoy conforme.”

“Corre á tomar noticias mas exactas.” —  
Nuño á dos escuderos llama, y órden  
Da de que á su señor cuiden y asistan,  
Y que ni un solo instante le abandonen.

Manda poner á punto los caballos,  
Y que las armas una escolta tome,  
Y á adquirir por sí mismo la certeza  
De lo que ocurre, por la villa entróse.

La confusion que reina en el navío,  
Si al mismo tiempo que bramando rompe  
El huracan sus mástiles, la quilla  
Toca en las peñas ásperas que esconde

Entumecido el mar; encuentra Nuño  
Por calles y plazuelas. Era entónees  
Tal la inseguridad, y tan frecuentes  
En plena paz rebatos é invasiones,

Que no era extraño el popular asombro.  
Con algunos hidalgos y otros hombres  
De cuenta Nuño habló, que apresurados  
Aprestaban sus armas y trotones.

Todos le afirman que los moros vienen,  
Y que las vegas inmediatas corren;  
Mas de su intento y fuerza las noticias  
No son ni positivas ni conformes.

Nuño y el arcipreste, y dos personas  
De autoridad resuelven á la torre  
De la iglesia mayor, que dominaba  
En torno las llanuras y los bosques,

Subir á cerciorarse por sus ojos  
Del peligro, que tiene en tal desórden  
Y terror la comarca. Lo ejecutan,  
Y solo ven á gran distancia, á trote

Veinte moros venir acia la villa;  
Sin parecer en todo el horizonte  
Ni mas armadas huestes, ni banderas,  
Ni polvo, ni aun rumor. Los resplandores

Del sol demuestran que con armas vienen;  
Mas ni furor ni hostiles intenciones  
Su modo de marchar. No de milanos  
Banda voraz, que hambrienta reconoce,

Y el indefenso palomar embiste,  
Parecían los moros trotadores;  
Sinó banda pacífica y alegre  
De apacibles cigüeñas, que los montes

Del África dejando en primavera,  
Un alto pino ó solitaria torre  
Buscan, para anidar en nuestro clima,  
Y pasar la estacion de los calores.

Nuño y los que con él observan, luego  
Lo advierten todo; su temor calmóse,  
Y mandando cesar del campanario  
Los alarmanes y molestos toques,

Vuelto curiosidad el miedo, bajan,  
Refieren lo que han visto, y los temores  
Procuran aquietar del necio vulgo;  
Y treinta hidalgos se arman y disponen

A salir al encuentro de los moros,  
Para inquirir mejor sus intenciones ;  
Mientras Nuño á informar de todo á Lara,  
Y su inquietud á sosegar, volvióse.



Los árabes ginetes conocieron,  
Al salir á lo llano desde al monte,  
El gran terror que su presencia daba ;  
Y la llanura atravesar á trote,

Para abreviar su marcha, dispusieron ;  
Y ya en la villa entraban, cuando en órden  
Los treinta hidalgos vieron. Asustados  
A su turno, detiénense, y á voces

*Paz.....amistad* repiten ; blancos lienzos  
Sobre los hierros de sus lanzas ponen  
Y los dos que los jefes parecían,  
Sin sacar los alfanjes, á galope

Avanzan á encontrar á los armados :  
Los cuales al momento que conocen  
Las señales pacíficas, esperan,  
Y las armas mortíferas deponen.

Los dos caudillos de la gente mora  
Asaz diversos eran : uno jóven,  
De extremada beldad y gentileza ;  
El otro, anciano, venerando y noble.

Armas ricas y ricas vestiduras  
Ostentan ambos con ilustre porte,  
Sobre sendos caballos cordobeses,  
Fuertes, revueltos, ágiles, veloces.

El segundo, en lenguaje de Castilla,  
Dijo á los castellanos : “ Bien, señores,  
“ En vuestras armas y apostura veo,  
“ Que enemigas juzgáis las intenciones”

“ Con que á Sálas venimos ; pero os juro,  
Que son solo de paz. Fuerzas mayores  
Que esta tropa no vienen con nosotros,  
Y esta no es de soldados lidiadores ;”

“ Es solo de pacíficos esclavos,  
Gente, cual veis, sin disciplina y órden :  
Y las armas escasas que traemos,  
Son armas de viandantes, que agrios montes”

“ Y solitarias selvas han pasado.  
Mas si rezelo os dan, estoy conforme  
En deponerlas al momento. Somos  
Amigos y rendidos servidores”

“ De vuestro alto señor Gústios de Lara ;  
Y sabiendo ha salido de la torre,  
Donde fué injustamente aprisionado,  
A presentarle el homenaje y dones ”

“ Venimos de amistad. A su presencia  
“ Llegar nos permitid.”—Dijo y alzóse  
Vago rumor entre los treinta hidalgos,  
Que, un instante indecisos, no responden.

Uno de ellos astuto rezelando  
De infieles solo engaños y traiciones,  
Con ronca voz le preguntó sañudo :  
“ Vienes de parte de Giafar ? ”—El jóven

Con el rostro alterado, ántes que el viejo,  
Contextó : “ Acaso nos juzgáis traidores ?....  
“ Ya no vive Giafar, gracias al cielo.”  
Otros al ver, que apénas de prisiones

Lara está libre, mensajeros moros  
Con tal empeño hablarle se proponen,  
Dan á rezelos y á sospechas viles  
Entrada ; y casi del difunto conde

Y del señor de Barbadillo aprueban  
La gran severidad y los rigores.  
Mas al fin todos el temor perdiendo,  
Y cautivados del aspecto noble

Y generoso del infiel anciano,  
Y del semblante y actitud del jóven;  
Replican á una voz, que entren en Sálas  
Con su acompañamiento. Se disponen

A servirles de guia hasta el palacio,  
Y por la villa entraron en buen órden,  
Mezclados los cristianos con los moros  
En tranquila amistad y union conformes.



Todos los habitantes de la villa,  
Que tan despavoridos á los montes  
Trataban deacogerse, larga rienda  
Sin mas exámen dando á sus terrores;

Seguros ya de que infundados eran,  
Tornado el miedo confianza, corren  
Para verlos pasar, con gran bullicio  
Ocupando las calles y balcones.

Muchos ancianos al mirar los rostros  
Del mancebo y del viejo, reconocen  
Personajes que han visto en otro tiempo,  
Pero sin recordar cómo ni dónde;

Y un mendigo andrajoso que á los Laras  
Sirvió de podenquero, y que entregóse,  
Cuando luego fué echado del palacio,  
A la embriaguez continua, desde entónces

Acá creciendo con la edad el vicio ;  
Dando traspiés, codazos, pisotones,  
De borracho y mendigo con la audacia  
Penetró entre la turba. Aproximóse

A los dos personajes cordobeses,  
Y mirando al mancebo, en roncas voces  
Mal pronunciadas exclamó : “ Milagro !!!  
“ Y milagro patente !!!.... Este es, señores,”

“ Gonzalo, de mis amos el mas chico.  
Vedle tan mozo y de tan sano porte,  
Como aquel dia que venció en la justa  
Al montañes gigante ; y este noble ”

“ Anciano que amoroso le conduce,  
Es el patriarca Abran. Los reconocen  
Mis ojos, y los ven sin estrellitas,  
Pues no he catado el vino desde anoche.”

“ Milagro !!! sí.... milagro, y gran milagro !!! ”  
A tan extraños gritos levantóse  
Sordo rumor entre la espesa turba,  
Y apiñándose todos en desórden

Sobre aquel que los daba, al conocerle,  
Rompen en carcajadas. Mas el pobre,  
A quien mas que los piés la frente pesa,  
Entre tantos vaivenes y estrechones

No pudiendo tenerse, cayó al suelo,  
Y lo regó del vino, que la noche  
Anterior se bebiera, segun dijo,  
Y á que debió su perspicacia entónces.

Efecto sin embargo produjeron  
Su extraña idea y balbucientes voces.  
El cordobes mancebo, al escucharlas,  
De púrpura esmaltó su rostro noble :

El del anciano se cubrió de gozo ;  
Y á varios de la villa despertóles  
Recuerdos de lo antiguo ; pues al punto  
La semejanza extraña reconocen,

Que hay en talle, semblante y apostura  
Entre Gonzalo Lara y aquel jóven.  
Otros que al viejo musulman observan,  
Notan que su figura es muy conforme

A una estatua antiquísima de mármol,  
De senador ó cónsul, que de poste  
En una esquina de la iglesia estaba,  
Y á quien de Abran le daba el vulgo nombre<sup>32</sup>.

Advirtióse tambien, que por las calles  
Con la certeza va de quien conoce  
Perfectamente el sitio : circunstancias,  
Que tomando al momento los colores,

Con que las cosas mas comunes vuelve  
Prodigios la ignorancia de los hombres ;  
Hace de aquellos huéspedes personas  
Del otro mundo. Pronto acrecentóse

Tan rara especie, y adquirió gran cuerpo  
En la imaginacion y en las pasiones  
Femeniles ; pues viejas y muchachas,  
Que es Gonzalo aseguran y suponen ;

El alma de Gonzalo, que vestida  
De fantásticas formas, y por orden  
Del justo cielo, á consolar al padre  
Viene, y á castigar calumniadores.

Ya entre la muchedumbre circulaba  
Con grande asombro de *Gonzalo* el nombre ;  
Cuando la cabalgada del palacio  
Llegó á la plaza, y al entrar, paróse.

El viejo cordobes, notando al punto  
Tapiados la alta puerta y los balcones,  
Y los signos de afrenta y de ignominia,  
Que al momento cual tales reconoce ;

Retembló, suspiró, y algo le dijo  
 En su arábica lengua al tierno jóven,  
 Que grande agitacion tambien mostraba;  
 Y picando de nuevo, dirigióse,

Sin preguntar á nadie, del palacio  
 El postigo á buscar, cual quien conoce  
 Perfectamente el edificio; y muda  
 La turba inmensa en confusion siguióle.



En conjeturas varias divertido  
 Aun Lara estaba en su sillón de roble,  
 Disputando con Nuño, y rodeado  
 De escuderos y armados servidores;

Pero el vecino estruendo de herraduras,  
 El crujir de las armas, los rumores  
 De la confusa muchedumbre oyendo,  
 A retirarse cauto se dispone;

Y por dos escuderos sostenido  
 Estaba ya de pié, cuando en desórden  
 Ante él la mora y castellana gente,  
 Y la caterva popular paróse.

Lo advirtió, y levantando la cabeza,  
 Vistió de dignidad su aspecto noble;  
 Y el anciano andaluz en él los ojos  
 Clavando ansioso, en resonantes voces

Dijo al tierno mancebo : “Este es tu padre :  
 “ Ante sus plantas á arrojarte corre,  
 “ Y absorto el mundo al verte entre sus brazos,  
 “ La Providencia omnipotente adore.”

No había terminado estas palabras,  
 Cuando el mozo, dejando los arzones,  
 Exclamó : *Padre!!!* y prosternado en tierra,  
 Del ciego á las rodillas abrazóse.

Al mismo tiempo conociendo Nuño  
 Al anciano, cual fuera de sí, rompe :  
 “ O Zaide !...ó bienhechor !...ó tierno amigo !”  
 Y se arroja en sus brazos. Yerto, inmoble

Lara quedó : la falta de los ojos  
 Le sumerge en un mar de confusiones.  
 De ambos moros la voz no le es extraña...  
 Mas cuando al docto Zaide nombrar oye,

Y siente que le estrechan unos brazos,  
 Y repetir de *padre* el dulce nombre,  
 Y que en sus manos trémulas se imprimen  
 Unos labios de fuego ; reconoce

Toda su dicha, y embargada el alma,  
En el sillón sin fuerzas derribóse.  
Mudarra, Zaide, Nuño, el arcipreste  
A darle auxilio en derredor se ponen;

Callando el pueblo, que asombrado mira  
Prodigios donde quiera y confusiones.  
Mas no volviendo Lara del desmayo,  
Retirarle de allí Nuño dispone;

Y él y Mudarra del sillón asiendo,  
Al palacio le suben. Varios hombres  
De cuenta, el arcipreste y los hidalgos  
Le siguieron en pos. Zaide la orden

De entrar en el gran patio da á los suyos,  
Y Nuño, de que al punto se coloquen  
En el postigo aquel dos hombres de armas,  
Y que á la multitud el paso estorben.



De gran dicha la luz inesperada,  
De gran desastre el impensado golpe,  
Hacen por lo comun el mismo efecto  
En el sensible corazón del hombre;

Que es, sorprenderlo y embargarlo todo,  
Confundiendo su aliento y sensaciones  
En tan hondo estupor, que hasta peligro  
Hay de que en muerte súbita se torne.

Así el anciano Lara, en el momento  
Que de su confusion pasó el desórden,  
Y conoció que estaba en su presencia  
El hijo aquel, de sus afanes norte;

Exánime cayó, y en largo rato  
Mas insensible que el helado bronce,  
Ni el labio alienta, ni los brazos mueve,  
Ni á las personas que le cercan, oye.

En un salon sobre su tosca silla,  
En que tiembla tansolo se conoce,  
Y en el calor de sus flexibles miembros,  
Que aun sangre y vida por sus venas corren.

El arcipreste confundido apela  
A salmos y á devotas oraciones;  
Vinagre y agua en el marchito rostro  
Esparce Nuño; viejos servidores

Desatentados giran; y en el seno  
De Zaide afligidísimo se esconde  
Mudarra, hundido en el terror. Muy pronto  
La agitacion universal calmóse,

Viendo moverse al respetable anciano,  
Y que el letargo, que le oprime, rompe,  
Pues lanzando un suspiro, de repente  
Se incorpora, vivísimos colores

Dando á su faz , y en derredor tendiendo  
Los brazos exclamó : “¿ Dónde está, dónde  
“El hijo de mi amor?”—“Aquí, á tus plantas, ”  
En ellas arrojándose veloce,

Le respondió Mudarra. Y el anciano  
A buscarle inclinándose, estrechóle  
Contra su seno, alzándole de tierra,  
Y, “Ven,” le dijo, “ó dulce prenda!... ponte,”

“Siéntate en estas débiles rodillas,  
Pues les da el cielo bienhechor que gozen  
El dulce peso de mi amado hijo :  
Reclínate en mi pecho, y que recobre”

“Con tu fuego calor....Hijo del alma!  
¿Hay mas feliz que yo nadie en el orbe?....  
Hijo mio!.... mi bien!....hijo!!!.... Mi labio  
Saber no quiere articular tu nombre:”

“Diego, Martin, Fernando, Suero, Enrico,  
Veremundo, Gonzalo....aquel que brote  
De estos primero mi memoria, el tuyo  
Será, y feliz en mis delirios logre ”

“En ti á los siete recobrar.” Diciendo  
Así, cubría del hermoso jóven  
Con lágrimas y besos el semblante;  
Mas cesó de repente y anublóse

Su venerable faz, alzó los brazos,  
Y con voz que partió los corazones,  
“Oh cielos!” exclamó; “dadme la vista  
“Un momento, no mas, no mas.... que logre”

“Ver yo, solo un instante, al hijo mio,  
“Y vuelva á hundirme en sempiterna noche.”  
Quedó en silencio, y en silencio todos  
Los presentes tambien. Pero tornóse

De nuevo el padre al hijo idolatrado,  
Otra vez en su seno reclinóle,  
Respirando su aliento embebecido;  
Y con las manos trémulas, que entónces

El oficio llenaban de la vista,  
Le palpaba del rostro las facciones,  
La robusta cerviz, los anchos hombros,  
Y los nervudos brazos. Reconoce

El traje musulman, y, “O Dios,” prorumpe;  
“Nacido del pecado en los errores,  
“No quiero verle hasta que vuestro sea.  
“Al venir á mis brazos, ¿fué tu norte,”

“ Hijo, la santa fe de tus abuelos?...  
 “ ¿ Vienes para abjurar la secta torpe,  
 “ Que, infelice! profesas? ” — “ Padre mio,”  
 Le responde Mudarra, que hasta entónces

Embargado de gozo y de ternura  
 Apénas alentó : “ no reconoce  
 “ Mas voluntad mi pecho que la vuestra;  
 “ Obedeceros es mi único norte,”

“ Mi solo afan el ser vuestro consuelo ;  
 Y vengándoos de pérfidos traidores,  
 Vuestra inocencia demostrando al mundo,  
 La gloria restaurar de vuestro nombre.”

Tembló el anciano al escuchar al hijo :  
 De gozo y de terror su faz cubrióse  
 Alternativamente ; y en un punto  
 Brillaron los fulgentes arreboles

De esperanzas altísimas en ella,  
 Y del espanto y desaliento atroces  
 Las pavorosas nubes la cubrieron.  
 Quedóse mudo un breve espacio, inmoble.

Triunfando en su pecho las ideas  
 De religion, ó acaso los temores  
 De aun perder aquel hijo inesperado,  
 De nuevo entre sus brazos estrechóle,

Cual si esconderle en ellos pretendiera;  
 Y girando la faz sin vista, donde  
 Se pintaba el horror de quien en torno  
 Los puñales descubre y gritos oye

De alevos asesinos, que venganza  
 Escuchando anunciar, tiemblan y corren  
 A exterminar al vengador, ocultos  
 Entre las densas sombras de la noche ;

“No pienses tal, mi bien; nunca, hijo mio,”  
 Le contextó con penetrantes voces :  
 “¡ Exponer tu existencia por vengarme!  
 “Jamás, jamás.....? Qué importa de los hombres”

“La opinion, si los cielos mi inocencia  
 Y mi lealtad, y mi honradez conocen?  
 No quiero, no, venganzas, hijo mio,  
 Funestas siempre á quien tras de ellas corre.”

“Perdonados están mis enemigos :  
 “Perdonados están. Dios me perdone  
 “Como yo los perdono. Hijo del alma!....  
 “Tú exponerte? jamás!!!”— “Padre,” responde

El gallardo mancebo, “padre mio!....  
 “¿ Y vengo á pronunciar tan dulce nombre,  
 “Para que el hijo del traidor me llamen,  
 “Y ser ludibrio y maldicion del orbe?”

“ ¿Para al triunfo servir de la impostura,  
Y perpetuar, en vez de sangre noble,  
Una sangre afrentada, envilecida?...  
¿Para heredar en fin esos borrones,”

“ Que de este alcázar la fachada enlutan  
“ Gritando *infamia* con eternas voces? ”—  
Se escandeció la faz del ciego Lara  
Al escuchar al generoso jóven,

Cuyas palabras como rayos fueron  
Que penetrando en el helado bosque,  
Por mas que esté de nieves abrumado,  
Lo incendian al momento. Estremeciósse

Gústios de Lara : el fuego de su hijo  
Fulminante abrasó su pecho noble ;  
Y la resignacion ó indiferencia,  
Que el padecer, la edad, las aflicciones,

La religion, y hasta el despecho mismo  
Dieron á su alma helada, disipóse,  
En aquel tiempo renaciendo en ella  
El amor á la gloria. De su nombre

La infamia y el baldon de su familia,  
Que ya en él no concluye, y los horrores  
De su afrentosa situacion de pronto  
Descubre, y asombrado reconoce ;

Y que ni hijos, ni bienes, ni descanso  
 La deshonra compensan.—Encaróse  
 (Cual pudiera gozando de la vista)  
 Con Mudarra, del seno separóle,

Poniéndole ambas manos en los hombros,  
 Y dijo en voz solemne :¿ “Eres tú, ó jóven,  
 “Ministro de las iras del Eterno?  
 “¿Será tu esfuerzo tal, dí, que me borre”

“Esos signos de afrenta, y que restaure  
 “De mi familia el calumniado nombre?”....  
 No pudo proseguir; fué harto violento  
 El cambio repentino de pasiones

Que su cascado corazon sintiera.  
 Agitacion terrible conmovióle,  
 Y embargada la voz, convulso todo,  
 En el cuello del hijo reclinóse.

Tomando la palabra en aquel punto  
 Zaide, el prudente Zaide, que hasta entónces  
 En ternísimas lágrimas deshecho,  
 Mudo, cual los demas expectadores,

De hijo y padre la escena contemplaba,  
 Prorumpió en firme acento : “Reconoce,  
 “O Lara insigne, al que en tus brazos tienes  
 “Cual mensajero del Autor del orbe.”

“Él te lo envía á demostrar al mundo  
Que nunca deja impunes los atroces  
Crímenes, y que siempre á la inocencia  
Da su eterna justicia vengadores.”

“El cielo con prodigios lo ha mostrado,  
Y alto principio ha dado ya este jóven  
A su santa mision. Sí, Gústios Lara,  
Para que le dé cima y la corone,”

“A tus plantas le traigo. Es hijo tuyo ;  
Mas solo fuera un infortunio enorme  
Un hijo, en tus terribles circunstancias,  
Si de tu casa, de tu gloria y nombre”

“Restaurador no fuera. Ánimo, amigo :  
Hijo y vengador tienes. Lo dispone  
Así el Omnipotente, y sus decretos  
Se cumplen á despecho de los hombres.”—

Al acento de Zaide, recobrado  
Tornó en sí Lara, y extendiendo á donde  
La voz oyó, los brazos, “Zaide!” grita,  
“Mi generoso Zaide !....llega, corre”

“A abrazarme.... Despues de á Dios, amigo,  
A ti solo deudor se reconoce  
Este anciano infeliz de la alta dicha,  
Que fin á todos sus desastres pone.”

“Llega á mis brazos, vuela... Y tú, fiel Nuño,  
Ven y estrecha en los tuyos á este jóven.  
Hermano es, ay! de aquellos que educaste;  
Reciba tambien este tus lecciones.”

“Vos, ó arcipreste, al Dios de tierra y cielo  
Con sacros himnos y con santas voces  
Gracias solemnes dad, y suplicádle  
Que á este hijo de mi amor nunca abandone.”

“Y vosotros, ó ilustres caballeros,  
Mis parientes y fieles servidores,  
Ved al que el brazo del Señor me envía  
Para heredero de mi casa y nombre.”

“Reconocédle como á tal: de Sálas  
Será, como lo fueron sus mayores,  
El padre y defensor; y vuestros hijos  
La victoria hallarán tras sus pendones.”

Dijo el anciano: enmudecido Zaide  
En sus trémulos brazos arrojóse:  
Nuño con gran cariño de Mudarra  
Besó la ardiente faz. El sacerdote

Al arteson las palmas levantando,  
En un *Te Deum* prorumpió; y al jóven  
Cercando los hidalgos y escuderos,  
Hincada una rodilla, en altas voces

Le rinden de lealtad el homenaje,  
Y futuro señor le reconocen  
Del estado de Sálas : ofreciendo  
La antigua estancia, á media luz entónces,

Un cuadro digno de que el gran Velázquez,  
Gloria de los pinceles españoles,  
O el insigne Rembrant, ejercitaran  
En él su ingenio y mágicos colores.



Referir del anciano y ciego Lara  
Las palabras y varias sensaciones,  
Al recibir el misterioso anillo,  
Que el discreto mancebo presentóle,

Reconociendo al punto con el tacto  
Sus combinadas piedras y labores ;  
Y contar el horror, pasmo y asombro  
Que muestra, cuando á Zaide contar oye

Del tirano Giafar la horrenda muerte,  
Primera hazaña del mancebo noble ;  
Y su llanto pintar y desconsuelo  
Al escuchar, pues fué terrible golpe

Para su corazon, que no existía  
El astro de sus últimos amores;  
Y repetir de Zaide y de Salido  
Los recuerdos, preguntas é ilusiones;

Y del docto arcipreste las arengas;  
De las dueñas y antiguos servidores  
Del palacio el contento y esperanzas;  
Y las patrañas necias y discordes

Que en Sálas discurrieron aquel dia;  
Fuera perderse en intrincados montes,  
Y navegar un piélago insondable,  
Sin hallar puerto, ni encontrar el norte.

—Ya el sol acia el ocaso declinaba  
A esconderse en nevados horizontes,  
Cuando nuevo rumor nació en la villa,  
Y nueva confusion en ella alzóse,

Llegando hasta el palacio el vago estruendo  
De festivas carreras y de voces,  
En que, si ántes sonaba *moros, moros,*  
Ahora solo se escucha *el conde ! el conde!*



El nuevo soberano de Castilla,  
Fernan-González de glorioso nombre,  
A gozar de aquel día delicioso,  
Tregua del crudo invierno, por los bosques

Y llanuras que Sálas señorea,  
Corriendo galgos y volando azores,  
Con sus pajes andaba y ballesteros,  
Y con lo mas granado de su corte.

Rui-Velázquez tambien le acompañaba ;  
Pues aunque ni el favor ni gracias goze  
De su nuevo señor, aun el gobierno  
Conserva del Estado ; porqué á un hombre,

Que con tan gran poder por tantos años  
Rigió las riendas de él, en el desórden  
De aquellos tiempos, peligroso fuera  
Intentar arrancárselas de un golpe.

Gozaba pues del campo los placeres,  
Y de abundante caza el nuevo conde,  
Por aquellos contornos ; cuando el eco  
Con que los huecos y agitados bronce

Tocaban á rebato resonantes  
De la iglesia de Sálas en la torre,  
Escuchó con sorpresa. Luego al punto  
Los fugitivos pálidos que al monte,

Se refugiaban, diéronle la nueva  
De que los sarracenos invasores  
Atacaban la villa. Con desprecio  
La recibió al principio : por entónces

Reinaba paz, y la frontera estaba  
Léjos, y defendida de agrios montes  
Erizados de nieve. Pero llegan  
Mas y mas fugitivos, que conformes

La noticia repiten, y la afirman  
Los lejanos lamentos y clamores,  
Que ensordecen la atmósfera, mezclados  
De las campanas con los recios sonos.

Se enardeció del gran Fernan-González  
La sangre juvenil y el pecho noble,  
Al pensar que tan cerca de sí tiene  
Al enemigo del cristiano nombre;

Y de su alto valor arrebatado,  
Valor que en aquel siglo fué del orbe  
Admiracion, y que en el nuestro aun vive,  
En fama duradera mas que el bronce;

Quiere á Sálas volar. A los monteros  
Y los pajes reuniendo, se dispone,  
Sin mas armas que solo su venablo,  
A embestir con los moros invasores.

Velázquez y los otros caballeros  
De edad madura y de experiencia, acordes  
Tan ciego ardor prudentes desaprueban ;  
A su gallarda decision se oponen,

Hasta tener noticias mas exactas ;  
Consiguen contenerlo, y á galope  
Un escudero diligente envían,  
Que llegue á Sálas, y que lengua tome.

Quedó entre tanto, á su pesar, el fuego  
De su alma noble conteniendo el conde,  
Como el lebrel gallardo en la trailla,  
Cuando ve al jabalí cruzar el monte.

Pronto cesó el clamor de las campanas,  
Y el estruendo lejano ; por el bosque  
No se vieron cruzar mas fugitivos,  
Y todo indicio de terror calmóse.

Quién que la alarma fué falsa, presume ;  
Quién teme que los moros invasores  
Dueños son de la villa....todos ansian  
Que el escudero explorador retorne.

Al cabo de gran rato, á toda rienda  
Le ven llegar, y en su reedor se ponen ;  
Y él refirió, que veinte sarracenos  
El rebato causaron y el desórden ;

Mas que luego se supo que venían  
De paz, y con amigas intenciones,  
A ver á Gústios, al señor de Lara,  
Y que con él y con algunos nobles

Quedaban en su alcázar encerrados.  
Calló, suspenso con la nueva, el conde,  
Y de curiosidad extraña llena  
Su comitiva se mostró. Cubrióse

La frente de Velázquez de una nube,  
Ardió un rayo infernal en sus traidores  
Ojos, y con voz ronca y fiero orgullo  
Así á Fernan-González dirigióse :

“ Ya lo escucháis, señor : mirád ahora  
Si eran tan infundadas las razones  
Por que me opuse á la bondad incauta,  
Con que á Gústios sacasteis de la torre,”

“ Que debiera haber sido su sepulcro.  
Porqué conozco el corazon del hombre,  
Y que el de ese infeliz es la guarida  
De la loca ambicion y las traiciones;”

“ Que le dejaseis aherrojado quise,  
Como deben estar tigres feroces.  
Vos despreciasteis mi experiencia..... vedle  
Apénas libre, aunque tan viejo y torpe,”

“La trama antigua renovar. Mirádle  
 Por los infieles, del cristiano nombre  
 Constantes enemigos, visitado;  
 Y ya tal vez el pérfido dispone”

“Y traza de Castilla el exterminio,  
 “Cual lo trazó ayudado de traidores,  
 “Cuando sin esta espada y este brazo  
 “El trono vuestro no existiera.”— El conde,

Que con frente ceñuda le escuchara,  
 Con amarga sonrisa respondióle :  
 “Tal vez será inocente la visita  
 “Que hacen los sarracenos á ese pobre”

“Y ciego anciano : á consolarle puede  
 “Que ya amigos, ya viejos servidores,  
 “Que allá en Córdoba tuvo, vengan solo :  
 “Sospechas no son pruebas.” Asustóse

Velázquez, ya coloso á quien flaquea  
 Por el cimiento la cuadrada mole  
 En que la planta estriba, y encubriendo  
 Su turbacion, contexta : “Se conoce”

“Que os ciega la bondad por Gústios Lara;  
 Que la experiencia os falta, y que sois jóven.  
 ¿Inocente juzgáis esta consulta  
 De los moros con él?...Exploradores,”

“Satélites infames son sin duda  
 “Del infame Almanzor.”—Escandecióse  
 El señor de Castilla, así escuchando  
 Dar de infame á Almanzor el sobrenombre.

Admiraba á aquel héroe sarraceno,  
 Aunque infiel y enemigo, allá en su noble  
 Pecho de ser rival de sus hazañas  
 Nutriendo la ambicion; y así responde

A Velázquez: “Si acaso son espías,  
 “Si enemigos cubiertos y traidores  
 “Esos moros, que á Sálas han venido,  
 “A fe de caballero y por mi nombre”

“Te juro, que serán esclavos viles  
 “De tu amigo Giafar, no servidores  
 “Del glorioso Almanzor.”—Desconcertado  
 Velázquez mas y mas, su faz cubrióse

De amarillez siniestra; pero al punto  
 Con labio balbuciente replicóle:

“De Giafar ó Almanzor, solo paganos,  
 “De Castilla enemigos á esos hombres”

“Contemplo; y como á tales, anatema  
 Sobre ellos; sus parciales y fautores  
 Debe al punto caer. Señor, permite  
 Que vaya, y por mí mismo me cerciore”

“ De sus intentos, sorprendiendo á Lara,  
Mientras con ellos conferencia acorde;  
Y dejád á mis años y experiencia  
El que segun las circunstancias obre,

“ Como al bien de la fe, y al del Estado,  
“ Y al de vuestra persona mas importe.”—  
Dijo, y sin esperar respuesta alguna,  
A partir para Sálas se dispone;

Pero Fernan-González le detiene,  
Diciendo : “ Iré con vos ;” y da la órden  
A cuantos le circundan, de seguirle,  
Poniendo al punto su caballo á trote.

Todos le obedecieron silenciosos,  
Cruza la cabalgada por el bosque,  
Y Velázquez confuso, despechado  
En pos de su señor, y mudo corre,

Cual demonio que atado á los conjuros  
De un mago bienhechor, tras él veloce  
Va, á su pesar, á deshacer la trama,  
De que se prometió daños enormes.



Al entrar en la villa el soberano,  
Alegre el pueblo porumpió en las voces,  
Que del palacio del señor de Lara  
Llenó los patios y altos corredores;

Y á poco del salon, donde el anciano  
Con el hijo, el amigo y servidores,  
Todos sus infortunios olvidaba,  
La doble puerta con estruendo abrióse.

Tras de seis ballesteros y dos pajes  
Entró gallardo de Castilla el conde,  
En su talle gentil y faz hermosa  
Mostrando el temple de su pecho noble.

Un sayo carmesí de oro bordado,  
Una ancha cuera recamada, y sobre  
El pecho un primoroso talabarte  
Con castillos de plata por botones,

Una lijera toca de velludo  
Adornada de plumas de colores,  
Y de piel de pantera las abarcas,  
Eran el traje del augusto jóven.

Un venablo empuñaba con la diestra,  
Y con su cascabel y capirote  
En el puño siniestro sustentaba  
Un fiero azor. Algunos ricos-hombres

Entraron en pos de él, y Rui-Velázquez  
Con aspecto feroz y altivo porte ;  
Pero al poner en el salon la planta,  
Quedó cual asesino, que en el monte

De su víctima encuentra de repente  
El vengador espectro á media noche.  
— Gústios de Lara, entrambos sarracenos,  
Y los hidalgos, al entrar el conde,

Quedaron en silencio respetoso ;  
Y el ciego anciano del sillón alzóse,  
Por Nuño y por Mudarra sostenido.  
Fernan-González calla, y reconoce

Con penetrantes ojos en un punto  
Cuanto le cerca. El venerando y noble  
Aspecto admira del señor de Lara,  
Con honda compasion ; del moro jóven

El abierto semblante y gallardía,  
Con vehemente interes ; el grave porte  
Del moro anciano, con respeto ; y halla  
En los hidalgos conocidos nombres

De lealtad y valor. Con suave acento  
Así el silencio que reinaba, rompe :  
“ Qué es esto, Gústios Lara ?.... Estos infieles  
“ ¿ Con qué objeto, decid, con qué intenciones

“ A Sálas han venido ?” El ciego ilustre,  
Con gran respeto, la firmeza noble,  
Que es solo propiedad de la inocencia,  
Dejando ver, tranquilo respondióle :

“ Que estoy en la presencia soberana  
De mi señor, del castellano conde,  
Me dicen las preguntas que he escuchado :  
Él solo puede hacérmelas ; y pone”

“ En su punto la santa Providencia  
Acia mí, desdichado, sus favores,  
Trayéndole á este alcázar en el dia,  
En que piadosa y justa me socorre.”

“ Esto es, señor, que el brazo del Eterno  
Siempre da á la inocencia vengadores,  
Y que por mas que la maldad tolere,  
Al fin las tramás del inicuo rompe.”

“ De estos huéspedes son, pues lo preguntas,  
El objeto y las altas intenciones  
El pedirnos justicia, reclamando  
La honra y la fama de mi antiguo nombre ;”

“ Y lanza á lanza, á todo trance, á muerte,  
Con el inicuo acusador, que ose  
Sustentar las calumnias que me han hecho  
El mas desventurado de los hombres,”

“Combatiendo con prueba irresistible,  
Con la prueba de sangre, que responde  
Siempre al juicio del cielo, mi inocencia  
Hacer patente y mi lealtad al orbe.”

“De los dos el anciano es Zaide, Zaide....  
Basta nombrarle ; España le conoce :  
Y este mancebo cordobes, MI HIJO !  
Sangre de Lara por sus venas corre.”—

Gran conmocion, sorpresa, mudo asombro  
Pintaron actitudes y facciones,  
Oyendo tal, de pajes, ballesteros  
Y magnates del séquito del conde.

Este quedó cual suele el que perdido  
Por intrincada selva en negra noche,  
Al resplandor de inesperada lumbre  
El camino anhelado reconoce ;

Y Velázquez, que al punto en que la planta  
Puso en la estancia aquella, yerto, inmoble  
Clavó en tierra la vista, y que al momento  
Que Lara empezó á hablar, estremeciósse,

Todos sus miembros el temblor mostrando  
Que las hojas del álamo en el monte,  
Cuando le da una ráfaga de viento ;  
Apénas pronunciar á Gústios oye,

*Este es mi hijo*, levantó lo ojos,  
(Hubiera dado su existencia entónces,  
Por que del basilisco el fiero influjo  
Tuvieran) enclavólos en el jóven,

Y vió una aparicion, viendo la imágen  
De Gonzalo. Su sangre toda helóse,  
Se le erizó el cabello, un alarido  
Lanzó que hizo tronar los artesones.

Diz que la garza, que orgullosa el aire  
En la region suprema cruza y rompe,  
Burlando altiva con lijero vuelo  
La destreza y furor de los azores,

Cuando aquel que ha de darle cruda muerte,  
Del puño parte, al punto lo conoce  
Por un instinto peculiar, y asorda  
Las altas nubes con dolientes voces.

—Aquel momento de sorpresa y pasmo  
Universal no pierde Zaide, y corre  
A Mudarra, á quien tiene prevenido  
De antemano con sabias instrucciones;

Y le anima, y le impele por la espalda  
Acia las plantas del gallardo conde,  
Al cual de esta manera con despejo  
Habló, doblando una rodilla, el jóven:

“Íncrito soberano de Castilla,  
A quien los cielos de ventura colmen,  
Gonzalo Gústios, el señor de Lara,  
Víctima de malvados y traidores,”

“Es mi padre : mi madre fué Zahira,  
Hermana de Almanzor. La sangre noble,  
Que arde en mi pecho, restaurar me manda  
De mi familia el mancillado nombre;”

“Y vengo á vuestras plantas, la inocencia  
Y la lealtad á demostrar al orbe  
Del que me ha dado el ser, del padre mio,  
Con la prueba de sangre. En vuestra corte”

“Está el acusador, está el aleve,  
Que con calumnias bárbaras y atroces,  
De vuestro antecesor la alta justicia  
Sorprendió con engaños y traiciones.”

“Rui-Velázquez se llama ; yo le emplazo  
A combate de muerte. Egregio conde,  
No me podéis negar campo seguro  
Dentro de vuestras tierras, si conforme”

“A las leyes reináis, y yo os lo pido.”—  
No dijo mas el agitado jóven :  
Quedó en silencio la espaciosa cuadra ;  
De Velázquez la estrella oscurecióse.



El mas vivo interes, el entusiasmo  
 Mas puro en la actitud y en las facciones  
 Del gran Fernan-González relucieron ;  
 Simpatizando con el alma noble

De Mudarra la suya. Y envidiando  
 Casi tal ocasion de alto renombre  
 Conseguir, combatiendo con justicia,  
 Por la virtud hollada, respondióle,

Teniendo que esforzarse y contenerse,  
 Por no echarle los brazos : “Corresponde  
 “A la sagrada obligacion de hijo  
 “A su padre vengar, y á todo coste”

“Aclarar su inocencia. Vuestro intento  
 Es heroico y es santo ; pero, jóven,  
 Ved que aquel que se arroja temerario  
 Á la alta empresa de mostrar al orbe”

“Los juicios de Dios, si muy seguro  
 No está de la verdad, qué horror ! se expone  
 A que el cielo confunda su osadía.  
 Campo seguro me pedís, conforme”

“A los usos y leyes de mi Estado ;  
Yo os le concedo en medio de mi corte,  
En la plaza de Búrgos. Mas primero  
Diga vuestro contrario, qué responde :”

“Rui-Velázquez, hablád.”—Al oír Mudarra  
De su enemigo pronunciar el nombre,  
Y al mirarle salir de entre la turba,  
Lanza un ronco alarido, en pié se pone,

Y pálido y temblando, “Qué !....aquí estaba !”  
“Y en mi presencia !.... y vive ?” grita, rompe  
El albornoz, y al puño del alfanje  
Lleva la diestra. Zaide se interpone,

Y le arrebatá, y le retira, y dice :  
“Qué vas á hacer, mancebo ?”—Levantóse  
Rumor sordo y confuso, semejante  
Al subterráneo aterrador que se oye

Ántes de un terremoto ; y todos clavan  
Los ojos en Velázquez, que del conde  
Aparece á la voz, como el cadáver  
Que obediente al conjuro, en pié se pone.

Dejóse en medio ver, y cuando advierte  
Que la atención universal absorbe,  
De su altivez sacando nuevo brio,  
Dominarse logró, (que era al fin hombre

Endurecido en crímenes, valiente,  
 Y á mandar avezado) y á su porte  
 Dando tranquilidad, y á su semblante  
 De sardónica risa los colores;

Enmascarando su furor, cual vemos  
 Allá en Sicilia al empinado monte  
 Con engañosa faz de helada nieve,  
 Negar que en sus entrañas fuego esconde;

“Si es cosa extraña,” con desprecio dijo,  
 “El que escuches las necias pretensiones  
 “De ese loco rapaz, aun mas extraño  
 “Es, señor, que me llames y provoques”

“Para darle respuesta. ¿ Por ventura  
 De Castilla han de estar los ricos-hombres  
 A la disposicion de advenedizos,  
 Y á la merced de viles impostores ? ”

“Mira por ti, señor, y sin tardanza  
 Da á tus armados ballesteros órden  
 De que á esos dos infieles sospechosos  
 De los confines de Castilla arrojen.”—

Grito de indignacion sonó en la cuadra:  
 Quedó Velázquez como escollo inmoble,  
 Y Zaide adelantando algunos pasos,  
 De esta manera con reposo hablóle:

“¿Aun de insultar al cielo no te cansas?  
 ¡Ay, que apresta sus rayos vengadores!....  
 Me llamas impostor; ¿cuándo lo he sido?....  
 Mírame; Zaide soy....Bien me conoces.”

“Llamas advenedizo á este mancebo....  
 Y ¿por qué de mirarle, aunqué lo escondes  
 Con mentido desprecio y falsa risa,  
 Tiemblas y te confundes?....¿Sus facciones”

“Las de una de tus víctimas te copian?....  
 Hijo es de Lara, sí: con mudas voces  
 El cielo te lo dice; hijo es de Lara,  
 De Lara, el inocente, y de la noble”

“Hermana de Almanzor.”—“Astuto moro,”  
 Furibundo Velázquez atájole:  
 “De una infiel y un traidor el hijo sea;  
 “Mas te engañas, si piensas corresponde”

“Con un bastardo vil medir su lanza  
 “A un caballero de mi sangre y porte.”—  
 Nuevo rumor de indignacion resuena;  
 Del terremoto es ya. Los servidores

De la casa de Lara están á punto  
 De atropellar por todo, los estoques  
 Y dagas requiriendo; cuando el ciego,  
 Por Nuño dirigido, va del conde

A arrojarse á las plantas, y lanzando  
 Gemidos, que los mármoles y bronces  
 Pudieran conmover, “Señor!” exclama,  
 “Miente quien de bastardo le da el nombre.”

“Es mi hijo natural, que yo era libre,  
 “Libre su madre.”—Enternecido el conde,  
 “Y yo le legitimo, como puedo  
 “Cual señor soberano,” respondióle;

“Y aquel ceremonial con que en Castilla  
 “Pueden reconocer los ricos-hombres  
 “Por buenos á sus hijos naturales,  
 “Os autorizo á celebrar.”—Entónces

Rui-Velázquez, espíritu maligno  
 A quien compele, apremia, liga y pone  
 En el último trance el exorcista  
 Con la cruz santa y santas oraciones;

De espantosos relámpagos la lumbre  
 Dió á sus ojos siniestros y feroces,  
 Y ahogado de terror, tornado en Furia,  
 Así gritó con voz agria y discorde:

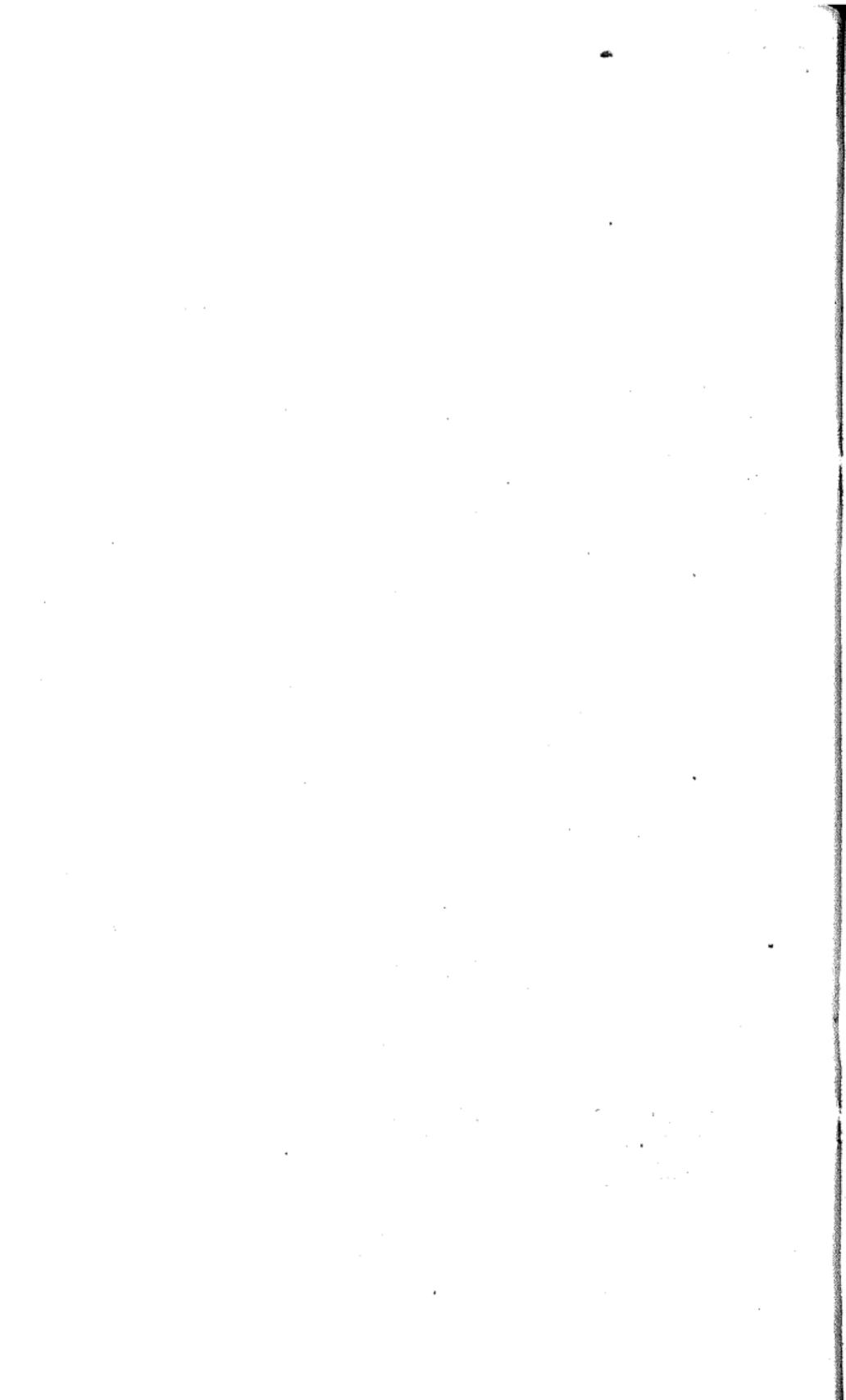
“Legítimo ó bastardo, ¿qué me importa?  
 Perezca, pues el cielo me le pone  
 En las manos. Acepto el desafío:  
 Dentro de un mes, en medio de la corte,”

“ En la plaza de Búrgos, con mi lanza  
“ Te daré la respuesta, incauto jóven.”  
Dijo, y desapareció con sus secuaces :  
Al punto de caballos el galope

Afirmó su partida : cuantos cercan  
Al ciego Lara y al augusto conde,  
Quedaron en el ancho desahogo  
Con que respira turba de pastores,

Si el meteóro aterrador, que acaso  
Angustiada la tuvo larga noche  
Con su infausta presencia, se disipa,  
O al occidente rápido traspone.





# ROMANCE OCTAVO.



Meteldo por la manga, y salirseos ha por el  
cabezon. *Proverbio antiquisimo.*

Sobre si bebe poquito,  
O sobre si sobrebebe,  
. . . . .

Hubo mientes como el puño,  
Hubo puño como el mientes,  
Diluvio de sombrerazos,  
Granizada de cachetes.

QUEVEDO, *Musa IV.*

DE la villa de Sálas el palacio  
Contraste singular y extraño ofrece :  
De su fachada principal se elevan  
Afrentadas y ciegas las paredes,

Y las macizas torres, dominando  
Una desierta plaza, donde crecen  
Bastarda yerba y cardos espinosos  
Sobre helados fangales y entre nieves;

Miéntras los toscos muros de la espalda,  
Hoy adornados con guirnaldas verdes,  
Señorean gozosos un espacio,  
Que si un tiempo corral, hora aparece

Escombrado, regado con arena,  
Y ocupado en reedor por turba alegre  
De bullicioso pueblo. Y el postigo,  
Aquel postigo humilde, que la suerte

Hizo la sola entrada del palacio,  
Se ve guardado por armada gente;  
Y en el patio interior cruzar los pajes  
Y antiguos servidores, con sus vestes

De gala, aunque sin cifras ni blasones:  
Todo en fin el apresto de un solemne  
Ceremonial anuncia. A poco rato  
Entre la multitud, que alzara al verle

Gozosos vivos, se acercó al postigo  
Un mensajero que de Búrgos viene.  
Es heraldo del conde de Castilla,  
Segun dice su traje, y le preceden

Tamboril y mazersos. Danle entrada  
Honrosa los armados, él descende  
De la gallarda mula allá en el patio,  
Y pajes y escuderos reverentes

Le conducen al punto á la escalera,  
Do veinte hidalgos su llegada atienden,  
Y acia el salon con ellos se encamina  
En que se celebraban los banquetes.

Era aquel mismo en que hace pocos dias  
El conde y Rui-Velázquez diferentes  
Afectos desplegaron, descubriendo  
De Lara al hijo vengador. Mas tiene

Hoy mayor aparato y compostura :  
Hojas de pino, arena y juncias verdes  
Le dan alfombra, y á sus toscos muros  
Adorno ricos paños y doseles.

En medio, en un sillon, que en parte cubre  
Con groseros recamos un tapete,  
Aunque de luto con flamantes ropas  
En torno orladas de trezilla y pieles,

Sentado el ciego Lara está : á su diestra  
Ocupa otro sillon el arcipreste,  
Y otro á la izquierda Zaide, y á los lados  
Sendos escaños hay, do asiento tienen,

Tambien de luto y con primor vestidos,  
De la casa de Lara los parientes.  
Seis armados custodian la gran puerta;  
Y de pié y en la mano los birretes,

Están tras el sillón de Gústios Lara  
Escuderos y pajes, y á su frente  
Con pértiga de plata el mayordomo :  
Inmóbles todos sin hablar parecen

Las figuras de un cuadro. A poco oyóse  
Grande rumor de pueblo, cunde, crece  
Por patios y escaleras, y se escucha  
Fuera gritar : *En hora buena llegue*

*Mensajero del conde soberano*  
*De Sálas al castillo ;* y cual si hubiese  
Un mágico poder en tales voces,  
Cuantos están en el salón, se mueven.

Quién ajusta su barba, toca y traje,  
Quién hace rechinar su taburete,  
Quién habla en voz sumisa á su vecino,  
Y quién los ojos á la entrada vuelve.

Lara la faz alzó, en que los afectos  
De inquietud, gozo y pena se suceden ;  
Y por órden que dicta el mayordomo,  
La puerta abren los guardias. Aparece

El heraldo del conde de Castilla,  
Que entrando á paso grave, con solemne  
Acento, en la mitad del ancho estrado,  
*Salud, paz, atencion,* grita tres veces.

Desarrolla un delgado pergamino,  
Del que un sello de plomo atado pende  
Con un liston morado, y en voz clara,  
Tras de un saludo al auditorio, lee

Un privilegio, por el cual el conde  
Permiso á Gústios Lara le concede  
Para legitimar al hijo suyo,  
Y como á sucesor reconocerle ;

Y haciendo seña de que á leer llegaba  
Las firmas, todos se alzan reverentes,  
Y él se inclina, y pronuncia el alto nombre  
Del señor de Castilla, y otros sieté

De ilustres ricos-homes y prelados,  
Que el privilegio afirman y sostienen.  
Besa en seguida el blanco pergamino,  
Lo lleva al pecho, aplícalo á la frente,

Y tras una profunda reverencia,  
Lo entrega con respeto á Gústios. Este,  
“Pues me autoriza mi señor,” responde,  
“Para que al hijo natural eleve”

“Al grado de legítimo, al momento  
“La usada ceremonia se celebre.”  
El mayordomo al punto con dos pajes,  
Mudo y con gran prosopopeya fuése

Acia una puerta lateral, abrióla,  
Y por ella al salon seis dueñas vienen  
Que parecen fantasmas; y en seguida,  
Con largas tocas como pura nieve,

Y una bordada ropa rozagante,  
La viuda del señor de Benavente,  
Doña Guiomar, del noble ciego hermana,  
Y que hoy cumplir con las funciones debe

De señora de Sálas. Por la diestra  
A Mudarra conduce; y la precede  
Una jóven doncella, que en las manos  
Saca un gran azafate con tapete

De damasco cubierto. A entrambas partes  
Las dueñas en dos filas se detienen,  
Y la anciana señora, cuyo aspecto  
Ilustre y cuyo grave continente

El respeto inspiraban mas profundo,  
En medio del salon luego procede  
A ejecutar la usada ceremonia,  
Que si hoy rara y aun necia nos parece,

Porqué usos y costumbres han mudado,  
Era tan importante y tan corriente,  
Que aun vive en nuestros labios el proverbio  
Que nació de ella, y á ella se refiere.

La ilustre dueña pues, tras las preguntas  
De fórmula á su hermano y asistentes,  
Tomó del azafate una camisa  
De lienzo, y de grandeza tal que hubiese

Sobrado para el cuerpo de un gigante;  
Y por Nuño ayudada, que allí ejerce  
La parte de padrino, por la manga  
La cabeza del jóven moro mete,

Y por el ancho cuello se la saca,<sup>33</sup>  
Y hasta los piés el camison descende.  
Al ver salir como de entre una nube,  
De en medio de aquel lienzo y grandes pliegues,

Al mancebo gentil; gritó la dueña,  
Vuelta al señor de Lara: "Hoy te concede  
"Dios un hijo legítimo, heredero  
"De tu alto nombre, de tu sangre y bienes."

"Héle aquí; como tal le reconozco,  
"Y le presento al mundo."—Así el solemne  
Acto dió fin: el ciego venerable  
Abraza al hijo y bésale mil veces;

Abrázale tambien la anciana tia,  
Por el órden de grado los parientes;  
Y pajes, dueñas, guardias y escuderos  
Su pleitesía le presentan fieles;

Y fervorosos vivas levantaron,  
Que pasando artesones y paredes,  
Hallaron ecos mil en el concurso  
Que cercaba el palacio. El arcipreste.

Al punto en un delgado pergamino  
Un testimonio en toda forma extiende,  
Donde los caballeros que allí había  
De la casa de Lara, cual presentes

Trazan al acto una cruz, sus nombres  
Escribir no sabiendo. Gústios este  
Documento al heraldo entrega, manda  
Que al conde soberano se lo lleve,

Y una salva de plata y una copa  
Le regaló. Despues un gran banquete  
En aquel salon mismo se dispuso,  
Do no tuvieron silla solamente

Los deudos, caballeros é hijosdalgo,  
Sinó tambien los servidores fieles  
De la casa; y en patios y portales  
Dejando entrar la bulliciosa plebe,

Con larga profusion se repartieron  
En confuso desórden, aunque alegre,  
Blanco pan, duro queso, varias frutas,  
Terneras, cerdos, zaques y toneles.

— Pronto dejó el festin el ciego padre:  
Por mas que ya risueña se le muestre  
La inconstante Fortuna, sus recuerdos,  
Sus achaques, su edad y los crueles

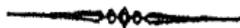
Sobresaltos y dudas que aun le cercan  
Del porvenir, y el gran pesar que tiene  
De que el hijo se niega á ser cristiano,  
Hasta que en dura lid su nombre vengue;

Le privan de contento y de reposo,  
Le amargan los instantes mas alegres,  
Atormentan do quier su alma cascada,  
Y en el bullicio estar no le consienten.

Dejó la presidencia del convite,  
Muy capaz de llevarla, al arcipreste,  
Y con Nuño á su estancia retiróse,  
Rogando á todos que en la mesa queden.

No por muy largo tiempo estuvo en ella  
Mudarra, activo y sobrio: á diferentes  
Costumbres avezado, aquellos brándis  
Y extraños usos poco le divierten;

Y dejando su asiento, los portales  
Atravesando y patios, do la gente  
Se entregaba al desórden y alegría,  
Solo á vagar por los contornos fuése.



Desque á Sálas llegó, correr los campos  
Y por sus quiebras ásperas perderse,  
Ora con un azor ó una ballesta,  
Ora con cazadores y lebreles,

Es su contento y diversion. El cuadro  
Que la naturaleza allí le ofrece,  
Y que el influjo del invierno atrista,  
Le interesa, le exalta y le suspende.

El gran sacudimiento que á su alma,  
Buena y sensible cuanto noble y fuerte,  
Diera en tan corto espacio de sucesos  
Extraños y terribles la creciente,

Que á un mar desconocido le arrastraba,  
Acrecentó los grados de su temple.  
Los pelados peñascos y los riscos  
Áridos, donde el viento se embravece ;

De yertos pinos los oscuros bosques,  
Que de voraces lobos son albergue ;  
Las gargantas y horrendos precipicios  
Y valles sepultados bajo nieve,

En que algun corzo ó ganadillo pobre  
En vano busca abrigo, sol y verde ;  
Y hasta el mismo respeto y el asombro  
Con que se apartan de él y huyen al verle

Pastores y labriegos, (pues la fama  
De que es el alma de Gonzalo crece  
En el vulgo ignorante cada dia)  
Un total tan fantástico y solemne

Forman, que con los nuevos pensamientos  
Del jóven cordobes sin duda tienen  
Armonía mayor que tus encantos,  
Claro Guadalquivir, y tus verjeles.

Se halla en una existencia tan distinta  
De la que acaba de tener, y vese  
En escena tan nueva, tan extraña,  
Y allá en su corazon y activa mente

Ha habido en pensamientos y afecciones  
Tan súbita mudanza, que se puede  
Asegurar, ser otro muy diverso  
Del que era allá en los campos cordobeses.

Solo en su corazón (que están grabados  
Con un buril de fuego) permanecen  
Dos antiguos afectos, y han crecido  
Con las mudanzas mismas de la suerte.

Si apacibles nacieron en las flores  
Que de Guadalquivir las auras mecen,  
Son un volcan de Arlanza entre los hielos,  
Do el cierzo bramador su saña ejerce ;

Pues jamas en el pecho de Mudarra  
Tanto poder tuvieron, como tienen  
El respeto á la sombra de su madre,  
Y acia Kerima su pasion ardiente.

Aquel, con los sucesos, las fortunas  
Y esperanzas, de que es blanco y juguete,  
Ligado está con vínculos estrechos ;  
Y esta, á que tantas ilusiones debe,

Esta tierna pasion correspondida,  
Tan contrariada estaba por la suerte,  
Por el cielo y el mundo inexorables,  
Que era imposible que domada fuese.

Cuando corre el arroyo en la llanura,  
Cualquier frágil estorbo lo detiene ;  
Mas cuando entre los riscos y malezas  
Cobrando furia, tórnase torrente,

Todo lo arrastra, y troncos y peñascos  
Azota, salva, y rebramando tuerce  
Sobre ellos su raudal, sin que haya cauce  
Que su ímpetu feroz dome y sujete.

Pero....¡lo que es el corazon del hombre!  
¿Quién penetrar su laberinto puede?....  
Esta pasion profunda, inarrancable,  
Que todo el corazon cautivo tiene

Del cordobes Expósito, borrada,  
Olvidada, y aun casi muerta á verse  
Ha llegado á tal punto, que cualquiera  
Juzgara, que tornar nunca pudiese.;

El impensado cambio de fortuna,  
Del padre fiero de su bien la muerte,  
La historia atroz de su infeliz familia,  
La inopinada ausencia; el ver patente

A su amor tanto obstáculo invencible,  
Su larga marcha, y encontrando siempre  
Nuevos objetos, situaciones nuevas ;  
Los abrazos del padre, y finalmente

El retar al traidor, á quien le manda  
El cielo exterminar ; llegó á tenerle  
Tan ocupadas alma y fantasía,  
Que en ellas el amor creyera verse

Ahogado, y de Kerima la memoria  
Ya reducida á pasajero y leve  
Recuerdo, cual de sueño fugitivo,  
Que á la luz de la aurora desaparece.

Mas, ay! era un amor que concertaron  
Los astros á despecho de la suerte,  
Y un amor tal su presa no abandona,  
Por mas que abandonarla un punto muestre.

Un súbito relámpago confunde  
A medio dia, ofusca y oscurece  
El claro resplandor del sol eterno ;  
El trueno retumbante acalla y vence

Por el momento que la nube rasga  
De la gran catarata, que descende  
Del monte, la alta voz con que los valles,  
Campos y selvas turba y ensordece ;

Pero pasa el relámpago, y el trueno  
Calla tambien, y á su grandeza vuelve  
El inmutable sol, y los bramidos  
Del raudal tornan á reinar cual siempre.

Así ya que Mudarra en ocio espera  
El plazo del combate, y que su mente  
Torna á encontrarse en calma ; de Kerima  
El amor, mas tenaz, mas vivo y fuerte

Tornó en su corazon á levantarse ;  
Al paso que imposible, mas ardiente  
Y mas constante con la ausencia eterna,  
Y en frenesí continuo al jóven pierde.

Ya los helados troncos de los bosques  
Que á Sálas cercan, entallado tienen  
El nombre de Kerima en sus cortezas ;  
Y ha escrito y ha borrado muchas veces

La punta de una flecha dulces versos,  
Con árabes extraños caracteres,  
En el musgo que viste los peñascos,  
Y en el papel de inmaculada nieve ;

Y han sonado en las grutas, en los montes,  
Y en las góticas cimbrias, del rugiente  
Silbido de aquilon acompañados,  
Los sabrosos cantares, que ha dos meses

Sonaban en la tumba de Zahira,  
Y de la Albaida en huertos y paredes,  
Al blando susurrar del aura suave,  
Entre jazmines, nardos y claveles.



La soledad, que el campo le presenta  
Para entregarse á sus delirios, mueve  
Al mancebo gentil enamorado,  
A anhelar cada instante recorrerle ;

Y el primero que en él tuvo por guía,  
Que le indicó las sendas y vertientes,  
Y los sitios do acaso se encamaban  
El jabalí cerdoso, el gamo y liebre,

Fué su acompañador, el podenquero,  
Aquel mendigo que del vino alegre  
Bajo el influjo, descubrió en Mudarra  
El alma de Gonzalo. Vasco Pérez

Era su nombre; y aunque el torpe vicio  
Acomodo tener no le consiente,  
Lograba fama en adiestraralcones,  
En armar lazos á la caza y redes,

En adobar ballestas y venablos,  
Y en amaestrar pachones y lebreles;  
Y los momentos, en verdad muy pocos,  
En que en sana razon llegaba á verse,

Era tan servicial y entretenido,  
Cantaba tantas trobas y motetes  
De la pasada edad, que recogía  
Abundante limosna; y era huésped

Recibido con gusto en las tabernas.  
Tras de él andaban los muchachos siempre,  
O á escuchar boquiabiertos sus romances,  
Cuando estaba en ayunas; ó á romperle

La cabeza con grita y con pedradas,  
Rasgarle los andrajos, y en la nieve  
O en el lodo mas sucio á revolverle,  
Cuando estaba de vino hasta el gollete.

Pero, bebido ó sin beber, guardaba  
Tanta lealtad, amor tan reverente  
A la casa de Lara, á los Infantes  
Sin ventura, y al que era de los siete

El menor, sobre todos, á Gonzalo,  
De quien tambien hermano fué de leche,  
Y favorito, y diversion; que el pobre  
Tuvo persecuciones diferentes,

Sufrió cárcel y azotes, porqué osado  
Insultó á Rui-Velázquez varias veces :  
Hallando acaso en la embriaguez disculpa  
Para el cuello librar de los cordeles.

Esta lealtad y amor le compelieron  
Desde llegó Mudarra, (pues no puede  
Nadie, nadie en el mundo disuadirle  
De que es Gonzalo, que á la vida vuelve,

O por disposicion del justo cielo,  
O por mágicas artes) á ofrecerle  
Sus servicios en todo, y á seguirle,  
Como el fiel can seguir al dueño suele ;

Y aun se notó empezaba á dar enmienda  
A su antigua aficion. Aunque le viese  
Con desprecio Mudarra en el principio,  
Supo el sagaz borracho merecerse

Su atencion y su gracia èn el momento,  
Cantándole en romances diferentes,  
Del conde de Saldaña y de Jimena  
El amor infeliz, encierro y muerte;

Y de Bernardo los famosos hechos,  
Y cómo exterminó de los franceses  
El poder y orgullosos paladines;  
Con que inflamó del cordobes la mente.



Ganado su favor y confianza,  
Una tarde tambien logró traerle  
A un chozo, que á una legua de la villa  
Daba en el bosque abrigo y pobre albergue

A su madre infeliz. Era una vieja,  
Rústica y montaraz, de extraño temple,  
Que es al hijo deudora del sustento ;  
Mas que le riñe por sus vicios siempre.

Elvida se llamaba : en el castillo  
De Sálas se crió, cuando en su oriente  
Brilló la casa del señor de Lara ;  
Y siendo muy hermosa y muy alegre,

Corrió en su juventud varias fortunas,  
Hasta que se casó, ya no muy verde,  
Con un anciano, jardinero, y tuvo  
A Vasco de este enlace. Justamente

Nació Gonzalo entónces, postrer hijo  
De Lara ; y como al darle á luz, muriese  
Su madre, al punto fué llamada Elvida,  
Para ser del infante ama de leche.

Con gran cariño le crió, con grande  
Esmero le cuidó, un ascendiente  
Sin límite ejerció con sus señores ;  
Y tal amor y afan por ella siempre

Tuvo y guardó Gonzalo, que la hicieron  
Orgullosa ademas, y sus sandeces,  
Impertinencias, gustos y caprichos  
Hallaron proteccion y apoyo fuerte.

Pronto al hijo introdujo en el palacio,  
Y si él hubiese sido de otro temple,  
Mas dócil y aplicado, acaso hubiera  
Llegado á un puesto en que envidiado fuese ;

Pero salió tan díscolo y travieso,  
Que á pesar del favor harto eminente  
Que alcanzaba su madre, nunca pudo  
De su esfera salir. Ora, de muerte

Con peligro cercano, á las almenas  
Trepaba y á los altos chapiteles,  
Para nidos buscar de gorriones ;  
Ora en la huerta tras la fruta verde,

O dejando sin agua los estanques,  
Para coger galápagos y peces,  
Se pasaba los dias. Ya en los patios,  
Cuadras y corredores á cachetes

Andaba con los pajes ; ya basura  
En las ollas echaba, y con aceite  
Escaldaba á los gatos, y con mazas  
Acosaba á podencos y lebreles.

Ya con raros visajes en la iglesia  
La devocion turbaba de la gente,  
Arremedando el canto y el gangueo  
Del necio sacristan, del viejo preste.

Y ni azotes, ni tundas consiguieron  
Su condicion templar y contenerle ;  
Ni con los años mejoró tampoco,  
Pues ya de zagalon y mozalvete,

Salió tan pendenciero y tan osado;  
Inventó tantas burlas insolentes,  
Se atrevió á las doncellas de la casa,  
Y aun á las mismas dueñas de tal suerte,

Que por gracia especial, de podenquero  
Pudo lograr la plaza solamente;  
Y aun en ella inventó mil travesuras,  
Que turbaron la villa varias veces.

Despues cuando el favor de las estrellas  
A la casa de Lara y á sus gentes  
Se oscureció, y airada la Fortuna  
Las dejó abandonadas á la peste

De la calumnia y la traicion; Elvida,  
Viuda ya y vieja, aunque robusta y fuerte,  
Y su hijo Vasco en el comun naufragio  
Tambien se hundieron. En los campos este

Se halló, do perecieron los Infantes,  
Y allí se comportó como valiente,  
Logrando mal herido, por milagro,  
De aquella gran matanza salvo verse.

Regresó á su lugar, y desde entónces  
Diz que empezó á entregarse casi siempre  
A la torpe embriaguez, bien que ántes de esto  
Inclinacion marcada le tuviese.

—Su madre, desdichada!... Desde el dia  
De la justa de Búrgos, de do vienen  
Todos los infortunios de los Laras,  
Le apretó el corazon nudo tan fuerte,

Que en silencio tenaz quedóse hundida  
Sin comer ni dormir, hechos dos fuentes  
De lágrimas sus ojos ; y al momento  
De ausentarse Gonzalo, á conmoveerse

Llegó y á trastornarse su juicio  
A extremo tal, que físicos y prestes  
De Sálas la juzgaron poseida,  
Y exorcizada fué dos ó tres veces.

Mas cuando vuelto el hijo, por él supo  
De su Gonzalo la espantosa muerte,  
Concibió tal furor, que á sofocarle  
Con ambas manos se arrojó valiente,

Y, “Vasco,” le gritó, “yo te maldigo.  
“ Por qué, traidor, has vuelto?....¿ por qué, aleve,  
“ Al lado de tus amos no quedaste,  
“ Como deben quedar los siervos fieles ? ”—

Odio indecible le cobró, sentía  
Un tormento furioso solo al verle,  
Y lanzaba el aullido que una loba,  
Cuando el cachorro por los montés pierde.

Fué despues arrojada del castillo,  
 Como otras dueñas, pajes y sirvientes,  
 Así que preso el calumniado Lara,  
 Su Estado confiscaron y sus bienes.

Llevó este golpe con firmeza heroica ;  
 Ni lloró, ni rogó. “Pues no he de verte  
 “Jamás, ó mi Gonzalo, ó niño hermoso,  
 “A quien aquestos pechos dieron leche,”

“Ni he de sentarte mas en mi regazo,  
 Do pasaste tu infancia, y para siempre  
 Perdí tu dulce afán por mis desvelos ;  
 ¿Qué me importa dejar estas paredes ?”—

Exclamó, y al momento del palacio  
 Salió, ni un solo instante detenerse  
 Quiso, y abandonando ropa y lecho,  
 Huyó á los campos sin buscar albergue.

En ellos largo tiempo se mantuvo,  
 Vagando como fiera á la intemperie,  
 Despreciando los soles y las lluvias,  
 Las tormentas, los vientos y las nieves.

Ora trepaba á las fragosas cumbres  
 De dia ó de noche, y de exterminio y muerte  
 Entonaba, con voz que ensordecía  
 Al huracán, al trueno y al torrente,

Lúgubres cantos ; ora sus gemidos  
Sonaban espantosos, como suelen  
Los de herido leon por espesuras  
Y hondas cavernas. Montaraz y agreste

Se hizo su aspecto : si alguien la veía,  
En una helada noche de diciembre,  
De pié en un risco, y su contorno oscuro  
Dibujarse en las nubes transparentes,

Que la luna argentaba detras de ella ;  
Cosa del otro mundo, que las leyes  
Del orbe á turbar iba, la juzgaba,  
Sobrecogido de terror solemne.

Y el que la viera en el sediento estío,  
Atravesar las selvas y las mieses,  
Lanzarse á los arroyos, y en las grutas  
O en los bosques de pronto aparecerse ;

Con aquel gesto y ademan extraños,  
Desnuda brazo y pechos, y dolientes  
Gemidos arrojando ; la creyera  
Maga, que de fortuna los reveses

Apuraba infelice, siendo nido  
Su corazon de envenenadas sierpès,  
Y de venganza sin poder su pecho ;  
Porqué otra maga mas dichosa y fuerte,

O mas sabia, deshizo sus conjuros,  
A su amador prendió con dulces redes,  
Rompió su vara mágica, y en polvo  
Tornó su alcázar, baños y verjeles.

Era pues reputada su presencia  
Por de siniestro agüero; y diligentes,  
Viandantes y labriegos la evitaban,  
Y los pastores colocaban siempre

Algun sustento en grutas y veredas,  
Para que lo tomase, y no viniese  
Al aprisco á buscarlo, cual solía,  
Y á hacer mal ojo á las paridas reses.

Así vivió dos años: al tercero  
Tomó otro giro su enfermiza mente,  
Como veleta que, si el viento muda,  
Acia otra direccion torna y revuelve.

A Sálas regresó la pobre Elvida  
Taciturna, espantada: luego fué  
Al castillo, que estaba ya tapiado,  
Y se arrojó sobre la yerba verde,

Que á brotar empezaban los cimientos;  
Y allí gimiendo estuvo, como suele  
El perro fiel junto al sepulcro helado,  
Do su señor el sueño eterno duerme.

Tal vez pudo lograr introducirse,  
O salvando atrevida las paredes,  
O por algun postigo abandonado,  
En la parte interior; y sus dolientes

Lamentos en la noche, y sus pisadas  
Dieron fundado origen á la especie,  
Que por entónces se extendió en Castilla,  
De que habitaban el palacio duendes.

Luego desapareció lá miserable  
Por tantos años, que llegó á perderse  
De sus extravagancias la memoria,  
Juzgándola en el reino de la muerte;

Mas hace poco tiempo aparecióse  
En Sálas otra vez, muy diferente,  
Enferma, descarnada y apacible,  
Y hubo pocos que así la conociesen.

Hizo entónces las paces con el hijo;  
Tierna le acarició, volvió á encenderse  
El maternal amor en sus entrañas,  
Y mendigó con él algunos meses

Por monasterios, ventas y alquerías;  
Aunque humilde y tranquila, con la mente  
Confusa y soñadora, y dando indicios  
De estar fuera de caja casi siempre.

Tuvo un ataque al fin de perlesía ;  
Quedó baldada, y resolvió acogerse  
A aquella choza, de que nunca sale,  
Y que ántes fuera pastoril albergue.

Sus espantados ojos, que conservan  
Del entusiasmo y de locura ardientes  
Todo el fuego vivaz, y que contrastan  
Con su semblante de ceniza y nieve,

De forma cadavérica, inmóvil  
Y arado de hondos sulcos, do se advierten  
De pasiones tremendas los vestigios ;  
Sus cabellos de plata, que descienden

Por el cuello y los hombros derramados ;  
Sus brazos, ya compuestos solamente  
De huesos y tendones ; su estatura,  
Su voz ronca y profunda algunas veces,

Otras aguda y agria ; el lloro escaso,  
Que, cuando está en silencio, hundida vierte  
Inmóvil y yerta ; y el extraño modo,  
Singular y fantástico, que tiene

De ajustar á su cuerpo los andrajos  
De colores y tiempos diferentes ;  
Causan tal impresion en quien la mira,  
Que la lengua explicarla apénas puede ;

Pero que no se borra en largo tiempo,  
Que harto á menudo renovarse suele,  
Y que en la soledad y en los insomnios  
A la imaginacion se ocurre siempre.



Cuando aquel dia en que llegó Mudarra  
Al palacio paterno, Vasco Pérez  
Contó en su choza con turbada lengua,  
Aunque con ojos por demas alegres,

Que en carne humana el alma de Gonzalo,  
O Gonzalo encantado y jóven siempre  
Como el dia que partió, se hallaba en Sálas  
Con el patriarca Abran y veinte duendes ;

Y que ya en el castillo el ciego padre,  
Y Nuño, y los hidalgos, y arcipreste  
Le habían reconocido y abrazado,  
Pasmando á todos escucharle y verle ;

Elvida oyó con espantados ojos,  
Abierta boca y corazon latiente  
Tan impensada nueva. Repetirla  
Hizo al hijo, borracho, muchas veces ;

Y cuando pudo de que estaba en seso  
Por sus repeticiones convencerse,  
Y persuadirse de que no soñaba  
Ella misma tampoco; un punto breve

Quedó en silencio, estremeciósse, á tierra  
Como muerta cayó. Temblando Pérez  
La socorrió como le fué posible,  
Y agua le echó en el pecho y en las sienes.

Volvió la vieja en sí, lanzó un suspiro,  
Y gritó: "Es cierto?...he de tornar á verle!...  
"A abrazarle!.... á gozar de sus caricias!!!....  
"Volemos, hijo, pues....¿qué nos detiene?"—

Arrastróse á la puerta de la choza;  
Mas la desventurada ya no puede  
Adelantar un paso, ni en las piernas  
Baldadas y sin fuerza sostenerse.

La profunda impresion que ha recibido,  
Todos sus males aumentó de suerte,  
Que tuvo el hijo que llevarla á fuerza  
A su mezquino lecho, do la fiebre

Delirante invadióla de tal modo,  
Dió tan raros aullidos; tan crueles  
Accesos de furor y de alegría,  
De esperanza y recuerdos, de su mente

Se apoderaron, que pasó infelice  
Solo en dos dias en compendio breve  
Todos los infortunios de su vida,  
Y casi estuvo en brazos de la muerte.



Al cabo de ellos consiguió llevarle  
Vasco á Mudarra. De que el pobre albergue  
Era el de la nodriza de su hermano,  
Y de sus aventuras y su temple

Informado ya estaba el jóven moro,  
Y quiso ver y conocer á un ente  
Tan raro y singular. Entró en la choza,  
Acompañado del borracho Pérez :

Al rumor de su entrada la cabeza,  
Como la de un cadáver que se mueve  
Escuchando el conjuro, alzó el vestiglo.  
Los ojos espantados y lucientes

Clavó en el jóven, al semblante dando  
Color, vida, expresion, y de repente  
Se alzó, con tanta actividad y brio,  
Que al hijo horrorizó. Dió un grito fuerte

De sorpresa, exclamando: “Él es, no hay duda!”  
 Y con los brazos extendidos fué  
 Al jóven, le estrechó, de llanto y besos  
 Las mejillas cubriéndole y la frente.

No pareció al Expósito gustoso  
 Recibimiento tal, que no fué breve;  
 Y creyéndose en brazos de una bruja,  
 Empezó á trasudar y á estremecerse.

Soltóle al fin la vieja, entrambas manos  
 Contra el pecho le puso, atentamente  
 Examinóle el rostro, y á abrazarle  
 Volvió, “No hay duda, él es!” gritando siempre.

Tornó á observarle y prosiguió: “A mis ojos  
 “Está mas espigado....Me parece  
 “Mas moreno de rostro.... Mi Gonzalo!!!  
 “¿Por qué en el traje de los perros vienes?”

“Ponte tu cuera y sayo....Ay hijo mio!  
 Niño del alma!.... muestra las crueles  
 Heridas que los bárbaros te han hecho,  
 Y deja que mis labios te las besen.”

“No me respondes?.... hijo!.... soy Elvida,  
 Elvida que te dió su alma y su leche.  
 ¿Te acuerdas, Gonzalvico, dí, te acuerdas  
 Cuánto te aperreabas, y las veces”

“Que te canté el romance de Jimena,  
Para que te acallaras y durmieses?  
¿Te acuerdas que si el amo te reñía,  
Eran mis faldas tu refugio siempre;”

“Y que del capellan y del buen Nuño  
Era solo mi afan el defenderte?  
¿Te acuerdas, hijo mio, del gran golpe  
Que te dió el potro aquel?...Ah!... si no hubiese”

“Sido por Mendo el picador....Yo sola,  
Yo sola te curé, pues que perene  
Permanecí junto á tu lecho, y puse  
En tus heridas el bendito aceite.”

“Que me dió el peregrino.”—Así charlaba  
La vieja, y sin saber qué responderle,  
El cordobes atónito la mira,  
Y su hablar y actitudes le suspenden.

La sorpresa y asombro del mancebo  
Pronto á la pobre vieja heló; y al verle  
Callar á sus preguntas, un instante  
Quedó confusa, se anubló su frente,

Y se murieron sus vivaces ojos;  
Y con voz sepulcral, “Ay!....cuál le tienen,”  
Exclamó, “los maléficos encantos!  
“Desventurada yo!....Ni aun conocerme”

“Le dejan los espíritus malignos.  
 ¿De qué me sirve recobrarle y verle,  
 Si le recobro y miro en tal estado?  
 Jóven se ha conservado; sí, parece”

“Que no pasó por él ni un solo instante;  
 Mas su alma envejeció: claro se advierte  
 En su olvido y frialdad....Ama infelice!  
 Vieja infelice yo!....que no merece”

“Ni una sola caricia....ni un recuerdo!”—  
 No pudo continuar, desfalleciente,  
 Ahogada en llanto y de dolor rendida  
 Cayó en su lecho, sin poder valerse.

Darle anhela Mudarra algun consuelo,  
 Y alivio á su afliccion; pero no quiere  
 Su error alimentar, aunque conoce  
 Que es el sacarle de él, golpe de muerte,

Las dulces ilusiones destruyendo  
 Que aun momentos de dicha darle pueden.  
 Se acercó y abrazóla; mas palabras  
 Hallar le fué imposible que concierten

Con los recuerdos de la pobre Elvida.  
 De la choza salió con un vehemente  
 Interes por su anciana habitadora;  
 Y con socorros mejoró su suerte,

Hablando al tierno padre en favor de ella ;  
Y ropa, lecho y los precisos muebles  
Le procuró, y á verla cada día  
Va por la tarde, y divertido suele

Pasar allí gran rato. Aquel cariño  
Que le demuestra tan sincero siempre ;  
Aquel hablarle de la edad pasada,  
Inmutable en su empeño de tenerle

Por una aparicion ; las menudencias  
Que á su casa y hermanos pertenecen,  
Referidas cual cosas que él no ignora ;  
Y su dificultad de responderle ;

A su conversacion con la nodriza  
Dan un confuso vago, y otras veces  
Tan misteriosa oscuridad, y un giro  
Tan tierno y melancólico, que ejercen

Gran poder en el pecho de Mudarra  
Y en su imaginacion, rica y ardiente.  
Elvida por su parte solo anhela  
Que de la tarde el término se acerque,

Para que venga á su apartada choza,  
Pues vive solo para amarle y verle.  
Siempre al llegar, le abraza y acaricia,  
Y preparado algun refresco tiene :

Ya dulces limas, peros ó naranjas,  
Ya requesones ó cuajada leche,  
Ya bollos, blanca miel y seca fruta,  
U otra cualquiera pequeñez, que suele

Vasco buscar por su mandato en Sálas,  
Y que Mudarra acepta y agradece ;  
Aunqué ve con dolor que al retirarse,  
Como de sus respuestas nunca quede .

Satisfecha la pobre, se la deja  
Atormentada y pesarosa siempre,  
Y con llanto en las áridas mejillas,  
Porqué ya su Gonzalo no la entiende.

—La tarde pues á que llegado habemos,  
Que es la del dia clásico y solemne  
En que se celebró la ceremonia  
De legitimacion, cuando impaciente

Dejó la mesa y los cansados brándis  
Mudarra, y á vagar al campo fuése ;  
Pensó á la choza de la pobre Elvida,  
En declinando el sol, ir como suele.

Pero á sus varios pensamientos dando  
Larga rienda en los bosques, á perderse  
Llegó en su laberinto, y persiguiendo  
A traves de malezas y vertientes

Una ave extraña de gallarda pluma,  
Que de una en otra rama el vuelo tiende,  
Al espirar la luz, se halló enselvado,  
Y tuvo que pensar en recogerse.

Dejémosle alejado de la choza,  
Pues lo dispone así su buena suerte;  
Y volvamos á Sálas y al palacio,  
Donde aun siguen las fiestas y banquetes.



El que se celebraba con gran pompa  
En el alto salon de los doseles,  
Duró, aunque sin el ciego y sin el moro,  
A fuerza de brindar grato y alegre.

Se habló de guerra, pesca y cetrería,  
Dealcones, galgos, armas y corceles;  
Se contaron hazañas de otros tiempos,  
Se trató de navarros y leoneses;

Y tambien pronunció largos discursos,  
Con general aplauso, el arcipreste,  
Citando las sagradas Escrituras,  
Que, cual habemos dicho, era su fuerte.

El que se celebraba á cielo abierto  
En el gran patio á do acudió la plebe,  
Como gárrula banda de pardales  
Al volcado costal de trigo suele;

No fué tan ordenado y tan tranquilo,  
Si mas alborotado y mas alegre,  
A medida que se iban agotando  
Las botijas, los zaques y toneles.

En él regocijados asistían  
Con todas sus familias los sirvientes  
Antiguos del palacio, labradores,  
Hombres de armas, sus hijos y mujeres;

Del heraldo del conde de Castilla  
Los maceros y guardas, y la gente  
Perdida del lugar, entre los cuales  
Figuraba el primero Vasco Pérez;

Gañanes y pastores del contorno,  
Y tambien los esclavos cordobeses,  
Que vinieron con Zaide y con Mudarra,  
Y que vivienda en el castillo tienen.

Estos de un gran disgusto y de discordias  
Fueron la causa entónces. Como hubiese  
Cobrado en toda Sálas, y aun en toda  
Castilla gran valor la extraña especie

De que era el jóven cordobes Gonzalo,  
Que por mágicas artes y celeste  
Disposicion, para vengar al padre,  
Tornaba al mundo; y como todos viesen

En Zaide un sabio encantador; juzgaban  
A los siervos humildes y obedientes,  
Que le acompañan por do quier, demonios,  
Espíritus, fantasmas, que parecen

Hombres y no lo son; y con sospecha  
Eran mirados y evitados siempre,  
Cual entónces se vió, pues todos, todos  
Huyeron su contacto en el banquete.

Mas cuando los manjares humeando,  
Y el olor del aloque y del clarete  
El apetito universal abrieron,  
Y los mas avisados, sin hacerles

Melindres, se arrojaron decididos  
A ejercitar las garras y los dientes;  
Olvidóse el temor de los fantasmas,  
Y aunáronse cristianos con infieles.

De estos algunos, sin hacer memoria  
Ni del Coran ni del Profeta, alegres  
Se arrojaron al vino y al torrezno,  
Como á pasas ó á dátiles silvestres.

Pero otros á agua pura y carne seca,  
Haciendo á lo demas ascos y dengues,  
Se atuvieron, y sobrios se mostraron,  
Guardando sus costumbres y sus leyes.

Caleb, el mas anciano y de mas cuenta,  
Favorito de Zaide, cabo y jefe  
De todos los demas, y cuya barba  
La edad ha convertido en plata ó nieve,

Rígido observador de los preceptos  
De la ley musulmana, al punto advierte  
La prevaricacion de aquellos viles,  
Y el buen comportamiento de estos fieles.

Elogiando á los unos, á los otros  
Con palabras durísimas reprende;  
Y arrastrado de ciego fanatismo,  
Les manda retirarse del banquete.

Causó escándalo grande en los cristianos  
La disciplina rígida del jeque;  
Y salieron á plaza aquellos chistes,  
De *alcuzcuz*, *zancarron*, y otras sandeces.

Caleb, en alta voz y en chapurrado,  
Quiso probar á la indignada gente,  
Ser los cerdos inmundos animales,  
Y el vino pernicioso y vil deleite;

Pero Sancho, el porquero de la villa,  
A quien asunto tal la honra le hiere,  
La defensa tomó de su ganado  
Con gran calor; y aun procedido hubiese

A enarbolar el puño, si Melendo,  
Tabernero de Sálas, hombre fuerte  
Y de gran voz, entre él y su contrario,  
El vino defendiendo, no se mete.

Un anciano escudero, de la fiesta  
Director, encargado y presidente,  
Logró aquietar los ánimos, y pudo  
Ver la tranquilidad restablecerse.



Al cabo de buen rato, cuando había  
Echado algunos tragos Vasco Pérez,  
Dos rábanos se ató largos y gruesos,  
A guisa de dos cuernos, en las sienas;

Tocó del capador el agrio pito  
Formado de cañutos diferentes,  
Y haciendo contorsiones y visajes,  
Llamó á sí la atención, y al pueblo ofrece

Cantar alguna jácara ó letrilla,  
Que á nadie ofenda, y que al concurso alegre,  
Si es que el porquero con su ronco cuerno  
Hacerle son y acompañarle quiere.

Se aceptó la propuesta con aplauso ;  
El porquero prestóse, y hechos fuele  
Sus labios del remate retorcido  
De su vil instrumento, hace que suene.

El bellacon de Vasco al punto entona,  
Con gran silencio y gusto de la gente,  
Este romance necio, inoportuno,  
Pero que estaba en boga con la plebe.

El valeroso Pelayo  
Cercado está en Covadonga  
Por cuatrocientos mil moros  
Que en el zancarron adoran.

Solo cuarenta cristianos  
Tiene, y aun veinte le sobran ;  
Pues la Virgen le ha ofrecido  
Darle completa victoria.

Sale de la cueva un dia,  
Sus pendones enarbola,  
Y con espadas y chuzos  
Al campo moro se arroja ;

Pero resistir no puede  
 A los perros de Mahoma,  
 Y á la cueva se retira  
 Con pérdida, aunque con gloria.

Tornó á salir otra tarde,  
 Y tampoco el triunfo logra;  
 Y retiróse, la espada  
 Teñida de sangre mora.

Por tercera vez intenta  
 La batalla peligrosa,  
 Y tambien que recogerse  
 Tuvo, mas con fama y honra.

Entónces muy angustiado,  
 De la Virgen santa implora,  
 Que la palabra le cumpla,  
 Y que le dé la victoria.

Y la Virgen le responde:  
*Mañana de Covadonga*  
*Saldrás, querido Pelayo,*  
*Si es que mis consejos tomas:*

*En vez del rojo estandarte,*  
*Medio marrano enarbola,*  
*Y en vez de dardos y flechas,*  
*Huesos de jamon arroja;*

*Y esgrime botas de vino,*  
*En vez de espadas y azconas;*  
*Verás cómo á la morisma*  
*Vences, rindes y acogotas.*

Hizólo así el buen Pelayo,  
Y al ver las moriscas tropas-  
Que tocinos por enseñas  
Saca la hueste española ;

Quedáronse boquiabiertos,  
Y en sus tripas se alborota  
El alcuzcuz trasnochado,  
Y la sangre se les corta.

Al ver llover zancarrones  
De perniles, se acongojan ;  
Y para que no les pringuen,  
Con las adargas se embozan ;

Y llegando ya á los golpes,  
Al sabroso olor que brotan  
Empinadas por cristianos  
Las cristianísimas botas ;

Las ranas, que de los moros  
En el vientre el agua forma,  
Alzaron tal chichirreo  
Que los confunde y atonta.

Entónces desenvainando  
Las espadas cortadoras,  
Cuatrocientas mil cabezas  
De los perros de Mahoma

Los valerosos cristianos  
Siegan, hienden y detrozan ;  
Concediendo así la Vírgen  
Al gran Pelayo victoria.

Con gran grita, palmadas y contento  
Se recibió el romance impertinente  
Por los cristianos ; mas con negro encono  
Y furor por los moros cordobeses.

Caleb, ardiendo en ira y blasfemando,  
Con ambos puños para Vasco fuése ;  
Vasco con una lonja de tocino,  
Dando risadas, adargarse quiere.

A su defensa acuden el porquero  
Y Melendo el jayan, dos matasietes,  
De una gorda cachera aquel armado,  
Y de un dornajo de madera este.

Empuñan los alarbes sus gumías ;  
Cuchillos y asadores diligentes  
Empuñan los de Sálas ; de ambas partes  
Vuelan jarros, botijas y zoquetes.

El sacristan trepando en una mesa,  
Arroja por el aire su bonete ;  
“Anatema !” pronuncia en roncás voces ;  
“El antiguo milagro se renuevé.”

Y arbolando un pernil ó pestorejo,  
Grita : “*In hoc signo vinces.*” Cunde y crece  
Súbita confusion : lloran chiquillos,  
Chillan y se desmayan las mujeres ;

Y los pajes solícitos retiran  
A las mas asustadas y mas verdes,  
A los rincones del establo oscuro,  
Tras los pozos, pilares y pesebres.

Sus alas de murciélago, bramando  
Por todas partes la Discordia extiende ;  
Y mas de mil cristianos tal vez iban  
A ejecutar en musulmanes veinte,

Lo que ayudado de cuarenta amigos,  
Con cuatrocientos mil hizo en allende  
El glorioso Pelayo ; pues las voces  
Del anciano escudero nada pueden ;

Cuando de los señores á la mesa  
Llegó el estruendo de la airada gente,  
Y la noticia de que al punto en sangre  
Iba inundado el ancho patio á verse.



Nuño, que al ciego padre acompañaba,  
Del retiro salió, y el arcipreste  
Dejó la presidencia del convite,  
Y Zaide el noble asiento que en él tiene ;

Y arrójanse los tres á la escalera,  
Acia la escena trágica descenden,  
Y entre la confusion y muchedumbre,  
Tranquilidad pidiendo y paz, se meten.

Su presencia y su voz calmó á la turba,  
Como calmarse de repente suele  
Alborotada escuela de muchachos,  
Cuando el dómine y férula aparecen.

En gran silencio y cabizbajos todos  
Quedan, aquellas armas diferentes  
Que ministró el furor, pasmados sueltan,  
Y de su necio encono se arrepienten.

Zaide á los suyos con airado rostro,  
Trémulos labios, arrugada frente  
Y palabras durísimas, recuerda  
Cómo portarse en casa extraña deben

Los huéspedes honrados; y les manda  
Que ó bien allá en sus cámaras se encierren,  
O que de buena gracia y fe á los usos  
Del pueblo donde están, todos se presten.

Nuño, ménos mirado, (está en su casa)  
Reparte sendos palos y cachetes,  
De los que por su mal no se escaparon  
Ni el sacristan, ni el atrevido Pérez,

Ni Melendo, ni Sancho. Furibundo  
Recuerda al pueblo todo los deberes  
De la hospitalidad franca y sencilla,  
A que derecho el extranjero tiene ;

Y amenaza á la turba consternada,  
Con que, si acaso á desmandarse vuelven,  
Laechará á puntillones del palacio,  
Y cerrará las puertas y cancelos.

Cuando Zaide y Salido concluyeron,  
Tomó en todo la mano el arcipreste,  
Y echó á los dos partidos ya aquietados  
Una florida plática no breve :

Con citas de las santas Escrituras,  
De la paz demostró los dulces bienes,  
Y matando dos pájaros de un golpe,  
Convenció á los paganos y á los fieles.

En esto aparecieron por fortuna  
La gaita, el tamboril y el panderete ;  
Y al agrio tono, al golpe mesurado,  
Y al repicar sonaja y cascabeles,

Renació mas lozana la alegría  
En la, si ántes feroz, ya humilde gente.  
El pasado disgusto fué una nube  
De verano, que rápida ennegrece,

Turba y confunde el cielo, truena y arde,  
Centellea, graniza, silba y llueve;  
Y cuando los ganados y los hombres  
Ser llegada la fin del mundo temen,

Vuela, pasa, se rompe, se disipa,  
Mas hermoso á brillar el aire vuelve,  
Mas azul el zafir del puro cielo,  
Y el sol canicular muy mas ardiente.

Al rumor de los toscos instrumentos  
La turba juvenil dispone en breve  
La danza prima, y en gozosa rueda  
Los pajes y robustos mozalvetes .

Con las mozas del pueblo hacen alarde  
De sus ágiles piernas; se entretejen  
En vistosas figuras, y siguiendo  
El medido compas, el paso mueven.

Los hombres ya máchuchos regresaron,  
Seguidos de sus madres y mujeres,  
A las volcadas mesas y á los restos,  
Que en desórden quedaron del banquete.

Todo es ya paz, cordialidad y gozo :  
Nadie guarda rencor; todos parecen  
Una familia. El Sancho y el Melendo  
(Aun la leccion de Nuño les escuece)

No piensan ya en reñir, y mas sesudos  
En repasar los huesos y toneles  
Se ocupan, y en reparo de sus iras,  
Con sus contrarios mano á mano beben.

Caleb, habiendo visto que no agrada  
A su señor el zelo impertinente,  
La austeridad depuso, y hay quien dice,  
Que se le vió brindar con Vasco Pérez.

Lo cierto es que ya estaban tan unidos  
Los cristianos y alarbes, que el bonete  
Del sacristan andaba en la cabeza  
De uno de los esclavos cordobeses.

Disfrazar se dispuso al podenquero  
De moro; y empezó la turba alegre  
Con grandes carcajadas á vestirle,  
Como en carnestolendas al pelele.

Su gordo, cascarrioso y roto sayo  
Con remiendos de telas diferentes,  
En una airosa juba recamada  
De purpurino paño se convierte.

Las anchas bragas de listado lino  
Sus toscas piernas, sin abrigo siempre,  
Cubren, y datilados borceguíes  
De sus piés sucios callos y juanetes.

En vez de la mugrienta caperuza,  
En torno á la cabeza le revuelven,  
Sobre casqueta de risueña grana,  
Una pintada tela del oriente;

Le cuelgan un tajan y una gumía,  
Ambos pendiendo de cordones verdes ;  
Y un albornoz sobre sus hombros echan,  
Que baja en nobles y anchurosos pliegues.

Y como una mozuela reparase,  
Que el *Cide* podenquero, *Abenju-Pérez*,  
Era lampiño, al punto le embadurnan  
Barba y labios con tizne de sartenes.

Muy bebido está, sí, mas no borracho,  
Porqué ha comido mucho : está cual deben  
Los buenos divertidos bebedores,  
Esto es, nada pesado, sinó alegre.

Se le ocurrieron tan agudos chistes,  
Aunqué acaso picantes y soeces,  
En general tan nuevos y oportunos ;  
Discurrió tales burlas inocentes ,

Y remedó con perfeccion tan grande  
A Mudarra y á Zaide, que merece  
Aplauso universal, y fué el encanto  
La tarde toda de la turba alegre.



Yéndose en tanto el sol á otro hemisferio  
Cercano andaba ya del occidente,  
Y el término llegó de aquella fiesta :  
Que cuanto el mundo ve, término tiene.

Con pértiga de plata el mayordomo  
Puesto en un corredor, grita á la gente  
Mandando despejar, por ser la hora  
De que el palacio sosegado quede.

Recogen pues los padres sus familias,  
A poner todo en órden los sirvientes  
Comienzan, y pasando por el patio  
Los nobles, los hidalgos y arcipreste,

A sus casas é iglesia se retiran,  
Seguidos de los suyos. Los cancelles  
Del postigo la turba al fin traspasa,  
Y á la desierta villa el pueblo vuelve.

El podenquero entónces solicita  
Del dueño del vestido, que le deje  
Ir á ver á su madre en aquel traje,  
Y en el momento regresar ofrece.

Accedió el musulman; y él disfrazado  
Del palacio salió sin detenerse,  
Y la senda tomó que va á su choza,  
Ágil, sin tropezar ni dar traspieses.

Engañar á la vieja á su llegada,  
Y que le tenga por Gonzalo quiere;  
Puesto que en contrahacer su aire y su porte,  
Le han elogiado todos de eminente.

Iba ensayando el modo en que Mudarra  
Con el ancho albornoz el cuerpo envuelve,  
Y su andar, y el mover de la cabeza,  
Y aquel aspecto soñador que tiene,

Y habiéndose encontrado en el camino  
Dos hombres, forasteros le parecen,  
Que le observan tal vez como turbados,  
Y que se apartan con sospecha al verle.

Recuerda que hacen esto mismo todos  
Cuantos hallarse con el jóven suelen,  
Sabiendo que es fantástica figura,  
O prodigioso encanto; y muy alegre

Se persuadió que ya le contrahacía  
Con tal primor y tan exactamente,  
Que por el mismo original que copia,  
Aquellos dos incógnitos le tienen.

Siguió ufano con este pensamiento,  
Pero aun mas se alborozaba y se envanece,  
Cuando en el mismo error puso á su madre,  
Al punto de llegar al pobre albergue,

Pues la infeliz Elvida, que á la puerta,  
Viendo ser ya muy tarde y que no viene  
Mudarra, ó segun ella su Gonzalo,  
Estaba cuidadosa; cuando tiende

Por la senda la vista, y aquel moro  
Ve por ella venir, no se detiene  
En hacer mil extremos con los brazos,  
Y en esforzar la voz lo mas que puede

Con tiernas expresiones de cariño.  
Y al llegar Vasco, abrázale de suerte  
Que completó su engaño doloroso;  
Saliendo de él tansolo, cuando hieren

Su torpe oído las risadas necias  
De aquel farsante, máscara ó pelele.  
Al conocer la burla, y cerciorarse  
De que es al hijo al que abrazado tiene,

Ardió en tal rabia la burlada Elvida,  
Que ciega de furor soltó un torrente  
Sobre el buen disfrazado, de improperios.  
Pero viendo la vieja que no puede

Reñirle por la infame borrachera,  
Porqué en su seso el podenquero viene;  
Ni por olvidadizo, pues el pobre  
Le trae una fineza del banquete;

Para dar á su cólera desfogo  
Halló en el traje asunto suficiente.  
A la juba, alquicel, faja y turbante  
Con desatada lengua echó mil pestes,

Y en lugar de gritar por el engaño,  
Que fué lo que sintió, gritó por verle  
Vestido como infiel, con atavíos  
Que el demonio trazó para su gente:

Porqué es harto comun, si por aquello  
Que de veras nos pica y nos ofende,  
No queremos reñir ó no es posible,  
Reñir por otra cosa, sea cual fuere.

Sufrió la tempestad el pobre Vasco  
Con mansedumbre grande, y no comprende  
Cómo lo que en la fiesta mereciera  
Del pueblo todo los aplausos, puede

Merecer en su choza tal disgusto;  
Sin ocurrir á su infeliz calletre,  
Que son de tiempo y de lugar las gracias;  
Que el donaire de aquí ser allá suele

Insulto ó necedad, y que el chistoso  
Lo es para su familia raras veces.  
Calló pues, que era humilde con su madre,  
Y no se atrevió nunca á responderle.

—Empezaba la noche destemplada,  
Y al palacio tornar Vasco resuelve;  
Mas de la airada vieja al despedirse,  
Remedar se le ocurre nuevamente,

El modo de ausentarse de Mudarra  
Y las palabras que le dice siempre,  
Pues se lo han aplaudido y regañado,  
Cosas ambas que excitan y promueven

Cualquiera propension; y tras la suya  
De tal manera sin sentirlo fuese,  
Que la madre, que estaba ya en silencio  
(Aunque mohina porque no parece

Su encantado garzon, y es casi noche)  
Otra vez en tal ira el pecho enciende,  
Que está el hijo á cien pasos, y aun furiosa  
Con sus voces las sombras ensordece.



A la mitad de la escabrosa senda,  
Que desde Sálas á la choza viene,  
Hay un desfiladero y estrechura,  
Que por un lado cierran las paredes

De una incendiada quinta y los escombros,  
Y por otro barrancas, donde crecen  
Árboles gigantescos y zarzales,  
Sitio escondido y temeroso siempre.

Llegó á aquel sitio Vasco, cuando apénas  
En las lejanas cumbres de occidente  
Un escaso crepúsculo quedaba,  
Pronto entre negras nubes á perderse,

A la postrer mirada semejante  
De un moribundo. En cuanto puso Pérez  
El pié en lo estrecho, los escombros salvan  
Dos hombres, cuyos rostros ver no puede,

Aunqué sí fulgurar sendos puñales  
En sus manos. Osados le acometen  
En gran silencio; mas con tanto arrojo  
Que en tierra le derriban y le hieren.

Le valió al desdichado su turbante,  
Y del ancho albornoz los dobles pliegues,  
O acaso mas los gritos y las voces  
Con que el campo atronó; pues de repente

De las barrancas, troncos y malezas  
Un blanco bulto sale y aparece,  
Que esgrimiendo un alfanje con gran brio  
A los dos asesinos arremete.

Estos sobrecogidos, sin aliento  
Huyen al punto, abandonando á Pérez;  
Como tal vez dos lobos que voraces  
Un tierno recental rendido tienen,

Cobardes huyen del mastin gallardo,  
Que de improviso llega y los sorprende.  
El vencedor los sigue; pero pronto  
Entre escombros y sombras se le pierden;

Y como oyó al momento dos caballos  
Alejarse á galope, envaina y vuelve  
A la senda, donde halla al podenquero,  
Puesto ya en pié, con dos heridas leves;

El cual turbado entre el dolor y susto,  
A su libertador, al que le debe  
La vida, reconoce. Era Mudarra,  
Que habiéndose alejado mas que suele,

Y viendo entrada ya la noche oscura,  
Atravesando eriales, diligente  
Se retiraba á su palacio, y pudo  
Los gritos escuchar de Vasco Pérez.

Indignó á toda Sálas tal suceso ;  
Mas á los pocos dias acontece  
Otro, que consternó los corazones  
De cuantos interes por Lara tienen.



Acercóse á la puerta de la choza  
De Elvida á prima tarde un penitente  
Devoto peregrino. Allí en voz alta  
Entonó varios cánticos y preces,

Y despues pide humilde y compungido  
Que calentarse en el hogar le dejen.  
Compasiva la vieja le da entrada,  
Y un asiento solícita le ofrece.

El tal huésped al punto con gran arte  
Sobre recuerdos de los Laras mueve  
La plática, y al cabo sobre el moro,  
De quien tantos prodigios se refieren.

Tragó el anzuelo la infeliz nodriza :  
Que era Gonzalo aseguró mil veces,  
Y empezó á lamentarse, (que es su tema)  
De que ya la ha olvidado y no la quiere;

Y de que el raro encanto con que vive,  
Tanto dominio en su memoria ejerce,  
Que apenas guarda ya recuerdo alguno  
De aquel tiempo feliz de sus niñeces.

Sobre lo cual la pobre insiste y llora,  
Affligida diciendo, que por verle  
Recordarse con ella de los días  
Pasados, diera con placer los breves

Años que le quedaban de existencia,  
Y así lograra sosegada muerte.  
El sagaz peregrino acalorando  
A la infeliz, se porta como suele

El pescador, que al grueso pez que pica  
Y se clava el anzuelo, del carrete  
Suelta todo el torzal, para que nade  
Y trague mas y mas el cebo aleve.

Dióle pues cuerda larga á su manía :  
De su afliccion mostrando conmovearse  
Y querer reparar su desventura,  
Así al cabo le dice : “ Tal vez puede ”

“Remediarse el olvido en que el encanto,  
Para con vos á ese mancebo tiene.  
Yo mismo....pero no....no me es posible....  
Cantidad corta traje, y tantas veces ”

“ He dado en varias partes de limosna  
 “ Grandes porciones, y con fruto siempre,  
 “ Que no puedo dar mas....”—“ Qué!” interrumpe  
 La nodriza, “ remedio hallarse puede ?”

“ Y vos?... vos lo tenéis?”—“ Sí, yo lo tengo,  
 “ Y eficaz,” respondióle el penitente;  
 “ Pero no lo daré, que es gran reliquia :  
 “ Arena es del Jordan, cogida en viérnes”

“ Del sitio en que Jesus fué bñautizado.  
 Polvos de alta virtud, que si los bebe  
 Un muerto, como Lázaro al instante  
 En robustez completa á vida vuelve.”

“ El encantado que á probarlos llega,  
 Se encuentra en libertad salvo, y no pierde  
 El poder que el encanto le prestaba,  
 Pues si era con buen fin, se aumenta y crece.”—

Esto oyendo, á sus plantas arrojóse  
 La desdichada Elvida, y con vehementes  
 Expresiones le pide alguna parte  
 De tan santa reliquia, porqué quiere

Dársela á su Gonzalo. Como bronce  
 El hombre se sostuvo, y muchas veces  
 Se la negó, logrando que otras tantas  
 La importuna nodriza se lo ruegue.

Mostró ablandarse al cabo, y le pregunta  
Si agua, vino ó manjar alguno tiene,  
De que segura esté que su Gonzalo  
Solo haya de probar, no otro viviente.

Ella al punto delante le presenta  
Una escudilla con migada leche,  
Diciendo se la tiene preparada  
Para que aquella tarde la meriende.

Incorpórase al punto el peregrino,  
Dentro de su zurron la mano mete,  
Y sacando una caja, en la escudilla  
Gran cantidad de polvos blancos vierte;

Y encargando á la vieja que ninguno,  
Sinó Gonzalo, coma aquella leche,  
Oyendo que alguien se acercaba al chozo,  
Se inmutó, despidióse y listo fuése.



Era quien se acercaba, el podenquero,  
Cantando en alta voz, y muy alegre  
Entró á anunciar á su contenta madre,  
Que á verla, detras de él Mudarra viene.

Salió Elvida á la puerta de la choza  
A esperar su llegada como siempre,  
Y en tanto un galgo corredor, que acaso  
Ha venido siguiendo á Vasco Pérez,

Saltó sobre la mesa donde estaba  
La escudilla, que al punto atisba y huele,  
Y de dos tragantadas deposita  
El contenido en su insaciable vientre.

Al rumor que causó, tornó la vieja  
La faz, y al ver deshechas de tal suerte  
Sus esperanzas todas, lanza un grito,  
Y va á ver si salvar aun algo puede ;

Y miéntras Vasco en carcajadas rompe,  
Ella en el robador, que huye y se mete  
Bajo del tosco lecho, furibunda,  
Ya que no golpes, maldiciones llueve.

Pero quedóse helada, cuando mira,  
Como si algun poder ellas tuviesen,  
Salir con ambos ojos hechos brasas  
De su refugio al perro de repente,

Y que lanza un aullido doloroso,  
Da tres rápidas vueltas, se estremece,  
El pelo se le eriza, cae al suelo,  
Revuélcase convulso, y gime, y muere,

Blanca espuma arrojando por la boca,  
Con un palmo de lengua seca y verde,  
Y quedándose yerto, hinchado, hirsuto,  
Con muestras de empezar á corromperse.

Llegó de dos monteros escoltado  
Mudarra en aquel punto, y le suspende  
Hallar en tanta confusion la choza,  
El perro muerto, sollozando á Pérez,

Consternada á la vieja. Les pregunta  
De aquel desman la causa, y varias veces  
Lo torna á preguntar. Al cabo Elvida,  
Con tan simple candor y tan patente

Sencillez y franqueza, todo el caso,  
Sin callar circunstancia, le refiere,  
Que quedó su inocencia acrisolada  
Y su sana intencion ; pues aun mantiene

El pensamiento mismo, y como prueba  
Del poder santo que los polvos tienen,  
El reventar el animal con ellos  
Por la profanacion, la tonta ofrece.

Demudóse Mudarra, penetrando  
Cuál su peligro ha sido : no se mete  
En sacar de su error á la nodriza,  
Y á los dos ballesteros manda vuelen

Al punto en sus caballos, que recorran  
Montes, valles y selvas, que se esfuerzen  
Por descubrir do quiera al peregrino,  
Y que si hallarle por ventura pueden,

Le detengan, le amarren, y al momento  
Al castillo de Sálas se le lleven.  
Obedecieron sin chistar : Mudarra  
Abraza á Elvida ; más de lo que suele,

La acaricia y consuela, y recogiendo  
La taza, que del polvo aun restos tiene,  
Del podenquero acompañado parte,  
Y á su palacio presuroso vuelve.

Habló al punto con Zaide y con Salido,  
Y aquel en los residuos de la leche  
Descubrió un activísimo veneno,  
Que rompe las entrañas de repente.

Los dos abrazan al garzon, y tiemblan :  
Ocultar el suceso ambos resuelven  
Al ciego padre, y con afán esperan  
Que los monteros en la selva encuentren

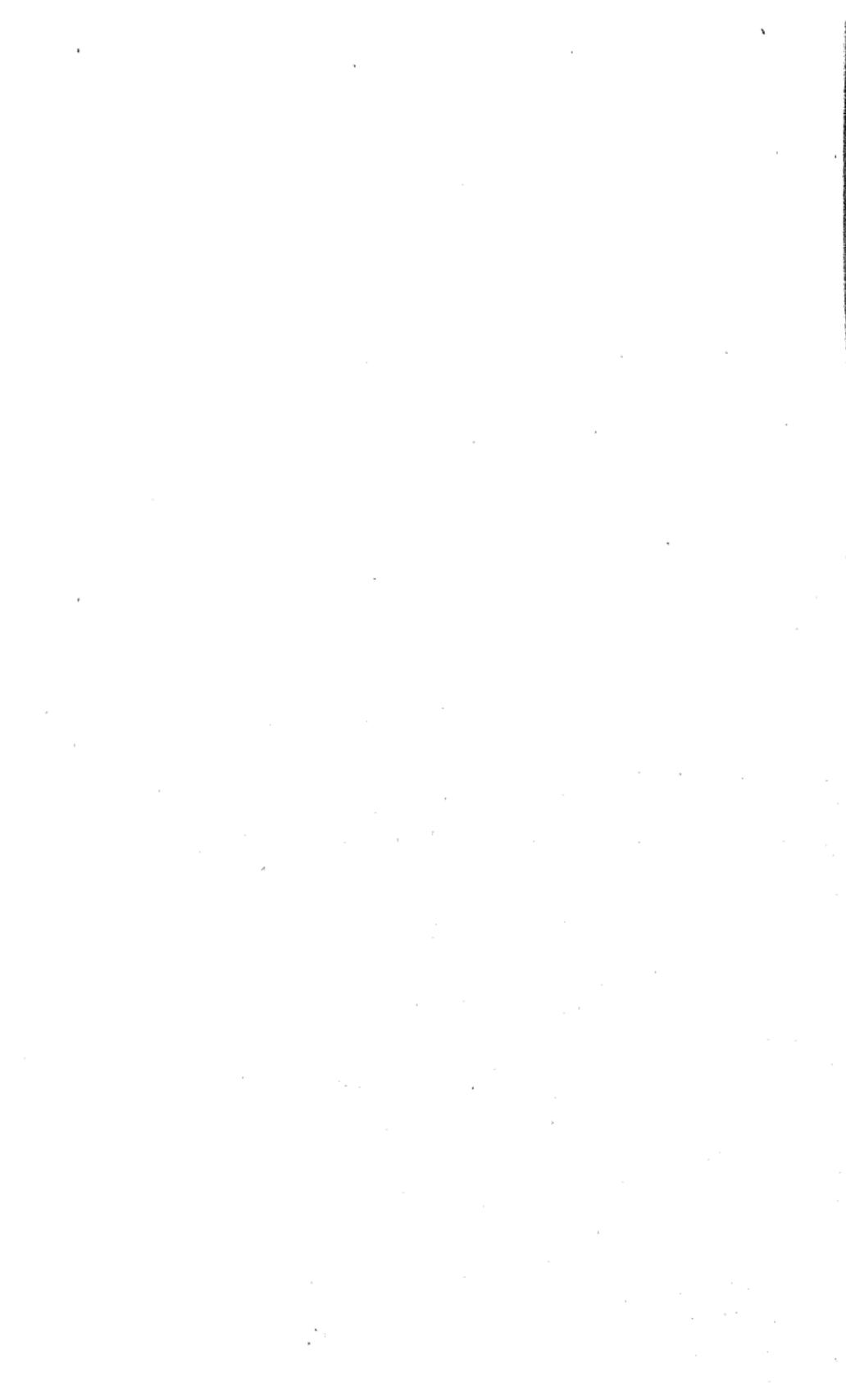
Al envenenador. A media noche  
Regresan estos, pero solos vienen :  
No han encontrado á nadie en los contornos,  
Y á unos pastores la noticia deben

De que un hombre embozado, á media tarde,  
En un caballo negro, diligente  
Salió del bosque donde está la choza  
De la nodriza, y acia Búrgos fuése

Como una exhalacion, atravesando  
Campos y selvas. Las sospechas crecen  
De Zaide y Nuño, y cautos determinan  
Jamás de vista, ni un momento breve,

A Mudarra perder, y que una escolta  
De hombres armados le acompañe siempre  
Los pocos dias que tansolo faltan,  
Para que el plazo del combate llegue.





# NOTAS.

---

## 1.ª Página 2.

Que duerme mudo en las vecinas playas.

Se empezó esta obra en la isla de Malta, en una casa de campo que está á la orilla del mar, por el mes de setiembre del año 1829.

## 2.ª Página 6.

Y al Hagib Almanzor su tierna hermana.

*Hagib* ó *Alhagib* equivale á ministro principal de palacio, ó primer ministro del imperio. Fué el cargo que obtuvo Almanzor en el reinado de Hixcen, sin que fuera nunca rey ni emperador, como le titulan nuestras historias y antiguos romances; aunque gobernó el imperio muchos años casi exclusivamente, tanto por su valor y entendimiento, como por el genio indolente y oscuro de Hixcen, tercero de su nombre, de quien dice Conde en su *Historia de la dominacion de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias arábigas*, lo que sigue: “El rey Hixem, así por sus pocos años como por su natural inclinacion, no pensaba sinó en sus juegos é inocentes placeres; no salía de sus alcázares y deliciosos jardines, ni deseaba otras distracciones ni recreos, que no conocía....Sabur, el persiano, que había sido camarero del rey Alhakem, y había venido de Mérida para la jura

“ del rey Hixem, quiso hablar con él ántes de su partida,  
 “ y la sultana Sobeiha le excusó la visita de acuerdo con  
 “ el Hagib Muhamad, ( Almanzor ) y luego partió para  
 “ Algarbe ; y los demas Walfes á sus provincias.”

3.<sup>a</sup> Página 10.

Do el ángel Azrael victoria canta.

*Azrael* era, segun la creencia musulmana, el ángel que separaba en la hora de la muerte el alma del cuerpo.

4.<sup>a</sup> Página 12.

De Omar, Wali glorioso de Toledo.

*Wali*, prefecto ó gobernador de provincia.

5.<sup>a</sup> Página 15.

Llegó en la hermosa luna de Giumada.

Los nombres de los meses ó lunas entre los árabes eran los siguientes por este orden : *Muharram*, *Safer*, *Rabié primera*, *Rabié segunda*, *Giumada primera*, *Giumada segunda*, *Regeb*, *Xaban*, *Ramazan*, ( este era el mes de penitencia, ayuno y expiacion ) *Xawal*, *Dyleada* y *Dylhagia*.

6.<sup>a</sup> Página 15.

Despues que el Almueden, de la mezquita.

*Almueden*, sacristan, mullidor de mezquita, que pregona y llama con grandes voces á la oracion desde lo alto del *alminar* ó torre.

7.<sup>a</sup> Página 17.

Que á las eternas Huris deslustraran.

*Huris* eran las doncellas inmortales, habitadoras del

paraíso, destinadas para ser allí compañeras eternas de los buenos musulmanes.

8<sup>a</sup> Página 19.

El anciano Cadi con verdes ropas.

*Cadi*, gran juez, presidente del consejo.

9<sup>a</sup> Página 20.

En que va el *acidaque* de la esposa.

*Acidaque*, la dote.

10<sup>a</sup> Página 21.

Oscurecía al templo de la Caaba.

El templo de la Caaba, ó la casa cuadrada, era un templo antiquísimo de la Meca, que se dice fundado por Abraban, ó por Ismael, al que hacían los musulmanes su peregrinacion santa. Fundóla el rey Abderalman el año 786 de nuestra era. Él mismo trazó el plan de la obra, que se propuso fuese semejante á la de Damasco, superior á la de Bagdad y comparable á la Alaksá en la Casa santa de Jerusalem. Gastó en ella mas de cien mil doblas de oro, y murió ántes de acabarla. CONDE *en la obra citada.*

Convertido este suntuoso y extraño edificio en catedral, se conserva hoy casi intacto, sin mas variaciones que las que han sido indispensables para el culto católico.

11<sup>a</sup> Página 22.

Y concluido el *azalá* escucharon.

*Azalá*, oracion. Eran cinco: *Azohbi*, del alba; *Adohar*,

del medio día; *Alasar*, de la tarde; *Almagrib*, al ponerse el sol, y *Alatema*, al anochecer.

12<sup>a</sup> Página 22.

Que desde el alminbar de cedro y oro.

*Alminbar*, púlpito.

13<sup>a</sup> Página 22.

Pronunció el *Almocrí* con voz pausada.

*Almocrí*, lector de mezquita.

14<sup>a</sup> Página 24.

Y los Amires, y *Giafar* con ellos.

*Amir* ó *Emir*, jefe, general, príncipe.

15<sup>a</sup> Página 24.

De Córdoba *Wacir*, del regio alcázar.

*Wacir*, ministro principal, gobernador de ciudad.

16<sup>a</sup> Páginas 25 y 26.

Allí cantaste tú, morisco Homero,  
Jusef-Aben-Harum, al son del arpa.

También Aben-Isá, que en el oriente  
Consiguió por su verso ilustre fama,  
Y Alhasan, y Albuker allí cantaron,  
Y Lobna bella, y el anciano Obada.

Grande era el aprecio que se hacía de los poetas entre los árabes de Córdoba, donde había academia pública de poesía, y donde los ingenios estaban muy festejados y recompensados por los príncipes y caballeros. El citado compilador de los manuscritos árabes dice en el capft. 92

de la segunda parte. “ Dió en Zahrâ una hermosa casa al  
“ célebre historiador Ahmed ben Said el Hamdani, que  
“ se ocupaba en escribir la historia de España : asimismo  
“ dió el rey casa cerca del alcázar á Jusuf ben Harûn el  
“ Arramedí, conocido por Abu Amar, el mejor ingenio  
“ de cuantos en este tiempo florecían en Córdoba : ha-  
“ bía presentado al rey dos elegantes poemas, uno *de la*  
“ *caza* y otro *de caballeria*. Refiere de él Abulwalid ben  
“ el Fardi, que él mismo contaba esto : Salí un dia despues  
“ de la zala del juma, y pasé el rio de Córdoba, y anda-  
“ ba en los jardines de Beni Meruân, y encontré en ellos  
“ una doncella esclava, que nunca en toda mi vida ha-  
“ bía yo visto otra de tal gentileza, ni tan hermosa como  
“ ella ; la saludé, y me respondió con mucha gracia,  
“ pues no solo era afable, sinó tambien en extremo dis-  
“ creta. El tono de su habla era de tanta dulzura, que  
“ regalaba los oidos, y se entraba por ellos en el alma,  
“ de suerte que su gentileza, su hablar y sus razones me  
“ rindieron el corazon. Le dije yo : Por Alá, ¿ te podré  
“ llamar hermana ó madre? — y ella me respondió :  
“ Madre, si quisieres. — Y dije entónces : ¿ De gracia,  
“ mereceré saber cómo te llaman? y me respondió : Llá-  
“ manme Halewa.— Con buenas fadas, dije yo, te pusie-  
“ ron tan dulce nombre.” &c. &c. Por huir la prolijidad,  
no copiamos el resto, en que se refiere cómo el poeta ena-  
morado de la esclava, hizo un viaje á Zaragoza para pedir  
á un amigo la cantidad necesaria para comprar á la don-  
cella, la que por desgracia tenía ya otro dueño, cuando  
volvió á Córdoba su amante. De aquí nacieron disgustos  
y hablillas, que despertando la curiosidad del rey, quiso  
ver á Halewa, y enamorado de su belleza, pasó con ella  
una mañana, mientras su amo estaba en la mezquita,  
oyendo el sermon del famoso Mondhir ben Said, que de

acuerdo con el rey se dilató mas de lo regular en su plática. Esto produjo al cabo nuevos disgustos para nuestro poeta, que estuvo preso y sufrió una larga persecucion.

Hablando dicho autor de la jura del príncipe Hixen dice : “Tambien manifestó su ingenio y gratitud al rey “ en esta ocasion el granadino *Aben Isá* el Gasani, que “ acababa de llegar de Egipto y de otros paises de oriente, “ donde había viajado de orden del rey Alhakem, y le “ presentó su geografía y una elegante descripcion de “ las comarcas de Elvira.” Y mas adelante : “ Como en “ este tiempo era tan estimada la erudicion y la poesía “ en España, hasta las mujeres en su retiro eran estudio- “ sas, y muchas se distinguían por su ingenio y buenos “ conocimientos. El rey tenía en su alcázar á *Lobna*, “ doncella muy hermosa, docta en gramática y poesía, en “ aritmética y otras ciencias. Escribía con singular elegan- “ cia y muy bellas letras, y el rey Alhakem se valía de “ ella para escribir sus cosas reservadas. No había en el “ palacio quien la igualara en agudeza de conceptos y “ suavidad de metros.”

*Alhasan* fué un poeta sevillano ; *Albuker*, otro de Damasco, y ambos florecieron por aquella época.

En la obra citada, tratando en el cap. 98 de cómo Almanzor honraba á los doctos, se lee: “ Se detenía poco “ tiempo Almanzor en las fronteras, y miéntras estaba en “ Córdoba, su casa era como una academia de sabios y “ de hombres de ingenio. La frecuentaba el malagueño “ *Obada* ben Abdala, que era de los mejores poetas de “ este tiempo en Andalucía, y escribió la historia de los “ poetas españoles y una célebre borda ó elogio de Anabi “ Muhamad....Hizo unos versos muy elegantes de impro- “ viso, y le dió el Wacir cien dinares de oro y su casa “ franca á todas horas....Estableció Almanzor una acade-

“ mia de humanidades, y solo tenían asiento en ella hom-  
 “ bres doctos, ya conocidos por obras útiles é ingeniosas  
 “ de varia erudicion en prosa ó en verso. Visitaba las  
 “ madrisas ó escuelas, y las aljamas y colegios, y se sen-  
 “ taba entre los discípulos, y no permitía que se inter-  
 “ rumpiese la enseñanza á su entrada ni á su salida. Daba  
 “ premios á los maestros y á los discípulos mas sobresa-  
 “ lientes.” &c.

Es muy curiosa la descripcion, que se halla en esta obra de Conde, de la boda del hijo de Almanzor, que se celebró en la *Almunia*, en su palacio y jardines. Aunque se ignora el sitio de estos, sospecho que sea el mismo, donde hoy está la *alameda del obispo*.

### 17.ª Página 42.

Par casi al Zualfaker en gloria y fama.

*Zualfaker* era el nombre del alfanje de Mahoma, que decía haberlo recibido del arcángel Gabriel, y lo dejó en herencia á su yerno Alí.

### 18.ª Página 50.

Tuvo en los Alimanes y Alfaquies.

*Aliman*, prefecto de la oracion en la mezquita. — *Alfaqui*, doctor de la ley.

### 19.ª Página 58.

Y era de los mozárabes azote.

Llamáronse *mozárabes* los cristianos que quedaron conservando su industria, propiedades y religion en las provincias de España invadidas por los árabes, sometiéndose á su gobierno. Los que permanecieron así en Toledo,

fueron los que alcanzaron mayores privilegios y proteccion, pues consiguieron seis iglesias, donde se celebraban los divinos oficios, y se administraban los sacramentos, con la misa y el rezo ordenados por san Ildefonso. Esto prueba que no eran aquellos dominadores muy intolerantes. Aun hoy se conserva en la catedral de Toledo una capilla dicha mozárabe, donde se sigue aquel antiguo rito.

La palabra *mozárabe* es corrupcion de *mixtárabe*, y segun otros, de *mustárabe*, voz arábica que significa vivir con árabes. Véanse Aldrete en sus *Antigüedades de España*, el *Chronicon* de Genebrardo, Mondéjar y otros autores.

20 ° Página 62.

Y el insigne Aberróes, á quien grata  
Abrió naturaleza sus secretos,  
Comentador del sabio de Estagira.

*Aberróes*, filósofo y médico cordobés, célebre por su obra de medicina titulada *El Colliget*, y por sus comentarios á Aristóteles y á Platon, floreció casi siglo y medio despues de Almanzor. Pero si Rafael de Urbino le colocó entre los antiguos filósofos en su gran cuadro de la *Escuela de Atenas*, bien puede disimularse al poeta el anacronismo de hacerle maestro de la hija de Giafar, por el gusto de mencionar á este esclarecido paisano suyo.

21 ° Página 70.

De Arrizafa en los campos desiguales,  
Donde hoy descuella un santo monasterio.

El convento de la Arrizafa está poco mas de un cuarto de legua al NO. de Córdoba, casi á la falda de la sierra, en un sitio apacible y ameno. Por allí debían de tener

los moros un cementerio, como lo demuestran varias losas halladas en aquel lugar con un turbante esculpido.

Conde, traduciendo los manuscritos árabes, dice : «Este año (756) mandó Abderahman labrar la Rusafa, cons-  
 «truyó y renovó la calzada antigua, y plantó allí una  
 «huerta muy amena : edificó en ella una torre que la  
 «descubría toda, y tenía maravillosas vistas, y en esta  
 «huerta plantó una palma, que era entonces única, y de  
 «ella procedieron todas las que hay en España. Cuén-  
 «tase que desde la torre solía contemplar aquella palma  
 «el rey Abderahman ; la cual acrecentaba mas que tem-  
 «plaba su melancolía, por lo recuerdos y memorias de su  
 «patria, y en estas ocasiones hubo de hacer aquellos ver-  
 «sos suyos *de la palma*, que andan en boca de todos.»

“ Tú tambien, insigne palma,  
 “ eres aquí forastera,  
 “ de Algarbe las dulces auras  
 “ tu pompa halagan y besan :  
 “ en fecundo suelo arraigas,  
 “ y al cielo tu cima elevas :  
 “ tristes lágrimas lloraras,  
 “ si cual yo sentir pudieras.  
 “ Tú no sientes contratiempos,  
 “ como yo, de suerte aviesa :  
 “ á mí de pena y dolor  
 “ continuas lluvias me anegan.  
 “ Con mis lágrimas regué  
 “ las palmas que el Forat riega ;  
 “ pero las palmas y el rio  
 “ se olvidaron de mis penas,  
 “ cuando mis infaustos hados  
 “ y de Alabás la fiereza  
 “ me forzaron á dejar  
 “ del alma las dulces prendas.  
 “ A ti de mi patria amada  
 “ ningun recuerdo te queda ;  
 “ pero yo triste no puedo  
 “ dejar de llorar por ella.

22 <sup>a</sup> Página 88.

Y desde la ciudad se ve la Albaida.

Aun se llama *Castillo de Albaida* una casa de campo fundada sobre antiguas ruinas, situada según se describe en este pasaje del poema, y perteneciente á los condes de Hornachuelos.

23 <sup>a</sup> Página 97.

Vió á su diestra de Zahara los jardines,  
Los pórticos, palacios y liceos ;  
Y hoy un desnudo llano solo viera,  
Pues hasta las ruinas perecieron.

Parece increíble que no existan ya ni vestigios de la ciudad de Zahara. Veamos lo que de ella dicen los manuscritos árabes traducidos por Conde. « El rey Abder-  
« ahman Anasir solía pasar las temporadas de primavera  
« y otoño en un apacible sitio á cinco millas de Córdoba,  
« Guadalquivir abajo ; y por la frescura y amenidad del  
« lugar, por sus alamedas y espeso bosque mandó edifi-  
« car allí un alcázar, con muchos edificios magníficos y  
« muy hermosos jardines contiguos ; y lo que ántes había  
« sido una casa de campo, se trasformó en una ciudad.  
« En medio de ella estaba el real alcázar, obra grande y  
« de elegante fábrica. Mandó poner en él cuatro mil y  
« trescientas columnas de preciosos mármoles, todas de  
« maravillosa labor. Entraban cada día en la obra seis mil  
« piedras labradas, sin las de mampostería, que eran in-  
« finitas. Todos los pavimentos de sus tarbeas ó cuabras  
« estaban enlosados de mármol con diferentes alicatados  
« ó artificiosos cortes : las paredes asimismo cubiertas de  
« mármol con varios alizares ó fajas de maravillosos colo-  
« res : los techos pintados de oro y azul con elegantes  
« ataujías y enlazadas labores : sus vigas, traveses y arte-

“sonados de madera de alerce de prolijo y delicado tra-  
“bajo. En algunas de sus grandes cuadras había hermo-  
“sas fuentes de agua dulce y cristalina en pilas, conchas  
“y tazones de mármol de elegantes y varias formas. En  
“medio de la sala, que llamaban del Califa, había una  
“fuente de jaspe, que tenía un cisne de oro en medio de  
“maravillosa labor, que se había trabajado en Constanti-  
“nia, y sobre la fuente del cisne pendía del techo la in-  
“signe perla, que había regalado á Anasir el emperador  
“griego. Contiguos al alcázar estaban los grandes jardi-  
“nes con diversidad de árboles frutales y bosquecillos  
“partidos de laureles, mirtos y arrayanes, ceñidos algu-  
“nos de curvos y claros lagos, que ofrecían á la vista  
“pintados los hermosos árboles, el cielo y sus arrebola-  
“das nubes. En medio de los jardines, en una altura que  
“los dominaba y descubría, estaba el pabellon del rey,  
“donde descansaba cuando venía de caza. Estaba soste-  
“nido de columnas de mármol blanco con muy bellos ca-  
“piteles dorados. Cuentan que en medio del pabellon  
“había una gran concha de pórvido, llena de azogue vivo  
“que fluía y reflúa artificiosamente, como si fuera de  
“agua, y daba con los rayos del sol y de la luna un res-  
“plandor que deslumbraba. Tenía en los jardines diferen-  
“tes baños en pilas de mármol de mucha comodidad y  
“hermosura. Las alcatifas, cortinas y velos tejidos de  
“oro y seda con figuras de flores, selvas y animales, eran  
“de maravillosa labor, que parecían vivas y naturales á  
“los que las miraban. En suma, dentro y fuera del alcá-  
“zar estaban abreviadas las riquezas y delicias del mun-  
“do, que puede gozar un poderoso rey. Se llamó esta  
“ciudad Medina Azahrâ del nombre de una hermosa es-  
“clava del rey, á la cual amaba y distinguía entre todas  
“las otras de su harem. Edificó en Medina Azahrâ una

“mezquita, que en preciosidad y elegancia aventajaba á la  
 “grande de Córdoba, y construyó tambien en ella la  
 “Zeca, ó casa de moneda, y otros grandes edificios para  
 “estancias de sus guardias y caballería. Acabóse la obra  
 “principal el año trescientos veinte y cinco; y dice Xa-  
 “quiqui, que costó sumas inmensas.” &c. &c.

Por muy exagerada que se suponga esta descripcion, no parece que pueda revocarse en duda la existencia de la ciudad llamada Medina Azahrâ, ni es fácil explicar cómo ha desaparecido tan completamente. El sitio que ocupó, es hoy una dehesa entre los llanos de la Albaida y los de las cuevas, en la que no se descubren ruinas, ni cimientos, ni vestigio alguno, y que solo tiene una cerca moderna con establos para la cria de potros. El recinto lleva el nombre de *Córdoba la vieja*.

24 \* Página 130.

Mas firme que los Toros de Guisando.

Don Antonio Ponz en su *Viaje de España*, hecho en 1795, dice en la carta séptima del tomo segundo: “Pa-  
 “sado un riachuelo, llamado *Tórtolas*, descubrí en una  
 “viña, perteneciente á los religiosos, los celebrados Toros  
 “de Guisando; pero no hallé ningun rastro de la venta  
 “que había junto á ellos, en donde fué reconocida y ju-  
 “rada por heredera de los reinos de Castilla, la reina ca-  
 “tólica doña Isabel. Me acerqué al paraje en donde están  
 “los Toros, y son cuatro, de los cuales uno está medio  
 “hundido en la tierra. Ya se conoce poco su forma, por  
 “estar muy gastados, y desgranada la piedra berroque-  
 “ña, de que son. Con dificultad se lee alguna letra de  
 “las antiguas inscripciones que tenían en el cuerpo;  
 “pero despues en la celda prioral del monasterio vi una  
 “explicacion de los mismos y de sus letreros, que decían

“ estar allí desde muy antiguo. La tal explicacion era,  
 “ que en la valle bastetana dió el ejército de Julio César  
 “ la gran batalla, en la cual, despues de haber vencido á  
 “ Pompeyo Magno en Farsalia, deshizo aquí á sus hijos,  
 “ llamados Sexto Pompeyo y Gneo Pompeyo ; que la  
 “ pelea fué muy dudosa ; pero que animado César por su  
 “ capitan Prisco Calecio, la consiguió : que los hijos de  
 “ Pompeyo, desamparados de sus soldados, se retiraron,  
 “ llenos de heridas, á las cuevas del inmediato monte,  
 “ junto al paraje del monasterio, y que en celebridad de  
 “ tanto triunfo hicieron los cesarianos un sacrificio á los  
 “ dioses, llamado *Ecatombe*, por el número de cien toros  
 “ que para el sacrificio se destinaban ; y que por medio de  
 “ estos toros de piedra que allí dejaron, habían perpe-  
 “ tuado el suceso. Las inscripciones se leen en aquel  
 papel de esta manera :

I<sup>a</sup>

BELLUM CÆSARIS ET PATRIÆ EX MAGNA PARTE  
 CONFECTUM FUIT S. ET GN. M. POMPEII FILIIS HIC  
 IN AGRO BASTETANO PROFLIGATIS.

II<sup>a</sup>

LONGINUS PRISCO CALECIO PATRI

F. C.

III<sup>a</sup>

CÆCILIO METELLO

CONSULI II. VICTORI.

IV<sup>a</sup>

EXERCITUS VICTOR

HOSTIBUS EFFUSIS.

V<sup>a</sup>

L. PORCIO

OB PROVINCIAM OPTIME ADMINISTRATAM

BASTETANI POPULI F. C.

“ Se cree que ántes hubiese mas toros de los que  
 “ ahora se ven sobre la tierra. Vmd. sabrá si es esta la  
 “ valle y region de los bastetanos, y el paraje donde se  
 “ acabó la guerra civil de Pompeyo y César: si estos  
 “ son elefantes y no toros, de los que algunos dicen, que  
 “ dejaron los cartagineses en varias partes de España,  
 “ á donde llegaban con sus conquistas; y si son toros,  
 “ conocerá cuán grande disparate sería el traerlos desde  
 “ Andalucía, como algunos quieren componerlo, sin em-  
 “ bargo de que serían tan grandes como toros naturales,  
 “ ántes de haberlos desgranado el tiempo, como se ve.  
 “ A mí me parecen toros, y por algun rastro que queda  
 “ de las letras, se conoce que fueron romanas.”

Es digno de copiarse lo que sobre los mismos opina Masden en el § 334 del tomo IV de su *Historia crítica de España*. “ Una de las antigüedades mas célebres de  
 “ España,” dice, “ son cuatro toros de piedra que existen  
 “ en el monasterio de Padres de san Gerónimo de Guisan-  
 “ do, á veinte y ocho millas del Escorial. Sin duda Metelo  
 “ mostró complacencia de que le dedicasen uno de estos  
 “ en memoria de las victorias referidas....Moráles y Ma-  
 “ riana juzgan que la inscripcion se debe referir á la  
 “ rota de los irtuleyos, que por eso trasfiere Moráles de  
 “ Andalucía á Extremadura en mayor cercanía de los ci-  
 “ tados toros. Pero Itálica y Segovia, únicas ciudades  
 “ en cuyas vecindades, segun los escritores antiguos,  
 “ Quinto Cecilio Metelo venció á los irtuleyos, distan

“ mucho de aquella provincia; además estas rotas no  
 “ fueron el motivo de la vanidad y complacencia de aquel  
 “ general, aunque así lo pensaron Moráles, Mariana, y  
 “ últimamente Jovenazo: lo que dió fomento á su orgullo,  
 “ fueron las batallas que ganó al temido Sertorio, como  
 “ atestigua Plutarco.” Y mas adelante en el § 394, ha-  
 blando de los monumentos de las victorias de César que  
 existen en España: “ Son mas famosas las inscripciones  
 “ de los célebres *Toros de Guisando*...La primera perte-  
 “ nece á la batalla de *Munda*, que se puede llamar la co-  
 “ rona de todas las victorias de César. En ella se lee  
 “ claramente, que Sexto y Gneo Pompeyo fueron derro-  
 “ tados en el campo bastetano: de lo que se deduce, que  
 “ los Toros que existen á poca distancia del Escorial,  
 “ estaban antiguamente en el paraje mismo de la batalla,  
 “ cuyo lugar podía entónces llamarse *Campo bastetano*,  
 “ miéntras los habitantes á lo largo de las costas desde la  
 “ mitad del Estrecho á Cartagena eran denominados *baste-*  
 “ *tanos* y *bástulo-fénices*. Ha parecido inverosímil al es-  
 “ tudioso señor Ponz y á otros modernos escritores, que  
 “ cuatro toros de piedra de ajustada proporción fuesen tras-  
 “ portados de Munda á Guisando. No sabemos las razones  
 “ que tuvieron los romanos para trasferirlos; pero no hay  
 “ dificultad que lo practicasen, aunque hubiesen de hacer  
 “ mas de trescientas millas, que se cuentan de Munda á  
 “ Guisando: mayores dificultades han vencido los antiguos  
 “ romanos. Para no difundirme en una prolija narrativa,  
 “ véanse aquí en Roma los obeliscos de altura enorme  
 “ trasportados de Egipto.”

También hace Cervántes en su inmortal *Quijote* mencion  
 de estos Toros, pues el caballero de los espejos dice (cap.  
 XIV de la segunda parte) que *el tomarlos en peso*, era una  
 de las hazañas que le había mandado hacer su señora. Es

muy extraño que el erudito y diligente Pellicer dejara sin nota alguna este punto, cuando no se descuidó de ponerlas en otros mas sabidos, y ménos interesantes y cuando Bowles, de quien tanto se aprovechó, copia la razon que da de ellos Covarrúbias en el *Tesoro de la lengua castellana*.

## 25 ª Página 130.

La torre de Malmuerta parecía.

Llámase en Córdoba *Torre de Malmuerta* un elegante torreón romano de sillería, en que se apoya un gallardo arco, que lo une á un ángulo del mas moderno muro morisco, cerrando por aquella parte, junto al matadero, el campo que llaman *de la Merced*. Debajo del dicho arco y en la torre misma hay una lápida, de la que dicen los cordobeses, que si alguno consigue leerla, pasando á caballo á galope, al punto se hundirá el torreón, y quedará descubierto un gran tesoro que hay allí encantado. El milagro no es fácil se realice, porqué está la leyenda tan gastada, que ni aun examinándola despacio, es posible descifrarla.

## 26 ª Página 131.

Por regocijador de su palacio.

Le hace cocinero de doña Lambra un romance antiguo, en que pidiendo venganza á su marido de los insultos que le han hecho los de Lara, entre otras cosas, dice :

Matáronme un cocinero  
so faldas de mi brial:  
si de esto no me vengades,  
yo mora me iré á tornar; etc.

## 27 \* Página 139.

Por la afrenta mayor: tal que el hidalgo.

“ Grave injuria y ultraje conforme á la costumbre de  
“ España,” la llama Mariana, como se verá en la nota si-  
guiente.

## 28 \* Página 139.

“ Y de la espalda al pecho atravesóle,  
De modo que sin vida en el regazo  
Cayó de su señora, con su sangre  
Veste, brazos y pechos salpicando.

Mariana, copiando casi á Garibay y á Moráles, refiere este suceso en su *Historia de España*, lib. VIII capít. 9 del modo siguiente: “ Aconteció que Rui-Velázquez, señor de  
“ Billáren, celebraba sus bodas en Búrgos con doña Lam-  
“ bra, natural de tierra de Briviesca, mujer principal, y  
“ aun prima carnal del conde Garcí-Fernández. Las fiestas  
“ fueron grandes, y el concurso á ellas de gente princi-  
“ pal. Halláronse presentes el conde Garcí-Fernandez y  
“ los siete hermanos con su padre Gonzalo Gustio. En-  
“ cendióse una cuestion, por pequeña ocasion entre Gon-  
“ zalo, el menor de los siete hermanos y un pariente de  
“ doña Lambra, que se decía Álvar Sánchez, sin que su-  
“ cediese algun daño notable, salvo que Lambra, como la  
“ que se tenía por agraviada con aquella riña, para vengar  
“ su saña.... mandó á un esclavo que tirase á Gonzalo un  
“ cohombro, mojado ó lleno de sangre: grave injuria y  
“ ultraje conforme á la costumbre de España. El esclavo  
“ se quiso valer de su señora doña Lambra: no le pres-  
“ tó, que en su mismo regazo le quitaron la vida.” &c.  
Sigue contando la venganza de Rui-Velázquez poco mas ó  
ménos, como se refiere en esta leyenda.

Dos romances, compuestos por Sepúlveda, pintan esta contienda como sigue :

Rui-Velázquez es de Lara  
 el que ha de ser desposado :  
 casóse con doña Lambra,  
 mujer es de gran estado.  
 Gonzalo Gústios el Bueno  
 á las bodas es llegado :  
 cuñado es de Rui-Velázquez,  
 con la su hermana casado.  
 Trac consigo siete infantes,  
 que de Lara se han nombrado,  
 hijos de Gonzalo Gústios,  
 sobrinos del desposado.  
 Criólos Nuño Salido,  
 caballero muy honrado.

. . . . .  
 Un primo de doña Lambra,  
 que Álvar Sánchez es llamado,  
 vió que caballero alguno  
 no alcanzaba en el tablado.

. . . . .  
 Doña Sancha y los sus hijos  
 riendo dello han estado ;  
 ninguno dió miente á ello,  
 que están las tablas jugando :  
 solo Gonzalo González,  
 el menor de los hermanos,  
 que á furto de todos ellos  
 cabalgaba en su caballo.

. . . . .  
 Alvar Sánchez con pesar  
 al Infante ha denostado.  
 Él respondió á sus palabras,  
 á las manos han llegado.  
 Gran ferida dió el Infante  
 á Álvar Sánchez su contrario.

. . . . .  
 Doña Lambra que lo vido,  
 grandes voces está dando,  
 feríase en el su rostro  
 con las manos arañando ,  
 diciendo : ¿ qué dueña alguna  
 así se habla deshonrado  
 en bodas que fuesen hechas,

sinó á ella solo en su cabo ?  
 Rui-Velázquez que lo oyó ,  
 luego había cabalgado,  
 tomó un astil de la lanza,  
 fué donde está don Gonzalo, &c. &c.

---

Doña Lambra que lo vido,  
 como muy mal lo quería,  
 llamado había un criado,  
 desta suerte le decia :  
 “ Toma agora tú un cohombro,  
 “ finchelo de sangre viva,  
 “ y arrojáselo á Gonzalo. ”

. . . . .  
 El hombre tomó un cohombro,  
 y de sangre lo teñía ,  
 dió con él á don Gonzalo,  
 en sangre untado lo había.

. . . . .  
 Acogióse á doña Lambra,  
 so su brial se metía.

. . . . .  
 Los Infantes con braveza

. . . . .  
 mataron el hombre allí,  
 ante ella que lo veía,  
 y con la sangre del hombre  
 sus tocas se las teñían.

Los Infantes cabalgaron, &c. &c.

29 <sup>a</sup> Página 221.

Y torna su atencion á la medalla  
 De la cautiva, donde ve esculpidos  
 De figuras humanas los contornos,  
 Grave profanacion segun su rito.

La ley de Mahoma prohíbe expresamente, con el objeto sin duda de evitar la idolatría, el esculpir ó pintar figuras humanas.

30 <sup>a</sup> Página 304.

Sin mas bien que mi amor, en rota nave,  
 Del viento y mar luchando con las iras,

A ti llegué; y en tus doradas rocas  
Vi de mi juventud volar los días.

Habiendo dejado el seguro asilo de Inglaterra, me encaminaba acia Roma, para lo que había obtenido especial pasaporte pontificio y toda suerte de seguridades de aquella corte, y desembarqué en Liorna por el mes de julio de 1825. Concluida mi cuarentena, me presenté al cónsul romano, para que refrendara mi pasaporte, á lo que se negó absolutamente, diciéndome, tener orden para no refrendar ninguno, sin enviarlo ántes á Roma, á que fuese reconocido. Remitió pues el mio, y fué devuelto con terminante negativa. Representé al cardenal de la Somaglia, y me contextó por medio del cónsul, que sin embargo de que mi pasaporte estaba en regla y dado de orden de S. S., me expondría á *grave dispiacenze*, si ponía los piés en los dominios apostólicos. Esta inesperada repulsa fué inmediatamente seguida de la mas encarnizada persecucion por parte del Gobierno toscano, llegando la policia de Liorna á aprestar la fuerza armada para arrojarme de aquel Estado. En tanto apuro recurrí al cónsul británico Mr. Falconar, quien apoyado en un pasaporte ingles que me había dado lord Chatham á mi paso por Gibraltar, no omitió diligencia alguna para contener la persecucion, y logrando ganar tiempo, me embarcó en una goleta inglesa, que despues de borrascosa travesía me condujo á Malta. En aquella isla hallé grata hospitalidad y toda suerte de consideraciones, tanto en los ingleses, como en los naturales; y allí concluí la *Florinda*, escribí otras obras, y empecé esta leyenda. Permanecí en aquel grato y seguro asilo hasta marzo de 1830, en que me trasladé con mi familia á Marsella en el yate *Lady Emilie*, que puso generosamente á mi disposicion el teniente gobernador, el general Ponsonby.

## 31ª Página 305.

Esta historia, empezada entre vosotros,  
Continuada del Sena en las orillas,  
Y que dó tendrá fin, el cielo sabe.

Se concluyó esta obra, despues de una larga interrupcion, en Tours el año 1832, y no se hubiese ciertamente impreso por ahora, si el Sr. don Antonio Sampayo, caballero aficionadísimo á los libros y cosas de España, y mis amigos, don Vicente Salvá y don Antonio González, no hubieran concurrido del modo mas eficaz á sacarla del rincón en que yo la tenía guardada. A mí me toca manifestar aquí mi reconocimiento á su cordial amistad, aunque talvez fuera mejor, que el tiempo y la lima hubiesen hecho mi trabajo mas digno del exámen del público.

## 32ª Página 339.

Notan que su figura es muy conforme  
A una estatua antiquísima de mármol,  
De senador ó cónsul, que de poste  
En una esquina de la iglesia estaba,  
Y á quien de Abran le daba el vulgo nombre.

Cualquiera que haya recorrido á España, habrá visto la abundancia de estatuas romanas que se encuentran, mas ó ménos destrozadas, y que sirven de postes, sillares y cantoneras. Recuerdo que en Carmona hay á la puerta de un meson, empleado como poyo, un cónsul de mármol boca abajo ; y durante la guerra de la independenciam vi en un pueblo de Castilla otros tres empotrados en la pared de la iglesia, á los que llamaban *los santos patronos*. Ni hay que extrañar estas equivocaciones piadosas, cuando en la misma Roma llaman Pasquino á una estatua de Áyax, y *san Pedro* en el Vaticano, á un Júpiter capitolino.

## 33 \* Página 381.

..... por la manga  
 La cabeza del jóven moro mete,  
 Y por el ancho cuello se la saca,  
 Y hasta los piés el camison descende.

“ Prohijóle otrosí doña Sancha su madrastra : la adop-  
 “ cion se hizo en esta manera, aunque grosera, pero me-  
 “ morable....Metióle por la manga de una muy ancha ca-  
 “ misa, y sacóle la cabeza por el cabezon ; dióle paz en el  
 “ rostro, con que le pasó á su familia, y recibió por su hi-  
 “ jo. De esta costumbre salió el refran vulgar : *Entra*  
 “ *por la manga y sale por el cabezon* : dícese del que sien-  
 “ do recebido á trato familiar, cada dia se ensancha mas.”  
 MARIANA, *libro VIII capit. 9.* Ambrosio de Moráles dice,  
 que la camisa la tenía puesta la madrastra, y que con ella  
 puesta hizo la ceremonia de meterle por la manga y  
 sacarle por el cabezon ; cosa que no se comprende cómo  
 puede ser.

Yo me he descartado de doña Sancha, por ser figura  
 que no me hacía buen juego en el cuadro, y pongo á una  
 hermana de Gústios Lara desempeñando la ceremonia  
 de la adopcion.

## ERRATAS NOTABLES

DEL TOMO PRIMERO.



<i>Página y Línea</i>	<i>Dice</i>	<i>beg dedicate</i>	<i>Léase</i>	<i>beg to dedicate</i>
33 7		brazos		abrazos
41 14		gallardo <i>saca</i> ,		gallardo <i>arranca</i> ,
207 1		terrible		temible
230 20		<i>à</i> visto		<i>ha</i> visto
254 1		sol <i>eterno</i>		sol <i>fulgente</i>
265 8		marchita,"		marchita"
268 7		Delizándose		Deslizándose
275 6		concina,		cocina,
295 16		repetia"		repetian"
299 2		sucinta		<i>meliflua</i>
334 6		al monte,		el monte,
407 16		sacarle		sacarla
421 6		desmanderse		desmandarse

# ÍNDICE

DE LO QUE CONTIENE

## EL TOMO PRIMERO.

---

	<i>Página.</i>
Dedicatoria.....	V
Prólogo.....	IX

## EL MORO EXPÓSITO.

Romance primero.....	1
Romance segundo.....	49
Romance tercero.....	103
Romance cuarto.....	151
Romance quinto.....	197
Romance sexto.....	249
Romance séptimo.....	319
Romance octavo.....	375
Notas.....	441

FIN DEL TOMO PRIMERO.



477

Amphibian - Birds - XVI -

